La leyenda de Sleepy Hollow y otros cuentos de fantasmas

Irving Washington

FUNDACIÓN Carlos Slim

La leyenda de Sleepy Hollow y otros cuentos

Irving, Washington

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Irving, Washington.
Obra de dominio público.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

Encontrada entre los papeles del difunto Diedrich Knickerbocker

Era una tierra plácida de inquieta y dulce fantasía,
en la que brotaban sueños ante los ojos entornados
y fantásticos castillos en las nubes que pasaban,
las que jamás huyen de un cielo de verano.
Castillo de la Indolencia

E n lo más profundo de una de las inmensas ensenadas de playas que el Hudson acaricia en sus orillas orientales, se produce un enorme ensanchamiento al que los viejos marinos holandeses llamaron en tiempos Tappan Zee; para navegarlo, recogían las velas prudentemente mientras invocaban a San Nicolás. Justo allí se alza una pequeña aldea con su puerto recoleto, a la que algunos dan el nombre de Greensburg, pero a la que la mayoría de la gente llama Tarry Town. Recibió este nombre, por lo que sabemos, en tiempos antiguos; se lo dieron las buenas mujeres de un villorrio vecino, pues era en las tabernas de Tarry Town donde sus maridos se demoraban muy largamente en los días de mercado. Eso es lo que dicen; yo no puedo dar fe de ello, pero aquí lo hago constar en aras de la autenticidad de los hechos que se narran.

No muy lejos de esta villa, acaso a un par de millas, se abre un valle pequeño, al que acaso haya que llamar simplemente una lengua de tierra entre las altas colinas, que desde luego no tiene igual en todo el mundo por la tranquilidad que allí se respira. Un arroyuelo cruza el valle con su rumor delicioso que le obliga a uno a descansar. Allí, ningún ruido turba tu paz, salvo, acaso, el canto súbito de una codorniz o el repiqueteo de un pájaro carpintero en cualquier árbol, nada más; el resto, tranquilidad plena.

Recuerdo que, siendo yo niño, hice mi primera cacería de ardillas en un bosque preñado de nogales no muy altos que derramaban su sombra a uno de los lados de aquel pequeño valle. Vagabundeaba por allí al mediodía, en esas horas en las que la naturaleza se muestra particularmente inmóvil, y me sobresaltó el estruendo que hizo mi propia escopeta al disparar, pues en la profanación de aquel silencio sabático el disparo se eternizó en el aire hasta que al fin el eco me lo devolvió con furia. Si alguna vez deseara retirarme del mundo y todas sus tentaciones buscando el solaz de los lugares más encantadoramente apacibles y gratos, no dudaría en dirigirme a este pequeño valle, pues ningún otro lugar conozco que tanta paz ofrezca.

Este lugar, desde tiempos remotos, desde que se asentaron aquí los primeros colonos holandeses, se conoce como Sleepy Hollow, sin duda por las características tan peculiares de los descendientes de los colonos holandeses, gente apacible, serena,

acaso indolente… También desde antiguo se llama a los mozos del lugar, en los pueblos vecinos, los muchachos del valle soñoliento. Realmente, es como si esta tierra estuviera envuelta en una atmósfera de ensoñación y calma densa. Algunos cuentan que fue hechizada por cierto doctor alemán en los primeros tiempos de los asentamientos de colonos; para otros, fue un antiguo jefe indio, mago o profeta de la tribu, el que encantó la región antes de que la descubriese Hendrick Hudson. Y ciertamente parece este lugar, aún hoy, envuelto en un poderoso hechizo que llena de extrañas fantasmagorías las cabezas de esas buenas gentes que lo habitan, haciéndoles caminar de continuo en una especie de duermevela. Creen, por supuesto, en los más raros poderes; suelen caer a menudo en trance y tienen visiones; escuchan en el aire voces y músicas indescifrables… No hay vecino que no tenga noticia de algún hecho extraordinario o que no se sepa alguna historia maravillosa, o que no pueda señalar qué paraje alberga entre sus profusas sombras algún espectro acechante; las estrellas fugaces y los meteoritos de fuego a menudo cruzan el valle, acaso por todo ello, con más frecuencia que en cualquier otra parte de la región; podría decirse, pues, que aquí el demonio de la pesadilla y sus figuras diabólicas tienen el mejor escenario posible para ejecutar sus danzas y morisquetas.

El espíritu dominante, sin embargo, el que más influjo tiene sobre la imaginación de las gentes, el que parece someter a todos los espíritus que habitan los aires, es un fantasma, auténtico rey de esta región encantada; un fantasma decapitado que se aparece a lomos de un caballo… Para algunos, no es otro que el espectro de un soldado que sirvió en la caballería de Hesse; un soldado al que una bala de cañón arrancó de cuajo la cabeza en una batalla de la Guerra Revolucionaria y que aún galopa, como llevado por el viento, en las noches más oscuras. Sus dominios, empero, no son únicamente los del valle, y muchos aseguran haberlo visto por caminos más alejados y especialmente en las cercanías de una iglesia apartada del pueblo. Los historiadores de la región más dignos de aprecio aseguran que, tras haber estudiado en detalle todas las versiones que se dan sobre el jinete decapitado, y tras haberlas contrastado, han llegado a la conclusión de que el cuerpo de aquel soldado recibió sepultura en el camposanto de aquella iglesia junto a la que se aparece, sí, pero que su fantasma vaga por las noches y pena en busca de su cabeza en lo que fue campo de batalla; después, antes de que amanezca, ha de regresar a su tumba… Por eso atraviesa a galope tendido el valle poco antes de que comience a clarear el día.

Así es como se interpreta, de común, esta superstición legendaria, que tanto alienta las historias que se dicen unos a otros los habitantes de esta región en sombras; así es como se dio al espectro el nombre de El Jinete sin cabeza de Sleepy Hollow.

Reseñemos, sin embargo, un hecho claro, cual lo es que la propensión a tener visiones espectrales no es solo cosa de estas buenas gentes que habitan el valle; aseguro que quien resida aquí por un tiempo también las tendrá. No importa cuán

despierto hayas sido, una vez te adentras en las sombras de esta región ya no puedes permanecer ajeno a su influjo; la ensoñación mágica de su atmósfera se apodera de ti al instante; no tardarás mucho en tener visiones, en soñar con los ojos abiertos.

Tengo mucho cariño a este pacífico lugar, sin embargo, pues fue aquí, al igual que en otros valles próximos, donde los holandeses que buscaron refugio en el gran Estado de Nueva York dejaron costumbres, usos y tradiciones que aún se conservan, en contra de lo ocurrido en otros lugares, donde han sido arrastradas por la marea inmigratoria y por el progreso que transforma día a día nuestra emprendedora nación, de manera imparable. Por eso digo que un lugar como Sleepy Hollow es un remanso de paz en el que las corrientes migratorias no se llevan ni la hierba ni el cauce de los arroyos con sus aguas saltarinas y burbujeantes; tienen aquí una suerte de puerto en el que remansarse mientras más allá se producen los torrentes que arrasan. Ya han pasado muchos años desde que logré despojarme, además, del velo de sombras de Sleepy Hollow, pero aún me pregunto si no seguirán en el valle los mismos árboles y en el pueblo las mismas familias vegetando en este confín que les da protección.

En este apartado rincón de la naturaleza vivía en una época ya remota de la historia americana, esto es, hace unos treinta años, una bellísima persona llamada Ichabod Crane, que se «aletargaba», cual gustaba decir, en Sleepy Hollow, para instruir convenientemente a los niños del pueblo. Era natural de Connecticut, un Estado que abastece a la Unión de aventureros de obra y de pensamiento y del que cada año parten miles de hombres para trabajar como leñadores en las fronteras con los otros estados o como maestros de escuela en los mismos.

El apellido Crane le iba de maravilla. Era alto, extremadamente flaco, de largos brazos, de piernas no menos desmesuradas, con los hombros muy estrechos, con las manos que parecían írsele casi una milla de las mangas, con los pies que podían haberse utilizado como si fueran palas, con toda su estampa, en fin, como desmadejada, como si su cuerpo se mantuviese unido, extrañamente, en todas sus partes. De su cabeza pequeña y aplanada salían dos orejas gigantescas y parecían habérsele incrustado bajo la frente chata aquellos dos ojos verdes, como de vidrio; su nariz, de tan larga, parecía buscar de continuo algo en el suelo; digamos que su cabeza, de perfil, parecía una veleta con silueta de gallo, que hubiera sido puesta en la fina varilla de hierro de su cuello para indicar la dirección de los vientos. Quien lo viera en un día de viento, a zancadas por la ladera de una colina, con sus ropas que parecían bailarle en el cuerpo, bien podría pensar en una llegada a la tierra del espíritu del hambre… O que un espantapájaros se largaba de su campo de trigo…

Su escuela estaba en una casa de una planta y de una sola estancia, una casa hecha de troncos, tosca y rural; en los cristales de la única ventana, varios de ellos parcialmente rotos, parches de hojas arrancadas de cuadernos escolares. No sin bastante ingenio protegía la casa, sin embargo, con un picaporte hecho de mimbre

durante sus ratos de ocio, en la puerta, y unas estacas que apuntalaban la contraventana, de forma tal que el curioso arquitecto tenía por seguro que, de entrar algún ladrón, y aunque tuviera fácil el acceso, salir de allí le resultaría de veras difícil. Era como si se hubiese inspirado en una trampa para pescar anguilas creada por un Yost Von Houten cualquiera. La escuela, en fin, se alzaba en un paraje solitario, a las afueras del pueblo, en un pequeño bosque que crecía a los pies de una colina; un enorme abedul le daba sombra y un sinuoso riachuelo pasaba muy cerca. El murmullo de las voces de sus discípulos, como el rumor de una colmena, lo arrullaba en los pesados días del verano, aunque en ocasiones, al hacerse escandaloso, le obligaba a levantar la voz en tono de amenaza y reprobación, e incluso a aguijonear con un palmetazo la mano de uno de aquellos holgazanes jaraneros que tan escandalosamente se desviaban de la senda del conocimiento… A decir verdad, era un maestro concienzudo; siempre tenía en mente esa máxima de oro que dice así: «La letra con sangre entra». Desde luego, no mimaba mucho a sus alumnos el viejo Ichabod Crane…

No quisiera que se le tuviese, sin embargo, por uno de esos maestros crueles y prepotentes que disfrutan haciendo sufrir y denigrando a sus discípulos; por el contrario, administraba justicia con claro discernimiento entre el bien y el mal, más que con severidad; exoneraba de peso las espaldas del más débil para hacerlo recaer en el más fuerte; castigaba con indulgencia al que se estremecía con los golpes de su vara, pero brillaba clamorosamente la llama de la justicia cuando sacudía sin contemplaciones a un muchacho holandés cabezota y terco, a un pilluelo que, aun soportando el castigo, se le volviera contumaz y altivo, gruñón y despectivo ante cada golpe de su vara. Era lo que él decía «cumplimiento de mi deber» encargado por los padres de sus alumnos; cabe señalar, además, que nunca infligió castigo alguno a cualquiera de los muchachos sin antes asegurarle, para dar el necesario consuelo al insolente, que lo hacía por su bien, añadiendo: «Me estarás por ello agradecido de por vida».

Cuando acababan las clases, empero, era siempre el mejor compañero de juegos de los niños; las tardes de los días festivos acompañaba a los más pequeños hasta sus casas, muy especialmente a los que tenían alguna hermana mayor hermosa, o por madre a una buena ama de casa famosa en el vecindario por su excelente despensa. Por eso, sobre todo, hacía cuanto estaba en su mano para ser querido y apreciado por sus pupilos. Lo que cobraba en la escuela era poco, apenas le llegaba para comprarse el pan de cada día, y ha de hacerse notar que era hombre muy comilón y con unas tragaderas capaces de dilatarse como una anaconda, por lo que, a fin de vivir cual es debido, y siguiendo la costumbre de entonces para con los maestros, se alojaba y comía en las granjas de los padres de sus alumnos. Vivía una semana en cada granja;

iba de granja en granja, pues, con sus escasas pertenencias mundanas metidas en un pañuelo de algodón.

Aquello, empero, no debía de resultarles en exceso gravoso a sus rústicos patrones, quienes de común consideran una carga excesiva alimentar a cualquier maestro y todo un derroche mantener una escuela, por lo que procuraba hacerse grato y útil a quienes le daban comida y techo. Así, y como no era cosa de exagerar, ayudaba a los labriegos en sus tareas más sencillas, apilaba el heno, reparaba una valla, iba a la pradera a buscar el ganado que pastaba, cortaba leña cuando comenzaba a dejarse sentir el frío del invierno… No se mostraba entonces, en fin, con la dignidad arrogante de que hacía gala en la escuela, su pequeño imperio, y se comportaba no ya educado y cortés, sino decididamente obsequioso; era la admiración de las madres por el cariño con que trataba entonces a sus hijos, sobre todo a los más chicos, y como el león que acaricia con sus garras al cordero que se va a comer, ponía en sus rodillas a cualquiera de los pequeños mientras con el pie de la otra pierna mecía la cuna de otro aún más chico durante horas.

Además de vocación semejante, hacía demostración de otras no menos reseñables; era el maestro de canto del pueblo y buenas y muy relucientes monedas le caían por enseñar a entonar debidamente los salmos a los jóvenes vecinos. No hay ni que decir cuánto se pavoneaba y gozaba los domingos en la iglesia, con su coro compuesto por cantores bien seleccionados, allí, en lugar preeminente, robando protagonismo, lo sabía bien el maestro, al viejo pastor oficiante. Es verdad que su voz, al cantar, se dejaba sentir por encima del susurro de las oraciones; todavía hoy se oyen en la iglesia los domingos por la mañana, durante la celebración de los oficios, unos trinos que, dicen los lugareños, son los legítimos descendientes de la nariz de Ichabod Crane, trinos que pueden escucharse hasta más allá de una milla, a través del aire, por donde está la alberca… Así, pillando por aquí, trampeando por allá, como se dice vulgarmente de un modo u otro hacía más llevadera su vida el modesto pedagogo, incluso medianamente regalada, aunque eran no pocos, esos que en nada aprecian el trabajo intelectual, los que creían que llevaba una vida muy fácil, maravillosamente apacible, a cambio de nada, de ningún esfuerzo.

Un maestro de escuela es por lo general un hombre, sin embargo, tenido por importante en el círculo femenino de las comunidades rurales. Se le tiene por una especie de ídolo, por un caballero tan ocioso como culto, superior, por ello, a los hombres gárrulos que componen el elemento masculino de los pueblos; acaso únicamente se le considere inferior en saberes con respecto al pastor de la iglesia… Su presencia, así las cosas, causa siempre cierta expectativa cuando está a la mesa en cualquier casa, dispuesto a dar buena cuenta de lo que va a servirse; es su presencia, nada más, lo que hace que las buenas amas de casa se afanen especialmente en preparar platillos exquisitos y dulces suculentos en abundancia; algunas hasta

aprovechan la ocasión para sacar a relucir sus juegos de té de plata… Nuestro hombre de letras, en suma, estaba particularmente feliz entre las damas sonrientes del pueblo y aledaños. Era digno de verse cuánto gozaba de su compañía, cómo se lucía ante ellas en el jardín de la iglesia y en el camposanto próximo los domingos, una vez concluido el oficio, descifrándoles las crípticas inscripciones de las tumbas, ofreciéndoles racimos de uvas silvestres de los árboles del jardín, paseando con toda aquella grey femenina por las márgenes de la presa del molino… Ni que decir tiene que los gárrulos hombres del lugar, tan menoscabados como envidiosos, ni se atrevían a intervenir; se limitaban a mirarle desde lejos, envidiosos de su sabiduría y superior elegancia.

De aquella su vida en cierto modo errabunda, le venía además otra condición, la de ser una especie de gacetilla rodante, pues llevaba de casa en casa noticias, rumores y chismorreos en general de toda la comarca; eso, por supuesto, hacía que su presencia fuera acogida con especial interés, sobre todo por parte de las mujeres de las casas, quienes además gozaban especialmente de su erudición por cuanto tenía hechas una cuantas y al parecer buenas lecturas, tales como la de la obra de Cotton Mather Historia de la brujería en Nueva Inglaterra, un asunto, el de la brujería, en el que, dicho sea de paso, creía firme y fervorosamente el maestro.

Era, en efecto, un hombre a la vez sagaz y crédulo, incluso simplón en estos aspectos… Su apetencia de saberes acerca de lo maravilloso, su afán de conocer cosas acerca de lo sobrenatural, eran tan extraordinarios como su capacidad de digerir cuanto de todo ello tenía noticia, algo que se hizo más fuerte en él tras un cierto tiempo de estancia en Sleepy Hollow. Ni la narración terrorífica más infame o monstruosa le revolvía las tripas o le parecía increíble. Cuando cerraba su escuela a la caída de la tarde, solía ir a tumbarse plácidamente sobre los tréboles arracimados que le ofrecían un dulce lecho a la orilla del arroyo y allí se daba a la lectura de las truculentas historietas narradas por el viejo Mather, hasta que la oscuridad hacía que las líneas de las páginas aparecieran borrosas ante sus ojos. Era entonces cuando, de camino a la granja en la que se hospedara por aquellos días, evitando tierras de légamo y atravesando bosques tan frondosos como oscuros, su imaginación, con cada crujido de una rama, con cada rumor de hojas o de plantas silvestres, se impresionaba sin duda por lo que había leído antes, llenándose el maestro de un pavoroso escalofrío tan fuerte como constante. El graznido de un ave nocturna, el croar de una rana, el canto hiriente de una lechuza, un aleteo de pájaros asustados ante sus pisadas, lo estremecían; se asustaba incluso de las luciérnagas, que tanto brillan en la oscuridad y que tan a menudo le salían al paso; y si una cucaracha voladora se estrellaba contra su cabeza, creía estar poseído al momento por un maleficio fatal. Así, no era capaz de hallar paz más que entonando alguno de los salmos, lo que además le ayudaba a evitar tan turbadores pensamientos, pero con ello no hacía sino llevar el pánico a las pobres

gentes de Sleepy Hollow, que en mitad de aquella hora crepuscular, sentadas a las puertas de sus casas, al escuchar aquella su voz gritona y nasal «en lazos de dulzura perdurable», se horrorizaban ante eso que les llegaba desde más allá del camino polvoriento que tenían ante sí.

Otra de las fuentes de su gozo, gozo acaso un tanto doloroso, era el que le procuraba la compañía de aquellas mujeres holandesas en las noches de invierno, ante el hogar de cualquier casa, las cuales relataban historias de demonios y aparecidos mientras cosían y se asaban las manzanas al fuego, o historias de bosques y de ríos encantados, o de caminos y hasta de casas hechizados… Mas, por sobre todas, la historia que lo dejaba sobrecogido era la del jinete decapitado, la de aquel soldado sin cabeza que galopaba de noche por el valle… En justa correspondencia, él les refería casos de brujería, augurios terribles, apariciones portentosas, extraños sonidos que llevaba el aire, con sus respectivas significaciones; cosas que, según la tradición, habían acontecido en tiempos en Connecticut; y disfrutaba entonces asustando a las crédulas mujeres con sus especulaciones acerca de cometas y estrellas fugaces que trazaban círculos en el cielo, lo que según su decir suponía la llegada de cambios terribles para el mundo, por no hablar de las cabriolas que según él hacía nuestra propia tierra en sus rotaciones, obligándolas a estar más de media vida cabeza abajo…

Aquel placer, sin embargo, se trocaba en terror cuando quienes participaban en esas reuniones junto al fuego del hogar salían de la acogedora estancia. Figuras esquivas, de presencia inexplicable; sombras por los senderos, amenazantes como una presencia real; nieve que brillaba como una sepultura marmórea, entre más sombras; haces de luz a lo lejos, vibrantes, en una ventana; un arbusto nevado que, cual una fantasmagoría, aparece de pronto en el camino; pisadas lentas, temibles, sobre la tierra… ¡Cuántas veces estuvo a punto de morir de angustia el maestro cuando creyó oír en el soplo del viento entre los árboles el paso de un jinete sin cabeza que cabalgaba por el bosque!

No eran, sin embargo, más que los lógicos terrores nocturnos, los propios de cuando uno regresa de noche a su casa a través de las sombras; no eran, pues, otra cosa que los fantasmas de la mente; aunque estaba seguro de avistar espectros, incluso al mismísimo Satán en cualquiera de sus formas, siempre la luz del día ponía fin a sus demoníacos terrores… Digamos que el pobre maestro hubiera podido disfrutar por mucho tiempo de una existencia plácida y feliz, solo alterada por estas minucias, obra del maligno, de no haberse cruzado en su camino la criatura que más turbaciones causa en la existencia del hombre, mayores aún que cualesquiera espectros, demonios y brujos juntos: una mujer.

Entre los alumnos de canto que se reunían en torno al maestro una vez a la semana para entonar salmos estaba Katrina Van Tassel, la hija única de un granjero holandés muy rico. Bellísima, estaba en la flor de sus espléndidos dieciocho años, lustrosa como

una perdiz, suave y delicada, de rosadas mejillas; apetecible, en fin, como los melocotones que cosechaba su padre, y famosa y deseada, no solo por su hermosura, sino precisamente por ser la heredera única de la riqueza que había hecho su padre, lo que aumentaba las expectativas con respecto a tan notable damisela. Era un tanto coqueta; vestía combinando sabiamente lo tradicional y lo moderno, siempre en aras del realzamiento de su belleza; lucía, por ejemplo, las viejas joyas que su abuela trajera de Saardam, sobre su tentador escote, cuando se ponía aquel corto vestido que descubría las pantorrillas más apetecibles de la región y unos pies lindísimos.

Ichabod Crane era hombre de corazón enternecido y bien dispuesto hacia las mujeres; no debe maravillarnos, en consecuencia, que sucumbiera pronto ante los exquisitos encantos de la muchacha, y más si se tiene en cuenta que poco ha fuera invitado en la muy próspera casa del granjero holandés, padre de Katrina.

El viejo Baltus Van Tassel era la mejor representación de un granjero próspero y feliz, además de muy liberal en su generosidad. Le importaba poco cuanto acontecía más allá de las lindes de sus propiedades, pero en estas todo era detalle, lujo, bonanza… Tampoco hacía ostentación de su riqueza, pues prefería disfrutar de cuanto tenía en vez de presumir de lo logrado. Su granja estaba en las orillas del Hudson, en un rincón natural hermoso, muy verde y fértil, a salvo de los malos vientos; en el sitio, pues, donde más les gustó echar raíces a los colonos llegados de Holanda.

Un gran olmo daba amparo a la casa, y junto al árbol imponente una fuente de aguas límpidas y frescas vertía en un barril, el cual, a su vez, las derramaba entre la hierba hasta unirlas a un arroyo próximo que parecía musitar su arrullo permanente a los alisos y sauces enanos que tenía por vecinos. El granero próximo a la mansión del holandés era tan enorme que podía haber sido habilitado como iglesia; enorme y próspero; tan atiborrado estaba de los tesoros que la tierra daba generosamente a su propietario, que parecía ir a reventar en cualquier momento por sus ventanas y la puerta… Por doquier se dejaba sentir el canto de las golondrinas y de los vencejos que volaban casi a ras de los aleros del tejado en donde dormitaban bajo el sol bandadas de palomas, alguna con un ojo escrutando siempre los cielos como para cerciorarse de la bondad del tiempo, mientras las demás metían la cabeza bajo un ala, en reposo profundo, y otras ahuecaban sus plumas esperando el cortejo de los palomos. Abajo, enormes, gordos, rozagantes, los cerdos hocicaban en la abundancia y se refocilaban en la paz de sus zahúrdas mientras los lechones asomaban el hocico entre las tablas que los guardaban como para deleitarse con el aire y los aromas de la cochiquera. Un escuadrón de gansos, en el estanque, parecía maniobrar ofreciendo escolta a varias flotillas de patos mientras todo un regimiento de pavos se lucía ante las gallinas, que parecían protestar ante tamaña exhibición, cloqueando de manera desafinada y malhumorada, como las amas de casa… Ajeno a todo esto, sin embargo, el gallo, como un digno caballero, como un ejemplo de esposo o de guerrero, batía altivo sus

alas como de acero y lanzaba su alegre canto, mientras escarbaba con sus patas, para llamar a sus hijos y a sus esposas a compartir con él un suculento manjar que acababa de descubrir.

Salivaba de gusto el pedagogo mientras contemplaba todo aquello, la mejor provisión para un duro invierno. Su imaginación voraz le hacía ver a su alrededor a los lechones rellenos de pudin y prestos a ser asados con una manzana en la boca; a los pichones, en un lecho de hojaldre y arropados por una sábana de crujiente y bien tostada corteza; a los gansos, nadando ahora en su propia salsa, igual que los patos, que lo hacían en parejas, cual matrimonios perfectos, pero sobre una salsa de cebollas, como compitiendo con los gansos en galanura… En los cerdos veía ya las plateadas vetas del tocino brillando entre el sabroso jamón y ni uno solo de los pavos quedaba libre de aquellas ensoñaciones del maestro, que se los presentaba trufados, con la molleja bajo un ala y con un collar de jugosas salchichas. En cuanto al muy altanero cantor de las granjas, es suficiente decir que lo veía ya patas arriba, en una bandeja, implorando una suerte de clemencia que en vida jamás hubiera recabado.

Todas estas fantasías arrebatadas tenía el fervoroso Ichabod; y cuanto más miraban sus ojos verdes hacia cualquier lugar de aquella feraz tierra con sus trigales, con su centeno, con su maíz, con su cebada, o a los árboles que rendían sus ramas de tanto fruto como en ellas había, o hacia los huertos que rodeaban la mansión de Van Tassel, más aceleradamente le latía el corazón, sobre todo porque lo hacía pensando en la damisela que heredaría aquellos dominios. También, como es natural, pensaba en el dinero contante y sonante que debía de dar todo aquello, un dinero que su imaginación le decía que podría gastarse en palacios de madera, levantados en parajes tan idílicos como recónditos, y en la compra de tierras vírgenes pero tan generosas como las del holandés. Aún iban más lejos sus fantasías; se imaginaba ya a la gentil Katrina rodeada de un montón de niños, en una carreta cargada con ollas y pucheros, con toda clase de cacharros de cocina entrechocándose, y montado él mismo a lomos de una yegua mansa a cuyo lado iba al paso un potrillo, camino de Tennessee, camino de Kentucky o camino de solo Dios sabía dónde…

Cuando entró en la casa propiamente dicha, en aquella mansión, su corazón quedó definitivamente cautivo. Era una de esas casas de granja espaciosas, de tejado a dos aguas que llegaban casi hasta el suelo, según el tipo de construcción de los primeros colonos holandeses; unos tejados cuyos aleros, hacia afuera, al caer formaban pórticos en los que guarecerse en los días de lluvia, y de cuyas traviesas de madera colgaban arneses de caballerías, aperos de labranza y redes para pescar en el río cercano. Junto a los muros de la casa había bancos en los que sentarse a descansar en verano; una rueda de hilar en un extremo, y una mantequera en el otro, no hacían sino demostrar las posibilidades de hacer cosas diferentes y de provecho que brindaba tan espléndido porche.

El maestro, encantado con lo que veía, entró en la casa; lo primero que vio fue un magnífico aparador acristalado que guardaba la reluciente vajilla. En un rincón de la sala vieron sus ojos un gran saco lleno de lana presta para ser hilada; en otro, una pila de lino recién sacada del telar. Había en las paredes mazorcas de maíz, manzanas y melocotones secos en ristras, contrastando con el rojo fuerte de los pimientos igualmente colgados en ristras. Una puerta a medio abrir permitía ver el gran salón de la casa, en el que unas mesas de caoba purísima refulgían como espejos y las sillas que había en torno a ellas se aferraban al suelo sólidamente, con sus patas labradas. Ante el hogar, un morillo con pequeñas palas y tenazas y atizadores parecía un mazo de espárragos de hierro; sobre la repisa de la chimenea, macetas y conchas marinas; más arriba, en la pared, una cadena hecha con pequeños huevos de pájaro coloreados, y más abajo aún, pendía un tremendo huevo de avestruz. En una esquina, un anaquel descubierto, para que se viera bien, mostraba todo un tesoro de plata antigua y de piezas de porcelana de la China.

Desde el primer momento en que Ichabod paseó su mirada por aquellas maravillas quedó turbada su paz interior de siempre; a partir de aquel instante no hizo sino concentrarse y estudiar cómo ganarse los favores más afectuosos de aquella perla tan valiosa que era la hija de Van Tassel. Una empresa, sin embargo, que presentaba no pocas dificultades, muchas más de las que en otros tiempos se veían obligados a superar los caballeros andantes que solo tenían que luchar contra gigantes, magos, dragones que expulsaban fuego por sus fauces y otras criaturas semejantes, fáciles de vencer con solo echar abajo una puerta de hierro o de bronce, y unos cuantos muros de diamante; así accedían al castillo encantado donde presa les aguardaba la dama de sus amores, cosa tan simple como abrirse paso con un cuchillo a través de un pastel de Navidades. Allí la dama se arrojaba en brazos del caballero como la cosa más natural del mundo. Ichabod, por el contrario, tenía que luchar duro para conquistar el corazón de aquella damisela coqueta y caprichosa; un corazón que le latía como si se hubiese perdido en un laberinto de extravagancias y caprichosos, querencioso de una cosa ahora y de la contraria poco después; algo, en fin, que ofrece incontables quebraderos de cabeza si se trata de lograr una conquista amorosa, asunto para el que, encima, habría de hacer frente a los impedimentos que le opusieran aquellos rudos mozos del pueblo que en legión también pretendían a la hija del próspero holandés. Eran muchos, pues, los fantasmas, de carne y hueso estos, que se apostaban en los caminos del corazón de la muchacha a la espera de que ella los llamase; además, recelaban los unos de los otros, se dirigían terribles miradas de odio… Se mostraban, en fin, dispuestos a combatirse sin piedad en aras de la pieza ansiada; dispuestos también, además, a unirse para espantar a quien osara convertirse en el nuevo pretendiente de la heredera.

El peor y más peligroso de todos era un muchacho vocinglero y engallado que se llamaba Abraham, o Brom Van Brunt, por decirlo a la holandesa; un tipo achulado, de mirada pícara, que era en la región todo un héroe merced a su fuerza y a sus baladronadas a menudo temerarias. Era muy ancho de espaldas y tenía macizos y musculados los brazos; llevaba sus cabellos rizados y negros muy cortos y tenía de continuo en la cara un aire que si no era jovial del todo tampoco lo era de ruda arrogancia; no era, en general, un muchacho de aspecto desagradable; lo llamaban Brom el Huesos, por la dureza de sus músculos relucientes y su aspecto hercúleo, y era harto elogiada su destreza en la monta de caballos; de hecho, viéndole cabalgar parecía tan imponente como un jinete tártaro. Era siempre el primero en las carreras y en las peleas de gallos; como en el medio rural se aprecia tanto la fuerza, que es cuanto más se respeta, por otra parte, mediaba en todas las disputas y emitía sentencia con un tono de voz y un aire todo que cohibía a quien fuera y evitaba cualquier apelación. Por otro lado, no volvía la cara ante cualquier bronca y gustaba de la broma y de la fiesta, pero su temperamento era hijo, no de la mala sangre, sino de un cierto carácter travieso e infantil, pues tras su aparente brutalidad se descubría fácilmente un poso de alegría espontánea y de buen humor. Tenía tres o cuatro buenos amigos que lo habían tomado por el modelo a seguir; con ellos iba por toda la comarca de francachelas o en busca de pelea y bronca, si se terciaba, aquí y allá, incluso muchas millas a la redonda. En el invierno destacaba entre todos los demás hombres de su edad por su gran gorro de piel del que pendía una muy llamativa cola de zorro cazado por él mismo, y cuando quienes en algún lugar estaban de fiesta, veían a lo lejos ese gorro galopando al frente de una partida de diestros jinetes, sabían de inmediato que habría pelea… A menudo cabalgaba por la noche Brom junto a sus amigos, ante las granjas, lanzando salvajes gritos a la manera de los cosacos en tropel, y las viejas de la casa, al despertar alteradas por aquel clamor insolente, no podían sino exclamar tranquilizadas una vez oían alejarse los cascos de los caballos: «¡Vaya, otra vez Brom el Huesos con su banda!» Ni que decir tiene que los lugareños le contemplaban con una mezcla de miedo, respeto y gracia, y siempre que en el pueblo sucedía alguna pelea, alguna bronca sin mayor importancia, movían la cabeza de un lado a otro como disculpando aquella maldad venial del Brom el Huesos, al que tenían de seguro por el autor de la misma, aun sin verlo.

Ya hacía tiempo que tan rudo héroe había escogido a la hermosa Katrina como la mujer de su vida, como aquella a la que dedicar sus gárrulas galanterías, muy parecidas, por poner un ejemplo, a las que haría un oso en un situación de cortejo parecida; aquello, por lo que se sabía en el pueblo, no había hecho mella alguna, sin embargo, en la muchacha. Eso no era obstáculo, en cualquier caso, para que el gigantón hiciera poner pies en polvorosa a muchos de sus otros competidores en el amor de la damisela, que huían temerosos de despertar su furia; bastaba con que

vieran su caballo en las proximidades de la casa de Van Tassel un domingo por la noche para que escaparan deprisa de allí, echando chispas y dispuestos a buscar guerra ante otros cuarteles.

Tal era, pues, el formidable rival con quien habría de vérselas el bueno de Ichabod Crane; bien contemplado el asunto, es digno de tenerse en cuenta que otros aspirantes al amor de la damisela, hombres mucho más fuertes y arrojados que él, habrían desistido pronto por temor a Brom, largándose sin ofrecer resistencia. Pero cuanto conformaba el carácter del maestro era una feliz mixtura de tozudez y capacidad de adaptación a las circunstancias de cada momento; era, pues, un hombre de nervios bien templados, cabe decirlo así, como la urdimbre de un florete; flexible pero acerado; uno de esos hombres que pueden ceder, incluso doblarse, pero nunca doblegarse ni troncharse; y aunque en un momento dado una leve presión pareciera hacerlo encorvar, apenas estaba a punto de llegar al límite de su resistencia, ¡arriba!, ya estaba de nuevo tieso y firme, con la cabeza aún más alta que antes.

Sabía que enfrentarse abiertamente a su rival en el amor era una necedad, más que una locura, pues tendría que batirse contra un hombre más joven y mucho más fuerte que él; un hombre tan fogoso y arrojado como Aquiles; un hombre, en suma, que jamás cedería un paso en el trance de disputarse el amor de una mujer. Ichabod, empero, constante y como quien no quiere la cosa, avanzaba poco a poco, se insinuaba a la rica y bella heredera siempre con galantería exquisita. En su calidad de maestro de canto iba cada vez más frecuentemente a la casa del holandés, un pretexto que en este caso no lo era para superar las suspicacias de los padres de las muchachas en situaciones semejantes, eso que tan a menudo se convierte en una gran piedra puesta en mitad del sendero por el que pretenden caminar de la mano los amantes. Balt Van Tassel era un hombre bueno, de alma apacible e indulgente; adoraba a su hija aún más que a su pipa, y como hombre razonable que era, además del mejor de los padres, permitía sin oposición alguna que la muchacha tomase los caminos que mejor le vinieran en gana. Su esposa, una mujer igualmente digna de mención, bastante tenía con mantener la casa en perfecta disposición siempre y atender a las aves del corral, ya que, como observaba con perspicacia no exenta de sabiduría, los gansos y los patos son criaturas tan increíblemente estúpidas que no queda otro remedio que cuidar de ellas de continuo, en tanto que una muchacha casadera sabe cuidar de sí misma… Tal era la razón de que la muy atareada ama de casa no parase un momento, bien haciendo la casa, bien haciendo girar la rueca de hilar sin pausa… Balt, cuando a semejantes tareas se entregaba su hacendosa mujercita, fumaba tranquilamente su pipa, en el otro extremo del salón, mirando a través de la ventana las furiosas acometidas de aquel espantapájaros de madera, con las manos armadas con sendas espadas igualmente de madera, que parecía desafiar al viento tanto como a los pájaros. Mientras, hay que decirlo así, Ichabod atacaba las resistencias últimas de la

hija de los granjeros, en defensa de su nobilísima causa, bajo el gran olmo de la fuente, o paseando hacia el crepúsculo cuando el día comenzaba a declinar, la mejor hora para que los enamorados hagan gala de su elocuencia.

No puedo presumir acerca de cómo se conquistan los corazones femeninos. Eso es algo que siempre ha constituido para mí un asunto tan digno de admiración como enigmático; algunos de esos corazones parecen tener un único punto vulnerable por el que acceder, y otros, por el contrario, pueden ser conquistados de mil maneras distintas. Supone eso que han de ponerse en práctica, pues, miles de artimañas para hacerse con el favor de una damisela; mas si hemos de convenir en que es todo un triunfo hacerse con el favor de uno de esos corazones citados en primer lugar, los que nada más tienen una vía de acceso, mantener cautivos a los citados en segundo lugar exige aún mayor destreza, mayor lucha del hombre en la tarea, ardua cual batalla, de mantener bien vigiladas todas sus vías de acceso; es como defender una fortaleza, para lo cual no ha de olvidarse una sola ventana, una sola puerta. Así, el que sea capaz de alzarse con la conquista de un millar de corazones podrá hacer alarde, al tiempo, de su derecho a la fama y al reconocimiento, si bien solo podremos considerar un héroe de verdad a quien logre mantener su dominio, por mucho tiempo, sobre el corazón de una dama coqueta.

En este supuesto acerca de las artes del galanteo no se contempla, como es lógico pensarlo, al temido Brom el Huesos, pues desde el inicio de la corte que hiciera Ichabod Crane, para ganarse el favor de la hija del rico granjero, pareció ceder en la intensidad de su asedio; apenas se veía ya su caballo los domingos por la tarde cerca de los establos de la granja, lo que no quiere decir, sin embargo, que no se hiciera más ostensible que nunca antes la enemistad entre él y el maestro de escuela de Sleepy Hollow.

Brom, a quien adornaba una suerte de ruda, por no decir brutal, caballerosidad, hubiera preferido dirimir tal disputa en una suerte de campo de batalla abierto, ante los ojos de todos, lo que equivale a decir que librando un combate que sirviera para calibrar ante la dama querida las posibilidades de cada uno, al modo y manera de los caballeros de antaño, los cuales así de simplemente establecían su derecho sobre el corazón de una mujer. Mas, Ichabod, sin embargo, sabía bien que su oponente era mucho más fuerte, que nada lograría en un enfrentamiento directo contra él, así que eludía cualquier cosa que se pareciera a una disputa frontal. Para colmo, hasta sus oídos alguien había llevado una baladronada de Brom el Huesos, quien, según aquellas noticias que recibiera Ichabod, «iba a tronchar en dos al maestro para meterlo así partido en el armario de la escuela». Si por algo se caracterizaba Ichabod era por su cautela; no iba a darle, pues, la oportunidad de partirle en dos, y hay que reconocer que había bastante de provocación hacia el rival en su actitud pacífica, en sus afanes de no concederle el combate ansiado. Tanta obstinación por parte de su rival hacía

que Brom el Huesos no cejara en su empeño de urdir tretas y más tretas, algunas de una bellaquería indecible, para llevar a su terreno a aquel increíble y aparentemente inabordable rival, lo que no quiere decir sino que, al cabo, el pobre maestro pasó a ser la víctima favorita de las maldades tramadas por la banda de Brom el Huesos, dispuesta a dar todo su apoyo al jefe.

La banda, en su tropel de caballos, comenzó pues a hacer una incursión y otra en los hasta entonces tranquilos dominios del maestro; unas veces taponaban la chimenea del tejado, con lo cual la escuela se llenaba de humo; otras, ya de noche, entraban en la escuela y volcaban pupitres y mesas, tiraban por el suelo los papeles y los libros… Hacían así, en fin, inútiles las defensas de mimbre y estacas que pusiera el maestro, quien hubo de admitir que su escuela no era la trampa para pescar anguilas que había supuesto… El pobre llegó a pensar que las brujas todas de la región habían decidido tomar posesión de su escuela para celebrar en ella los akelarres. Aun con todo, esto no era lo peor; Brom el Huesos no dejaba escapar la mínima ocasión que se le presentara, a fin de ridiculizarlo ante la damisela; para colmo, había adiestrado a un perro vagabundo para que aullara de manera terrible y ridícula, en una especie de lúbrico lamento; cuando se producía, aseguraba Brom que aquel escándalo no era debido sino al pobre maestro, que daba así sus clases de canto a la impar Katrina. Así estuvieron las cosas durante un tiempo, sin que se produjera ningún cambio digno de mención en la estrategia guerrera de los contendientes.

Una tarde de otoño, muy hermosa, se hallaba Ichabod sumido en sus reflexiones, con las posaderas descansadas en el alto taburete desde el que dominaba su pequeño imperio escolar y cuanto hacían sus alumnos, blandiendo en su mano la vara de castigar, aquella especie de representación un tanto espectral de la justicia con que ejercía su poder. Tenía detrás, colgada en la pared de tres clavos roñosos, otra vara, por si se le rompía la primera, y delante, sobre su mesa, alguna que otra arma y unas cuantas cosas de contrabando que había decomisado a sus alumnos, tales como una manzana herida por unos cuantos mordiscos, varias cerbatanas, peonzas, jaulas para moscas y grillos y un montón de pajaritas de papel, lo que denotaba que no mucho antes habíase visto obligado a impartir justicia, haciendo víctima de ella a cualquiera de los pilluelos que acudían a oír su sabia palabra; de hecho, los muchachos permanecían ahora en silencio, fijos los ojos en sus libros; todo lo más, algunos cuchicheaban muy bajito sin perder de vista al maestro, por si se les acercaba vara en ristre… Un murmullo sutil, de expectativa temerosa, flotaba en el ambiente de la clase… De súbito se rompió aquel silencio, empero, con la entrada en la escuela de un negro que vestía chaqueta y pantalones de estopa y que se tocaba con un viejo y mugriento sombrero de copa, como un Mercurio con sombrero… Había llegado montando un penco flaco, medio salvaje y cojo, al que guiaba no más que con una soguilla atada a los belfos. Naturalmente, su presencia en la puerta de la escuela no

pudo pasar inadvertida, al contrario; y mucho menos para el maestro, puesto que le llevaba un recado según el cual aquella misma noche el matrimonio Van Tassel y su hija ofrecían una recepción a la que estaba invitado muy especialmente. El negro declamó, más que decirlo, su mensaje de manera harto elocuente, haciendo un gran esfuerzo por decirlo con las palabras más a propósito para tan magno evento, cual solían hacerlo los negros de aquellos días, habitualmente utilizados como embajadores para llevar todo tipo de recados y encomiendas. Después volvió a subirse a su penco y pronto se le perdió de vista, galopando, no tan ceremoniosamente como veloz, hasta perderse en lo más oculto de la hondonada, cual debe hacerlo un buen mensajero. No cesó con su ida el follón que entre el alumnado provocó aquello, perdida ya la paz que dominaba la clase una vez consumado el último castigo. Con la anuencia del maestro dieron cuenta los alumnos de sus lecciones a toda prisa, sin parar mientes en la observación de esos aspectos que de común, minucioso, les exigía el bueno de Crane; más aún, los más pillos se saltaban de golpe hasta media página, sin que el digno pedagogo reparase en ello, lo que no fue óbice, sin embargo, para que los más torpes se llevaran algún que otro coscorrón, y algún que otro varetazo, solo porque titubearon ante una palabra, o se trabaron en otra, considerando el maestro que ocurría así porque no prestaban la necesaria atención… Crane, por su parte, no reparó en el hecho de que sus alumnos, una vez diera él por concluida la clase, salieran casi de estampida, olvidándose de ordenar los libros, cual solían hacerlo, en las baldas dispuestas para ello; volaron además unos cuantos tinteros, se volcó algún pupitre, y una hora antes de lo que era normal la escuela quedó vacía… Aquel tropel de pequeños diablos se iba pegando gritos, saltando y revolcándose en la hierba para celebrar una liberación tan insólita como anticipada.

El galante Ichabod tardó más de media hora en arreglarse para acudir a la recepción, algo raro en él; cepilló con mimo el mejor de sus trajes, un terno negro muy sobrio, aunque algo resobado, empero, y con tanto o mayor cuidado se peinó los rizos ante un trozo de espejo que aún le quedaba sano en una pared. Luego fue a pedir prestado un caballo a un viejo granjero holandés, Hans Van Ripper, un tipo gruñón y malencarado, a fin de presentarse ante la amada de la manera más elegante posible, y así, cabalgando como todo un caballero capaz de enfrentarse a cualesquiera aventuras o al más arrebatador de los lances amorosos, puso tierra de por medio entre la escuela y la granja de Van Tassel. Por supuesto, y por seguir en lo que era común a las novelas de caballeros andantes, hay que hacer una descripción tan detenida como minuciosa de las trazas e impedimenta del caballero a lomos de su caballo. De este, no obstante, hay que decir que era una bestia usada de común para el tiro de labranza, lleno de mataduras y perdida, por viejo, su arrogancia y hermosura de otros días; por lo demás, y como caballo viejo y resabiado que era, no resultaban pocos sus defectos, todo lo contrario; flaco, peludo, sucio, con cuello más de carnero que de corcel y con la

cabeza digna de un martillo; le amarilleaban las crines, de viejura y mugre, al igual que la cola llena de nudos; a uno de sus ojos le faltaba la pupila, por lo que parecía de cristal, y en el otro le brillaba una especie de luz demoníaca, que sin duda era reflejo de su maldad resabiada; puede que aquel pobre penco hubiera sido en tiempos un brioso corcel que aún hacía honor a su nombre, Pólvora… No en vano había sido el caballo favorito del colérico Van Ripper, cuando aún montaba y galopaba furiosamente, antes de destinarlo a la labranza; y no en vano, con toda certeza, el amo había contagiado a su caballo aquel su iracundo carácter; aun viejo y muy castigado, el bruto albergaba tanta maldad como para superar a la que pudieran demostrar todos los jóvenes potros de la región juntos.

Ichabod componía una figura idónea para semejante montura. Montaba con estribos cortos, por lo que llevaba las rodillas a la altura de la silla; sus codos, visto desde atrás, parecían las patas de un saltamontes por lo mucho que los sacaba; llevaba la fusta en perpendicular, como si fuera un cetro; al trotar el caballo, en fin, sus brazos parecían las alas abiertas de un pájaro… Se tocaba además con un pequeño sombrero de lana inglesa que casi le caía hasta la nariz prominente, pues cabe recordar que su frente no era más que una franja estrecha entre el pelo y aquella; los faldones de su levita negra, además, parecían flotar sobre las ancas del caballo casi hasta cubrirle la cola sucia. Con semejante porte salió el maestro de la granja de Van Ripper. Pocas veces se tuvo la ocasión de ver algo semejante a plena luz del día. Era, como ya he dicho, una hermosa tarde de otoño, de cielo despejado, azul y apacible, así que la naturaleza mostraba esa su librea dorada que nos sugiere abundancia, cuando los bosques parecen poner en el ambiente pinceladas de profusos ocres y amarillos; la helada de la noche anterior había dejado, además, una hermosa capa púrpura sobre los árboles más tiernos y frágiles, y otras de naranja y de escarlata en los más firmes y grandes. Atravesaban los patos salvajes el horizonte en bandadas interminables; hasta podía oírse latir el corazón de las vivaces ardillas, incesantes en su corretear por entre los bosques de hayas y de nogales, mientras los rastrojos de las veredas parecían abrirse cual telones de teatro para que se dejara oír el canto largo y solitario de una codorniz. Los pajarillos del bosque se despedían ya del día regalándose con un banquete en lo alto de las ramas tremolantes, y piaban y saltaban por doquier de árbol en árbol, gozosos en su libertad de escoger uno u otro, esta o aquella rama, felices entre tantos árboles como tenían. Había petirrojos, ese pájaro que suele ser la diana preferida de los cazadores más jóvenes, revoloteando mientras sin desmayo soltaban sus notas siempre altas como en un lamento; había también mirlos cantores que en algunos claros parecían haberse puesto de acuerdo para formar una sola nube negra; y pájaros carpinteros de alas relucientes como los chorros del oro y con el penacho de fuego, hermosos con su amplia gorguera; y el pájaro del cedro, con las alas rematadas en puntas rojas, la cola en amarillo y su pequeño sombrero de

plumas; y el arrendajo, esa especie de barbián vocinglero que parece lucir un chaquetón de espejos azules y debajo un traje blanco, pájaro chillón y zalamero, cobista en sus continuas reverencias, como si deseara congraciarse con todos los demás pájaros cantores del bosque para que le perdonaran sus gritos y desafinaciones.

Ichabod, a paso lento ahora, continuaba a caballo mientras sus ojos, atentos en toda circunstancia a cualquier cosa que sugiriese abundancia en la cocina, hacían una suerte de deleitoso inventario de las maravillas que ofrecía tan pródigo otoño. A cada lado del camino veía, pues, ora un almacén hasta arriba de manzanas, las unas venciendo con su maduro peso las ramas de los árboles, las otras ya recogidas en cestos incontables y prestas a ser llevadas a los mercados, las de más allá apiladas para ser en breve pasto gozoso de la prensa que habría de convertirlas en sidra excelente. Más allá, en los apartados campos de maíz, se alzaban magníficas las doradas mazorcas como escapando del abrigo de sus hojas, como ofreciéndose gustosas a las diestras manos que harían de su sabrosura no menos apetecibles pasteles; y en la misma tierra, las calabazas restallantes de brillo ofreciendo a sus ojos esos sus prominentes vientres dignos de los mejores platos.

Atrás los trigales, atravesaba ahora Ichabod campos en los que se disfrutaba del olor dulce de las colmenas, lo que hacía que unas ilusiones no menos dulces comenzaran a cobrar forma en su mente ensoñecida de tanta paz y maravilla; así, degustaba ya una tarta de mantequilla espesa y miel en capas no menos densas… Una tarta que, naturalmente, le había preparado, para darle la bienvenida, la impar Katrina Van Tassel con sus propias y lindísimas manos.

Así, con tan amelcochadas imaginaciones, alimentaba sus sueños cuando iba por las faldas de unos cerros desde los que se avistaba uno de los más hermosos paisajes del Hudson. El sol, como una gran rueda, se iba deslizando poco a poco hacia los abismos del oeste. El amplio seno del Tappan Zee se mostraba ahora remansado como un cristal impoluto; solo algún leve salto del agua alteraba el reflejo de la inmensa sombra azulada de las montañas. Allá, en el horizonte, una hermosa luz dorada se iba mudando lentamente al verde propio de las manzanas de sidra, y aún más allá, en un azul que inequívocamente pertenecía al cielo. Las últimas luces caían en oblicuo y alargadas sobre el río, dando un brillo de plata a las grandes piedras de sus márgenes y un fulgor púrpura a las orillas. A lo lejos, una barca parecía mecerse lentamente en el agua, confiada en aquella tranquila corriente, con la vela acariciando lacia y voluptuosa el mástil; parecía la barca suspendida entre dos cielos, pues el agua aquella tarde no era más que el propio cielo reflejado.

Estaba a punto de caer la noche, también infinitamente apacible, cuando llegó Ichabod a los dominios de Heer Von Tassel. Ya estaba la casa llena con la flor y nata de la región. Había allí viejos granjeros de rostros enjutos y con las arrugas curtidas por el

paso de todas las estaciones durante muchísimos años, vestidos con chaquetas sencillas, sus medias azules limpias, y relucientes las grandes hebillas de sus cinturones; sus esposas, tan ajadas como parlanchinas y vivaces, con la cofia bien ajustada, el corpiño largo y firme, la enagua humilde pero limpia, y tijeras, acericos y un bolso grande de percal colgando de sus cinturones. Había también alegres muchachas, vestidas tal cual lo hacían sus madres, salvo en algún que otro caso en que lucían un sombrero de paja, el pelo al aire con una cinta, o algún que otro vestido impolutamente blanco, por afán de seguir la moda de la ciudad. Los hombres más jóvenes llevaban levitas de corte rectangular en el faldón, dos filas de botones metálicos y relucientes en ellas, y el cabello largo recogido en una cola de caballo, según era moda entonces; brillantes colas de caballo, sobre todo las de quienes se las frotaban con piel de anguila, cosa que se consideraba en aquellos días el mejor tónico capilar.

Brom el Huesos, como no podía ser menos, era el héroe principal de aquella escena; había llegado a la fiesta montando su caballo Temerario, el favorito de cuantos tenía, tan brioso y valiente como su amo, que pudo hacerse con él, cuando lo quiso, por ser el único hombre de la comarca capaz de domarlo; además, siempre prefirió caballos rebeldes, incluso resabiados, o los que se sabían todos los trucos de los jinetes expertos en doma; esos caballos, en fin, con los que hay que ser muy diestro si no quieres acabar partiéndote el cuello. Decía Brom el Huesos que un caballo dócil solo era propio de cobardes.

Me encantaría llenar estas páginas con el relato pormenorizado del montón de placeres que se mostraron a los ojos de mi héroe apenas entró en el salón principal de la casa de Van Tassel, aunque quede claro que no hablo de las encantadoras muchachas que allí había, jóvenes en la flor de la vida llenándolo todo con el ir y venir de sus ropas en rojo y en blanco. Ese universo de placeres era, por el contrario, cuanto se ofrece a la degustación de un buen paladar y de un estómago de enormes tragaderas en las fiestas de los granjeros prósperos, más si son holandeses y celebran las bondades del otoño. ¡Qué enorme cantidad de fuentes llenas de todos los pasteles habidos y por haber, y de pastas, y de otros dulces cuya relación sería inacabable, delicias cuyas recetas se cuidaban muy mucho de decir a las otras aquellas hacendosas amas de casa holandesas! Y el muy ilustrísimo doughnut, y el oly koek tan esponjoso, y el cruller crocante y de sabor tenue, delicadísimo… Y bizcochos, y una exquisita tarta de jengibre, e incontables pastelitos de miel… Y tartas de manzana, de melocotón… Y jamón cortado en lonchas, y carne ahumada, y conservas y confituras de ciruelas, de pera y de membrillos… Y enormes parrilladas de pescado, y pollos asados por docenas… Y cuencos rebosantes de leche recién ordeñada. Y más cuencos, hasta arriba de crema dulce… Todo, arbitrariamente puesto sobre las mesas; tan arbitrariamente como mi propia enumeración de las viandas, pero, eso sí, todo parecía

girar alrededor de una enorme tetera que de continuo silbaba anunciando que ya tenía la infusión presta. ¡Que Dios los bendiga! Me faltan el tiempo y la capacidad necesarios para describir convenientemente aquel banquete cual sería debido y justo hacerlo, y pues tengo que apresurarme en la conclusión de la historia, sigamos a otra cosa.

Ichabod Crane, felizmente, no tenía tanta prisa como yo, el que relata su historia, y se deleitó como cabe imaginar que lo hizo con todas aquellas y muy auténticas delicias, es verdad que con cierta pausa y hasta con ceremonia, pero sin despreciar nada de ningún plato… Era un hombre bondadoso y agradecido, de buen conformar y con un corazón tan grande como capaz era su cuerpo flaco, sin embargo, de ensancharse increíblemente para dar cabida a todo lo que engullía. Parecía unido en extática unción a las divinidades, merced a la comida, como otros parecen estarlo merced a la bebida… Por lo demás, no entornaba los ojos mientras degustaba tanta exquisitez, sino que los mantenía bien abiertos, desplazándolos de un lado a otro a la par que comía a dos carrillos, acariciando la ilusión de que todo aquello, algún día no muy lejano, bien podía ser suyo gracias a su matrimonio con la rica heredera del anfitrión. Si tal ventura le acontecía, pensaba sin dejar de masticar, sin dejar de mirar, abandonaría la escuela sin volverse para echarle una última mirada, haría una higa con su dedo a todos los Van Ripper de la comarca, y a todos los miserables que de mala gana lo acogían en sus casas, y pobre del maestro de escuela que se atreviera a llamarle compañero…

El viejo Baltus Van Tassel iba de un grupo a otro de invitados, con el semblante alegre, rojo de contento y buen humor, orondo y grato como una luna nueva de aquel otoño dadivoso. Era un excelente anfitrión, sin exageraciones; expresivo pero sin hacer notar a los otros su munificencia; daba a uno un fuerte apretón de manos, a otro una cariñosa palmada en la espalda, soltaba una carcajada limpia cuando le contaban alguna historia graciosa, y para todos sus invitados tenía frases de ánimo y aliento: «Vamos, muchachos, sírvanse ustedes mismos cuanto quieran, que no tiene que quedar nada en las fuentes».

No pasó mucho rato hasta que desde el salón contiguo se dejara sentir una música que invitaba al baile. El músico era un viejo negro de cabello plateado, toda una orquesta ambulante él solo, durante más de medio siglo, de un lado a otro por los pueblos, villas y aldeas de la región. Tocaba un violín tan viejo y averiado como él mismo, del que sin embargo extraía alegres melodías, acompañando los rápidos movimientos de su arco con unos no menos rítmicos movimientos de su cabeza; cada vez que una nueva pareja se lanzaba a bailar, saludaba su presencia inclinándose hasta casi tocar el suelo y pegaba un fuerte zapatazo para animarles.

En lo que a Ichabod de refiere, baste decir que se consideraba tan buen bailarín como cantante de salmos… Ni una sola de sus fibras, ni uno solo de sus miembros, era

ajeno a la música cuando se lanzaba a bailar; su figura tan poco grácil, bailando hasta casi desmadejarse, podría haber hecho pensar a cualquier que el mismísimo San Vito, el bendito patrón del baile, como es bien sabido, había bajado a la tierra desde los cielos para danzar sin descanso entre los hombres. Tanto se movía el maestro, que despertaba la admiración entre los negros de todas las edades y estaturas, los cuales, llegados de las granjas vecinas, se apiñaban en las ventanas del salón, por fuera, para contemplar aquel jolgorio. Las blancas bolas de sus ojos giraban divertidas al verle y una sonrisa de dientes de marfil les llenaba la cara, pues nadie como ellos para apreciar la excelencia de aquellos movimientos, realmente difíciles… ¿Cómo era posible que aquel maestro tan terrible, martillo de niños herejes y holgazanes, fuese así de divertido? Era su pareja de baile, por cierto, la dueña de su corazón, la hija del buen Van Tassel, y respondía con sonrisas a los guiños de ojos y otras morisquetas que él le hacía mientras se daba sin freno a las más diversas e imposibles contorsiones; a Brom, espectador impaciente de todo aquello, le hervían los huesos de rabia en el puchero de los rencores, mientras tanto; sentado en una esquina, ahora solo, sin nadie que le diera conversación ni le riese cualquier gracia, o lo alentara a una bravuconada, o a una apuesta, se mordía los puños por culpa de los celos.

Acabado el baile, Ichabod mostró interés en la conversación que mantenían Balt Van Tassen y un grupo de hombres ya de edad provecta y al parecer muy enterados. Fumaban plácidamente, mientras conversaban sentados en el porche, y yéndose a otros tiempos hablaban de viejas historias de la guerra.

La región toda había sido el escenario en que se libraran grandes e importantes batallas; había sido testigo, pues, de hechos cruciales y de las hazañas de muchos hombres. No muy lejos de donde se hallaba el grupo de granjeros habían librado duros combates las tropas inglesas contra las americanas, lo que hizo que vieran aquellas tierras, en tiempos, llegar a gentes procedentes de innumerables fronteras; las había de toda condición: emigrados que huían o que buscaban empleo, vaqueros, aventureros, soldados de fortuna… Tanto tiempo había pasado ya de aquello, sin embargo, que cada uno de los hombres reunidos en el porche del granjero holandés contaba su historia con un halo de leyenda; en lo incierto y vago de la memoria, evitar un toque de ilusión en lo que se cuenta, evitar narrar los hechos pretendidos sin tenerse uno por su máximo protagonista, resulta cosa poco menos que imposible, por lo que cada uno tenía su historia que contar, a cada cual más extraordinaria.

Así de emocionadamente, por ejemplo, hizo uno de aquellos hombres el relato de las aventuras de Doffue Martling, un holandés de barbas azuladas, según era fama, que hubiera podido hacerse con el control de una fragata inglesa él solo, no más que con un pequeño cañón del calibre noveno, viejo y oxidado, además, de no haberle explotado cuando disparó el cuarto proyectil. Otro habló de un anciano caballero, cuyo nombre no diremos aquí pues es el de alguien con mucho poder y no debe

pronunciarse ni escribirse a la ligera, un hombre tan diestro en las artes de la esgrima, que en la batalla de White Plains evitó que una bala de mosquetón lo hiriese, desviándola como si nada con la punta de su sable, y que oyó perfectamente, y tan tranquilo, cómo el proyectil iba lamiendo poco a poco la hoja de su sable hasta detenerse contra la empuñadura. Aquel caballero, según el que decía la historia, estaba dispuesto a enseñar su sable a quien dudara, para demostrar la veracidad de su historia, o lo que era lo mismo, la veracidad de sus legendarias hazañas blandiendo la espada. Otros de los allí reunidos hablaron de sí mismos, refirieron sus hazañas guerreras, tan importantes muchas de ellas que podría decirse que sin su participación en los combates librados la guerra no habría llegado a buen término.

Ninguna de aquellas historias, sin embargo, tuvo parangón con las de aparecidos que se relataron una vez agostadas las guerreras… Ya se ha dicho que hablamos de una región rica en leyendas y otros tesoros semejantes. La superstición, pues, se da tanto en las más recónditas aldeas como en los pueblos más prósperos, aunque el continuo flujo inmigratorio vaya barriendo poco a poco tal sentir. Por otra parte, no tienen los muertos mucho predicamento, que se diga, en las modernas ciudades que habitamos en nuestros días, pues apenas se quedan dormidos en su lecho de gusanos, ya abandonan la ciudad quienes los conocieron, llevados de avatares diversos y de afanes no menos distintos, por lo que, cuando los muertos salen de sus tumbas para iniciar sus nocturnas rondas, nadie a quien cursar una visita les queda… Por eso, seguramente, apenas oímos ya contar a cualquiera que se le ha aparecido el espectro de un difunto. Solo en las antiguas comunidades holandesas siguen siendo sensibles a estos casos, lo que es como decir que a los fantasmas.

La causa que explica la prevalencia de estos asuntos en regiones como Sleepy Hollow, pues, se debe a la formidable presencia en el valle de gentes de raigambre holandesa… Y quizás a ese ambiente, a ese aire pleno de misterio y ensoñaciones que todo lo presidía. Los que conversaban en el porche de Van Tassel, así las cosas, comenzaron a competir por ver quién se sabía la leyenda más brutal, quién había presenciado los hechos más tremebundos… Naturalmente, se oyeron cuentos de fantasmas, decidida y claramente espantosos; fantasmas, por ejemplo, que impertérritos, sin mover ni los labios, sin parpadear siquiera, lanzaban gemidos y lloros que helaban la sangre a quien los oía; otros, fantasmas también, como es claro, vagaban de un lado a otro, siempre según los narradores, en procesiones inacabables; a otros, igualmente fantasmas, como es de rigor, los habían visto en una suerte de asamblea bajo un gran árbol… Estos, por cierto, fueron los que, según era fama, dieron captura al infortunado mayor André, del que nunca más se volvió a tener noticia.

Tampoco faltaban las leyendas protagonizadas por mujeres, como aquella de la dama apenas cubierta con un velo vaporoso y blanco que se dejaba ver en la siempre

tenebrosa Cañada de la Roca del Cuervo, donde había muerto en medio de una nevada… Cuando se aparecía, la pobre gritaba sus lamentos de manera tal que no podía por menos que poner de punta, los pelos de quienes la oían, sobre todo en mitad de las más inclementes y tormentosas noches de invierno. Mas, ni que decirlo tiene, estas historias juntas eran apenas nada en comparación con la que a todos emocionaba muy especialmente: la del jinete decapitado de Sleepy Hollow, al que, según decían varios de aquellos hombres que hacían su tertulia en el porche de Van Tassel, se había visto de nuevo, muy recientemente, recorriendo la comarca tan a menudo como en sus mejores tiempos, amarrando su caballo, cada noche, en cualquiera de las tumbas del camposanto de la iglesia del pueblo.

Ha sido a buen seguro lo apartado en que se alza esta iglesia cuanto, por lo que parece, hizo del recinto sagrado un punto de reunión ineludible de espectros y espíritus de toda laya. La iglesia se levanta, a fin de cuentas, sobre una loma rodeada de olmos y de algarrobos centenarios, entre los cuales destacan sobremanera los muros blancos del templo, que son como relámpagos de la pureza cristiana que pugna por lucir incluso en los más negros parajes. Una leve depresión del terreno conduce de la iglesia a un remanso de agua como de plata rodeado de árboles de altas copas a través de los cuales se observan a lo lejos las azules colinas del Hudson. Cuando se contempla el camposanto anejo a la iglesia, cubierto de hierba muy verde sobre la que parecen echarse a dormir los rayos del sol, embargados de tanta paz como rezuma, tienes la impresión de que en semejante lugar los muertos no pueden hacer otra cosa que no sea reposar eternamente, cual les corresponde… A uno de los lados de la iglesia se abre un hondo barranco por el que arrastra la corriente, sobre todo en los días de lluvia fuerte, troncos de árboles caídos, pedruscos arrancados de cuajo, ramas…; en el punto más negro y denso y hondo del torrente, no lejos del templo, hubo en tiempos un puente de madera; el sendero que llevaba hasta el mismo puente, el puente también, quedaba prácticamente cubierto por la densa sombra de los frondosos árboles cuyas ramas parecían no ya no dejar pasar el aire, sino estrangularlo; por eso, aun de día, era un lugar en el que solo moraban las sombras; y de noche, la oscuridad más plena.

Tal era, al parecer, uno de los caminos que con mayor constancia frecuentaba el jinete decapitado de Sleepy Hollow. Y una de las historias que corría de boca en boca de todos los moradores de la región hablaba de que cierta noche, el viejo Brouwer, un tipo algo insolente, incrédulo y hasta hereje en lo que concierne a los fantasmas, al volver de Sleepy Hollow y antes de abandonar el valle por aquel camino se topó de golpe con el jinete, no ocurriéndosele otra cosa que hacer la tontería de seguirlo… Así, a galope tendido, fueron ambos, uno delante, otro detrás, a través de bosques, de malezas, entre las colinas, por las ciénagas… hasta llegar al puente… Allí, de súbito, el jinete se convirtió en un esqueleto reluciente, que se abalanzó sobre el viejo Brouwer

para empujarlo con furia y hacerlo caer al torrente mortal, mientras rugían las copas de los árboles como si de ellas, y no del cielo, emanara la tormenta preñada de relámpagos y de truenos.

El relato de esta historia que se daba por verídica, halló parangón más que conveniente en la aventura que narró a continuación el propio Brom el Huesos, que se había sumado a la tertulia, no sin antes decir que él, como se vería de inmediato, superaba como caballista al jinete sin cabeza… Ocurrió, según dijo Brom, que regresando del pueblo próximo de Sing Sing, se le plantó de golpe en el camino aquel legendario caballero sin cabeza para apostarse con él lo siguiente: una carrera por una jarra de ponche. Aceptó valientemente Brom el Huesos; la cabeza de su caballo Temerario fue durante toda la carrera a la par que la de la montura del fantasma decapitado, sin que este pudiera superarle por mucho que lo intentara, y hubiera ganado la apuesta, y la carrera, que era cuanto más interesaba al joven fanfarrón, de no ser porque, al llegar al puente, el jinete decapitado dio un salto increíble para salvarlo, perdiéndose a continuación en una llamarada que se extinguió lentamente, en la lejanía…

Todos estos relatos, hechos en ese tono de voz con que se suelen contar en la oscuridad historias tales, historias de terror y de misterio, con los rostros de los allí reunidos apenas iluminados por el resplandor de una pipa que quema tabaco ávidamente, impresionaron muy de veras al bueno de Ichabod Crane. Él mismo, además, puso su granito de arena citando largas parrafadas de su muy estimado Cotton Mather y refiriendo algún caso que, según él, pudo observar en el Estado donde naciera, Connecticut, e incluso allí mismo, en Sleepy Hollow, durante sus paseos nocturnos…

Estaba a punto de acabar la fiesta, pues muchos de aquellos granjeros comenzaban a montar en sus carretas para irse, tras reunir a la familia, y se iban de hecho poco a poco, llenando ahora el silencio de la noche con el choque de las ruedas contra los pedruscos del camino. Varias muchachas montaban a la jineta en la grupa del caballo, tal y como se lo ofreciera algún pretendiente; reían alegres y sus risas se iban alejando lentamente entre el trote rítmico de los cascos de los caballos, para ser devueltas por el eco de los bosques dormidos… Al cabo desaparecían voces, carcajadas, trotes y ecos, como si un desierto ignoto se lo hubiera tragado todo tras brotar en el mismo sitio donde antes hubo jarana y contento… Ichabod, sin embargo, seguía allí, como hubiera hecho cualquier otro enamorado de aquella región, en la esperanza de poder conversar a solas con su amada, y en adorable tête-à-tête, siquiera unos minutos, antes de partir. Tenía la cara iluminada de dicha, pues no albergaba más convicción que la de hallarse a las puertas del éxito. Mas no pretendo decir qué ocurrió en la entrevista que mantuvieron, pues debo señalar, en aras de la mayor sinceridad, que lo ignoro por completo… Algo, no obstante, debió de ir mal, pues al cabo de muy pocos minutos

de conversación el pobre maestro mostró un amargo y desolado rictus en su antes feliz y satisfecho semblante. ¡Oh, estas mujeres! ¡Cómo son! ¿Sería posible que aquella muchacha no hubiera hecho más que coquetear con él, para divertirse, o acaso para burlarse, un rato? ¿Sería posible que hubiera alentado arteramente las esperanzas del pobre pedagogo, para dar celos a quien era el peor enemigo del bueno de Ichabod, nada más? Yo, la verdad, no lo sé; quizás el cielo… Limitémonos a decir que Ichabod salió de la granja de Van Tassel, más que como un digno invitado, como un granuja que hubiera ido allí para robar un par de gallinas y no para hacerse con los favores del corazón de una damisela… Así, ahora, sin reparar ya en la bondad y riqueza de cuanto allí había, se dirigió a toda prisa a los establos, pegó un puntapié al penco que lo llevara, para que se levantase del suelo sobre cuyas pajas se había tirado a dormir puede que soñando con auténticas montañas de maíz, o con unas praderas repletas de tréboles, o con interminables valles de alfalfa y forraje; unos sueños, pobre bruto, que se le desvanecieron de golpe.

Fue a la hora de las brujas, en lo más negro ya de la noche, cuando Ichabod, con su cresta de gallo orgulloso ahora caída, meditabundo y con mucho dolor en su amargado corazón, tomó el camino de vuelta por las laderas de los cerros desde los que se dominaba Tarry Town… Aquellos lugares que de manera tan distinta había contemplado, y con el ánimo no menos distinto, pocas horas antes, cuando aún el día era hermoso. La noche, ahora, se mostraba tan triste como él; acaso, igual de dolorida. Abajo y a lo lejos, el Tappan Zee, profundamente negro, albergaba una luz que en la lejanía se mostraba siniestra, la lámpara que se mecía en el mástil de una embarcación pequeña allí anclada, a merced del vaivén moroso de las aguas. Puede que fuese aquella pequeña embarcación que había contemplado con deleite por la tarde, pero ahora le pareció totalmente distinta, incluso infame. A las doce de la noche, en aquel aterrador silencio que todo lo presidía, oyó el maestro poco después el ladrido largo y agudo, pero muy débil, como lastimero, de un perro guardián; lo sintió tan lejos que se dijo que ni los perros querrían ya acercarse a él. También le parecía sentir, de tarde en tarde, el canto de un gallo, pero lo tenía por un simple eco como escapado de sus sueños; o como llegado de una granja en la que nadie querría ya darle alojamiento ni comida. Por donde pasaba nada vivo se veía, ni se percibía; acaso, únicamente, el canto monocorde y melancólico de los grillos, el croar impertinente de una rana de las ciénagas, quejumbrosa, como si no pudiera dormir bien en aquella tan propicia humedad o como si la hubiese despertado él mismo al pasar por allí con su caballo.

Todas las historias de aparecidos, de muertos y de fantasmas, que había oído contar aquella noche, comenzaron a agitarse entonces en su cabeza, cual si se le hubiera metido un torbellino en ella… La noche, encima, era cada vez más negra, según se adentraba en el bosque; las estrellas del cielo parecían haberse clavado en la bóveda celeste como sin brillo, ocultas a cada poco por algunas nubes que pasaban.

Jamás se había sentido el bueno de Ichabod ni tan solo ni tan desgraciado como aquella noche; llegaba ya a uno de esos puntos tenidos por malditos en todas las leyendas de la región, un lugar, al parecer, favorito de los espectros, cuando de pronto se topó con un árbol enorme, un tulipero que se alzaba por encima de todos los demás, como un mojón gigantesco animado por la savia; un mojón tan poderoso de ramas como otros árboles lo son de tronco… Aquellas ramas del tulipero ofrecían, en su retorcimientos, figuras tan fantásticas como incontables que tocaban el suelo para remontarse después hasta el aire; era el árbol, por cierto, en el que cayó cautivo de los seres de la noche, según la leyenda, el pobre y malogrado mayor André, que así, perdiendo allí la vida, le dio nombre, al punto de que todos en la región se referían a él como el árbol del mayor André. Las gentes del lugar, cuando lo mentaban, lo hacían con una mezcla de temor y de reverencia supersticiosa, y acto seguido se lamentaban de la suerte trágica del mayor, un héroe desventurado, como si con su evocación cariñosa quisieran espantarlo para que no se les apareciera entre lamentos y gritos desgarradores.

Cuando más se iba aproximando Ichabod a tan terrorífico árbol, y para quitarse de encima el miedo, comenzó a silbar inopinadamente… Mas oyó entonces que era respondido con un silbido idéntico… Se dijo, empero, que no era más que una ráfaga de viento súbito que le llegó a través de las retorcidas ramas del tulipero… No obstante, cuando ya estuvo prácticamente bajo el árbol, dejó de silbar y detuvo su cabalgadura. Algo informe, de lo que solo percibía un color blanco, pendía de una de las fuertes ramas; urgió de nuevo a su caballo, para acercarse, y comprobó entonces que no colgaba de rama alguna cualquier cosa, sino que el tronco mostraba una herida en su corteza, como si hubiera sido alcanzada por un rayo. No tuvo apenas tiempo de respirar en paz, sin embargo, pues al punto escuchó un gemido largo y sentido… Se puso a temblar; apenas podía controlar ahora la mandíbula y sus piernas; así y todo, armándose de valor de nuevo, siguió un poco más allá, y otra vez aliviado comprobó que aquello no había sido más que el sonido hecho por dos ramas que se rozaban a merced de la brisa… Salió Ichabod de los dominios del árbol, pues, pero no había escapado con ello al peligro que se cernía sobre él.

A unas doscientas yardas del árbol cruzaba el camino un arroyuelo que se precipitaba hacia una zona de légamos conocida como el pantano de Wiley. Para cruzarlo, unos troncos hábilmente dispuestos ofrecían el paso propio de un puente, y del lado de la corriente del arroyuelo varios castaños y robles, por cuyos troncos trepaba la hierba, se cerraban como una bóveda sobre aquel paso tan improvisado como eficaz. Algo en su interior, entonces, le hizo sentir una cierta aprensión, como si unos pasos más allá no hubiese otra cosa que una gruta oscura y sin salida… Atravesar aquello, pues, le supondría la prueba más difícil de superar. Sabía bien el maestro, además, que fue entre aquellos árboles, robles y castaños, donde se escondieron los

soldados que, más allá de la leyenda, tendieron la emboscada al mayor André; eso, y la leyenda en sí misma, hicieron que el puente fuera tenido por todos como un lugar maldito, que solo debía cruzarse de noche y en compañía… Y él iba solo… Ahora comprendía bien el terror de sus alumnos cuando, con la oscuridad de los días de invierno, tenían que atravesarlo para regresar a sus casas una vez concluidas las lecciones.

Cuanto más se aproximaba su montura al riachuelo, más fuerte le latía en el pecho el corazón a Ichabod, como si le fuera a hacer saltar las costillas. Pero, respirando hondo, haciendo acopio de todo el valor y de toda la fuerza de voluntad que hubo de requerirse para no dar marcha atrás, fustigó violentamente a su caballo, le clavó los tacones de sus botas en los ijares, en la esperanza de que el penco saliese casi de estampida para cruzar aquello cuanto antes, pero el mal bicho que era aquel caballo, resabiado e indolente, no hizo más que un violento escorzo hacia su derecha, para que su jinete se golpeara de manera brutal contra un árbol… El maestro, ahora tan enfadado como preso del pánico, y que a cada segundo que pasaba en aquel lugar sentía aún más miedo, tiró de las riendas, sin embargo, hacia el lado contrario, para herir en los belfos al caballo con el bocado y obligarlo así a seguir el rumbo que quería… Más fue inútil; el penco se echó a galope, sí, pero no para cruzar lo que su jinete le indicaba, sino para tirarse de costado, violentamente, como si hubiera sido abatido por un disparo, contra unas zarzas repletas de espinas que había a la izquierda del camino. Aun maltrecho, se levantó Ichabod, volvió a montar y castigó con una dureza inimaginable al bruto, sacudiéndole con la fusta aún más fuerte que antes y clavándole los tacones de sus botas en los ijares con auténtica saña… El viejo Pólvora relinchó, se puso de manos y salió otra vez a galope… Mas justo cuando llegaba a la embocadura del puente se paró en seco, como las mulas… A punto estuvo de salir lanzado el maestro por encima de las orejas del penco, y si no lo hizo fue porque se agarró con fuerza al cuello de la bestia malvada… Iba a castigarlo de nuevo con otra ración de fustazos, pero entonces percibió unas pisadas en el agua… Al tétrico amparo ofrecido por la bóveda de los árboles apenas vio una sombra informe, erguida, alargada y ancha, quieta, como abrigada en la oscuridad cual fiera dispuesta a lanzarse sobre el viajero que osara entrar en sus dominios.

El vello del pobre pedagogo se erizaba a impulsos del terror que lo embargaba. ¿Qué podía hacer o decir? Era demasiado tarde para girar la grupa de su caballo y escapar por donde había venido; además, podía tratarse de un espectro, de un fantasma, de un espíritu, seres del aire capaces de atravesarlo incluso de cara al viento. Así que, haciendo acopio de los últimos rescoldos de valor y de cordura que ardían en su pecho y en su cabeza, y a despecho de su voz en un hilo, escuchó no sin sorpresa que de su boca salía una pregunta: «¿Quién eres?» Como la sombra no respondiera repitió la pregunta. Y tampoco obtuvo respuesta. Así que no le quedó otra que atizar

con la fusta de nuevo al maldito Pólvora, clavándole con saña los tacones una vez más, cantar con voz temblorosa y en un puro grito uno de sus salmos y galopar por donde había llegado… Mas justo entonces la sombra se interpuso en su camino, abandonando su anterior escondite, para cerrarle el paso. Ahora, a corta distancia, podía distinguir mejor la sombra, que adquiría forma: a pesar de la lobreguez de la noche vio a un jinete corpulento que montaba un altísimo y muy fuerte caballo negro. No parecía ni molesto ni amigable. Ichabod, no obstante, hizo que su caballo siguiera, al paso ahora, y cuando llegó a su altura el jinete se apartó, lo dejó pasar, y luego siguió junto al maestro, situando su caballo del lado por el que no veía su penco, que ahora parecía tranquilo y manso, manejable.

Concluyó Ichabod su salmo y se decidió entonces a mirar a su nocturno compañero, a pesar del miedo, recordando de golpe aquella aventura de la apuesta que narrara Brom el Huesos… Eso fue lo que le hizo fustigar de nuevo a su penco, en la esperanza de dejar atrás al fantasma… Mas picó espuelas el jinete maldito para alcanzarlo de nuevo, sin mayor esfuerzo de su montura. Al maestro no se le ocurrió otra cosa que tirar atrás de las bridas, para hacer más lento el paso de su jamelgo. Pero el jinete hizo lo mismo. A Ichabod le latía entonces el corazón de manera que casi se le oía, más aún que el retumbar de los cascos de los caballos en el silencio de la noche. Se puso a cantar otro salmo, que ahora, empero, no le salió; tenía la boca seca por el pánico, la lengua se le pegaba al paladar y no le salían ni una nota, ni una palabra de la primera estrofa… Su compañero nocturno parecía obstinado en su silencio, algo que aún le resultaba más temible al maestro. Pronto, empero, sabría el porqué.

Descendían ambos, emparejadas sus monturas, por la ladera de una leve colina, en la claridad que auspiciaba el fondo del firmamento y la ausencia en aquella zona de bosque, cuando se percató, aun mirándole de reojo, de que aquel ser era aún más corpulento de lo que ya de por sí le había parecido antes; y que no tenía cabeza, lo que hará comprender a cualquiera la clase de pánico que, sobre los ya padecidos, embargó ahora al pobre pedagogo… Mucho más, ni habría que decirlo, cuando comprobó cómo el jinete apoyaba su propia cabeza, que llevaba hasta entonces bajo un brazo, en el arzón de la silla de su caballo. Mil escalofríos, como latigazos, sacudieron de arriba abajo el cuerpo de Ichabod, empavorecido. No pudo pensar nada, ni considerar por más tiempo su situación; comenzó a pegar a su caballo con manos y pies… Pólvora, al menos, obedeció esta vez, lanzándose a galope tendido… Pero fue en vano, porque de inmediato tuvo de nuevo a su altura al jinete sin cabeza; galopaban en una enloquecida carrera, sacando chispas de las piedras los cascos de sus caballos; inclinado sobre el cuello de su penco, Ichabod sentía que su traje flotaba en el aire, lo que le complacía pues le daba la sensación de que podría dejar atrás al fantasma… Pero llegaron juntos hasta el cruce de caminos en el que se tomaba el que

conducía hasta Sleepy Hollow; entonces, Pólvora, que parecía poseído por un demonio, cambió inopinadamente de rumbo, y en vez de girar a la derecha, como procedía, se tiró en su loca carrera por la cuesta de un sendero arenoso que llevaba desde los árboles al puente, ese otro puente famoso de las historias de aparecidos, el grande que lleva a la colina frondosa en la que se alzan la iglesia encalada que tiene a su vera el camposanto.

Hasta ese preciso momento, el pánico que también sentía el pobre penco parecía otorgarle cierta ventaja sobre el fantasma, aun cuando, desde luego, no fuera tan buen jinete como el decapitado… Pero cuando llevaba recorrida no más de la mitad del sendero, sintió que se le aflojaban las cinchas de la silla de montar y algo así como si su penco se le escurriera entre las piernas. Trató de equilibrarse y de asir la silla de montar con las piernas, para que no se le fuera, pero nada; se salvó de una terrible caída, y del consiguiente batacazo, aferrándose con todas sus fuerzas al cuello y a las crines del penco, mientras su silla caía irremediablemente al suelo y era pisoteada, lo oyó perfectamente, por los cascos del caballo del fantasma que estaba a punto de darle alcance. Así y todo, pensó en la ira de Hans Van Ripper cuando le contara que había destrozado su silla de montar preferida, la que solía poner los domingos a su montura… Pero fue solo un instante; lo que sufría ahora era insuperable; los enfados de Van Ripper resultaban una tontería comparado con aquello… Sentía cada vez más cercano al fantasma; Ichabod, que no era precisamente un jinete indio, iba peor que mal montando a pelo y a todo galope, y a punto estaba de caerse por un lado, cuando lograba rehacerse y a punto estaba de caer por el otro lado; además, golpeaban tan brutalmente sus nalgas contra los huesos del penco, que le parecía inminente el batacazo; al menos así, se decía, si se tronchaba el cuello acabaría de una vez por todas aquella pesadilla…

Un claro entre los árboles le hizo cobrar mayor confianza, sin embargo, y ansió embocar el puente que conducía a la iglesia cuanto antes, ya que era aquel el camino que había tomado inopinadamente su caballo. La luz de la luna, que caía trémula sobre las aguas, le hizo saber que no erraba en sus pronósticos. Vio casi acto seguido el encalado de la iglesia, que refulgía en la oscuridad a través de los árboles; recordar que allí, en el puente, se había esfumado el fantasma cuando compitió contra Brom el Huesos, le hizo sentir alivio. «Si llego en cabeza al puente estaré a salvo», pensó; y justo en ese momento oyó a sus espaldas el resoplido del caballo del fantasma, un caballo igualmente fantasmagórico, que casi le quemaba; volvió a fustigar al viejo Pólvora y cruzó en cabeza el puente, levantando un estrépito de tablas bajo su galope. Ya del otro lado, no pudo evitar volverse con la esperanza de que, al igual que en el relato del fanfarrón, y cual parecía norma en los fantasmas, se hubiera hecho una llamarada de fuego su perseguidor, esfumándose de inmediato… Pero lo que vio, empero, fue mucho más aterrador; se irguió el jinete en su montura sobre los estribos,

tomó su cabeza con una mano y la lanzó con fuerza hacia Ichabod, que no pudo esquivar tan espantoso proyectil… La cabeza del fantasma se estrelló contra la suya con un sonido de piedras que se entrechocaran… Cayó a tierra; Pólvora, el jinete decapitado y su caballo negro pasaron por encima de aquel cuerpo yaciente como una simple brisa.

A la mañana siguiente el malencarado Van Ripper encontró su viejo caballo a las puertas de su casa, sin montura, claro, y arrastrando la brida… El pobre penco, sabio a fin de cuentas, saciaba su hambre y trataba de olvidarse de la noche anterior arrancando a mordiscos puñados de hierba. Ichabod, por el contrario, no hizo acto de presencia, a pesar de que era la hora del desayuno. Llegó la hora del almuerzo, y por muy raro que le pareciera al granjero, tampoco apareció. Sin él en la escuela, los alumnos pasaban el rato junto al riachuelo; nadie sabía nada acerca de su maestro… Comenzó a temer Van Ripper, ya avanzada la tarde, que algo malo le hubiera ocurrido; además albergaba aún la esperanza de que, con la aparición de Ichabod, lo hiciera también su silla de montar. Varias averiguaciones dieron pronto su fruto… Encontraron sus huellas, y a un lado del camino, aunque enterrada casi por completo en el suelo arenoso y un tanto destrozada, hallaron también la silla de montar del viejo holandés. Las huellas conducían hasta el puente; desde allí vieron flotar el sombrero del infortunado Ichabod en la parte donde las aguas eran más negras y profundas; no muy lejos, cerca de la orilla, vieron también una calabaza partida.

Pronto se organizó una partida para rastrear el curso del riachuelo, pero fue en vano; nadie albergó al final duda alguna sobre lo que más evidente era, esto es, que Ichabod no estaba por allí, ni vivo ni muerto. Luego, Hans Van Ripper, que se instituyó en una especie de albacea testamentario del maestro, examinó sus pertenencias… Apenas nada; dos camisas y otra medio rota; un par de corbatas de lazo, dos pares, o acaso solo uno, de medias, unos viejos pantalones de pana, una navaja mohosa, un libro de salmos con gran cantidad de marcas en cada página, un diapasón roto… Los libros y el mobiliario de la escuela, por otra parte, pertenecían a la comunidad, salvo la Historia de la brujería, de Cotton Mather, y un Almanaque de Nueva Inglaterra, además de un volumen que trataba de los oráculos y otro sobre los sueños… Entre las páginas del libro sobre los sueños había una hoja de papel llena de tachaduras y borrones de tinta, el resultado de un intento que hiciera el pobre maestro por dedicar unos sentidos versos a la joven heredera de los Van Tassel. Aquellos libros tan mágicos y el poema frustrado fueron a parar al fuego, de la mano del propio Van Ripper, quien decidió en el preciso instante de arrojarlos a las llamas, y después de haberles echado un vistazo somero, que sus hijos jamás volverían a pisar una escuela, harto convencido como lo estaba de que nada bueno podía obtenerse de la lectura ni de la escritura… Por lo demás, se dijo el granjero, parecía evidente que si Ichabod tenía ahorrado algún

dinero, al margen del que había recibido un par de días atrás como paga por su trabajo, había desaparecido con él mismo.

El caso de la desaparición del maestro fue la comidilla de todos en la iglesia, el domingo siguiente. Grupos de chismosos, aquí y allá, en el jardín de la iglesia y hasta entre las tumbas del camposanto, hablaban largamente de ello, especulando sobre mil posibilidades a cual más descabellada; después, como de paseo, y sin dejar de hablar del caso, cruzaron el puente y caminaron por la orilla, deteniéndose especialmente en los puntos donde se hallaron el sombrero del maestro y la calabaza partida. Las historias de Brouwer, de Brom el Huesos, y muchas otras más, dieron mucho que pensar y opinar a todo el mundo… Así que, después de sopesar estas y aquellas posibilidades, mientras fumaban plácidamente sus pipas de aromático tabaco, los hombres de Sleepy Hollow concluyeron que la única solución al enigma la ofrecía el hecho inequívoco de que el pobre maestro había sido raptado por el fantasma del jinete sin cabeza. Como Ichabod era soltero y no tenía deudas, la gente dejó de pensar en él y en su desaparición muy pronto, no tenían por qué estrujarse por más tiempo la sesera… Se habilitó otra casa como escuela y pronto hubo en el pueblo un nuevo maestro.

Es verdad, en cualquier caso, que un viejo granjero que ha estado recientemente en Nueva York, ahora que han transcurrido ya unos cuantos años desde que desapareció Ichabod Crane, añade nuevos elementos de misterio a la historia, lo que sin duda encantará a todos en Sleepy Hollow, pues cuenta que Ichabod Crane sigue vivo. Asegura que huyó del valle por miedo a una nueva aparición del fantasma y también por el dolor que le causó el rechazo de la hija de Van Tassel. Dice también que vive en un lugar muy apartado, donde poco después de su llegada siguió ejerciendo la docencia mientras estudiaba leyes, lo que le facultó para desempeñarse como abogado y entrar con éxito en política, apareciendo en los periódicos varias veces cuando se presentó en una candidatura… Dice también este hombre que no hace mucho ha sido nombrado juez del Ten Pound Court. En lo que a Brom el Huesos respecta, solo cabe decir que, poco después de la desaparición de quien fuera su rival en amores, condujo triunfante a la bella Katrina al altar… Y como no podía ser de otra manera, cada vez que Brom el Huesos oía decir algo sobre la calabaza partida que se halló en el río, un poco más allá de donde flotaba el sombrero del maestro, se moría de risa… Eso hizo pensar a más de uno que a buen seguro sabía bastante más de lo que decía sobre la desaparición de Ichabod, pero no creo digna de ser tenida en cuenta tal opinión, pues según las viejas comadres de Sleepy Hollow, tan sabias ellas para emitir juicios sobre asuntos así de escabrosos, Ichabod fue apartado de este mundo por medios perfectamente sobrenaturales.

Como era de esperar, tan abracadabrante suceso se ha convertido ya en una de las historias favoritas de las gentes de la región, que lo narran en las noches de invierno al

calor de la lumbre. El puente maldito, así las cosas, se ha convertido en uno de los lugares que más cuidadosamente evitan quienes en este valle moran, presos de un terror supersticioso a tan inocente lugar… Acaso tal sea la razón de que hace unos pocos años se decidiera desviar el camino que llevaba a la iglesia, y que hacía obligatorio el paso por el puente, por la orilla de la presa del molino. La que fue escuela en donde impartió sus enseñanzas Ichabod Crane no es más que una casa en ruinas lamentables; quienes se atreven a pasar relativamente cerca de sus paredes desconchadas y húmedas de moho, lo hacen con bastante aprensión, despacio para no pisar fuerte, pues cuentan que allí vive, nada menos, el fantasma del pobre Ichabod. Los mozos que labran la tierra, por su parte, cuando regresan agotados a sus casas, tras una larga y dura jornada, sobre todo en el verano, cuando empieza a anochecer, aseguran que se oye en la lejanía la voz de quien fuera el maestro de Sleepy Hollow entonando uno de sus salmos tan melancólicamente que se les parte el corazón de pena.

POST SCRIPTUM

Por. Mr. Knickerbocker, de su puño y letra

La historia precedente va escrita, en su mayor parte, con las mismas palabras que escuché en una reunión celebrada en el Ayuntamiento de la antañona ciudad de Manhattoes, lleno aquel día de muchas y muy importantes gentes del lugar. El narrador de la historia era un anciano venerable y de trato exquisito, todo un caballero a pesar de su raído traje que a primera vista hacía que se le tomara por un pordiosero.

Tenía aquel hombre un rostro en el que eran perceptibles, a la vez, la tristeza y una cierta jovialidad, lo que hacía pensar inevitablemente en que hacía muchos esfuerzos para desviar nuestra atención de sus trazas más que menesterosas.

En cuanto concluyó su narración, estallaron los presentes en risas, si no en carcajadas, sobre todo un par de concejales que allí había, hombres un tanto groseros, por lo demás, de esos que suelen dormir durante las sesiones del Ayuntamiento… No obstante, había también entre la concurrencia otro anciano, alto, seco, adusto, de

pobladas cejas, que miraba a todos con bastante severidad, incluso con desprecio. Con las manos sobre la mesa unas veces, y cruzado de brazos otras, inclinaba a menudo la cabeza y parecía preocupado, como si una espantosa carga lo abrumase. Era uno de esos caballeros de edad, circunspectos y severos, que solo ríen cuando de veras tienen motivos para hacerlo. O cuando la ley se les muestra favorable tras una dura querella.

Una vez cesaron las risas destempladas de los demás y se hizo de nuevo el silencio en la sala, apoyó un brazo en el reposabrazos del sillón, se puso el otro a la cadera, preguntó alzando las cejas elocuentemente, como en sorpresa burlona, cuál era la moraleja de aquella historia y qué se pretendía demostrar a través de la misma. Entonces, el narrador, que justo en ese preciso momento bebía un buen vaso de vino para refrescarse la garganta y los labios, secos por la vehemencia de que hizo gala al contar la historia, se quedó con el vaso a medio camino unos segundos, miró a quien lo interpelaba tan sarcásticamente, aunque con un aire, sin embargo, de bondad y hasta de gran deferencia e incluso aceptación de sus palabras, depositó después el vaso en la mesa, lentamente, mientras tomaba aire, y observó que la historia, atendiendo a la más inequívoca lógica de los propios hechos, no pretendía más que demostrar lo que a continuación se expone:

«Que no hay situación en la vida de la que no se pueda extraer ventaja, e incluso obtener placer, siempre y cuando sepamos aprovecharnos de ella.

»Que, en lógica consecuencia, pues, quien se atreva a echar una carrera a un jinete muerto, tendrá muchas posibilidades de sufrir un accidente.

»Ergo, si un maestro de escuela pueblerina resulta rotundamente rechazado por una joven y hermosa holandesa a la que pretende, de inmediato obtendrá dicho maestro el beneficio de una buena carrera profesional en la abogacía y hasta en la política».

El caballero de las pobladas cejas frunció y alzó estas una y otra vez, sorprendido por tan apabullante silogismo; mientras, el viejecito del traje raído le contemplaba, o eso me pareció, con un inmenso y no menor sarcástico aire de triunfo. El adusto caballero, al fin, no tuvo sino que reconocer que todo aquello estaba muy bien, que el argumento había sido bien defendido, aunque mostró una leve objeción: en cualquier caso, tal historia, para su gusto y para sus entendederas, resultaba un tanto extravagante, añadiendo que, encima, le habían quedado sin aclaración un par de puntos.

«Le aseguro, caballero, que ni yo mismo me creo la mitad de ese cuento», le respondió entonces el narrador.

Rip Van Winkle

La siguiente relación se encontró entre los papeles del difunto Diedrich Knickerbocker, un anciano caballero de Nueva York que se interesó profundamente por la historia de las colonias holandesas de la provincia y las costumbres de los descendientes de los primitivos pobladores. Sus investigaciones históricas no se efectuaban, sin embargo, entre libros, sino entre seres humanos, pues en los primeros no abundaban sus temas favoritos, mientras que los encontraba en los viejos burghers y aún más en sus mujeres, que poseían enormes tesoros de aquel folklore, tan valioso para el verdadero historiador. En cuanto hallaba una auténtica familia holandesa, cuidadosamente encerrada entre sus cuatro paredes, en su casa de techo bajo, construida casi debajo de la ancha copa de algún árbol, la consideraba como un pequeño volumen y la estudiaba con el celo de un ratón de biblioteca.

De todas estas investigaciones resultó una historia de la provincia bajo los gobernadores holandeses, que se publicó hace unos años. Existen numerosas opiniones acerca del verdadero carácter literario de ese libro, que, a decir verdad, no es lo que debería ser. Su mérito principal consiste en la escrupulosa exactitud, de la que se dudó al aparecer, pero que ha sido demostrada después sin lugar a dudas. Se le admite ahora en todas las bibliotecas de historia como un libro cuya autoridad es indiscutible.

Aquel anciano caballero murió poco después de publicar su obra y, ahora que ha desaparecido, puede decirse, sin ofender su memoria, que su tiempo hubiera estado mucho mejor empleado si se hubiera dedicado a tareas más importantes. Tendría que seguir sus inclinaciones personales, de acuerdo con métodos propios y, aunque alguna que otra vez molestó a sus vecinos y ofendió a amigos, por los cuales sentía gran afecto, hoy se recuerdan sus errores y locuras más con lástima que con rencor y algunos empiezan a sospechar que nunca tuvo la intención de ofender a nadie. De cualquier modo que los críticos aprecien su memoria, la tienen en muy alta estima muchas personas cuya opinión puede compartirse, particularmente ciertos confiteros que en su admiración han llegado a reproducir su efigie en los pasteles de Año Nuevo, dándole así una oportunidad de hacerse inmortal, casi equivalente a la que proporciona una medalla de Waterloo o de la Reina Ana.

Rip Van Winkle

Escrito póstumo de Diedrich Knickerbocker

Cualquier persona que haya viajado río arriba por el Hudson, recordará los montes Kaatskill. Son un desprendimiento aislado del gran sistema orográfico de los Apalaches. Se les ve al oeste del río elevándose lentamente hasta considerables alturas y enseñoreándose del país circundante. Todo cambio de estación o del tiempo, hasta cada hora del día, producen alguna modificación en las mágicas formas de estas montañas; todas las buenas mujeres de los alrededores, y hasta las de lejos, tienen a esos montes por barómetros perfectos. Cuando el tiempo es bueno y se mantiene así, parecen revestirse de azul y púrpura y se destacan nítidamente sobre el fondo azul del cielo; algunas veces cuando el firmamento de la región está completamente limpio de nubes, alrededor de sus picos se forma una corona de grises vapores, que al recibir los últimos reflejos del sol poniente despiden rayos como aureola de un santo.

A los pies de estas bellas montañas, el viajero habrá percibido columnas de humo que se desprenden de un villorrio cuyos techos se destacan entre los árboles, allí donde la coloración azul de las tierras altas se confunde con el verde esmeralda de la vegetación de las bajas. Es una pequeña villa de gran antigüedad, pues fue fundada por los primeros colonos holandeses, en los primeros tiempos de la provincia, al iniciarse el período de gobierno de Pedro Stuyvesant, a quien Dios tenga en su gloria; hasta hace unos pocos años, todavía quedaban algunas de las casas de los primeros colonos. Eran edificios construidos de ladrillos amarillos, traídos de Holanda.

En aquella misma villa y en una de esas mismas casas (que, a decir verdad, el tiempo y los años habían maltratado bastante), vivió hace ya de esto mucho tiempo, cuando el territorio era todavía una provincia inglesa, un buen hombre, que se llamaba Rip Van Winkle. Descendía de los Van Winkle que tanto se distinguieron en los caballerescos días de Pedro Stuyvesant y que le acompañaron en el sitio de Fuerte Cristina. Sin embargo, poco había heredado del carácter marcial de sus antecesores. Debo hacer notar que era de buen natural, vecino bondadoso y esposo sumiso, pegado a las faldas de su mujer. A esta última circunstancia, a esta mansedumbre se debía su enorme popularidad, pues estos hombres, que en casa están bajo el dominio de una tarasca, tienden en la calle a ser conciliadores y obsequiosos. Sin duda, sus temperamentos se ablandan y se hacen maleables en el terrible fuego del hogar conyugal; los gritos de su mujer equivalen a todos los sermones del mundo, en lo que respecta al aprendizaje de la paciencia y de la longanimidad. En un cierto sentido, una mujer bravía puede considerarse como una bendición; si así es, Rip Van Winkle estaba bendito tres veces.

Cierto es que era el favorito de todas las buenas mujeres de la vecindad que, como es corriente entre el bello sexo, se ponían de parte de Rip en todas las dificultades domésticas de este; de noche, cuando se dedicaban a comentar las ocurrencias de la villa, todas ellas echaban la culpa a la señora Van Winkle. Los chiquillos lanzaban exclamaciones de júbilo en cuanto se acercaba. Los ayudaba en sus juegos, fabricaba sus juguetes, les enseñaba a hacer cometas y canicas, y les contaba extensos relatos acerca de aparecidos, brujas e indios. En cualquier lugar de la villa que se encontrara, estaba rodeado de un grupo de ellos, colgados de sus faldones o de sus espaldas, y haciéndole mil diabluras con toda impunidad; ni un perro de la vecindad le ladraba.

El gran error de Rip consistía en su invencible aversión por toda clase de trabajo provechoso. Eso no procedía de carencia de asiduidad o perseverancia, pues era capaz de pasarse sentado en una roca húmeda, con una caña tan pesada como la lanza de un tártaro, tratando de pescar todo el día, aunque los peces no se dignasen morder el anzuelo ni una sola vez. Con un fusil al hombro, recorría a pie bosques y pantanos durante muchas horas, para matar algún pájaro. Nunca se negaba a asistir a un vecino, hasta para el trabajo más duro. Era el primero en tomar parte en todas las diversiones campesinas, como tostar maíz o construir una empalizada de piedras; las mujeres de la aldea se valían de él para los pequeños servicios y hacer aquellas labores menudas que sus esposos, menos corteses, no querían llevar a cabo. En una palabra: Rip estaba pronto a efectuar cualquier trabajo menos el propio: le era completamente imposible mantener su granja en orden o dar cumplimiento a sus deberes de padre de familia.

Afirmaba que no tenía sentido trabajar sus tierras. En todo el país no se encontraba un predio que contuviera tantas dificultades, en igualdad de tamaño. Todo salía mal y saldría mal, a pesar de cualquier cosa que él hiciera. Su empalizada se derrumbaba sola. Su vaca desaparecía o se metía en la granja vecina. En sus campos crecía más aprisa la maleza que cualquier otra cosa que él plantara. La lluvia parecía empeñada en caer justamente cuando se había propuesto trabajar al aire libre. Por todas estas razones, las tierras heredadas de sus padres se habían ido reduciendo, hasta quedarle solo una parcela, plantada de patatas y maíz, que a pesar de su reducido tamaño era la granja peor administrada de toda la región.

Sus hijos, por lo descuidados, no parecían pertenecer a ninguna familia. Su primogénito, que se llamaba Rip como él, era su propia estampa y parecía heredar, con los trajes viejos de su padre, todas sus características. Se le veía, generalmente, saltando como un potrillo, al lado de su madre, vistiendo un par de pantalones, cortados de otros viejos del autor de sus días, que sostenía con una mano, con la misma elegancia con que una damisela recoge su larga falda, para evitar que se ensucie, cuando hace mal tiempo.

Sin embargo, Rip Van Winkle era uno de esos felices mortales que, gracias a su innata disposición, toman las cosas como se presentan, comen pan negro o blanco, el

que pueda conseguirse con menos dificultades y quebraderos de cabeza y que prefieren morirse de hambre con un penique a trabajar por una libra. Si hubiera estado solo se habría desprendido de todas sus dificultades vitales, pero su mujer no cesaba de echarle en cara su haraganería, su descuido y la ruina que su conducta traía a su familia.

De mañana, al mediodía, de tarde y de noche, aquella mujer no daba descanso a su lengua; cualquier cosa que dijese o hiciera, provocaba, con toda seguridad, un torrente de elocuencia doméstica. Rip tenía un método propio de replicar a estos sermones y que ya se estaba convirtiendo en hábito. Consistía en encogerse de hombros, sacudir la cabeza, bajar los ojos y no decir una palabra. Sin embargo, esta actitud siempre provocaba una nueva andanada de reproches de su mujer, por lo que se veía obligado a retirarse y refugiarse fuera de la casa, el único lugar que corresponde a un marido demasiado paciente.

Solo un miembro de la familia tomaba partido por él, y era su perro: Lobo, tan perseguido como su dueño, pues la señora Van Winkle consideraba a entrambos como cómplices en la haraganería y hasta atribuía a Lobo el que su marido se perdiera por aquellos andurriales con tanta frecuencia.

Cierto es que, en lo que respecta a las cualidades que deben adornar a un perro honorable, Lobo era tan valiente como cualquier otro animal que hubiera rastreado por los bosques. Pero ¿qué coraje puede aguantar el eterno terror de una lengua femenina, que nada perdona? En cuanto Lobo entraba en la casa, toda su pelambre caía laciamente por los costados, metía el rabo entre las piernas, se deslizaba como si fuera culpable de algún terrible crimen y con el rabillo del ojo vigilaba a la señora Van Winkle; a la menor indicación de una escoba salía disparado hacia la puerta, aullando lastimeramente.

A medida que pasaban los años, la situación se hacía cada vez más intolerable para Rip Van Winkle; el mal genio nunca mejora con la edad y la lengua es el único instrumento cuyo filo aumenta con el uso. Durante algún tiempo se consolaba, cuando debía abandonar el hogar conyugal, frecuentando una especie de club, abierto a todas horas, formado por todos los sabios, todos los filósofos, así como todas las gentes que no tenían nada que hacer. Mantenían sus sesiones en un banco, delante de una pequeña taberna, cuyo nombre derivaba de un rubicundo retrato de su Majestad Británica Jorge III(3). Acostumbraban sentarse a la sombra, durante los largos días de verano, hablando sobre las murmuraciones propias de una pequeña ciudad o contando larguísimas y soporíferas historias acerca de naderías. Eran dignos de los tesoros de un hombre de estado los profundos comentarios y discusiones que tenían lugar allí, cuando por casualidad algún viajero les dejaba alguna gaceta anticuada. ¡Con qué atención escuchaban a Derrick Van Bummel leerla en voz alta, arrastrando mucho las palabras! Es cierto que el lector era el dómine del lugar, hombre pequeñito,

muy sabiondo y siempre cuidadosamente vestido, que no se asustaba ante la palabra más larga del diccionario. ¡Con qué sabiduría discutían los hechos públicos, varios meses después de ocurridos!

Las opiniones de esta junta de notables estaban bajo la influencia de Nicolás Vedder, patriarca de la villa y dueño de la taberna, a cuya puerta estaba siempre sentado, desde la mañana hasta la noche, moviéndose solo lo estrictamente necesario para evitar el sol y quedar siempre bajo la protectora sombra de un árbol, con lo que los vecinos deducían la hora por su posición con tanta certidumbre como si fuera un reloj de sol. Es cierto que muy raras veces hablaba, pero en cambio fumaba continuamente su pipa. Sus discípulos (pues todo gran hombre los tiene), sin embargo, le entendían perfectamente y sabían comprender sus opiniones. Cuando se leía o se contaba algo que no era de su agrado, fumaba nerviosamente su pipa, echando frecuentes bocanadas de humo con gesto de enojo; pero cuando le gustaba, inhalaba lentamente el humo y lo lanzaba formando nubes ligeras y plácidas. A veces llegaba a sacarse la pipa de la boca, dejando que el oloroso humo girara en volutas alrededor de su nariz, inclinando la cabeza en señal de perfecto asentimiento.

Su terrible esposa logró expulsar a Rip hasta de este último reducto, pues muchas veces interrumpió la serena tranquilidad de aquella asamblea para expresar su opinión acerca de cada uno de los presentes. Ni el mismo Nicolás Vedder estaba seguro ante la audaz lengua de aquella harpía, que le acusó públicamente de fomentar la haraganería crónica de su marido.

El pobre Rip llegó así a un estado de verdadera desesperación; su única posibilidad de escapar al trabajo en su granja o a las vociferaciones de su mujer, consistía en tomar la escopeta y recorrer los bosques. Allí se sentaba, a la sombra de un árbol, compartiendo el contenido de su mochila con el pobre Lobo, que gozaba de todas sus simpatías por ser copartícipe de sus sufrimientos. «¡Pobre Lobo!», acostumbraba decir, «tu ama te hace llevar una vida de perros, pero no te preocupes, pues mientras yo viva no te ha de faltar un amigo que te ayude». Lobo meneaba la cola, miraba cariñosamente a su amo y si los perros pueden sentir piedad, estoy plenamente convencido de que respondía con el mismo afecto a los sentimientos de su señor.

En uno de estos largos paseos, durante un bello día de otoño, Rip llegó sin darse cuenta a una de las más elevadas regiones de los Kaatskill. Se dedicaba a su pasatiempo favorito: la caza; en aquellas tranquilas soledades, el eco repetía varias veces los disparos de su escopeta. Por encontrarse cansado, se tiró, ya muy entrada la tarde, en un prado cubierto con hierbas de la montaña que terminaba en un precipicio. Desde allí podía divisar hasta gran distancia parte de las tierras bajas. A lo lejos, distinguía el señorial Hudson, que avanzaba majestuosamente, reflejando en sus ondas una nube purpúrea, o el velamen de alguna barca que se deslizaba por su superficie de cristal, para perderse luego en el azulado horizonte.

Por el otro lado se veía un estrecho valle, cuyo suelo estaba cubierto con las piedras que habían caído de la parte superior de la montaña. Los rayos del sol poniente difícilmente penetraban hasta su fondo. Durante algún tiempo, Rip observó distraído la escena; avanzaba la tarde; las montañas empezaban a arrojar sus azules sombras sobre los valles; comprendió Rip que sería completamente de noche cuando llegase a su casa y suspiró profundamente al pensar en lo que diría su mujer.

Cuando se disponía a descender, oyó una voz que lo llamaba: «¡Rip Van Winkle, Rip Van Winkle!» Miró en todas direcciones, pero no pudo descubrir a nadie. Creyó que su fantasía le había engañado y se dispuso a bajar, cuando oyó nuevamente que le llamaban: «¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!» Al mismo tiempo, Lobo enarcó el lomo y gruñendo se refugió al lado de su amo, mirando aterrorizado hacia el valle. Rip sintió que un miedo vago se apoderaba de él, miró ansiosamente en la misma dirección y pudo observar una extraña figura que subía lentamente por las rocas, llevando una pesada carga sobre los hombros. Se sorprendió al ver un ser humano por aquellas soledades, pero creyendo que fuera alguno de sus vecinos, necesitado de su ayuda, se apresuró a socorrerlo.

Al acercarse, se sorprendió aún más por la extraña apariencia del desconocido. Era un hombre bajo, de edad avanzada, con pelo hirsuto y barba grisácea. Vestía a la antigua usanza holandesa. Llevaba sobre los hombros un pesado barril, que parecía estar lleno de licor; hacía señales a Rip para que se acercara a ayudarle. Aunque desconfiaba algo de su nuevo amigo, Rip acudió con su prontitud habitual y, ayudándose mutuamente, ascendieron por un estrecho sendero, que era aparentemente el lecho de un seco torrente. Mientras proseguían su camino, Rip oyó algunas veces extraños ruidos, como de truenos lejanos, que parecían salir de una estrecha garganta, formada por altas rocas, hacia la cual conducía el áspero sendero que seguían. Se detuvo un momento, pero creyendo que el ruido proviniera de una de esas tormentas momentáneas tan frecuentes en las alturas, prosiguió. Pasando por la estrecha garganta, llegaron a una especie de anfiteatro, rodeado de murallas de piedra perpendiculares, por encima de las cuales se asomaban algunas ramas de árboles. Durante todo el camino, tanto Rip como su compañero habían permanecido en silencio, pues aunque el primero se admiraba de que el segundo llevase un barril de licor a aquellas alturas, había algo extraño e incomprensible en el desconocido que inspiraba respeto e impedía la familiaridad.

Al entrar en el anfiteatro, aparecieron nuevos motivos de asombro. En el centro se encontraba un grupo de extraños personajes que jugaban a los bolos. Estaban vestidos de una manera realmente extraña y anticuada, que se parecía a la del guía de Rip Van Winkle. También sus caras eran peculiares: uno tenía una cabeza larga, una cara ancha y ojillos rodeados de grasa, como los de un cerdo; la cara de otro parecía consistir exclusivamente en nariz, y llevaba sobre la cabeza un sombrero cónico, en

cuya cúspide lucía una roja pluma de gallo. Todos tenían barbas de las más diversas formas y colores. Uno de ellos parecía ser el jefe. Era un caballero de edad provecta, muy alto, y cuya apariencia demostraba que había pasado mucho tiempo al aire libre. Aquel grupo le recordaba a Rip las pinturas de la antigua escuela flamenca, que colgaban en el cuarto del párroco y que habían sido traídas de Holanda, en los primeros tiempos de la colonia.

Lo que extrañaba particularmente a Rip era que aquellas gentes, aunque estaban divirtiéndose, ponían unas caras muy serias, mantenían un silencio sepulcral y formaban el más melancólico grupo de personas que Rip hubiera visto jamás.

Nada interrumpía el silencio de la escena, excepto los bolos, que cuando rodaban producían entre las montañas un ruido como de truenos.

Cuando Rip y su compañero se aproximaron, dejaron repentinamente de jugar y le observaron con una mirada tan fija, más propia de una estatua, y un aire tan extraño que el corazón se le dio vuelta y se le echaron a temblar las piernas. Su compañero vertió contenido del barril en grandes copas e hizo señas a Rip para que las repartiera entre los presentes. Obedeció asustado y temblando; los extraños personajes bebieron y continuaron su juego.

Gradualmente desapareció el miedo y la aprensión de Rip. Hasta se atrevió, cuando nadie le miraba, a probar aquella bebida, en la cual encontró el sabor de una excelente ginebra. Como era una naturaleza sedienta, pronto se sintió tentado a repetir el trago. Como no hay dos sin tres, persistió en sus besos a la copa, con tanta asiduidad que finalmente perdió el sentido, le bailaron los ojos, inclinó gradualmente la cabeza y se durmió profundamente. Cuando se despertó, encontrose otra vez en la verde pradera, desde la cual había distinguido por primera vez al extraño viejo. Se frotó los ojos. Era una mañana estival. Los pájaros saltaban entre los árboles. Un águila volaba a gran altura, aspirando el aire puro de la montaña. «Supongo», pensó Rip Van Winkle, «que no habré dormido aquí toda la noche». Recordó los extraños sucesos ocurridos antes de que empezara a dormirse: el desconocido que subía con un barril a cuestas, la garganta entre las montañas, aquel anfiteatro rodeado de rocas, el juego de bolos, la copa. «¡Oh! ¡Aquella maldita copa!», pensó Rip, «¿qué explicación le daré ahora a mi mujer?» Buscó su escopeta, pero en lugar de su arma bien aceitada y limpia, encontró a corta distancia de donde estaba un caño enmohecido, que tenía roto el gatillo y la culata carcomida. También Lobo había desaparecido, pero era probable que se hubiera escapado detrás de una liebre. Silbó y le llamó por su nombre, pero todo fue en vano: el eco repitió el sonido, pero el can no aparecía por ninguna parte.

Se decidió a visitar el lugar de la fiesta de la noche anterior y a pedir explicaciones a sus ocasionales compañeros acerca de su escopeta y de su perro. Al levantarse, comprobó que sus articulaciones no funcionaban como siempre.

«Estas montañas no me convienen», pensó Rip, «y si esta fiesta me ha de obligar a guardar cama con reumatismo, ¡vaya el escándalo que me armará mi mujer!» Tuvo muchas dificultades para caminar, pero al fin llegó al principio del sendero que la noche anterior habían seguido él y su compañero; con gran asombro suyo halló que ahora era un verdadero río montañés, que saltaba de roca en roca, formando cascadas de espuma. Intentó ascender por sus orillas, atravesando con gran trabajo los arbustos, que parecían extender ante él una red impenetrable.

Finalmente, llegó al punto donde se abría la garganta, pero no quedaban ni rastros de aquel camino. Las rocas presentaban una superficie sólida y unida, por la cual descendía el torrente formando una capa de espuma, cayendo en su lecho ancho y profundo. Aquí el pobre Rip no pudo proseguir. Otra vez silbé y llamó a su perro. Nadie le respondió. ¿Qué hacer? Avanzaba la mañana, y Rip sentía hambre, pues no se había desayunado. Le dolía perder su perro y su arma; además temía encontrarse con su mujer, pero no quería morirse de hambre en las montañas. Sacudió la cabeza, se puso sobre el hombro su descabalada escopeta y con el corazón lleno de miedo y ansiedad se dirigió a su casa.

Al acercarse a la villa encontró diferentes personas, todas desconocidas, lo que le sorprendió sobremanera, pues creía conocer a todos los habitantes de aquella parte del país. También la manera como iban vestidas se diferenciaba de aquella a la cual estaba acostumbrado. Todos le miraban con iguales demostraciones de sorpresa y, en cuanto le veían, se acariciaban la barbilla. La constante repetición de este ademán indujo a Rip a hacer lo mismo, y observó entonces con gran asombro suyo que tenía una barba de casi medio metro.

Finalmente, llegó a los suburbios de la villa. Una tropa de chiquillos desconocidos corría detrás de él gritando desaforadamente y burlándose de su barba. Los perros, ninguno de los cuales parecía conocerle, ladraban a su paso.

La misma villa había cambiado: era más grande y más populosa. Encontró hileras de casas que nunca había visto; además habían desaparecido muchos lugares familiares. Las puertas tenían inscripciones de nombres desconocidos; se asomaban a las ventanas caras que nunca había visto; no podía reconocer nada. La cabeza le daba vueltas, y llegó al extremo de preguntarse si él o la villa estarían embrujados. Ciertamente este era su lugar natal, del cual había salido el día anterior. Allí estaban los Kaatskill; a una cierta distancia corría el plateado Hudson; cada colina y cada valle se encontraban precisamente donde debían estar. Rip estaba profundamente perplejo. «Esas copas de anoche —pensó— me han trastornado la cabeza».

Le costó bastante trabajo encontrar el camino hacia su casa, a la que se acercó lleno de sobresalto, esperando oír a cada momento la voz chillona de su mujer.

La casa estaba en ruinas: el techo se había desplomado; no quedaba puerta ni ventana en su sitio. Un perro famélico rondaba por allí. Como tenía un cierto parecido

con Lobo, Rip le llamó por su nombre, pero el animal le mostró los dientes y siguió de largo. «¡Hasta mi mismo perro me ha olvidado!», dijo Rip con un suspiro.

Entró en la casa, que, a decir verdad, la señora Van Winkle había mantenido siempre limpia y en orden. Estaba vacía y aparentemente abandonada. Una intensa desolación se apoderó de él. Llamó a gritos a su mujer y a sus hijos. Resonó su voz en los cuartos vacíos y después reinó otra vez un silencio completo.

Echó a correr en dirección a la taberna, pero esta también había desaparecido. En su lugar se elevaba un edificio de madera, muy amplio, de frágil apariencia, con ventanas irregularmente colocadas, sobre cuya puerta había un letrero que decía: «Hotel Unión, de Jonatan Doolittle». En lugar del árbol, bajo el cual se albergaban los ciudadanos de antaño, había ahora un gran mástil, que en la punta tenía algo que parecía ser un rojo gorro de dormir, además de una bandera, conjunto de estrellas y barras, que era completamente extraño e incomprensible. Reconoció la rubicunda cara del rey Jorge, pero también esta había sufrido una metamorfosis singular. En lugar de la casaca roja, llevaba otra azul, tenía una espada en la mano, en lugar de un cetro y debajo del cuadro decía en grandes caracteres: general Washington.

Cerca de la puerta se encontraba un grupo de personas, pero Rip no pudo reconocer a ninguna de ellas. Parecía que hubiera cambiado hasta el carácter de la gente. Hablaban con un tono discutidor y gritón, como si estuvieran engolfados en algún asunto importante, en lugar de la acostumbrada flema y soñolienta tranquilidad de antaño. Buscó en vano al sabio Nicolás Vedder, el de la ancha cara, la doble mandíbula y la larga pipa holandesa, que acostumbraba fumar en vez de echar discursos tontos, o a Van Bummel, el maestro de escuela, que les leía en voz alta el contenido de una vieja gaceta. En lugar de aquellas gentes, a las que estaba acostumbrado, un hombre flaco, de aspecto bilioso, echaba una vehemente arenga acerca de los derechos de los ciudadanos, las elecciones, los miembros del Congreso, la libertad, los héroes del 66 y muchas otras cosas más, que para el extrañado Rip Van Winkle sonaban como si se las dijeran en chino.

La aparición de Rip Van Winkle con su larga barba gris, su herrumbrosa escopeta, su traje desarreglado, y una procesión de mujeres y de chiquillos detrás de él, pronto atrajo la atención de aquellos políticos de taberna. Se agruparon a su alrededor, observándole de pies a cabeza con gran curiosidad. El orador se apoderó de él y, llevándole aparte, le preguntó por quién iba a votar. Rip le echó una mirada estúpida por lo inexpresiva. Otro hombrecillo, que se movía ágilmente como una ardilla, le arrastró por el brazo y, poniéndose en puntas de pies, le preguntó al oído si era federal o demócrata. Rip se encontró igualmente imposibilitado de responder a esa pregunta, pues no la entendía tampoco. Un anciano caballero, que se daba mucha importancia, se abrió paso a través de la multitud, apartándola a derecha e izquierda con sus codos, se plantó delante de Van Winkle, y con una mirada que parecía querer

penetrarle hasta el fondo del alma, le preguntó en tono austero cómo se le ocurría venir a una elección portando armas, con una muchedumbre detrás de él y si era su intención armar un escándalo en la villa.

—Ay, señores —dijo Rip algo asustado—. Yo soy hombre de paz, nacido en esta villa y fiel súbdito de nuestro señor, el rey Jorge, a quien Dios guarde.

Los circunstantes estallaron en exclamaciones: «¡Un espía! ¡Un refugiado! ¡Fuera con él!» Con gran dificultad, aquel anciano caballero, que se daba tanto pisto, logró restablecer el orden. Con un fruncimiento de cejas, que indicaba una austeridad diez veces mayor, preguntó a aquel malhechor desconocido a qué había venido allí y qué buscaba. El pobre Rip aseguró humildemente que no tenía ninguna mala intención y que venía a buscar algunos de sus vecinos que acostumbraban frecuentar la taberna.

—¿Quiénes son? Nómbrelos.

Rip pensó un momento y luego preguntó por Nicolás Vedder.

Reinó silencio durante un momento, interrumpido finalmente por un anciano, que con voz quebradiza exclamó: «¿Nicolás Vedder? Murió hace dieciocho años. Hasta hace poco tiempo todavía quedaba en el cementerio una tabla con su nombre, pero ya ha desaparecido».

—¿Dónde está Brom Dutcher?

—Ese ingresó en el ejército, al principio de la guerra; algunos dicen que fue muerto durante el ataque a Stony Point; otros que se ahogó durante una tempestad. De todas maneras, nunca volvió.

—¿Dónde está Van Bummel, el maestro de escuela?

—También se fue a la guerra. Ahora forma parte del Congreso.

Al pobre Rip se le subía el corazón a la boca al oír todos estos tristes cambios, experimentados por su familia y sus amigos. Se encontraba solo en el mundo. Todas las respuestas le asombraban por referirse a tan enormes espacios de tiempo y a cosas que no podía entender: la guerra, Stony Point, el Congreso. Ya no tenía valor para preguntar acerca de sus amigos, sino que gritó desesperado:

—¿No conoce nadie aquí a Rip Van Winkle?

—¡Oh! ¡Rip Van Winkle! —exclamaron algunos—; claro, Rip Van Winkle está allí apoyado en un árbol.

Rip miró y vio una reproducción exacta de sí mismo cuando se fue a las montañas. Por lo que se veía, seguía siendo tan haragán como siempre y su desastrado traje no había cambiado nada. El pobre Rip estaba completamente confundido. Dudaba de su propia identidad y no sabía si él era él o cualquier otra persona. En medio de su confusión, oyó que el anciano caballero le preguntaba su nombre.

—¡Solo Dios lo sabe! —exclamó sin saber ya qué pensar ni qué decir—. Yo no soy yo. Yo soy otro. Es decir, yo estoy allí. No, es otro que se ha metido en mis zapatos. Hasta anoche, yo era yo, pero me dormí en las montañas y me cambiaron hasta la

escopeta. Quiero decir, todo ha cambiado. Yo he cambiado y no puedo decir quién soy ni cómo me llamo.

Los circunstantes empezaron a mirarse los unos a los otros y a hacer girar los dedos sobre las sienes. En voz baja, se dijeron que era mejor sacarle la escopeta para evitar que hiciera algún disparate, al oír lo cual el anciano caballero, que se creía muy importante, retirose con cierta precipitación. En este momento crítico, una mujer que acababa de llegar se abrió paso a través de la muchedumbre, para poder observar a Rip. Tenía en los brazos un chiquillo de cara redonda, que, al verle, comenzó a gritar. «¡Vamos, Rip! —exclamó ella—, ¡tonto, ese hombre no te va a hacer daño!» El nombre del niño, el aspecto de la madre, el tono de su voz, todo despertó en Rip numerosos recuerdos.

—¿Cómo se llama usted, buena mujer? —le preguntó.

—Judit Gardenier.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Rip Van Winkle, ¡pobre hombre! Hace veinte años que desapareció en las montañas con su escopeta y desde entonces nadie ha sabido más de él. Su perro volvió solo a casa. No sabemos si se mató o si se lo llevaron los indios. Yo era entonces muy pequeña.

A Rip le quedaba tan solo una pregunta por hacer, la que formuló con voz temblorosa:

—¿Dónde está ahora su madre?

—Murió hace muy poco tiempo. Sufrió un ataque consecuencia de una discusión que tuvo con un vendedor ambulante que venía de Nueva Inglaterra.

Por lo menos con esto oía algo reconfortante. El honrado Rip no pudo contenerse más tiempo. Abrazó a su hija y a su nieto.

—Yo soy tu padre. ¿No conoce aquí nadie al viejo Rip Van Winkle?

Todos se quedaron asombrados, hasta que una anciana salió de entre la multitud con paso tembloroso y, poniéndose la mano delante de los ojos, para ver mejor, exclamó: «¡Claro!, es Rip Van Winkle. ¡Es el mismo! Bienvenido, vecino. ¿Dónde has estado todos estos años?»

Rip acabó pronto de contar su historia, pues para él aquellos veinte años se reducían a una sola noche. Los vecinos se asombraron al oírle referir tan extraña historia; algunos se hicieron mutuamente señas; el anciano caballero que se creía importante y que había vuelto en cuanto pasó la alarma, sacudió la cabeza, al ver lo cual toda la asamblea hizo lo mismo.

Se decidió preguntar la opinión del viejo Pedro Venderdonk, a quien vieron venir lentamente por el camino. Descendía del historiador del mismo nombre, que escribió una de las primeras crónicas de la provincia. Era él el habitante más viejo de la villa; estaba versado en todos los sucesos maravillosos y tradiciones de la vecindad.

Reconoció a Rip enseguida y corroboró su historia de la manera más satisfactoria. Aseguró a los presentes que era un hecho, transmitido de padres a hijos, que los Kaatskill habían sido siempre refugio de extraños seres. Se afirmaba que el gran Hendrick Hudson, el descubridor del país y de la comarca, mantenía allí una especie de vigilancia, visitando la región cada veinte años y vigilando el río y la gran ciudad que llevaba su nombre. El padre de Vanderdonk los había visto una vez, en sus antiguos trajes holandeses, jugando a los bolos, en un rincón de la montaña; él mismo había oído una vez durante el verano el ruido de sus juegos, que sonaban como truenos lejanos. Los circunstantes se dispersaron y volvieron a la elección, que era más importante. La hija de Rip le llevó a su casa a vivir con ella: habitaba un elegante chalet bien amueblado que compartía con su marido, un hacendado enérgico y optimista, a quien Rip reconoció como uno de los chiquillos que acostumbraban jugar con él. En lo que respecta al hijo y heredero de Rip, que era la misma estampa de su padre, y que este había visto apoyado en un árbol, se decidió emplearlo en trabajar la hacienda, pero demostró una predisposición hereditaria a preocuparse de sus propios asuntos.

Rip reanudó sus viejos paseos y costumbres; pronto encontró muchos de sus antiguos compañeros, aunque el tiempo no los había hecho mejores, por lo cual nuestro personaje prefería hacerse amistades entre la joven generación, que pronto le consideró uno de sus favoritos.

No teniendo nada que hacer en casa, y habiendo llegado a aquella feliz edad en que un hombre puede impunemente dedicarse a la holgazanería, ocupó una vez más su lugar en el banco de la taberna, donde se le reverenciaba como uno de los patriarcas de la villa y una crónica viviente de los viejos tiempos «antes de la guerra». Pasó algún tiempo antes de que pudiera encontrar el método actual de murmuración o pudiera comprender los extraños hechos que habían ocurrido durante su sueño: la guerra, la liberación del yugo de Gran Bretaña y la circunstancia de que ahora, en vez de ser un súbdito de su majestad Jorge III, era un libre ciudadano de los Estados Unidos. Rip no era ningún político; las transformaciones de los Estados y de los imperios le hacían muy poca impresión; había una especie de despotismo bajo el cual había gemido durante muchos años: la dictadura de las faldas. Felizmente, eso había terminado, había logrado sacudir el yugo del matrimonio, y podría entrar y salir sin temor a la tiranía de la señora Van Winkle. Cuando se mencionaba su nombre, sin embargo, meneaba la cabeza, se encogía de hombros y bajaba la vista, lo que podía pasar por una expresión de resignación ante su suerte o de alegría por su liberación.

Acostumbraba contar su historia a todos los extraños que llegaban al hotel de Doolittle. Al principio, algunos oyentes observaron que variaba en diversos puntos, lo que se debía indudablemente a que acababa de despertarse. Finalmente llegó a contarle exactamente cómo yo lo he relatado aquí; todo hombre, mujer o niño de la vecindad lo conocía ya de memoria. Algunos pretendían dudar de la realidad de la

narración e insistían en que Rip había estado loco. Sin embargo, casi todos los viejos habitantes holandeses de la villa le daban entero crédito. Hoy mismo, en cuanto oyen truenos, en una tarde de verano, alrededor de los Kaatskill, dicen que Hendrick Hudson y su tripulación están dedicados a jugar a los bolos; en la vecindad, cuando un marido a quien le ha tocado una mujer demasiado dominadora siente lo pesado de su situación, desea beber un buen trago de la misma copa de Rip Van Winkle.

NOTA.— Es de sospechar que el relato anterior haya sido sugerido al señor Knickerbocker por una superstición alemana acerca del emperador Federico Barbarroja y las montañas de Kiffhäuser. Sin embargo, la nota agregada a este relato demuestra que es un hecho referido con su usual fidelidad: «La historia de Rip Van Winkle puede parecer increíble a muchos, a pesar de lo cual la creo verdadera en todos sus puntos, pues nuestras colonias holandesas han sido siempre escenario de hechos y apariciones maravillosas. Yo mismo he escuchado historias más extraordinarias que esta en las villas situadas a lo largo del Hudson, todas las cuales eran tan auténticas que no admitían la más mínima duda. Yo mismo he hablado con Rip Van Winkle, quien, cuando le vi por última vez, era un venerable anciano, tan perfectamente lógico y consistente en todos los puntos, que no puedo suponer que ninguna persona consciente pudiera negarse a creerle. He visto un certificado del juzgado de paz sobre esta materia, firmado con una cruz, en la propia caligrafía del juez. Por consiguiente, la historia está fuera de toda duda».

D. K.

POST SCRIPTUM

—En lo que sigue transcribimos algunas notas de viaje del señor Knickerbocker:

»Las montañas Kaatsberg o Catskill, como se llaman ahora, han sido siempre una región legendaria. Los indios creían que allí moraban los espíritus que reinan sobre el tiempo, que esparcen las nubes o los rayos del sol, y que conceden abundantes o escasas estaciones de caza. Estaban sometidos a un viejo espíritu femenino, que, según ellos, era su madre. Esa mujer se aposentaba en el pico más alto de los Catskill, desde donde abría y cerraba las puertas del día y de la noche, siempre a la hora conveniente. Suspendía la luna nueva en los cielos y transformaba las otras en estrellas.

En los tiempos de sequía, si los sacrificios que se le ofrecían eran de su agrado, hilaba ligeras nubes de verano, con telas de araña y rocío de la mañana y las mandaba a las crestas de las montañas, copo por copo, como si fuera algodón cardado, flotando en el aire, hasta que, disolviéndose por el calor del sol, descendían a la tierra en suaves lluvias, que hacían renacer los pastos, madurar los frutos y crecer rápidamente el maíz. Si, por el contrario, las ofrendas no le placían, soplaba nubes negras como la tinta, sentándose en medio de ellas, como una araña en medio de su red, y cuando estas nubes descendían, ¡ay de los valles!

»En tiempos antiguos vivía una especie de Manitú o espíritu que tenía su morada en lo más recóndito de los Catskill y que se complacía en hacer toda clase de males a los pieles rojas. Algunas veces tomaba la forma de un oso, una pantera, o un ciervo, y conducía al extrañado cazador por intrincados bosques o entre peñascales, hasta que el piel roja se encontraba al borde de un precipicio o de un impetuoso torrente.

»El escondite favorito de este Manitú se muestra todavía hoy al excursionista curioso. Es una gran roca, que por la vegetación silvestre que la adorna se llama el Jardín Rocoso. Cerca se encuentra un pequeño lago. Los indios respetaban mucho este lugar, tanto que el más audaz cazador no perseguía su presa hasta allí. Sin embargo, uno, perdido en las montañas, penetró una vez en él, donde recogió un bejuco de los que crecían en aquel lugar. En su prisa por abandonar el paraje, lo dejó caer entre las rocas, donde se formó un gran río que le arrastró entre precipicios, deshaciéndole en pedazos y abriéndose camino hasta el Hudson, hacia el cual va fluyendo hasta el día de hoy. Trátase del mismo río que se conoce con el nombre de Kaaterskill».

Relato de un viajero

Hace muchos años, poco antes del estallido de la Revolución Francesa, mi tío pasó varios meses en París. Los ingleses y los franceses mantenían por aquel tiempo muy buenas relaciones, al contrario de lo que acontece ahora, y era habitual verlos juntos en las reuniones de sociedad. Los ingleses viajaban para gastarse el dinero a manos llenas y los franceses se mostraban la mar de complacidos con semejante actitud, prestándoles ayuda sin el menor inconveniente para que lo hicieran. Ahora, sin embargo, los ingleses suelen ir al extranjero, precisamente para ahorrar, cosa para la que ni por asomo precisan de la ayuda de los franceses. Puede que los ingleses que se decidían a viajar en aquel tiempo fueran menos numerosos y más nobles y distinguidos que los que lo hacen ahora, cuando Inglaterra parece estar llenando de gente Europa. En cualquier caso, lo cierto es que se relacionaban perfectamente con las sociedades foráneas, y mi tío, mientras vivió en París, hizo muchas y muy buenas y sólidas amistades, algunas de ellas íntimas, con gentes de la nobleza francesa.

Por aquellos tiempos de su periplo francés, cuando viajaba en invierno por esa parte de Normandía llamada el País de Caux, al comenzar a declinar un día vio las torrecillas de un viejo castillo, que se alzaban por sobre las copas de los árboles de su parque con jardín amurallado; cada una de aquellas torrecillas, con su alto tejado cónico de pizarra, semejaba una palmatoria a la que le hubieran puesto encima un apagavelas.

—¿A quién pertenece este castillo, amigo mío? —preguntó mi tío a un postillón flaco pero vigoroso que, calzando unas muy altas y llamativas botas de montar, y tocado con un sombrero de plumas, pateaba el suelo con furia para quitarse el frío.

—A mi señor, el marqués de… —dijo el postillón llevándose la mano derecha a su sombrero, a medias para saludar educadamente a mi tío, pero más que nada en señal de respeto al pronunciar el nombre de su señor.

Mi tío no pudo sino regocijarse, pues el marqués en cuestión había sido uno de sus grandes amigos de París y a menudo le cursó invitación para que lo visitara en el castillo de su padre, diciéndole que nada le placería más. Mi tío era un viejo y experto

viajero que sabía aprovechar perfectamente las oportunidades que se le presentaban. Por unos momentos su imaginación se llenó de escenas en las que el viejo amigo se alegraba indescriptiblemente de verlo y le ofrecía los mejores aposentos del castillo, y lo invitaba, sobre todo, a probar las excelencias de su cocina, famosa en París, y el champán de exquisita calidad que tenía en sus bodegas, así como un borgoña no menos digno de mención. Mejor todo eso, por supuesto, que alojarse en un lóbrego hostal de ciudad provinciana. No mucho después el postillón restallaba su látigo con furia de demonio, o de francés, que viene a ser lo mismo, y emprendía la subida de la recta, pendiente, larga y estrecha avenida que llevaba hasta la entrada del castillo.

Todos ustedes, a buen seguro, habrán visto algún castillo francés, pues raro es que alguien no viaje a Francia en nuestros días… El castillo del que hablo era uno de los más antiguos del país y se alzaba desnudo y retirado en medio de una especie de desiertos arenosos y de frías terrazas de piedra; frío era también su jardín, no obstante estar bien cuidado, de setos cortados en ángulos y romboides; frío, igualmente, era el parque sin hojas en el suelo, dividido geométricamente en rectas alamedas en las que había un par de estatuas a las que se les habían caído las narices y varias fuentes de las que manaba un agua tan helada que con solo tocarla te empezaban a castañetear los dientes de la tiritona que te entraba… O eso parecía, esa sensación se tenía con solo ver las fuentes en aquel atardecer invernal en que mi tío lo visitó, aunque lo cierto es que, en el verano, el calor que se experimentaba en el mismo lugar resultaba, simplemente, abrasador, y cegadora su refulgencia, como para quemarte los ojos.

El restallar del látigo del postillón, más furioso a medida que se aproximaban a la entrada del castillo, hizo que alzaran el vuelo, espantadas, un par de bandadas de palomas que abandonaban así su palomar como si se temieran lo peor, igual que una bandada de cuervos que se preparaban para dormir plácidamente en los tejados, y hasta una cuadrilla de criados del castillo, sin ir más lejos, con el marqués en persona a la cabeza. Naturalmente, se alegró muchísimo de ver a mi tío, pues su castillo, al contrario de lo que acontece de común en las casas de los buenos anfitriones, no tenía por aquellos días muchos más huéspedes de los que se podrían acomodar en sus aposentos, aunque eran varios los invitados allí alojados. El marqués besó a mi tío en ambas mejillas, según la costumbre francesa, y lo condujo al interior de tan señorial mansión, lleno de sincero y expresivo gozo.

El marqués hizo los honores debidos a mi tío, los propios además de su casa y de su estirpe, con esa su educación tan francesa… En realidad, no era por otra cosa que por el orgullo que sentía de ser dueño de castillo semejante, el castillo familiar, que además en buena parte era de antigüedad incalculable. Por ejemplo, una torre y la capilla habían sido construidas en tiempos se puede decir que inmemoriales; el resto, empero, era de construcción más reciente y perfectamente datada, toda vez que el castillo quedó parcialmente destruido durante la guerra de la Liga. El marqués, en

cualquier caso, parecía albergar a este respecto un gran sentimiento de gratitud hacia Enrique IV, por haber considerado su mansión familiar digna de ser arrasada por sus tropas, lo que confería al castillo una importancia histórica evidente. Además tenía el marqués mil y una historias que contar a quien quisiera escucharle, acerca de las proezas guerreras de sus antepasados, y enseñaba con orgullo casquetes, yelmos, ballestas, espadas, botas de hierro y coletos usados por los de la Liga… Y muy especialmente un mandoble con el que apenas podía, pero del que hacía ostentación, un tanto agresiva, incluso, para demostrar que entre sus antepasados se contaba algún que otro gigante. Él, sin embargo, era un menguado descendiente de tan hercúleos guerreros; contemplando los rostros adustos, si no brutales, que exhibían sus antepasados en los retratos de la galería, y mirando después al marqués de flacas piernas y de cara enjuta, pálida, como chupada entre aquellos sus dos grandes bucles empolvados del pelucón, sus aîles de pigeon, que parecían prestos a echarse a volar llevándosele la cara, era difícil creer que descendiera de aquella estirpe de guerreros. Aunque, al mirar sus ojos, brillantes como los de un insecto, como si le brotaran sobre las aletas de su nariz desmesuradamente aquilina, se tenía la impresión de que, en efecto, sí había heredado de sus antepasados una gran fortaleza de carácter y acaso algo de su crueldad. Claro que, a decir verdad, el espíritu de un francés nunca desaparece, ni siquiera cuando su cuerpo mengua día tras día; por el contrario, se hace su espíritu más explosivo en tanto van mermando las partículas del cuerpo material que lo alberga.

Puedo asegurar que he visto en un enano francés el valor suficiente como para llenar el cuerpo de un gigante. Así, cuando en cierta ocasión el marqués se puso, como tanto le gustaba hacer, uno de aquellos antiguos yelmos que adornaban las paredes del vestíbulo, y aunque su cabeza no lo llenaba más de lo que lo hubiera llenado un guisante seco con su vaina y todo, los ojos le ardían, sin embargo, con el brillo de los carbunclos, y cuando blandía el imposible y enorme mandoble de sus antepasados, podía imaginarse quien lo viera al valiente y pequeño David empuñando la verísima espada de Goliat como si fuera la vara leve de un tejedor.

Sin embargo, caballeros, no quiero extenderme más en la descripción del marqués y su castillo, lo que les ruego me sea disculpado. Téngase en cuenta que, al fin y a la postre, era un gran amigo de mi tío, y siempre que refiere su historia lo hace con gran respeto y consideración, que no es sino trasunto de la gratitud sentida hacia quien fuera su generoso anfitrión por aquellos días…

¡Pobre marqués! Fue uno de los que perdieron la vida cuando la turba asaltó las Tullerías aquel triste y décimo día de agosto. Vendió, empero, cara su vida; como uno de los grandes caballeros de Francia, blandió su espada en defensa de sus reyes e hizo frente a los sans-culottes diciéndoles: «Vamos, aquí estoy, a ver cuán valientes sois de veras», hasta derramar la última gota de su sangre, cosa que ocurrió cuando un

poissarde lo clavó contra la pared con su pica, como si fuera una mariposa, momento en el que, a buen seguro, su alma subió a los cielos llevada por las aîles depigeon de sus bucles empolvados.

Bueno, eso no tiene nada que ver con la historia que quiero relatar… Cuando llegó la hora de retirarse a descansar, condujo el marqués a mi tío hacia los aposentos que le destinaba, que estaban bajo una de aquellas impresionantes torrecillas de la parte más antigua del castillo… Unos aposentos, sin embargo, que en tiempos lejanos, de guerras y otros y terribles avatares, habían sido calabozos.

No era lo que entendemos por una habitación de lujo, aunque sí relativamente confortable, mejor que el cuartucho de cualquier posada; el marqués había decidido que mi tío durmiera en ella por considerarle un hombre de gusto lo suficientemente refinado como para apreciar dormir en un lugar lleno de historia, y también, que todo debe ser dicho, porque los aposentos realmente lujosos tenían ya huéspedes ocupándolos. No obstante, reconcilió pronto el marqués a mi tío con los aposentos que le destinaba, pues notó en él un cierto gesto de sorpresa y hasta de desagrado al verse allí, mencionando como de pasada el nombre de los grandes e históricos personajes que allí habían dormido, personajes que de una manera u otra formaban parte de su estirpe… Así, pues, y siempre según el marqués, allí habían hecho noche hasta John Baliol, o Jean de Bailleul, como decía él, y allí mismo murió de pena al saber del triunfo de su enconado rival, Robert de Bruce, en la batalla de Bannockburn. Y cuando añadió que el duque de Guise había dormido también allí varias noches, mi tío, entonces sí, se vio obligado a felicitarse en voz alta por ser honrado con unos aposentos de tanta distinción y nobleza.

La noche era fría y de mucho viento; los aposentos de mi tío, muy fríos. Un viejo criado, de larga cara y cuerpo igualmente largo, vestido de librea y puesto a su servicio por el marqués, echó un montón de leña en el hogar de la habitación, miró a su alrededor con ademán altivo y luego le deseó bon repos, con una mueca extraña, como de risa contenida, y encogiéndose de hombros… Algo que hubiera resultado extraño, una especie de burla, en cualquier otro criado… que no fuera francés, claro.

La habitación presentaba, desde luego, un aspecto harto desangelado, por no decir que desagradable; lo justo como para llenar de aprensión y hasta de angustia a cualquiera que guste de las novelas al uso de nuestros tiempos, y de aquel tiempo… Las ventanas eran altas y estrechas; aunque habían sido convenientemente ensanchadas, antaño, en tiempos de guerra, fueron saeteras de defensa; por lo demás, las contraventanas de madera crujían hasta el estremecimiento a poco que las batiera el viento. Cualquiera de ustedes, estoy seguro, en tal habitación y en una noche de tanto viento, habría imaginado que los de la Liga recorrían la estancia pateando con sus pesadas botas de hierro el piso de madera y entrechocando ruidosamente sus espuelas. Una puerta, imposible de cerrar a pesar de todos los esfuerzos que hiciera el

invitado, daba a un largo y más que sombrío corredor, que llevaba solo Dios sabía a qué otra parte del castillo, pero que parecía hecho a propósito para que los duendes y los fantasmas que pudieran habitarlo se explayaran allí a sus anchas después de abandonar sus tumbas por la noche. El viento, entrando violentamente en el corredor, se dejaba sentir con un rumor sordo que ponía el vello de punta, y hacía que la puerta imposible de cerrar se batiera de continuo, como si cualesquiera espíritus aún no hubieran resuelto el dilema que se les planteaba a su vista, que no era otro sino el de si entraban o no en la habitación. En una palabra, eran precisamente los tenebrosos aposentos que un fantasma, si habitara el castillo, escogería como el más grato lugar para dar rienda suelta a sus expansiones nocturnas.

Mi tío, sin embargo, aunque ya estaba muy curtido en el arte de afrontar tal o cual aventura, sin importarle la que fuese, no pensaba en ellas a esas horas. Intentó una vez más cerrar la puerta, pero fueron inútiles sus renovados esfuerzos por dominarla. No es que sintiera miedo, ni siquiera aprensión, pues no en vano era un viajero con la experiencia necesaria como para que no lo amedrentase el más sórdido aspecto o el misterio de una habitación cualquiera, pero recuérdese que la noche era cruda, fría y lluviosa, y que el ventarrón rugía sobre y contra la torrecilla en la que estaban sus aposentos como es de rigor que lo haga contra las antañonas mansiones, y el aire que se dejaba sentir en el corredor llegaba húmedo y helado, como el que se siente en las mazmorras. Mi tío, empero, al comprobar de nuevo que era incapaz de cerrar la maldita puerta, arrojó más leña al fuego del hogar, que muy pronto crepitó lanzando una larga llamarada en la amplia chimenea, que iluminó los aposentos hasta el último de sus rincones, a tal punto que la sombra de las tenacillas colgadas de la pared para remover el fuego pareciese la de un gigante de piernas inconmensurables. Trepó mi tío después como pudo para culminar aquella especie de montaña hecha con diez colchones, cosa tan propia de las camas francesas, en un rincón de lo que era propiamente dicho el dormitorio; después, tratando de ponerse todo lo cómodo que le fuera posible, y tapándose hasta la barbilla con el abrigo de la cama, se quedó mirando fijamente al fuego del hogar, pero sin dejar de prestar la máxima atención al ulular del viento… Así y todo, trató de infundirse ánimos, diciéndose que en ningún otro sitio hubiera encontrado una cama cerca de tan buena chimenea, se felicitó por haber dado con su amigo el marqués… y se quedó al fin dormido, sin más.

No había llegado a la mitad del primer sueño cuando lo despertó el reloj del castillo, que estaba en la torrecilla sobre su cuarto. Daba las doce de la noche. Era un viejo reloj de esos que gustan sobremanera a los fantasmas. Tenía un sonido grave y tétrico; daba las horas con tal lentitud que mi tío pensó que no dejaría de sonar en toda la noche, solo para dar las doce. Contó una tras otra, y al final le salieron, no doce, sino trece horas… Y el reloj no hizo más ruido.

Casi, para entonces, se había apagado el fuego en el hogar y el último rescoldo parecía a punto de expirar de un momento a otro, lanzando leves llamas azules que propiciaban no menos mortecinos resplandores y alguna sombra trémula. Mi tío seguía tumbado en su cama, con los ojos a medio cerrar y con el gorro de dormir calado casi hasta la nariz… Ahora divagaba en fantasías, mezclando aquella escena con el cráter del Vesubio, con la Ópera de París, con el Coliseo de Roma, con la Taberna de Dolly, en Londres, y con otros lugares de visita inexcusable que pueblan las mientes de un viajero con muchos periplos a sus espaldas… En resumen, y tal y como lo denotaban sus párpados cada vez más pesados, de nuevo se estaba quedando dormido.

De repente lo despertó un ruido de pasos que parecían lentos pero muy fuertes a lo largo del corredor. Mi tío, como en no pocas ocasiones le he oído decir, era hombre que no se amedrentaba por cualquier cosa, así que se quedó tranquilamente como estaba; imaginaba que no sería más que otro de los huéspedes del marqués, o algún criado que se retiraba a descansar. Pero los pasos se acercaron hasta la puerta, que se abrió muy lentamente, chirriante; si ocurrió tal fenómeno porque alguien la empujó, o a impulsos de una ráfaga de viento más fuerte, es cosa que mi tío jamás pudo decir, aunque sí contar que una figura blanquísima entró casi inmediatamente después en sus aposentos. Era una mujer alta, espléndida, de porte noble y muy bella; su vestido blanco era antiguo, de mucho encaje y con larga cola… Aquella mujer avanzó lentamente hasta la chimenea, como si no reparase en la presencia de mi tío, o como si no le importara que estuviese; mi tío, sorprendido pero no aterrorizado, ni mucho menos, se quitó el gorro de dormir con una mano y se la quedó mirando embelesado. Estuvo un buen rato la mujer ante aquel pobre fuego que lanzaba leves llamaradas ahora blancas, además de azuladas, suficiente luz, no obstante, para que mi tío observara en toda su grandeza el aspecto decididamente fantasmagórico de aquella dama tan exquisita.

Su rostro era increíble, espantosamente pálido, esa es la verdad; quizás contribuyera a darle tal aspecto, sin embargo, la débil luz azul del fuego a punto de morir en la chimenea. Era una mujer muy bella, eso resultaba indudable, pero de una belleza que se le hubiera marchitado a causa de los lamentos y de las preocupaciones incesantes; tenía, pues, todo el aspecto lacerante de una persona que hubiera tenido que acostumbrarse a sobrellevar el dolor, cualquiera que fuese, pero a la que, no obstante, el dolor, cualquiera que fuese, no había conseguido doblegar en su enorme dignidad… Había en ella, así, un aire de resolución orgullosa que se imponía a la sensación primera de abatimiento; esa fue, por lo menos, la opinión que se formó mi tío, que se tenía por todo un magnífico fisiognomista.

La dama, como ya he dicho, permaneció en los aposentos dados a mi tío un buen rato, junto a la chimenea; acercaba al fuego escaso primero una mano y después la otra, siempre con mucha lentitud; después hacía lo mismo con los pies, ahora el

derecho, después el izquierdo. Evidentemente quería calentarse, lo que le lleva a uno a pensar que, se diga lo que se diga, también los espectros sienten el frío. Mi tío, y esto es algo en lo que hacía especial hincapié al narrar su historia, se dio cuenta entonces de que calzaba zapatos de salón, zapatos con tacón de aguja, siguiendo una moda ya obsoleta, cruzados en el empeine con hebillas con diamantes engastados, falsos o verdaderos, daba lo mismo, pero que refulgían admirablemente, como si fueran lo único vivo en aquella figura.

Al fin el espectro se volvió lentamente, ya confortado; miró en derredor suyo con ojos opacos, una mirada que, entonces sí, heló a mi tío la sangre en sus venas, y aun la médula de los huesos… Alzó entonces los brazos al cielo, la pobre mujer; cruzó las manos, y retorciéndoselas sobre la cabeza, como si implorase con sumo dolor, salió de la habitación.

Mi tío no pudo sino meditar largo rato acerca de tan extraña visita, pues como me decía vivamente cuando me refirió la historia, aunque era hombre de carácter firme y probado valor, era al tiempo hombre dado a la reflexión profunda sobre las cosas, por lo que en principio ninguna rechazaba por muy ajena que fuera al curso habitual de la vida, a la lógica de los acontecimientos. Era también, ya lo he dicho, un viajero más que experimentado; y había vivido, también lo he dicho, extrañas aventuras aquí y allá… Así que no extrañe a nadie que tras un lapso para la necesaria reflexión, se calase de nuevo el gorro de dormir hasta las narices, girase en la cama hasta ponerse casi de espaldas a la puerta, más que de precavido costadillo, se abrigara bien con las ropas de la cama, tapándose hasta más arriba de los hombros, y no mucho después se volviera a quedar dormido plácidamente.

No sé, pues tampoco era capaz de decirlo él, cuánto tiempo llevaba dormido, cuando lo despertó un susurro junto a su lecho. Se volvió hacia el lado de donde le llegaba la voz que le llamaba y vio al viejo criado francés, con el rostro enjuto enmarcado por los bucles de su pelucón, un rostro de sonrisa forzadamente obsequiosa… Hizo mil muecas mientras le pedía por lo menos otros mil perdones por haberlo despertado, por molestar de tan mala manera a monsieur… Era muy entrada ya la mañana. Mi tío se vistió tan deprisa como le fue posible, mientras recordaba, aunque vagamente, como si hubiera sido un sueño, la visita nocturna del espectro. Preguntó entonces al criado quién era la dama que tenía por costumbre recorrer aquella parte del castillo por las noches, pero el anciano sirviente se encogió de hombros subiéndolos casi de un golpe hasta su cabeza, se puso muy teatralmente la mano derecha en el pecho, y mostrando la izquierda abierta y con los dedos extendidos, y con la palma hacia arriba, hizo el gesto de inopia más cómico que verse pudiera, aunque él estaba convencido de su mucha seriedad y educación, al tiempo que decía que no eran de su incumbencia «les bonnes fortunes que tuviera monsieur

por la noche». Supo mi tío, pues, que nada en claro podría sacar de aquel hombre, por lo que no le hizo ninguna pregunta más.

Después del desayuno, que fue abundante, sabroso y reparador, paseaba mi tío junto al marqués por la parte más moderna del castillo, deslizándose como sobre la seda por aquellos bien encerados pisos de madera de los amplios salones, entre riquísimos muebles preñados de dorados y de brocados, hasta que dieron a una larga galería en cuyas paredes colgaban muchos retratos, unos al óleo y otros al pastel.

Aquello, como es natural, no podía sino alentar la elocuente facundia del anfitrión, que era un clásico aristócrata del anden régime… En toda Normandía no había un hombre importante, y cabe decir que incluso en toda Francia, que de una forma u otra no perteneciera a su noble casa. Mi tío lo escuchaba en silencio, impaciente, sin embargo, unas veces descansando el peso de su cuerpo sobre una pierna, otras veces sobre la otra, mientras el marqués bajito ponderaba, con su habitual viveza, por no decir que con su proverbial entusiasmo, las hazañas de sus antepasados, cuyos retratos tenía colgados en la amplia galería. Ni una aventura de las gentes de su estirpe, galante o guerrera, le ahorró a mi tío. Así, desde las gestas marciales de los envarados guerreros de acero, hasta las historias de amor y galanterías varias de aquellos caballeros de ojos azules y expresión un tanto melancólica, sonriente, con sus bucles empolvados todos ellos, con sus casacas y calzones de seda rosa o azul, todo, sin dejarse nada en el tintero de la lengua, se lo contó el marqués a mi tío, sin olvidarse siquiera de las conquistas que tales nobles hicieran de encantadoras pastorcillas de faldas amplias y huecas y de talles no más anchos que el de un reloj de arena, que reinaban sobre sus rebaños y sobre sus zagales con finos cayados adornados con largas cintas de colores.

En medio de aquella larga y entusiástica perorata que le largaba su buen amigo el marqués, mi tío se admiró especialmente ante un retrato de tamaño natural que le pareció la verísima imagen de la mujer espectral que lo había visitado en sus aposentos la noche anterior.

—Creo —dijo mi tío entonces— que he visto el original de ese retrato.

—Pardonnez-moi —le respondió el marqués educadamente—, pero eso no puede ser… Esa dama murió hace más de cien años. Era la muy bella duquesa de Longueville, que vivió sus días más gloriosos durante la menor edad de Luis XIV.

Nunca, a buen seguro, se pudo decir cosa tan insensata como la de mi tío. El marqués adoptó de inmediato la actitud del hombre dispuesto a hacer una muy larga narración. Y así, en efecto, le cayó encima a mi tío la historia completa de la guerra civil de la Fronda, durante la cual la bella duquesa de Longueville había representado un muy distinguido papel… Turenne, Coligny, Mazarin… fueron exhumados por el marqués al instante para avalar los hechos narrados, entre los que se contaban, naturalmente, los referidos a los días de las barricadas y a las hazañas en Port Cochére.

Mi tío comenzaba a sentir unas irresistibles ganas de poner más de mil leguas de distancia entre el marqués y él, o entre él y la implacable narración del marqués, cuando de golpe los recuerdos del marqués bajito tomaron un giro mucho más interesante.

Estaba el marqués relatando los pormenores de la prisión que sufrieran el duque de Longueville y los príncipes de Condé y de Conti en el castillo de Vincennes, y los infructuosos esfuerzos de la duquesa de Longueville para levantar en armas a los tercos normandos a fin de que lucharan por su libertad, cuando llegó en su relato a la parte en que la duquesa era sitiada por las tropas reales en el castillo de Dieppe.

—El ánimo de la duquesa —decía el marqués— se enardecía con los sufrimientos. Era admirable, según cuentan las crónicas de aquel tiempo, ver a una mujer tan bella y delicada luchar decididamente contra todas las vejaciones que sufría, contra todas las privaciones que padecía. Pensó entonces en un desesperado recurso para escapar… Conocéis bien el castillo en el que se hallaba recluida… Un edificio en ruinas sobre la cima de una colina que domina la pobre población de Dieppe… Bien, pues una noche oscura y tempestuosa salió la duquesa de Longueville secretamente por una de las poternas del castillo, cuya vigilancia habían descuidado sus captores. Esa poterna aún está en pie; da a un puente muy estrecho sobre un foso profundo entre el castillo y la cima de la colina. La seguían sus doncellas, un puñado de criados y varios caballeros que aún le eran fieles… No intentaba sino alcanzar un puerto distante unas dos leguas de allí, donde la duquesa había preparado secretamente que un buque la aguardara para huir.

Resultó, según el relato hecho por el marqués a mi tío, que el grupo de fugitivos tuvo que recorrer a pie aquella distancia por no poder contar con caballos. Cuando llegaron al puerto se desencadenó una fuerte tormenta que agitó la mar terriblemente; el buque se hallaba anclado lejos de la rada y no había otro modo de alcanzarlo que tomar una barca de pescadores a la que la marejada agitaba como si fuera un cascarón. La duquesa, valiente, decidió abordarla, a pesar de los esfuerzos que hicieron todos, incluidos unos pescadores que allí había, por disuadirla de tamaña locura. Mas la inminencia del peligro de muerte que corría, y la valentía de que siempre había hecho gala aquella mujer impar, no hicieron otra cosa que animarla en tan incierta empresa. Un pescador la tomó en sus brazos para subirla a la barca, pero era tal la violencia del ventarrón entonces, que el hombre perdió el equilibrio, no pudo rehacerse y dejó caer su preciosa carga al mar, entre las olas terribles que rompían contra el frágil embarcadero.

La duquesa estuvo a punto de perecer ahogada, mas, gracias a los denodados esfuerzos que hizo para salvarse, de una parte, y de otra merced a la ayuda de los pescadores y sus propios caballeros, que le echaron un cable, logró tocar tierra. Apenas se hubo repuesto, insistió; sin embargo, la tormenta era ya clara tempestad,

violentísima, por lo demás, y hacía vanos todos los esfuerzos; demorarse, por otra parte, significaba ser descubierta en breve y tomada prisionera de nuevo, aunque ahora para ser llevada en breve al cadalso. Allí en el puerto, y como no había forma alguna de abordar la barca de los pescadores, se hicieron con caballos. Montaron la duquesa y las damas a la grupa de los caballos de sus caballeros y batieron los campos cercanos en busca de un refugio en el que guarecerse hasta que la mar quedara en calma.

—Mientras la duquesa —prosiguió el marqués, poniendo su dedo índice sobre el pecho de mi tío para excitar de nuevo su atención, pues comenzaba a flaquearle—, mientras la duquesa, decía, ¡pobre mujer!, sorteaba la tempestad de modo tan triste y angustioso, llegó a este castillo en el que estamos… Aquello, naturalmente, causó cierta inquietud en quienes entonces moraban en él, pues el tropel de caballos y el ruido de espadas y de espuelas no solía presagiar nada bueno en aquellos tiempos… Uno de los caballeros de la duquesa, un militar alto y muy fuerte, armado hasta los dientes, avanzó al galope y anunció el nombre de la que llegaba. Todos los moradores de este castillo se tranquilizaron, y hasta se entusiasmaron con la visita, al oírlo. La servidumbre salió a recibir con hachones encendidos a la duquesa; nunca hubo, a buen seguro, viajeros tan destrozados como bien recibidos en parte alguna… La pobre duquesa, sus doncellas, cada una a la grupa de la montura de un caballero, mostraban una palidez extrema, una demacración terrible. Traían los vestidos hechos jirones, mientras los pajes y los criados, empapados hasta los huesos y medio desnudos por lo destrozados que llevaban sus ternos, parecían a punto de caerse al suelo debido a la enorme fatiga que sufrían.

Siguió contando el marqués que la duquesa fue recibida por su antepasado correspondiente, que le dio una muy cordial bienvenida y la condujo al vestíbulo del castillo. Pronto chisporroteó un fuego grato y abundante en la chimenea, que pareció confortar a la dama y a su séquito, y muy pronto, igualmente, tuvieron a su disposición cacerolas, asadores y pucheros bien repletos para saciar el hambre.

—La duquesa, claro está, tenía todo el derecho a nuestra hospitalidad —prosiguió el marqués bajito, alzándose ahora majestuosamente sobre las punteras de sus zapatos—, porque estaba emparentada con nuestra casa… Os lo explicaré… Su padre era Enrique de Borbón, príncipe de Condé…

—¿Pero pasó o no la duquesa aquella noche en el castillo? —lo interrumpió abruptamente mi tío, aterrado ante la sola idea de verse envuelto en una suerte de narración genealógica, para la cual parecía prepararse el marqués.

—¡Oh! —exclamó el marqués, sorprendido—. Bien, en cuanto a la duquesa se refiere, fue alojada en la misma habitación que ocupasteis la noche anterior, que en aquel tiempo era una cámara que se ofrecía a los personajes de mayor importancia… Su séquito fue alojado en las habitaciones que dan al corredor, y su paje favorito

durmió en un gabinete contiguo al de la duquesa. El fornido caballero que había anunciado su llegada, y que era el guerrero más diestro del séquito, pasó la noche en vela haciendo guardia en el corredor. Era un hombre sombrío, sin embargo, y más bien rígido y violento; cuando la luz de la palmatoria que alumbraba el corredor caía sobre su rostro de facciones temibles, daba la impresión de que hubiera sido capaz él solo de defender el castillo del asedio de una tropa cualquiera… La noche, como ya he dicho, era harto desapacible… Por esta misma época del año… ¡Por cierto! Ahora reparo en ello… Anoche se cumplió el aniversario de aquella estancia de la duquesa de Longueville en mi casa… Puedo recordarlo porque fue una fecha extraordinaria para toda mi estirpe. Hay una tradición muy singular en mi casa, desde entonces…

Vaciló el marqués, como si sus cejas se poblaran de nubes.

—Esa tradición —continuó—; bien, aquel extraño suceso se produjo tal noche… Bueno, fue un suceso extraño, misterioso, inexplicable… Hizo una larga pausa.

—¿Os seguís refiriendo a la duquesa? —preguntó mi tío, alarmado entonces ante su pausa.

—Era ya pasada la medianoche —siguió diciendo el marqués— cuando todo el castillo…

Hizo otra pausa. Mi tío abrió sus manos y extendió hacia él sus brazos, como rogándole que siguiera.

—Perdonadme —se excusó el marqués, ruborizándose entonces—, pero hay algunas circunstancias relacionadas con la historia de mi familia que no me agrada contar… Fueron tiempos muy duros… Una época de grandes hombres, pero ya sabéis que la sangre noble, cuando corre sin razón, no lo hace mansamente como la de la plebe… ¡Pobre duquesa! El orgullo familiar me impide… Perdonadme, os lo ruego… Hablemos de otra cosa, si os parece.

Aquello no hizo más que excitar sobremanera la curiosidad de mi tío, como era de lógica. La pomposa y magnífica introducción que hiciera el marqués bajito le había llevado a esperar algo realmente admirable de su relato y no estaba dispuesto, por ello, a quedar privado del fin de la historia, por un súbito arranque de pudor del marqués… Al fin y al cabo no era mi tío más que un viajero ávido de información y de historias con las que enriquecer su ya más que largo anecdotario, por lo que consideró un deber primordial inquirir hasta sus últimas consecuencias, aun a riesgo de su amistad con el marqués bajito.

Fue en vano. El marqués se negó a seguir. Incluso a contestar varias de las preguntas que le hizo mi tío.

—Bueno —dijo mi tío al cabo, algo más que sardónico, incluso haciendo gala de cierta petulancia—; podéis pensar lo que os venga en gana, pero yo puedo asegurar ante quien sea que he visto a esa dama…

El marqués dio un par de pasos atrás y lo miró sorprendido y aterrado.

—La duquesa me visitó anoche en mis aposentos —dijo mi tío.

El marqués, rehecho de la impresión primera, sacó entonces su cajita de rapé, encogiéndose de hombros y sonriendo, como si tomara lo que le acababa de decir mi tío por una desagradable muestra de humor inglés, y no sin fingida cortesía pidió a mi tío que le contara por favor tan interesante aventura.

Mi tío aceptó el reto y con una seriedad completa le refirió la aparición de la dama en todos y cada uno de sus detalles. El marqués no pudo evitar interesarse en aquel relato, que escuchaba cada vez más serio, ida ya su sonrisa incrédula de antes, con la cajita de rapé en la mano, aún sin abrir.

Al fin, cuando concluyó mi tío su relato, el marqués abrió la cajita y se puso en las narices una buena cantidad de rapé.

—¡Bah! —exclamó el marqués luego, encogiéndose de hombros otra vez mientras daba la espalda a mi tío para dirigirse al extremo de la galería.

Aquí cesó en su relato quien contaba aquella historia; los reunidos aguardaban la continuación, pero el narrador seguía en silencio.

—Bien —dijo uno de esos caballeros que siempre tienen alguna pregunta que hacer—, ¿qué dijo su tío entonces?

—Nada —contestó el narrador.

—¿Y el marqués tampoco dijo nada más?

—Nada.

—¿Y eso es todo?

—Sí, eso es todo —admitió el narrador mientras echaba más vino en su copa.

—Supongo —dijo un anciano caballero al que la nariz al hablar se le movía hacia los lados— que el espectro de esa historia no era, en realidad, sino el cuerpo verdadero de la guardesa del castillo, que iba de habitación en habitación por ver si faltaba algo a los huéspedes…

—¡Bah! —replicó el narrador—. Mi tío era un hombre capaz de distinguir perfectamente un espectro de una guardesa, era un hombre que había visto mucho mundo…

Se alzó un murmullo en la mesa, mezcla de burla y decepción con algo de algarabía jovial. Por mi parte, creo que aquel anciano que relató la historia se guardaba en realidad lo más interesante de la misma; había en su rostro demacrado una singular expresión que me hizo dudar de si había hablado en broma o en serio.

El espectro del novio

Relato de un viajero

No hallaré el descanso en mi posada.
Falstaff

D urante un viaje que hice cierta vez por los Países Bajos, llegué una noche a la Pomme d'Or, el mejor hostal de una pequeña villa flamenca. Lo hice pasada la hora convenida para la table d'hôte, por lo que me vi obligado a cenar a solas los restos del menú que me sirvieron. Hacía un frío espantoso. Tomé asiento al fondo de un amplio comedor a la sazón vacío; acaso angustiado por aquella soledad, por aquel silencio que me hacía tener la sensación de que había llegado a un lugar solitario, pedí al posadero algo que leer, y el buen hombre, prestamente, me ofreció cuanto componía la biblioteca de su casa y pensión: una Biblia familiar holandesa y un almanaque escrito en la misma lengua, pero también unos cuantos periódicos parisinos atrasados… Me entretenía en la lectura de alguno de aquellos periódicos atrasados cuando llegaron hasta mis oídos unas risas que parecían originarse en la cocina del hostal. Cualquiera que haya viajado por el continente sabe lo muy importante que resulta para el viajero llegar a un lugar en el que las cocinas sean alegres; sobre todo, en circunstancias como la mía, con un tiempo de perros, cuando más necesario se hace el calor en todos los sentidos… Dejé a un lado, pues, el periódico que leía, y me levanté con ánimo de hacer una incursión, más o menos profunda, allá por donde estaba la cocina del hostal, pues la verdad es que me hacía franca ilusión encontrarme con gente que riera con tantas ganas. Vi allí, reunidos al amor del fuego de los fogones, a varios viajeros que habían arribado al hostal antes que yo, a hora prudencial, pues, en una diligencia; estaban en animada charla con las personas que se encargaban de cocinar para la clientela del Pomme d'Or. Estaban, como he dicho, sentados alrededor de uno de los fogones, que parecía un altar ante el que se hubiera congregado una comunidad, aun pequeña, de fieles; había sobre el fogón, en la pared, cacharros de cocina y una vajilla completa y reluciente, en la que destacaba un juego de té presto para el servicio. Una lámpara de aceite, grande y de cristal reluciente, daba luz a los que allí charlaban y reían, arrojando sus sombras descomunales contra las paredes de la amplia cocina.

Bajo aquella amarillenta luz de la lámpara solo aparecía bien iluminada la escena que mostraba a esas personas, permaneciendo el resto de la cocina en una penumbra atrayente, que sugería placidez e intimidad. Una hermosa flamenca, con largos pendientes dorados en sus orejas y con un pequeño corazón, igualmente dorado, pendiente de su cuello por una cadenita, parecía la sacerdotisa que oficiaba el rito de la reunión ante aquel fogón como un altar, en la cocina del hostal.

Varios de los allí presentes fumaban plácida y relajadamente sus pipas, con ese especial regusto con que se saborea un buen tabaco aromático después de una excelente cena, cuando ya comienza a desearse el caliente lecho para descansar. Ya he dicho que se contaban anécdotas, y justo entré cuando uno de aquellos hombres concluía la suya y empezaba un francés a referir otra… Era el francés un hombre de cara larga y magra pero jovial, con enormes patillas, y comenzó a contar historias galantes de las que, cómo no, había sido protagonista, entre el regocijo de las muchachas flamencas de la cocina y las risas admiradas de los demás hombres allí reunidos… Lo propio, en fin, de esos templos de la liberalidad y de la honesta diversión que son las cocinas de los hostales cuando llega la noche.

Desde luego, no vi mejor ocasión de sacudirme el tedio, y como en realidad aún no me apetecía irme a dormir, a despecho del cansancio, tomé asiento junto a los allí congregados, procurando no hacer ruido. Escuché así varias historias más que referían los viajeros, algunas de una increíble extravagancia y otras más verosímiles, como ocurre en estos casos. Todas ellas, sin embargo, se me han borrado ya de la memoria, a excepción de la que narró un hombre, que pido permiso para relatar… Lamento no poder hacerlo con la vivacidad y convicción, empero, con que hizo su relato aquel hombre, ni con su aire tan peculiar, ni con sus gestos tan apropiados… Era un viejo suizo corpulento, que tenía la pinta del que ha viajado mucho. Vestía decorosamente, muy pulcro y hasta elegante con su chaqueta verde de buen paño, con sus calzones de cuero con peto igualmente de cuero protegiéndole el pecho, y con sus medias de lana. Era muy corpulento, como ya he dicho, a pesar de su edad provecta, y gesticulante, con la mandíbula poderosa, de nariz aquilina, de ojos grandes y chispeantes, rubios aún sus cabellos, a pesar de las canas que lucía, que le caían crecidos sobre el cuello de un abrigo largo de terciopelo e igualmente verde, esos abrigos que en realidad son una capa, prenda tan típica entre los viajeros que recorren en invierno el continente. A veces lo interrumpían en su relato, bien las preguntas de quienes escuchaban, sobre todo las preguntas de las muchachas, o bien la llegaba de algún huésped aún más tardón que yo mismo, y él a todos atendía, cordial, deferente, para seguir después a lo suyo con el mismo entusiasmo de antes… Y alguna vez se interrumpía él mismo, con el pretexto de dar lumbre a su pipa, sin duda para incrementar las ansias de quienes lo escuchábamos… Ni que decir tiene que las

muchachas, y en especial la flamenca rubicunda de los pendientes dorados, le miraban con embeleso, como enamoradas.

Me gustaría que mis lectores se lo imaginaran con su pipa genuina de écume de mer, con su mentón poderoso, sentado en un sillón con todo su aire mundano mientras refería aventuras, como sin importancia, que a todos sorprendían, con la cabeza siempre alta, más que la de un gallo, y entornando a veces los ojos para reafirmar un aspecto particularmente memorable de su relato, o mirando de reojo con ellos cuando el misterio tenía que ser aprensivo; así, acaso, la última historia que contó, y que a continuación paso a referirles, les toque en el alma tan profundamente como a mí me llegara.

En la cumbre de una de las alturas de Odenwald, país salvaje y romántico de la Alta Germania, situado cerca de donde confluyen el Mosa y el Rin, se alzaba hace muchos años el castillo del barón Von Landshort. Ahora, por el tiempo en que transcurre mi historia, se hallaba en ruinas y casi sepultado por un bosque de hayas y de negros abetos; no obstante, la vieja torre que servía de punto de observación y vigilancia más importante del castillo aún se elevaba por encima de los árboles, de igual manera que el barón del que hablo se esforzaba en mantener su dominio sobre los campesinos de la comarca.

El barón era un descendiente venido a menos de la gran familia de los Katzenellenbogen y heredero de sus bienes y del orgullo que fue divisa de la estirpe. Aunque el afán guerrero de sus antepasados había hecho que disminuyera el número de sus propiedades, pretendía el barón, sin embargo, seguir dando muestras de una opulencia infinita. Eran tiempos de paz y todos los nobles de Alemania habían abandonado sus góticos torreones defensivos, colgados de las montañas como nidos de águilas, para afincarse en los valles, lugares de común más placenteros y que propician una existencia, por ello, más cómoda.

Tenía el barón una hija, su única descendiente; pero la naturaleza compensó no haberle dado más que esa hija, haciendo de ella, en cambio, un prodigio, un dechado de virtudes. Tanto sus primas como todas las nodrizas y comadres de la comarca aseguraban al padre que no había en toda Germania quien pudiera rivalizar con ella en belleza. ¿Quién mejor que ellas para aseverarlo? Había recibido la educación más esmerada, siempre bajo la vigilancia de dos de sus tías, unas viejas solteronas que, habiendo pasado varios años de su juventud en uno de los pequeños principados de Alemania, estaban, por ello, versadas más que cumplidamente en todas las ramas del saber, en todos los conocimientos precisos para instruir convenientemente a una joven de abolengo y belleza tan notables como los de su sobrina. Por la virtud de los consejos recibidos de sus tías, así, la hija del barón accedió a un grado sumo de perfección espiritual. Aún no había dejado atrás sus maravillosos dieciocho años, y ya hacía encantadores bordados y representaba escenas santas prodigiosas en los telares,

tan expresivas que se podía jurar al verlas que las ánimas del purgatorio habían vuelto a la vida. Era capaz de leer, además, y sin mayores esfuerzos, lo mismo libros religiosos que otros con las historias de caballeros andantes del Heldenbuch. Había hecho, en fin, grandes progresos en la escritura, con lo que ya era capaz de escribir su nombre sin olvidarse de una sola letra; lo hacía de manera muy pulcra, harto legible, a tal punto que sus tías podían leerlo sin necesidad de ponerse las antiparras para tratar de adivinar cuál sería una u otra letra… Mas, muy especialmente, sobresalía en artes tales como las de cuál era la danza del día, tocar en el arpa distintos aires de la tierra, y también en el laúd, además de saberse de memorias las más tiernas baladas de los Minnielieders.

Las tías de la bella joven, que en sus años mozos habían sido, sin embargo, mujeres coquetas y de virtud más que en entredicho, eran las personas más idóneas para vigilar como auténticas cancerberas la conducta de su sobrina, pues no hay dueña de una virtud tan rigurosa y de un decoro tan sobrio como una coqueta que se quedó soltera… Raramente consentían que la bella se alejara de su vista y pocas veces le permitían salir de las estancias del castillo sin que cayera sobre sus espaldas su mirada. Sin cesar leían en voz alta, para que lo oyese bien la muchacha, tratados sobre las conveniencias sociales y la obediencia pasiva. Y en lo que a los hombres respecta, ¡ah, caramba!, le decían que jamás habría de consentir en mirarlos, salvo si se hallaba a gran distancia de ellos, y en cualquier caso con tanta desconfianza y prevención, que sin una autorización especial de ellas mismas no se hubiera atrevido la pobre, jamás, a recrearse la vista en la contemplación del más bello doncel del mundo… Eso, pues, mirar a un hombre, no, nunca, jamás… Tal atrevimiento, estaba segura, le hubiera supuesto morir de inmediato a sus pies.

Pronto dieron sus frutos los rigores de aquella educación. La joven dama era un perfecto ejemplo de morigeración y discreción. Mientras las demás muchachas de su edad, cual flores mundanas que cada mano puede acariciar y tirar después, marchitaban el brillo de su hermosura encantadora en los torbellinos del mundo y la vida, nuestra modesta y encantadora virgen, tan hermosa, dirigida siempre por sus virtuosas cancerberas, florecía como el botón de una rosa solitaria que se alza y abre magnífica en su esplendor entre todas las espinas que la cercan. Sus tías, ni que decirlo, la contemplaban más orgullosas de sí mismas que de su sobrina, y se decían que aunque todas las demás jóvenes se alejaran del recto camino, gracias al cielo, semejante baldón nunca caería sobre la hermosa heredera de los Katzenellenbogen.

Sin embargo, era el caso que, aunque el barón de Landshort no tenía más que aquella hija única, no por eso era menos numerosa su familia, pues había querido darle la Providencia toda una legión de parientes sin fortuna, que, cual es de común en todos aquellos parientes cuyo afecto conviene poco, mostraban una clara disposición y hasta un cariño enorme hacia el barón, al que se sentían muy apegados, y

aprovechaban cualesquiera circunstancias para dejarse caer como un enjambre sobre el castillo para darle muestras de su amor. Cada fiesta familiar era celebrada por estas buenas gentes a costa del barón, y cuando ya habían comido y bebido hasta reventar declaraban enternecidos que nada había sobre la faz de la tierra, y aun en los cielos, como las deliciosas reuniones de familia que tanto les alegraban los corazones.

El barón, a pesar de ser un hombre más bien bajo, tenía un alma elevada, cabe decirlo así… Más aún, se tenía por el más grande hombre del pequeño mundo en que vivía; tamaña convicción acerca de su superioridad sobre los demás le colmaba de dicha. Por eso disfrutaba narrando larguísimas historias sobre las virtudes y el valor de sus antepasados, cuyos antañones retratos, en las paredes del castillo, parecían hacer guiños y muecas, de burla las más de las veces, a quienes los contemplaban, y nadie le escuchaba con mayor benevolencia que quienes se sentaban invitados a su mesa. Era además hombre muy dado a lo maravilloso y creía a pies juntillas en todos esos cuentos fantásticos y hasta sobrenaturales que de común se refieren en las montañas y en los valles de Germanía. La credulidad de sus huéspedes, sin embargo, era aún más grande y sincera que la suya; oían cada historia maravillosa con los ojos muy abiertos, tanto más que la boca, y nunca dejaban de admirarse de lo escuchado, aunque fuese la centésima vez que se lo repetían… Así de a gusto vivía el barón de Landshort, oráculo de su mesa, monarca absoluto de su pequeño imperio; dichoso y feliz, sobre todo, creyéndose el hombre más sabio de su siglo.

Por el tiempo a que se refiere mi relato, se celebró en el castillo una gran reunión de familia para tratar de un asunto de la mayor importancia: buscar un marido conveniente a la hija del barón. A tales efectos habíase celebrado ya una reunión entre el barón de Landshort y un viejo y noble caballero de Baviera, para negociar acerca de la unión de las casas de ambos mediante el matrimonio de sus hijos; incluso se habían iniciado ya los preparativos del casamiento con toda la escrupulosidad que la empresa requería, aunque aún no se hubieran visto ni hablado los futuros contrayentes… Se designó hasta el día para la ceremonia, por lo que se cursó recado urgente al joven conde Von Altenburg, el futuro esposo, que servía en los ejércitos imperiales, a fin de que se pusiera en camino para recibir la blanca y pura mano de la hija del barón. Desde Würtzburg, donde había hecho noche, llegaron al castillo cartas suyas anunciando en una el día, y en la otra la hora aproximada, en que llegaría.

Todo el castillo se dispuso a darle la bienvenida adecuada. La novia se había vestido para la ocasión con especial cuidado. Sus tías habían vigilado con minuciosidad máxima su tocado, escogiendo cada adorno del vestido no sin discutirlo largo rato, cosa que aprovechó la joven, dicho sea de paso, para seguir su propio gusto, que, por ventura, era muy delicado.

Cabe decir que estaba todo lo hermosa que podía desear un esposo en agraz, pues además la emoción de la espera hacía que le brillasen los ojos, y que lucieran sus

encantos todos, con un fulgor nuevo. El rubor que cubría su cara; las palpitaciones de su seno, tibia y dulcemente agitado; sus ojos, de tanto en tanto ensoñecidos, todo, en fin, proclamaba el tumulto de emociones que se había despertado en su joven y tierno corazón. Sus tías, siempre a su lado, le daban graves consejos sobre las maneras que debía observar, sobre las cosas que debía decir, para dar al futuro esposo el recibimiento más honesto.

El barón no era ajeno a todas aquellas expectativas; aunque nada tenía que hacer, pues ya se encargaban los demás de todo, su naturaleza de hombre inquieto le hacía ir y venir de aquí para allá, entre criados y amas, exhortándoles a trabajar duramente aunque no se concedieran un breve descanso, de forma tal que se le oía zumbar en las habitaciones y en los patios, como esas moscas inclementes e inoportunas que no hacen otra cosa que incomodarnos en los días del verano.

Mientras tanto, ya había sido sacrificada y dispuesta para los pucheros la ternera más grande de cuantas tenía en la granja; ya por los bosques habían resonado los gritos de alerta y victoria de los cazadores dedicados a cobrar exquisitas piezas; ya estaba la cocina atiborrada de viandas para preparar; ya las bodegas rebosaban de océanos de Rhein-Wein y hasta el gran tonel de Heidelberg prestó su contribución a la fiesta… Todo, en fin, estaba dispuesto para recibir cual era debido hacerlo al distinguido huésped, con tanto Sausy Braus como es propio de las normas de la hospitalidad germana; pero el novio tan esperado no aparecía; pasaron horas y más horas y no llegó.

El sol, cuyos rayos penetraban hasta lo más profundo de los ricos bosques de Odenwald, acabó por derramar su luz solo sobre las cumbres de la montaña. El barón, desde la más alta torre de su castillo, se fatigaba la vista inútilmente mirando en lontananza, ansioso por avistar al conde y su séquito. Una vez creyó verlo al fin; el sonido de un cuerno, prolongado en el aire por los ecos del valle, resonó en sus oídos y le alegró el corazón. Vio a lo lejos muchos hombres a caballo que avanzaban por el camino… Mas apenas llegaron al pie de la montaña, tomaron de pronto una dirección que desde luego no conducía al castillo.

Se ocultó al fin el sol lentamente. A la tenue luz del crepúsculo, los murciélagos empezaron a revolotear girando enloquecidos sobre su cabeza; el camino se hacía cada vez más oscuro; ya no se veía ni oía a nadie; solo, de vez en vez, a cualquier labriego fatigado por la dura jornada que caminaba pesadamente hacia su choza.

Todos los que estaban en el castillo del barón mostraban una perplejidad absoluta, cuando no gran inquietud… Mientras, en otro lugar de Odenwald, acontecía en el mismo momento una escena al menos curiosa.

El joven conde Von Altenburg marchaba tranquilamente; iba al trote corto, sin prisa, con esa satisfacción propia de un hombre que en breve tomará por esposa a una bella y joven dama, cuando ya sus amistades lo han liberado de todas las trabas y han

disipado todas sus incertidumbres, propias, por lo demás, de quien se ve obligado a hacer la corte. Estaba seguro el conde de que su futura esposa le esperaba para ofrecerle una magnífica mesa con la que regalarse tras el largo camino. Mas ocurrió que se había encontrado en Würtzburg con un compañero de armas, con el que había servido algún tiempo atrás en la frontera. Herman Von Starkenfaust era uno de los guerreros más fornidos, intrépidos y temibles de la caballería alemana. Volvía ahora, ya licenciado, al castillo de su padre, no muy alejado del de Landshort, aunque hay que mencionar que una antigua querella mantenía aún, por aquel tiempo, la enemistad de las dos familias, a la que sin embargo eran ajenos el conde y el caballero. En la alegría que a los dos embargó por su encuentro, ambos se contaron sus últimas aventuras y avatares; el conde, naturalmente, le dijo que iba a contraer matrimonio con una dama a la que jamás había visto, pero de la que tenía las mejores nuevas, incluso las referencias más maravillosas. Como iban en la misma dirección, convinieron en hacer juntos el resto del viaje; a fin de hacerlo aún con mayor comodidad, abandonaron Würtzburg a hora muy temprana de la mañana, ordenando el conde a su séquito que saliera más tarde para darles alcance y reunirse de nuevo.

Con el relato de sus aventuras, entre las que no faltaban tales o cuales combates, fueron haciéndose más grato el viaje, de común tedioso; el conde, por lo demás, en ocasiones se excedía al hablar de aquella prometida a la que jamás había visto, diciendo por ejemplo que era la mujer más hermosa del mundo y otras y muy felices cosas por el estilo… Sin que se hiciera apenas un silencio entre ellos, se adentraron, pues, en las montañas de Odenwald y atravesaron uno de los desfiladeros más oscuros y peligrosos del viaje.

Es bien sabido que los bosques de Germania albergaban por aquel tiempo muchos bandidos, casi tantos como castillos llenos de fantasmas había, y en la época en que transcurre esta verídica narración, eran muchos los desertores de la milicia a los que no les había quedado otro remedio, a fin de evitar la muerte, que echarse a los caminos organizados en bandas de salteadores. Nadie ha de sorprenderse, así las cosas, si digo que nuestros dos caballeros fueron atacados al cabo por una banda de ladrones cuando, atrás ya el desfiladero, se adentraron en el bosque. Se defendieron con gran coraje, como es lógico; lucharon largo tiempo, y ya estaban a punto de sucumbir, empero, cuando acudió el séquito del conde en su auxilio. Huyeron los bandidos entonces; mas el conde había recibido una herida mortal y no tardaría mucho en fallecer. Antes, sin embargo, se le llevó con cuidado a Würtzburg para que fuese atendido por un sabio monje que lo mismo curaba las almas que los cuerpos… En vano. La mitad de su talento, la que curaba los cuerpos, se demostró incapaz de evitar que allí concluyesen los días del pobre conde Von Altenburg.

En su lecho de muerte suplicó el conde a su amigo que se dirigiese al castillo del barón de Landshort tan presto como pudiera para comunicar la causa de que no

hubiese estado junto a su prometida en la hora anunciada; aunque no se tratase del amante más apasionado, sí hay que hacer notar que era probablemente el hombre más cumplidor de sus obligaciones y palabra, y se mostraba ciertamente dolido por no haber hecho acto de presencia donde se le esperaba. También por la misma razón suplicaba al amigo que cumpliese cuanto antes su encargo. «Si no se hace así —le dijo—, no reposaré tranquilo en mi tumba». Lo repitió hasta dos veces más, solemnemente.

Tan viva súplica no necesitaba más que ser atendida, sin otras consideraciones; así, pues, el guerrero Starkenfaust calmó a su amigo prometiéndole cumplir fielmente su última voluntad y le tendió su mano para darle la prueba necesaria de la validez de su palabra. El moribundo llevó la mano del amigo a su corazón, muy agradecido por su gesto noble, y apenas unos pocos segundos después comenzaba a delirar trágicamente. Habló, en su sinrazón, de su prometida, de la felicidad que le aguardaba junto a ella; dio órdenes para que se le preparase un caballo con el que dirigirse cuanto antes hacia el castillo de Landshort… Y murió soñando que galopaba.

Starkenfaust exhaló entonces un suspiro y se echó a llorar, lamentándose de tan trágica como prematura muerte; no obstante, pronto pensó en el encargo hecho por su amigo antes de expirar; sentía una opresión terrible en el pecho y tenía la cabeza atormentada por la inquietud y la prisa de cumplir cuanto antes aquella última voluntad del conde, pues no en vano tenía que presentarse en la casa de los enemigos históricos de su familia sin haber sido invitado, y encima para acabar con las ilusiones y con la alegría de los allí reunidos, comunicándoles tan triste nueva… Pero, al tiempo, cobraba en él fuerza, paulatinamente, una cierta curiosidad por ver de cerca a la bella Katzenellenbogen, cuya fama de hermosa se extendía ya más allá de la comarca y a quien tan alejada del mundo habían tenido siempre… No en vano era Starkenfaust un rendido, si no devoto, admirador del bello sexo, y se daba en su carácter, además, una cierta tendencia a la originalidad en sus comportamientos, que lo llevaba a emprender cualquier aventura con que solo se le pasara una vez por la cabeza. Antes de partir, cuidadoso como lo era con los detalles, hizo los necesarios arreglos con los frailes del convento para la celebración del funeral por su amigo, que sería enterrado posteriormente en la catedral de Würtzburg, en la cripta de sus antepasados, y los servidores del conde, llenos de tristeza, cargaron con sus restos para hacer el trágico traslado hasta la iglesia.

Mas, volvamos de nuevo a la familia de los Katzenellenbogen… Esperaban todos impacientemente al novio, y no menos impacientemente, que se sirviera la comida… Y volvamos al barón, al que dejamos en su torre vigía… Desesperado el barón porque ya se había cerrado la noche sin que diera señales de vida el futuro esposo de su hija, bajó de la torre. El banquete, que se había retrasado ya más de lo necesario, no se podía demorar por más tiempo pues comenzaban a secarse algunas de las viandas

preparadas; el jefe de los cocineros, muy apurado y nervioso, pero no solo él, sino la servidumbre toda, y los pinches de la cocina, y naturalmente los parientes, todos, en fin, mostraban un hambre semejante al que pueda tener todo un batallón de soldados tras días y días sin probar bocado. Muy a su pesar, no le quedó al barón más remedio que dar su consentimiento para que todos ellos recibieran la ración pertinente, aunque aún no hubiera hecho acto de presencia el invitado de honor.

Tomaron todos asiento, al fin, ante su plato; ya iban a dar cuenta del banquete, cuando se dejó sentir a poca distancia la llamada de un cuerno, lo que inequívocamente anunciaba la presencia inminente de un viajero… Sonaron más toques, prolongados por los ecos de los patios del castillo, que fueron respondidos por los cuernos de la guardia para dar cuenta de que se le franqueaba el paso al que llegaba. El barón salió apresuradamente a dar la bienvenida a quien creía su futuro yerno.

Ya habían bajado los guardias el puente levadizo, ya se encontraba el viajero ante la reja de la puerta… Era un caballero alto y muy fuerte, a lomos de un poderoso caballo negro; llegaba muy pálido, pero tenía brillantes los ojos; una muy honda melancolía parecía haber impresionado su semblante y le daba un aspecto más que notable de héroe romántico… El barón se lamentó de verle llegar solo y sin equipaje; por un momento se sintió herido en su dignidad, pues aquel a quien tenía por el prometido de su hija se presentaba con tales y tan lamentables trazas ante la familia, de rancio abolengo y gran distinción, a la que iba a unirse… En suma, se dijo que su futuro yerno era un tanto descortés, no importaba lo muy duro que le hubiera resultado el viaje… Así y todo, se calmó pronto el barón, diciendo para sus adentros que a buen seguro había procedido así debido a la ansiedad que tenía por conocer a su hija, lo que le llevó a ponerse en camino sin aguardar a su servidumbre y sin acicalarse siquiera.

—Lo siento —dijo el recién llegado—; no quería llegar a vuestra casa a hora tan intempestiva…

El barón lo interrumpió entonces con un auténtico chaparrón de cumplidos, que acompañaba de miles de salutaciones cordiales, ya que, olvidada su desazón y su resentimiento anteriores, el caballero se había expresado de manera tan elocuente y diplomática. Quiso el extraño detener aquel torrente de palabras, un par de veces, alzando la mano; pero viendo que era imposible hacer que el barón callase para escucharle, se resignó, bajó la cabeza y esperó a que acabara.

Así llegaron al último patio del castillo. Al fin hizo el barón una pausa; mas en cuanto el caballero intentó abrir la boca para explicarse, de nuevo fue interrumpido, ahora por la irrupción de las mujeres de la familia, que llevaban de las manos a la novia, modosa esta, pugnando vergonzosa por esconderse tras ellas, ruborizada dulcemente en su sonrisa… No pudo por menos que contemplarla arrebatado el

caballero, como en éxtasis; tal parecía que se hubiera enajenado su alma al contemplar a tan bella damita. Una de las tías solteronas murmuró entonces unas palabras al oído de la hermosa y virginal muchacha, que hizo un gran esfuerzo para hablar, alzando tímidamente sus ojos de un azul profundo, húmedos por las alegres lágrimas que intentaba reprimir. Miró al caballero, pero fue solo un segundo, pues de inmediato bajó los ojos otra vez. No le brotó una sola palabra de entre los labios, pero una graciosa sonrisa que vagaba por su boca le marcó dos no menos lindos hoyuelos en sus mejillas de rosa, como si hubiera querido demostrarle que nada le placía más que su presencia. Era imposible, ciertamente, que una damita en la tierna y feliz edad de los dieciocho años, dispuesta a entregarse al amor y al matrimonio en cuerpo y en alma, no quedase encantada ante la presencia de un caballero como aquel, de porte tan impresionante y de nobleza más que evidente.

El caballero se presentaba muy tarde, por lo que no había tiempo para más preámbulos, ni mucho menos para seguir hablando. El barón era hombre que se distinguía por adoptar decisiones rápidamente, así que, dejando para el día siguiente cualquier explicación, hizo que todos tomaran asiento a la mesa para que se diera inicio, de una vez por todas, al banquete de bienvenida, aún intacto.

La mesa estaba servida en el gran salón del castillo. Los muros, cubiertos de retratos de los héroes de la familia Katzenellenbogen, alguno de los cuales, por cierto, era incluso bien parecido, y de incontables trofeos de caza, y otros obtenidos en justas memorables a lo largo de los tiempos. Había también, en tan severa decoración, petos y cotas destrozados, lanzas rotas, pendones desgarrados, estandartes pisoteados por los caballos, salpicado todo ello con los despojos de los animales cazados: la quijada de algún lobo, los colmillos de un jabalí, algunos de aspecto tan amenazador como las ballestas y las flechas junto a las que eran exhibidos, al lado de mazas, hachas y espadas cruzadas. Aquel a quien tenían por el novio prestó poca atención, sin embargo, a la sociedad que lo rodeaba y al mismísimo festín que se le ofrecía, con ser extraordinario; por el contrario, no hacía más que mirar a la hermosa novia. Hablaba tan bajo que los convidados no podían oírle, pues téngase en cuenta que los enamorados apenas tienen voz, de tan arrebatados; el amor murmura suave y dulcemente su lenguaje. Solo esperaba el caballero una palabra de la novia, pues ¿qué amante es tan poco sutil como para no estremecerse de gozo con el más leve sonido de la voz de su amada?

Aquella ternura y aquella gravedad que se daban en el recién llegado, la exquisitez de sus modales en contraste con su aspecto fiero, impresionaron profundamente a la virginal damita, que le prestaba una atención máxima mientras cambiaba del suave arrebol al rubor intenso; de vez en vez balbucía una respuesta, y cuando los ojos del caballero dejaban de mirarla, le lanzaba ella una mirada, de reojo y a hurtadillas, para saciarse con su romántica apostura… Naturalmente, exhalaba entonces un suspiro

encantador. Era más que evidente que ambos habían sucumbido ya a la más ardorosa pasión. Las tías solteronas de la damita, harto versadas ellas en los secretos del corazón, se decían por lo bajo que ambos se habían enamorado nada más verse, cosa de la que se congratulaban.

Así transcurrió el festín, pues, entre el beneplácito de los invitados; mas acabó un poco salvajemente, pues ida la morigeración primera los parientes del barón dieron cuenta de las viandas con ese apetito depredador que es propio de quien anda de común con la bolsa vacía y encima respirando de continuo el sano aire de las montañas. Como no podía ser de otra forma, narró el barón lo más granado de sus historias y anecdotario, pero hay que decir que pocas veces lo había hecho tan bien como entonces. Si en una de sus narraciones había algún acontecimiento maravilloso, quienes lo escuchaban quedaban aún más encantados que los personajes de la historia; si decía alguna jocosidad, sabían cuándo reírse en el momento oportuno. Cabe añadir que el barón, como la gran mayoría de los señores de su tiempo, poseía una dignidad enorme y no era, por ello, hombre dado a las excentricidades y a los chascarrillos groseros, por lo que pocos eran los que tenían por una tontería plena sus historias; y si creía haber consentido en cualquier cosa chocarrera, bien que a su pesar, y aunque los demás no lo hubiesen advertido, acudía presto al vino el barón para llenarles las copas, forzar un brindis y dejar que cayera el velo del vino así de gratamente bebido sobre su desliz anterior. Naturalmente, una gracia, por muy absurda e involuntaria que sea, siempre es bien recibida cuando el dueño de la casa la acompaña con una invitación a beber un caldo excelente.

Entre los invitados, por lo demás, los espíritus más pobres y mezquinos de la parentela del barón aprovechaban el contento general para decir cosas que en otra ocasión jamás se hubieran atrevido a proclamar. Susurraban al oído de las mujeres mil cuentos festivos, algunos incluso procaces, que atacaban de risa convulsa a quienes los oían… y a quienes los contaban, claro… Un primo carnal del barón, por ejemplo, un hombre muy pobre pero que no por ello era malhumorado y sombrío, sino todo lo contrario, un hombre sanote y de cara muy colorada, se puso a aullar en un momento dado, más que a cantar, varias de esas cancioncillas populares que las púdicas tías solteronas de la novia oyeron a través del abanico abierto con el que se tapaban la cara.

En medio de tan tumultuosa como alegre reunión, el recién llegado, empero, mantenía una extraña gravedad que contrastaba, no obstante su delicada educación, de la que hacía gala en todo momento, con la algarabía reinante a su alrededor. A medida que avanzaba la noche, sin embargo, se le vio más triste y pensativo, y cosa aún más sorprendente, las historias del barón, en vez de divertirle, como a los demás, le hacían sentirse más melancólico y evocador… A veces parecía sumido en una honda meditación; otras, un vistazo huraño, inquieto y furtivo que echase a los demás,

denotaba la turbación en que se debatían sus pensamientos y el sentir de su alma. No obstante, conversaba con la novia; mas eran sus palabras, con ella, tan animadas como misteriosas. Aquel misterio que había en algunas de las cosas que decía el caballero, hizo que la frente antes serena de la doncella comenzara a oscurecerse con nubes negras de pena; su corazón comenzaba a palpitar sobresaltado, no por el entusiasmo del amor, sino por el temor de una pena muy grande.

Aquello, naturalmente, no pudo escapar a la atención de varios de los allí presentes. La inexplicable y súbita tristeza de la novia, y la rigidez del caballero, llenó de inquietud a quienes les observaban, al punto de que, poco después, todos hablaban en voz baja, habían cesado los cánticos y las bromas, se miraban acongojados… Se testimoniaban, en fin, su sorpresa ante aquella melancolía de los amantes, cuya causa ignoraban. Poco a poco fue haciéndose el silencio en el gran salón del castillo. Se entrecortaban las conversaciones, aun las que se hacían en voz más baja, con un lúgubre silencio… Y donde antes hubo algarabía, fiesta, relatos jocosos y hasta indecentes, comenzaron a producirse narraciones trágicas, de aventuras sobrenaturales las más… A un cuento realmente pavoroso sucedía otro aún más terrible. El barón hizo que más de una dama estuviera a punto de sufrir un síncope, con el relato sobre un espectro que llevaba a la grupa de su caballo a la bella Leonora… Una historia espantosa, es cierto, pero real; una historia que después de sucedida apareció en versos magníficos que en el presente admira el mundo entero.

El caballero al que todos tenían por el prometido de la hija del barón escuchó aquella historia atentamente y quedó impresionado a tal punto, que hubo de levantarse de su silla, haciendo mucho ruido, antes de que el anfitrión la concluyera. Al hacerlo, destacó sobremanera su gran estatura; el barón, que era hombre de corta talla, como ya se ha señalado, creyó hallarse entonces ante la presencia de un gigante, o de algún otro ser nacido de las historias fantásticas a las que tanto propendía. Oyó el caballero de pie, pues, el final de la narración del padre de la novia; lanzó entonces un hondo suspiro y se despidió de los allí presentes con educación y mucha solemnidad, dejándolos perplejos. Miraron todos al barón, entonces, que además de atónito parecía haber sido tocado por un rayo.

—¡No podéis abandonar el castillo a estas horas! —le dijo el barón, rehaciéndose— . Es la recepción que os brindamos… Y ya os hemos dispuesto aposentos para que descanséis…

Pero el caballero movió la cabeza triste y misteriosamente.

—Debo —dijo al fin— pasar esta noche en otros aposentos, bien distintos de los que me ofrecéis.

Algo en su tono hizo que el barón se conmoviera, mas, como era hombre orgulloso, repitió su hospitalario ofrecimiento. El caballero, no obstante, se limitaba a negar con la cabeza, sin decir palabra, mirando al suelo. Al fin alzó la mano, en señal

de despedida, y abandonó el salón. Las tías solteronas de la bella novia se quedaron de piedra; la hermosa virgen escondió sus ojos a la mirada de los demás para que no viesen que lloraba.

El barón, no obstante, y por hacer que prevaleciera su dignidad, se levantó para ir tras el caballero, alcanzándole cuando llegaba al patio donde su poderoso caballo negro golpeaba impacientemente el suelo de piedra con sus cascos. El caballero, entonces, y como no quería mostrar descortesía para con su anfitrión, se volvió y dijo con voz ahogada, casi sepulcral:

—Ahora que nadie nos oye puedo deciros el secreto de mi marcha… He hecho una promesa solemne y he de cumplirla…

—¿Cómo? —dijo el barón—. ¿Y no os puede reemplazar alguien de vuestra confianza para cumplir ese compromiso?

—Nadie puede reemplazarme. Estoy obligado por mi palabra a ir a la catedral de Würtzburg.

—Bien, de acuerdo —aceptó el barón—. Id presto, pero tendréis que regresar mañana en busca de mi hija.

—No —dijo muy lúgubre el caballero—; no he dado mi palabra de llevar a vuestra hija al altar de la catedral de Würtzburg. Me esperan los gusanos de la sepultura… Estoy muerto… Me asesinaron unos salteadores de caminos… Mi cuerpo yace ahora en la catedral de Wützburg y seré enterrado a medianoche… Mi tumba, pues, me aguarda abierta; es preciso que cumpla mi palabra.

Montó rápidamente a caballo, cruzó como una flecha el puente levadizo y pronto se perdió el eco de los cascos de su montura, barridos por un súbito viento feroz y la oscuridad de la noche.

El barón, profundamente consternado, volvió al salón del castillo donde se había celebrado el festín y contó lo que acababa de pasarle… Dos damas de las allí presentes se desmayaron de golpe. Otras se pusieron enfermas solo de pensar que habían compartido mesa con un espectro. Varios de los parientes del barón creyeron que aquel caballero fantasmagórico podía ser el cazador al que aluden tantas leyendas alemanas. Otros hablaron de los espíritus de las montañas, de los duendes y demonios de los bosques, en fin, de una buena cantidad de seres sobrenaturales, cuyas historias han espantado desde tiempo inmemorial a las buenas gentes de Germania. Uno de los parientes más pobres del barón incluso supuso, y así lo proclamó, que acaso aquello no fuera más que una broma del novio, una disculpa para retirarse, añadiendo que su sombría apariencia, y hasta su clara extravagancia, no hacían presagiar nada bueno, a pesar de sus modales. Ni que decir tiene que de inmediato mostraron su indignación ante aquellas palabras los allí presentes, y sobre todo el barón, que lo miró como si fuera un renegado de la fe verdadera… El pobre incrédulo no tuvo más remedio que

abjurar de inmediato de su herejía y abrazar con fervor la fe de los verdaderos creyentes, aun en los espectros.

Mas, cualesquiera que hubieran sido las dudas, quedaron disipadas por completo a la mañana siguiente, cuando llegaron al castillo heraldos con la mala nueva de la muerte del joven conde y de su entierro en la catedral de Wützburg… Es fácil imaginar la consternación que aquellas noticias causaron en el castillo. El barón se encerró en su cuarto para llorar sin ser visto; los invitados que la noche anterior tanto regocijo mostraran no querían, empero, dejarle solo con su dolor y vagaban por los patios, o se reunían en los salones, para lamentarse, más que por el fallecimiento del novio, por la tristeza de tan gran hombre como era el barón, valedor de muchos de ellos. Acaso por afán de cobrar fuerza y valor ante la desgracia fue por lo que comieron y bebieron abundantemente a lo largo del día.

La pobre y virginal doncella, viuda antes de casarse, era quien más lástima daba… ¡Había perdido a su esposo antes de haberlo abrazado siquiera! ¡Y qué esposo! Si era así de agraciado e imponente como espectro, ¿cómo habría sido en vida? Lloraba y se lamentaba llenando las estancias todas del castillo con su dolor, salvo el comedor donde se hartaban los parientes.

Pasó la segunda noche de su viudez en su cuarto, acompañada de una de sus tías, que tenía el decidido empeño de dormir junto a ella. Esta mujer, su tía, a la que conmocionaban especialmente las historias de fantasmas y aparecidos en general, y que además sabía narrarlas muy bien, contó uno de aquellos cuentos a su sobrina, para que se quedase dormida, mas la que se durmió al cabo fue ella misma, aun sin terminarla, pero hay que decir que escogió para la ocasión una de las historias más largas de cuantas se sabía… Aquella habitación estaba bastante apartada de las demás y daba a un pequeño jardín; la hija del barón, dormida ya su tía, sumida en sus recuerdos y en las expectativas frustradas, la virginal y contrita muchacha, contemplaba la pálida claridad de la luna en cuarto creciente, que parecía tremolar entre las hojas de las ramas de un álamo que se alzaba frente a la ventana. El reloj del castillo había dado ya las doce cuando se dejó sentir en el jardín una dulce música de laúd, muy melodiosa y grata. La joven se tiró de inmediato del lecho y acudió para asomarse a la ventana. Oculto entre las sombras de los árboles apenas se divisaba un fantasma; mas la luna le prestó su luz para que pudiera verlo… ¡Era el espectro de su novio! Más que de la visión espectral, se asustó entonces la doncella por el grito de terror que escuchó justo tras ella… Su tía, a la que había despertado aquella música, también acudió a la ventana; gritó al contemplar al fantasma y se desmayó. Cuando recuperó el sentido, la visión ya se había esfumado.

De las dos, fue la tía quien requirió más atenciones, pues el terror experimentado ante aquello acabó por trastornarla durante un tiempo.

La muchacha, por el contrario, hasta en el espectro de su novio encontraba dulzura y encantamiento placentero; a fin de cuentas, siempre que se le aparecía conservaba su apostura y su belleza varonil, y aunque el fantasma de un hombre sea cosa poco propicia para satisfacer los más ardientes deseos de una joven dama enferma de amor, pues no es un fantasma, en el fondo, otra cosa que una sombra leve y fugaz, solo verlo le daba el necesario consuelo. La tía había declarado que jamás volvería a dormir en aquella habitación e intentó que tampoco su sobrina lo hiciera, pero en esta ocasión la joven fue tenaz en su porfía y se negó a dormir en otros aposentos del castillo. Quería, como es lógico pensarlo, dormir sola en su habitación para recibir tranquilamente la visita del espectro de su novio. Antes, empero, rogó a su tía que no contara la historia del fantasma, si no quería arrebatarle el único placer melancólico que le quedaba sobre la tierra, cual lo era el de dormir en una habitación guardada durante la noche por la sombra expectante de su amado. No sé cuánto tiempo hubiera podido mantener la tía solterona su secreto, pues era dada a hablar apasionadamente de prodigios y contar aquello le podía haber supuesto un auténtico triunfo; seguro que ninguna otra solterona, en toda la comarca, tenía una historia tan pavorosa como la suya. Aún hoy se dice por aquellos pagos, con admiración, que guardó silencio durante una semana entera… Pero pronto quedó libre del tormento de seguir haciéndolo, pues comprobó una mañana, cuando se disponía a bajar de sus aposentos para desayunar, la mala nueva de que la joven había desaparecido. No estaba en su cuarto, ni había dormido en su lecho; tenía la ventana abierta; la tierna palomita, pues, parecía haber volado.

Es difícil hacerse una idea de la estupefacción en que se sumieron los moradores del castillo ante la ausencia de la hija del barón. Hasta los parientes del barón que comían a dos carrillos hicieron una pausa y cesaron en su voraz apetito, cuando la tía solterona, llevándose las manos a la cabeza, recorrió todas las estancias del castillo diciendo con un hilo de voz: «El fantasma, el fantasma… Se la ha llevado el fantasma».

Con muy pocas y acongojadas palabras refirió entonces la pavorosa escena del jardín, de la que ella mismo había sido testigo. Y repetía una y otra vez que el espectro había raptado a su sobrina, opinión secundada por dos jóvenes criadas, además, que aseguraron haber oído trotar a un caballo hacia la medianoche; no cupieron dudas a los allí presentes de que era el brioso corcel negro del caballero, que así se había llevado a su tumba a la virginal doncella. Tan cruel acontecimiento consternó pronto a los moradores de la región toda, aunque tales sucesos, según lo atestiguan las historias que por allí se refieren, son tristemente habituales en Alemania.

Mas ¡cuán lamentable era el estado del barón! ¡Cuán dura la puñalada que había atravesado su corazón de padre y miembro de la muy digna estirpe de los Katzenellenbogen! Una de dos: o su hija había sido arrastrada a la tumba, o tenía por yerno a un espectro… Y hasta podía darse la circunstancia, se decía lloroso, de que

tuviera por nietos a una banda de duendecillos… El pobre hombre perdió la cabeza, por lo que todo el castillo, como suele decirse, anduvo en lo sucesivo patas arriba… Dio el barón, en su dolor, órdenes tales como la de que su guardia recorriera a caballo todos los rincones, senderos y grutas de Odenwald, y él mismo llegó a ceñir su espada y a capitanear alguna partida durante muchas y largas jornadas de infructuosa búsqueda, bien ceñidos los estribos a sus pies, para dar con la hija desaparecida… Mas, en tales afanes estaba un día cuando una nueva visión lo dejó petrificado a las puertas de su castillo: era una dama montada en un palafrén, que se dirigía al castillo acompañada de un caballero… Puso la dama su caballo al galope hasta llegar a las mismas puertas del castillo, y desmontando allí cayó a los pies del barón y se abrazó a sus rodillas: era la hija a la que creía perdida para siempre; el caballero, claro está, el espectro del novio.

Confuso, el barón miraba alternativamente a su hija y al espectro, y difícil le resultaba dar crédito a lo que sus ojos le mostraban. El espectro tenía mucho mejor aspecto que cuando lo conoció, como si el reino de las sombras le sentara estupendamente; vestía de maravilla, con lo que su imponente estampa se realzaba. Ya no estaba pálido ni parecía melancólico; por el contrario, su apostura parecía fogosa, juvenil, y le brillaban sus grandes ojos negros de tanta alegría.

Bien, digamos que muy pronto se aclaró todo aquel misterio… El caballero en cuestión no era otro que Herman Von Starkenfaust, que muy pronto pasó a referir al dueño del castillo aquella trágica aventura que viviera con el malogrado conde Von Altenburg. Confesó, así, que fue él quien se presentó aquella noche en el castillo, cuando todos aguardaban al novio; que como el barón no le dejaba decir una palabra, cada vez que quiso transmitirle la mala nueva que llevaba, nada pudo contarle antes de que le fuera presentada la novia y antes de que lo sentaran a la mesa; y que, como al ver a la bella novia su corazón le dio un vuelco y quedó prendido de ella al instante, dejó que se le tomara por el pretendiente verdadero, quien ya estaba muerto, añadiendo que fueron las historias de aparecidos que contó el barón aquella noche lo que le sugirió la idea que puso en práctica, deseoso de irse de allí de una vez por todas para atender a la promesa hecha al buen amigo en su lecho de muerte.

El caballero, por lo demás, había seguido visitando a la muchacha furtivamente, presentándose en el jardín como si fuera un fantasma, porque, según dijo, temía no ser aceptado como quien en realidad era a causa del histórico enfrentamiento de sus familias, pues también con la de los Katzenellenbogen, además de con los Altenburg, estaba enfrentada la suya. El caballero y la dama aseguraron que ya se habían desposado.

El barón, en cualquier otra circunstancia, se hubiera mostrado inflexible y duro, pues tenía en muy alta estima los fueros de la autoridad paterna, mas adoraba a su hija, había llorado largamente su ausencia, y se regocijaba de verla aún viva y si cabe

más hermosa, aunque tuviera por esposo a un caballero de una casa enemiga. Pero, al menos, y gracias a los cielos, no era un espectro.

Es preciso señalar, sin embargo, que la añagaza del caballero, haciéndose pasar por un muerto, no se avenía rigurosamente con sus principios, de una observación absoluta de la verdad; pero algunos viejos amigos que estaban allí presentes y que habían guerreado más que ampliamente, dijeron al barón que toda estratagema es lícita tanto en el amor como en la guerra, y que el caballero Von Starkenfaust tenía derecho a un privilegio especial después de haber servido en la caballería, fuerza obligada a librar encarnizados combates por aquellos tiempos. Así, dichosamente, concluyó todo, pues… El barón perdonó su fuga a los amantes y el castillo vivió festejos y celebraciones varios, en los que los parientes del barón abrumaban al caballero con sus lisonjas y atenciones, pues no en vano era galante, generoso… y muy rico, de muy buena casa, aunque históricamente enemiga.

De las tías solteronas, digamos que se escandalizaron un poco ante todo lo acontecido, y que se dolieron algo más pues con ello resultó evidente que su rígido sistema educativo, basado en la reclusión y en la obediencia pasiva, había fracasado con su sobrina… Eso sí, de lo que más se lamentaron fue de no haber puesto una celosía bien forjada en la ventana de la habitación de la entonces doncella. Una de ellas, ya sabemos quién, se sentía mortificada pues al cabo su maravillosa historia del rapto de la joven a manos del espectro, al que juraba haber visto, además, no era sino causa de burla de los otros. Así y todo, trataba de consolarse diciéndose que su sobrina, por lo menos, había encontrado un hombre de carne y hueso con el que amar, para no verse obligada a hacerlo con una vana y fugaz sombra.

La aventura del estudiante alemán

U na noche borrascosa, durante la procelosa época de la Revolución francesa, a altas horas de la noche, un joven alemán regresaba a su alojamiento, cruzando la parte antigua de París. Relampagueaba y en las imponentes calles estrechas resonaba el fragor de los truenos; pero primero debo decir algo acerca de este joven alemán.

Gottfried Wolfgang era un joven de buena familia. Durante algunos años había estudiado en la Universidad de Gotinga, pero como tenía un espíritu entusiasta y era un visionario, se dedicó a esas extrañas doctrinas especulativas, que durante tanto tiempo han fascinado a los estudiantes alemanes. Su vida retirada, su intensa dedicación y la rara naturaleza de sus estudios produjeron un extraño efecto sobre su cuerpo y espíritu. Su salud se resintió y su imaginación enfermó. Se entregó a fantásticas especulaciones acerca de la esencia del espíritu, hasta que, como Swedenborg, se encerró en un mundo ideal, que construyó a su alrededor. Se imaginaba, sin que se sepa cómo ni por qué, que sobre él pesaba una influencia diabólica; que un genio o espíritu maligno buscaba posesionarse de él y perderlo. El peso de esta idea produjo sobre su temperamento melancólico los resultados más sombríos; se dejó agobiar por el abatimiento. Sus amigos descubrieron la enfermedad mental que lo tenía en tal zozobra y decidieron que el mejor remedio era un cambio de ambiente; así, se decidió que fuera a continuar sus estudios en la alegre y esplendorosa París.

Wolfgang llegó a París cuando recién empezaba la revolución. El delirio popular capturó de inmediato su entusiasmo y se dejó dominar por las teorías políticas y filosóficas de la época, pero las escenas sangrientas que siguieron sacudieron su naturaleza sensible y, asqueado con la sociedad y el mundo, se aisló aún más. Se aisló en un apartamento solitario en el Quartier Latin, el barrio de los estudiantes. Allí, en una lóbrega calleja, no lejos de los austeros muros de la Sorbona, continuó sus estudios favoritos. A veces pasaba horas enteras en las grandes bibliotecas de París, catacumbas de autores antiguos, revolcando obras obsoletas entre nubes de polvo, en busca de alimento para su apetito enfermo. En cierta forma, era como un ave de rapiña, que se alimentaba en el osario de la literatura decadente.

Aunque Wolfgang era un solitario, tenía un temperamento ardiente, que durante mucho tiempo solo actuaba sobre su mente. Era demasiado tímido e ignorante del

mundo para hacer proposiciones a las mujeres hermosas, aunque era un apasionado admirador de la belleza femenina y, en su solitaria habitación, a menudo soñaba con formas y rostros que había visto y su fantasía creaba imágenes de belleza que sobrepasaban toda realidad.

Durante uno de estos sueños, su mente excitada le produjo un extraño efecto. Era un rostro femenino de extraordinaria belleza. Tan poderosa fue la impresión recibida, que una y otra vez soñó con él; de día perseguía sus pensamientos y de noche sus sueños; en suma: se enamoró apasionadamente de esta sombra de sus sueños. Tanto duró, que se convirtió en una de esas ideas que están siempre presentes en los melancólicos y que a menudo se confunden con la locura.

Tal era Gottfried Wolfgang y tal su estado en la época a que me refiero. Regresaba a su apartamento una noche tempestuosa, por unas callejas viejas y sombrías del Marais, en la parte antigua de París. Los truenos resonaban sobre las elevadas casas de las estrechas calles. Llegó a la Place de Greve, donde tenían lugar las ejecuciones públicas. Los relámpagos temblaban sobre los pináculos del antiguo Hotel de Ville y esparcían rayos que centelleaban en el espacio abierto. Al pasar frente a la guillotina, Wolfgang retrocedió con horror. El reinado del terror estaba en su apogeo y la guillotina, espantoso instrumento de tortura, estaba siempre lista; en el cadalso continuamente corría la sangre de los virtuosos y los valientes. Ese mismo día había estado muy activa en su habitual carnicería humana y cruelmente se erguía, en medio de una ciudad silenciosa y dormida, esperando nuevas víctimas.

Wolfgang se angustió, y ya se apartaba tembloroso del horrible instrumento, cuando notó la sombra de una figura que se agachaba al pie de los escalones que conducían al patíbulo. Una sucesión de relámpagos la reveló más claramente: se trataba de una mujer vestida de negro. Estaba sentada en uno de los escalones inferiores, inclinada hacia adelante y con la cara escondida en el regazo; sus largas trenzas desgreñadas le llegaban hasta el suelo, mezclándose con el agua que caía a torrentes. Wolfgang hizo una pausa. Había algo de terrible en ese solitario monumento de dolor. La mujer parecía estar por encima de lo normal. Wolfgang sabía que los tiempos eran azarosos y que muchas hermosas cabezas que antes descansaban sobre cómodos cojines, ahora vagaban desposeídas de hogar. Quizá se tratase de una doliente con el corazón destrozado, a quien la temible hacha había dejado solitaria, a quien le habían arrebatado sus seres más queridos para arrojarlos a la eternidad.

Se acercó a ella y le habló en tono compasivo. Ella alzó la cara y lo miró salvajemente. ¡Cuál sería su asombro al observar, a la luz de un relámpago, que era el mismo rostro que le perseguía en sus sueños! Estaba pálido y desconsolado, pero era el mismo rostro pasmosamente bello.

Tembloroso y dominado por emociones opuestas, Wolfgang se acercó de nuevo a ella. Le habló de estar expuesta a la intemperie a tal hora y con tan violenta tempestad y se ofreció a llevarla a donde sus amigos.

—¡No tengo amigos sobre la tierra! —dijo ella.

—Pero tiene hogar —replicó Wolfgang.

—Sí, ¡en la tumba!

—Si un extraño puede haceros tal ofrecimiento —dijo él— sin peligro de ser mal interpretado, os ofrezco mi habitación como refugio y yo me ofrezco como un amigo devoto. Yo mismo carezco de amigos en París y soy extranjero, pero si mi vida puede seros de utilidad, está a vuestra disposición y estoy dispuesto a sacrificarla antes de que os ocurra algún daño o deshonra.

Había tanta honestidad en la actitud de este joven, que sus palabras tuvieron efecto. Su acento extranjero, también, estaba a su favor: demostraba que no era un habitante común de París. Ciertamente, no se puede dudar de la elocuencia del verdadero entusiasmo. La desconocida se entregó, sin reservas, a la custodia del estudiante.

La sostuvo en su andar vacilante a través del Pont Neuf y por el sitio donde el populacho había derribado la estatua de Enrique IV. La tormenta había cedido y los truenos solo se oían a lo lejos. Todavía la ciudad estaba tranquila; el gran volcán de pasiones humanas dormitaba, mientras de nuevo recobraba fuerzas para la explosión del día siguiente. El estudiante llevó su carga a través de las antiguas callejas del Quartier Latin y junto a las negruzcas paredes de la Sorbona, hasta el sucio hotel donde habitaba. La vieja portera que les franqueó la entrada, se sorprendió ante el extraño espectáculo de Wolfgang en compañía femenina.

Al entrar en el apartamento, por primera vez el estudiante se sonrojó de ver la pobreza de su habitación. No tenía sino una alcoba, un salón pasado de moda, densamente tallado y fantásticamente amoblado con los restos de una antigua magnificencia, porque era uno de esos hoteles en el barrio del Luxemburgo, que antes perteneciera a la nobleza. Estaba cargado de libros y papeles y todo lo demás que es corriente en un estudiante; su cama estaba en un rincón.

Una vez que Wolfgang hubo encendido una luz y contemplado a la desconocida, más que antes se extasió con su belleza. Su rostro era pálido, pero de una deslumbrante belleza, que resaltaba por la profusión de su brillante cabello, que colgaba como en un racimo a su alrededor. Sus ojos eran grandes y fulgentes y tenían una expresión casi salvaje. Hasta donde su negro vestido permitía observar su figura, esta era casi perfecta. Su apariencia general era en extremo impresionante, aunque estaba vestida muy sencillamente. Lo único que parecía un adorno, era una ancha banda negra que llevaba en el cuello y que estaba adornada con diamantes.

Para el estudiante comenzó la preocupación de cómo ayudar a aquel ser que se había entregado a su custodia. Pensó en dejarle su habitación y buscar alojamiento en otra parte. Pero estaba tan fascinado por sus encantos; parecía haber tal hechizo sobre sus sentidos y su pensamiento, que no podía apartarse de ella. Sus modales, también, eran extraños e indescriptibles. Dejó de hablar de la guillotina. Su pesar había desaparecido. Con sus atenciones, el estudiante se había ganado su confianza y, aparentemente, su corazón. Evidentemente, ella también tenía un espíritu entusiasta como él y las personas así se entienden prontamente.

En el apasionamiento del momento, Wolfgang le confesó su amor. Le contó sus misteriosos sueños y de cómo ella se había adueñado de su corazón, aun antes de que la hubiera conocido. Ella quedó extrañamente impresionada por esta declaración y accedió a reconocer que se había sentido impulsada hacia él de una manera igualmente indescriptible. Era la época de las teorías desenfrenadas y de las acciones impetuosas. Se suprimían los viejos prejuicios y supersticiones; todo estaba bajo el dominio de la «diosa razón». Entre los disparates de los viejos tiempos, se empezaban a considerar las formas y ceremonias del matrimonio. Los acuerdos sociales estaban de moda. Wolfgang era teórico en demasía para no dejarse tentar por las teorías liberales de su época.

—¿Por qué separarnos? —dijo él—. Nuestros corazones se han unido; ante los ojos de la razón y el honor somos uno solo. ¿Qué necesidad hay de formas sórdidas para unir las almas?

La desconocida escuchaba con atención: evidentemente, había aprendido en la misma escuela.

—No tenéis ni hogar ni familia —prosiguió él—; permitidme ser todo para vos, o mejor, seámoslo todo el uno para el otro. Si las formas son necesarias, las respetaremos. Aquí está mi mano. Me entrego a ti para siempre.

—¿Para siempre? —dijo la desconocida, con solemnidad.

—¡Para siempre! —repitió Wolfgang.

La desconocida apretó la mano extendida y murmuró:

—Entonces soy tuya. —Luego se reclinó en el pecho de Wolfgang.

A la mañana siguiente, el estudiante dejó a su esposa durmiendo y salió en busca de un apartamento más grande y más apropiado para su nuevo estado. Cuando regresó, encontró acostada a su recién desposada, con la cabeza fuera de la cama y un brazo colgando. Le habló, pero no recibió respuesta alguna. Tomó su mano: estaba fría y sin pulso; su cara estaba pálida y cadavérica. En suma, estaba muerta.

Horrorizado y fuera de sí, llamó a los de la casa. Siguió una escena de confusión. Se llamó a la policía. El oficial de policía entró en la habitación y retrocedió al observar el cuerpo.

—¡Cielos! —exclamó—, ¿cómo llegó esta mujer aquí?

—¿Qué sabe usted de ella? —preguntó ansiosamente Wolfgang.

—¿Qué sé? —dijo el oficial—, ayer fue guillotinada.

Avanzó; deshizo el nudo del collar negro que tenía el cadáver; ¡y la cabeza rodó por el suelo!

El estudiante perdió el control de sí mismo.

—¡El demonio!, ¡el demonio ha tomado posesión de mí! —chillaba—; ¡estoy perdido para siempre!

Trataron de calmarlo, pero todo fue en vano. Estaba dominado por la horrible idea de que un demonio había reanimado el cadáver para apoderarse de él. Se enloqueció y murió en un sanatorio.

El anciano de cabeza fantasmal terminó su relato.

—¿Es este un hecho verdadero? —preguntó el otro caballero.

—Un hecho del cual no se puede dudar —replicó el primero—. Lo obtuve de la mejor fuente. El estudiante mismo me lo contó. Lo conocí en el manicomio de París.

El diablo y Tom Walker

A unas pocas millas de Boston, en Massachusetts, desde la bahía de Charles se adentra el mar muchas millas hasta formar un pantano, tierra adentro, rodeado de frondosos árboles y vegetación, una auténtica ciénaga. A un lado de esta lengua de mar hay un bosque pequeño y muy oscuro, y del otro se ve la costa abrupta que se alza en una suerte de colina sobre la que también crecen árboles centenarios imponentes. Cuentan las antañonas leyendas que al pie de uno de esos árboles está enterrado gran parte del tesoro del pirata Kidd. La ría hacía posible que con total secreto se transportara de noche el tesoro en un bote hasta las faldas de la colina, pues la altura de aquellos parajes facilitaba la vigilancia y cuidarse de la posible presencia de cualquiera; los árboles, además, señalaban perfectamente el lugar para que no hubiera dilaciones ni pérdidas llegado el momento de localizarlo. Siempre según las viejas historias del lugar, además, el propio Diablo, que había estado junto al pirata Kidd mientras enterraba su tesoro, se encargaba de vigilar el lugar, pues, como bien se sabe, hace lo dicho con los tesoros enterrados, sobre todo si son producto de la rapiña. Pero lo cierto es que el pirata Kidd jamás pudo desenterrar su tesoro, pues fue arrestado en Boston, enviado a Inglaterra y allí colgado en la horca.

Por el año de 1727, coincidiendo con una sucesión de terremotos que sacudió Nueva Inglaterra al punto de que los pescadores, temerosos y desesperados, cayeran de rodillas para implorar clemencia al cielo y perdón por sus pecados, vivía en la región un hombre miserable y enteco que tenía por nombre Tom Walker. Su esposa era una mujer tan pobre como él; para que se tenga una idea clara de cuál no sería su pobreza baste decir que trataban de continuo de estafarse entre sí; ella no hacía más que ocultarle cualquier cosa, y así, apenas comenzaba a cacarear una gallina, ya corría a quitarle el huevo para guardárselo. Tom Walker no le iba a la zaga y se pasaba el día intentando dar con los sitios en donde creía que su mujer ocultaba las cosas; así estaban a diario, enfrentados por innumerables querellas a propósito de los pobres bienes que hubieran debido compartir.

Su casa era miserable, se caía a pedazos, tenía todo el aspecto de la devastación… No había viajero, claro, que se parase allí a pedir ninguna cosa, y de la chimenea apenas se elevaba al cielo un hilillo de humo; tenían un pobre penco lleno de mataduras en el que las costillas parecían las rejas de una ventana; el pobre bruto

tiraba malamente del arado y mordisqueaba los terrones de tierra para engañar al hambre, aunque pasaba casi todo el día mirando lastimeramente a la lejanía, lleno de moscas que acudían a sus mataduras, detrás del corto muro de piedra de lo que era su cuadra, como si implorase que se lo llevaran de allí, que lo librasen de aquella tierra de hambruna.

Ni que decir tiene, por todo ello, que la casa y sus moradores no tenían en la comarca eso que se dice un buen nombre. La mujer de Tom era muy alta y malencarada; de un temperamento fiero y larga de lengua y con los brazos poderosos, apenas cesaba en sus imprecaciones al marido, que le respondía en términos igualmente desagradables, pasándose así, en continuo enredo y disputa, la mayor parte de las horas del día. Se veía en su cara que aquellas no eran transitorias, las naturales broncas de los momentos de enfado. Pero nadie hubiera sido capaz de interponerse entre ambos para calmarles. Si por casualidad pasaba un viajero a cierta distancia de la casa, y aun siendo difícil que buscara algo en tan lamentable lugar, de inmediato apretaba el paso para alejarse cuanto antes con solo oír las voces del matrimonio, llenas de insultos y de graves amenazas. Naturalmente, si el viajero era soltero, se regocijaba grandemente de su condición de célibe.

Un día en el que Tom Walker volvía a su miserable morada desde una aldea próxima, decidió tomar un atajo y se metió por las veredas del pantano; como suele ocurrir en estos casos, hacerlo fue una equivocación absoluta; los árboles estaban muy próximos entre sí, crecía salvaje la vegetación por allí, y en suma, resultaba harto difícil y agotador dar un paso; encima, de tan altos y tupidos, los árboles apenas permitían que pasara la luz, de manera que parecía siempre de noche; para dar una idea exacta, diremos que allí acudían en busca de refugio las lechuzas. Para colmo, el camino estaba salpicado de zanjas y hoyos, difíciles de ver en la casi completa oscuridad que auspiciaba el bosque cerrado, por lo que tan pronto caía el pobre hombre en una charca fétida como en un hoyo con el seno de légamo. Era, pues, el lugar idóneo para que criasen los sapos y las culebras; era, pues, un cementerio de lodo en el que se pudrían los troncos de los árboles caídos, que así, sumergidos en el légamo, parecían caimanes soñolientos.

Tom trataba de ir con la máxima cautela para no sufrir males mayores en aquel bosque que era toda una trampa; saltaba de tronco en tronco, saltaba sobre zanjas y malezas, siempre intentando pisar en lugar firme y seguro, en la pura tierra; sus pasos, de tan precavidos cuando pisaba un tronco, eran muy silenciosos, como los de un gato, y trataba de no impresionarse cuando se dejaba sentir el grito de los patos salvajes que sobrevolaban la ciénaga. Por fin llegó a tierra firme, hasta una suerte de lengua de tierra que se adentraba en el pantano; era un lugar oscuro que habían utilizado los indios para emboscarse en los días de las guerras contra los primeros colonos; allí, en lo más profundo de la ciénaga, habían construido el refugio en el que

esperaban a los guerreros las mujeres y los niños. Nada quedaba de aquel fuerte ya, salvo la empalizada de madera que se hundía ahora en el barro hasta confundirse con los árboles del pantano.

Avanzaba ya la tarde hacia el crepúsculo cuando llegó Tom Walker hasta lo que quedaba del viejo fuerte indio y decidió descansar un poco para recuperar las fuerzas. Cualquiera hubiera hecho todo lo contrario, intentar salir de allí cuanto antes en vez de tomarse un respiro en un lugar tan solitario y melancólico, pues eran muchas las tristes historias que se contaban en la región acerca de las guerras libradas contra los indios precisamente en aquellos tétricos parajes; se decía que en aquel lugar aún había salvajes que tomaban cautivos a los que osaran adentrarse en el pantano y luego los ofrecían en sacrificio a uno de sus espíritus demoníacos.

Tom Walker, empero, no era hombre que se asustara fácilmente con esos relatos. Se echó a reposar contra el tronco de un árbol caído, incluso se deleitó con los trinos de un pájaro, y mientras recuperaba las fuerzas comenzó a apilar barro con su bastón… Así estaba, removiendo el barro sin pensar en lo que hacía, cuando tropezó su bastón con algo que le ofreció dura resistencia; se levantó, removió un poco más de barro y sacó aquello contra lo que había chocado la punta de su bastón; era una calavera que tenía clavado un tomahawk indio. Por el estado del hacha supo que había pasado mucho tiempo desde que se produjera el ataque, así que no le dio más importancia a su descubrimiento, diciéndose que no era más que un triste recuerdo de aquellos días de lucha feroz entre los colonos y los guerreros indios.

«¡Toma!», dijo entonces Tom Walker pegándole una patada a la calavera para sacudirle el barro que tenía encima.

—¡Deje tranquilo ese cráneo! —oyó entonces Tom Walker que le decía una voz cavernosa.

Tom alzó los ojos y vio a un negro muy alto y corpulento, sentado frente a él sobre un tronco, unos metros más allá. Su sorpresa fue grande, pues ni un solo paso había oído, pero mayor aún fue su extrañeza al darse cuenta de que el hombre que así le hablaba no era en realidad ni un negro ni un indio, eso lo pudo ver con absoluta certeza a despecho de la oscuridad, aunque su manera de vestir recordase la de los indios y llevara un grueso cinturón rojo. Pero el color de su tez no era negro ni cobrizo, sino más bien mugriento, como de hollín, lo propio de quien se desempeña habitualmente entre fraguas y llamas. Lucía además una cabellera negra y reseca que se agitaba a uno y otro lado de continuo y le caía sobre los hombros.

Aquella aparición estuvo mirando un rato a Tom con sus ojos grandes y rojos.

—¿Qué estás haciendo en mis dominios? —le preguntó entonces con su voz de ultratumba.

—¡Tus dominios! —exclamó con sorna Tom—. Estas tierras son tan tuyas como mías; al fin y al cabo pertenecen al diácono de Peabody…

—¡Que se muera el maldito diácono! —dijo violento el extraño—. Y te aseguro que morirá si no se preocupa más de sus pecados en vez de hacerlo por los de sus vecinos… Mira hacia allí y verás cómo le van las cosas al diácono…

Miró Tom en la dirección que le señalaba el desconocido para ver un gran árbol, muy frondoso, pero que tenía el tronco enfermo, una hendidura enorme en la corteza, un hueco absoluto… El primer viento fuerte que soplara lo tiraría a tierra sin remedio. Mas vio también Tom Walker que en lo que de corteza sana le quedaba al tronco estaba grabado a navaja el nombre del diácono, un hombre respetado, prominente, rico por los muchos negocios de ventaja que había hecho con los indios… Miró después alrededor del árbol y comprobó que en casi todos los demás había un nombre, siempre de los hombres más respetables de la región y siempre en los árboles que parecían a punto de caerse. Pero vio más Tom; en el tronco del árbol contra el que se había echado para descansar estaba escrito el nombre de Crowninshield, un colono muy rico y famoso por hacer ostentación de su riqueza, que le venía, según el decir de muchos, de sus tratos con los piratas.

—Ya está presto para arder —dijo aquel ser, con aire triunfal—. Como verás, no me falta leña para calentarme en invierno…

—¿Con qué derecho cortas árboles en una tierra que no es tuya sino del diácono de Peabody? —lo increpó Tom.

—Me asiste el derecho de ser el primero que habitó este lugar —dijo el otro—. Esta tierra me pertenece desde mucho antes de que cualquiera de los rostros pálidos de tu raza la pisara…

—Dime, te lo ruego, quién eres… ¿Me lo puedes decir? —le preguntó Tom, ahora con cierta angustia.

—¡Oh!, tengo un montón de nombres… En algunas regiones soy el cazador furtivo, en otras me llaman el minero negro… Aquí, por ejemplo, aluden a mí como el leñador negro; los hombres de la piel cobriza me consagraron este lugar, y es cierto que, para honrarme, asaron algún que otro rostro pálido… Admito que me encanta el olor de la carne quemada en sacrificio… Desde que los pieles rojas fueron exterminados por vosotros, los salvajes rostros pálidos, me lo paso muy bien, sin embargo, persiguiendo a los cuáqueros y a los anabaptistas… Digamos que soy el gran patrón y protector de los esclavos negros y el maestro supremo de las brujas de Salem…

—Lo que quiere decir, si no me equivoco —apostilló Tom, audaz y firme—, que eres ese al que de común llaman el Demonio.

—El mismo, a tu servicio… —dijo el hombre oscuro, con una inclinación de cabeza muy cortés.

Así, según lo refieren las antañonas historias del lugar, se produjo la conversación entre el Diablo y Tom Walker, aunque puede que, de tan apacible, resulte poco creíble… Uno puede pensar que en un encuentro semejante, con tal personaje, en un

lugar lóbrego y apartado, lo normal hubiera sido que Tom Walker perdiera los nervios y la compostura, pero lo cierto es que se trataba de un hombre con buen temple, incluso frío, de esos que no se asustan así por las buenas… Además, al fin y al cabo llevaba muchos años viviendo con una auténtica furia, su esposa, por lo que ya no le daba miedo ni el Demonio…

Se cuenta, igualmente, que después hizo Tom el camino de regreso a su casa acompañado por el siniestro personaje, lo que propició una conversación más en profundidad entre ambos. El hombre oscuro le habló de los tesoros enterrados por el pirata Kidd, en aquella colina próxima al pantano; unos tesoros, le dijo, de cuya custodia se encargaba él mismo, y que ponía a su entera disposición, si así lo quería… Dijo el Demonio a Tom Walker, además, que lo hacía por nada, porque le había resultado simpático, aunque, naturalmente, habría de establecer unas condiciones previas para ofrecérselo… No es difícil suponer cuáles eran… Tom Walker, empero, jamás se las dijo a nadie; acaso se trató de condiciones muy exigentes, pues le pidió tiempo para pensárselas antes de darle una respuesta definitiva, y eso que no era un hombre de los que se entretienen en tonterías cuando hay dinero a la vista… Llegaban ya a las lindes del pantano con la tierra habitada, cuando el Demonio se paró en seco, para despedirse.

—¿Qué garantía me ofreces de que cuanto me has dicho es verdad? —le preguntó entonces Tom Walker.

—Aquí tienes mi sello —dijo el hombre oscuro tocando con un dedo la frente de Tom.

De inmediato volvió sobre sus pasos para perderse en lo más espeso de la ciénaga; pareció, según lo narraba el propio Tom Walker, que al irse se hundía poco a poco en el barro, hasta que no pudo ver de él más que los hombros y la cabeza… Nada más llegar a su casa comprobó que el sello del Demonio le había dejado en la frente, en efecto, una especie de quemadura imposible de borrar.

La primera nueva que le dio su mujer fue la de la muerte repentina de Absalom Crowninshield, el rico colono bucanero… Los periódicos se hacían además eco del luctuoso suceso, con la prosa florida común en estos casos, diciendo que había muerto «un gran hijo de Israel».

Tom recordó de inmediato que había visto su nombre grabado a navaja en el tronco del árbol sobre el que descansara, aquel árbol presto para alimentar un buen fuego. «Pues que se achicharre bien ese filibustero… ¿A quién le importa?», dijo Tom. Ahí tenía prueba, desde luego, de que cuanto había visto y oído no fue el producto de sus ilusiones.

No era, como podrá suponerse, un hombre dado a confiarse a su esposa, pero como su avatar versaba acerca de algo tan importante como maléfico, decidió hacerlo en esta ocasión. Apenas hubo aludido al oro enterrado se despertó en ella toda la

avaricia de que era capaz; urgió de inmediato al marido, pues, a que aceptara las condiciones puestas por el hombre oscuro, segura de que con aquel tesoro se acabarían de por vida sus miserias. Tom, empero, no estaba muy convencido de un aspecto tan fundamental como lo era el de vender su alma, menos, además, si negándose a ello conseguía molestar a su mujer; así, tan serio asunto no pudo más que provocar una gran bronca entre los esposos, que se insultaron con mayor fiereza que nunca, amenazándose y echándose en cara cosas innumerables e indecibles… Cuanto más hablaban del asunto, más se reafirmaba Tom en su negativa de vender su alma. No es que le importara en exceso condenarse; simplemente, sentía la necesidad perentoria de no concederle semejante placer a su esposa.

Al final decidió ella tomar las riendas del asunto y negociar directamente; si le salía bien el negocio, se decía, podría quedarse con todo sin tener que compartirlo con Tom. Era, no se olvide, de un temperamento valiente, muy parecido al de su marido. Así, una tarde de verano puso rumbo en dirección a la ciénaga, con la intención de ir hasta el viejo fuerte indio. Estuvo fuera de casa varias horas. Cuando regresó no contó gran cosa; dijo algo acerca de un hombre muy oscuro, al que apenas había podido vislumbrar en aquella penumbra, que parecía empeñado en tirar árboles a golpes de hacha… Y nada más; mantuvo un absoluto silencio sobre todo aquello; solo dijo que tenía que volver otro día para hacerle una oferta más convincente, sin otros detalles.

Al día siguiente por la tarde salió de nuevo hacia la ciénaga llevando en su delantal varios útiles de cocina. Tom la esperó largamente, pero en vano; llegó la medianoche y seguía sin aparecer su esposa; se hizo la mañana siguiente, y nada; pasó la tarde y cayó otra vez la noche, sin que diera señales de vida. Entonces comenzó a preocuparse de verdad, temiendo que le hubiera ocurrido algo grave, aunque se tranquilizó al comprobar que entre las cosas que llevaba en su delantal estaba el juego de té de plata, cucharas, tenedores, y otros utensilios de valor, lo que podría servirle para negociar, acaso, con bien. Pero pasó otra noche entera y su mujer seguía sin regresar a casa… La verdad es que nunca volvió a tener nadie, en toda la comarca, noticia alguna de ella.

Sobre cuál fue su suerte, nada en concreto se puede decir, lo que no obsta para que muchos hayan pretendido desde entonces hallarse en posesión del secreto del asunto. Aquí radica uno de los extremos que tanto han confundido a una buena cantidad de historiadores. No pocos aseguran que la pobre mujer se perdió en algún punto de la ciénaga y cayó a un pozo; otros, menos caritativos, aseguran que se hizo con el tesoro y huyó hacia cualquier lugar distante, y no faltan quienes aseguran que el hombre oscuro tendió una trampa a la esposa de Tom, de la que le fue imposible salir, y donde se la encontraría tiempo después, ya muerta, lo que también aseguran unos pocos vecinos según los cuales vieron a un hombre que en la distancia parecía negro caminar hacia lo más espeso del bosque con una gran hacha, un hatillo hecho con un

delantal de mujer, y riéndose como quien ha conseguido algo que de verdad apetecía, con un aire triunfal.

La historia más verosímil, sin embargo, que es también la que más adeptos reúne, observa que Tom Walker se inquietó de tal manera ante la ausencia de su esposa, que además se había llevado algunas pertenencias necesarias en una casa, que no pudo evitar el impulso de salir a buscarla… Según esta versión, pasó un día entero recorriendo los alrededores del fuerte indio, sin éxito; gritó su nombre una y otra vez, sin hallar respuesta en aquella calurosa tarde de verano. No oyó voz humana alguna, solo el croar de las ranas y el graznido de las aves de la ciénaga. Cuando empezó a declinar el día y comenzaban a enseñorearse en los árboles las lechuzas, se sobresaltó por la irrupción de cientos de murciélagos que volaban haciendo círculos en el aire. Y descubrió, absorto en aquella tétrica contemplación, algo que no pudo por menos que asombrarlo, algo que colgaba de la rama de un ciprés; algo, además, a medias envuelto en un delantal como el de su esposa… Un murciélago revoloteaba cerca, como si vigilase lo que tenía por suyo… Tom Walker, aun en aquellas circunstancias, y no obstante las aprensiones que sentía, experimentó cierta alegría al ver el delantal de su mujer… Mas no por otra cosa que porque supuso que aún contendría en su hatillo aquellos útiles de cocina. «Recuperaré primero lo que es mío, que ya sabré arreglármelas sin mi mujer, en caso de que no aparezca», se dijo.

Comenzó a trepar por el árbol, y el murciélago, abriendo las alas cuanto le daban de sí, huyó para esconderse en lo más profundo del bosque… Alcanzó Tom Walker el delantal… mas al deshacer el hatillo no encontró otra cosa que un hígado y un corazón.

Aquello, por cierto, y según lo refieren las más antañonas leyendas del lugar, que son las más fiables, fue cuanto se encontró de la pobre esposa de Tom. Es muy probable, por lo demás, que llegara a hacer un pacto con el hombre oscuro, y que discutiera con él, llegando incluso a gritarle y a insultarlo como hacía habitualmente con su marido, pues si bien una auténtica arpía como ella está de veras capacitada para librar un match con el mismísimo Diablo, acabó llevándose las de perder… Murió, pues, pero vendiendo cara su vida; no en balde encontró Tom Walker huellas numerosas de sus pies, como si se hubieran tratado de plantar firmemente en la tierra y en el barro, cerca y más allá del ciprés, y unos cuantos mechones de pelo negro, largo y reseco, que sin duda pertenecían a la cabellera de ese a quien llamaban el leñador negro… Bien había comprobado en sus carnes Tom, más de una vez, cuán diestra era su mujer para la pelea, y supo que, si bien junto a las huellas de los pies de ella había otras muchas de garras, al hombre oscuro le había costado bastante doblegarla. «¡Por todos los huevos de la serpiente! Hasta el Diablo se habrá llevado más de un mamporro», se dijo.

Tom supo consolarse pronto de la pérdida de su esposa y de aquellas pertenencias, pues era hombre con los nervios templados. Mas aún, hasta sintió poco después cierta gratitud hacia el hombre oscuro, toda vez que le había hecho un favor; seguro que por eso intentó dar de nuevo con él, lo que hizo durante varios días, pero sin éxito. El Diablo parecía evitarlo entonces, pues, aunque de común piensen las gentes lo contrario, no ha de creerse que acude siempre a la primera llamada de los hombres… El viejo patas negras sabe muy bien jugar sus bazas cuando está seguro de ganar la partida.

Al cabo, cuando tan inútiles esfuerzos por encontrarlo agotaron a Tom Walker, según es fama, al extremo de mostrarse dispuesto a aceptar cualquier cláusula del ominoso contrato con tal de hacerse con el tesoro enterrado, una tarde se topó al fin con el leñador negro, que silbaba una melodía mientras caminaba por las veredas del pantano con su gran hacha al hombro… Reaccionó con gran indiferencia ante la alegría que mostraba Tom por haber dado de nuevo con él, apenas le respondió con monosílabos y siguió silbando sin detenerse.

Poco a poco, sin embargo, fue llevando Tom la conversación a lo que más le interesaba, y entonces, sin mayores preámbulos, comenzó a hablar de las condiciones para hacerse con el tesoro del pirata. La primera de todas era, naturalmente, esa a la que no cabe hacer alusión, pues es de sobra sabida, la principal siempre que el Diablo ofrece un favor a alguien… Pero había otras añadidas, sobre las que el hombre oscuro insistía una vez y otra, aunque por parecerle de menor importancia no alcanzaba Tom Walker a comprender el motivo de su tozudez. Una, por ejemplo, exigía que el dinero que obtuviera mediante su ayuda se empleara en su servicio… Propuso, pues, que Tom lo invirtiese en el comercio de esclavos negros, para lo cual habría de fletar un barco. Aquello, sin embargo, disgustó a Tom, que se negó en redondo; es verdad que su conciencia no era precisamente firme, pero en cualquier caso no le permitía convertirse en un negrero.

Al ver a Tom así de seguro en su negativa, no insistió más; cambió entonces de táctica el Diablo y le pidió que se convirtiera en una especie de prestamista, pues ha de saberse que el Diablo está muy interesado en que aumente la especie de los usureros, a los que ve como si fueran de su propia familia.

No puso objeción alguna Tom Walker en este punto y cerraron prontamente el trato.

—Abrirás tus oficinas en Boston antes de un mes —le dijo el hombre oscuro.

—Mañana mismo, si quieres —dijo Tom Walker.

—Prestarás el dinero a un interés del dos por ciento mensual…

—¡No, hombre, no! Mejor al cuatro por ciento —replicó Tom Walker.

—Extenderás pagarés que no puedan cobrarse, liquidarás las hipotecas, llevarás a los comerciantes a la ruina…

—¡Los mandaré al… demonio! —gritó Tom Walker.

—No olvides que harás usura con mi dinero —dijo el hombre oscuro, muy satisfecho con el trato—. Bien, ¿cuándo quieres que te entregue el tesoro?

—Esta noche.

—¡Hecho! —exclamó el Diablo.

—¡Hecho! —repitió Tom Walker y se estrecharon las manos para cerrar definitivamente el trato.

Pocos días después se vio a Tom Walker sentado tras su escritorio en la casa de préstamos recién abierta en Boston. Supo hacerse muy pronto con una buena reputación, la de un prestamista que daba dinero por buena voluntad más que por afán de negocio… Eran los tiempos en que gobernaba Belcher y las gentes andaban con la bolsa vacía; vivía una época convulsa todo el país, por lo demás, y corría de mano en mano el papel de crédito, los pagarés, pues comenzaba el imperio de los bancos hipotecarios, entre los que destacaba el famoso Land Bank, y se iniciaban también toda clase de especulaciones, entre las que era muy notable la de las viviendas recién construidas, pues llegaba gente en masa a las ciudades con la intención de asentarse en ellas. La continua impresión de papel moneda desató los precios y la gente se ilusionaba además con la colonización de territorios aún salvajes y con la promesa de levantar nuevas ciudades en ellos. Por doquier se veían vendedores a veces de nada con supuestos planos de ciudades que eran El Dorados, de las que nadie había oído decir cosa alguna pero a las que pronto quisieron irse muchos… En una palabra, la fiebre de aquella gran especulación, algo, por cierto, consustancial a la historia de nuestro país, acabó por desatar un estado en el que cualquiera quería hacerse rico, con nada, de la noche a la mañana. Pero como de común acontece, la fiebre fue cediendo, se esfumaron pronto esos sueños de grandeza y muchos se vieron en la ruina… Quienes habían enfermado con tales sueños vivieron después una larga y dura convalecencia; el país entero, en fin, se lamentaba de aquellos dolorosos «tiempos difíciles».

En medio de tan enorme desastre público, propicio por lo demás para sus intereses, inició Tom Walker su negocio de usurero en Boston… Ante las puertas de sus oficinas se amontonaban las gentes día a día, lo mismo necesitados que aventureros, lo mismo especuladores que contemplaban los negocios como si fueran un juego de naipes, que comerciantes arruinados y otros a los que nadie concedía ya más crédito… En suma, todo aquel que andaba desesperado por la falta de dinero, o por la premura con que se le exigía satisfacer una deuda, allí iba, a las oficinas de Tom Walker, dispuesto al sacrificio.

Tom se mostraba con todos como el amigo universal de los más necesitados, lo que quiere decir, en el fondo, que concedía préstamos, sí, pero con unas condiciones terribles e inflexibles, cuya dureza de por sí grande crecía según la debilidad de uno o

según la fama de moroso de otro… Amontonaba pagarés e hipotecas, iba sangrando poco a poco a los incautos que le pedían un préstamo, y luego los abandonaba ante la puerta de su negocio como quien se deshace de una esponja ya vieja y reseca.

Así fue aumentando su riqueza paulatinamente, mientras él se sentaba a esperar en su despacho, mano sobre mano. Devino en poco tiempo en un hombre extremadamente rico y comenzó a construirse, en consecuencia, una de esas grandes mansiones que se hacen los hombres poderosos, la mansión propia de la buena sociedad de la que ya formaba parte, según él, por sus muchos méritos. Sin embargo, seguía siendo Tom tan miserable, que por simple tacañería no acabó de construirse la casa, ni mucho menos de amueblarla… Eso sí, como también era ya muy vanidoso, adquirió un hermoso carruaje… Mas mataba de hambre a los caballos destinados al tiro largo… Los ejes de las ruedas no tardaron en chirriar espantosamente, pues no se cuidaba de que se los engrasaran, por no gastar, y la gente pronto empezó a decir que aquel ruido era el lamento suplicante de las pobres almas que habían acudido a él para pedirle un préstamo.

A medida que fue haciéndose viejo comenzaron a preocupar a Tom Walker ciertas cosas. En realidad, y ya que en este mundo nada le faltaba, comenzó a temer por la otra vida… No tardó mucho en sentir angustia cada vez que recordaba el trato que había hecho con el Diablo, y cada vez más arrepentido de aquello quiso engañarle… Comenzó a frecuentar la iglesia como un devoto; rezaba a voz en grito con una entrega total, como si quisiera ganarse el cielo con la fuerza de sus pulmones. Por la manera en que hacía sus oraciones los domingos parecía que quería quitarse así la pesada carga de los pecados cometidos en el transcurso de la semana… Los demás fieles, gentes de esas que perseveran modestamente y sin aspavientos por la senda de la virtud, no podían por menos que reprocharse no ser capaces de semejante entrega como la que demostraba el usurero. Tom era ya tan violentamente religioso como avaro… Hasta se convirtió en un estricto vigilante, si no en un censor, de sus vecinos, como si cualquier pecado que cometieran lo exonerase de los suyos propios… Incluso llegó a clamar porque fueran perseguidos los cuáqueros y los anabaptistas… En una palabra, su celo religioso se hizo tan notorio como su riqueza.

Mas, a despecho de tales demostraciones de fe, era el miedo que sentía ante la posibilidad de que el Diablo triunfase, a pesar de tanto fervor religioso como demostraba, lo que más le hacía sufrir. Seguramente ese miedo fue lo que hizo que, como cuentan, llevara siempre consigo una pequeña Biblia que guardaba en uno de los bolsillos de su levita… Tenía otra mucho más grande en un cajón de su escritorio, y era común verle leyéndola… Cuando acudía a sus oficinas algún cliente, Tom Walker dejaba sus lentes entre las páginas, con gesto muy teatral, despacioso y solemne, y ejercía como el implacable usurero que era.

Algunos cuentan que Tom, ya en los días de su vejez, fue perdiendo la cabeza poco a poco, y que una vez, creyendo inminente el final de sus días, dio orden de que enterraran a uno de sus caballos, no sin antes herrarlo y ensillarlo convenientemente, con las patas hacia arriba, pues dio en creer que así, llegado el día del Juicio Final, todo se pondría del revés y su montura estaría presta, en consecuencia, para salir huyendo del más que seguro castigo que temía… Ni que decir tiene que estaba decidido a ponerle las cosas difíciles a su oscuro socio, si deseaba llevarse su alma… Aunque, la verdad, mucho me temo que lo anterior no sea más que uno de esos cuentos que tanto gustan a las viejas comadres… Si es cierto que adoptó semejantes y tan excéntricas precauciones, todo fue en vano… La leyenda más verosímil concluye su historia de la siguiente manera:

Una calurosa tarde de verano, una de esas tardes de bochorno que anuncian tormenta, estaba Tom sentado ante su escritorio con su blanco guardapolvos puesto. A punto de desahuciar una hipoteca, con lo que hacía definitiva la ruina de un pobre infeliz, un negociante de poco fuste al que todo le había ido mal, y con quien aparentemente tenía el usurero una gran amistad, el pobre hombre le pidió que le ampliara el plazo unos pocos meses más… Tom, frío e irritable, le dijo que ni un día más.

—Eso supone la ruina para mi familia, su total desamparo —dijo el hombre.

—Lo siento, pero la caridad empieza por uno mismo —le respondió Tom—. Son estos tiempos muy difíciles y debo mirar por mi negocio…

—Yo le he dado a ganar mucho dinero —adujo el otro.

Tom perdió entonces toda mesura y hasta el mínimo de piedad que le quedaba.

—¡Que el Diablo me lleve —dijo— si me he enriquecido con usted!

Justo apenas acabó de decirlo se dejaron sentir en la puerta tres aldabonazos. Salió Tom Walker a ver de quién se trataba. En el dintel de la puerta un hombre oscuro llevaba de la brida un caballo negro, que resoplaba nervioso y golpeaba el suelo con sus cascos.

—Tom, sígueme —le dijo sin más aquel hombre.

Tom quiso dar un paso atrás y cerrar la puerta, pero ya era tarde. Tenía la Biblia pequeña en el bolsillo de la levita y la grande en la mesa, bajo la hipoteca de aquel infeliz al que estaba decidido a mandar a la ruina… Jamás hubo pecador tan desprevenido como él… El hombre oscuro lo subió de un tirón, lo sentó en la grupa de su caballo, como si fuera un niño, y salió a galope mientras rompía con estrépito la tormenta. Los escribientes de su oficina se pusieron los lápices en la oreja y vieron a través de la ventana cómo se llevaban a su jefe… Así se perdió por las calles de la ciudad Tom Walker, con su guardapolvos blanco agitándose al viento, bajo la lluvia, y con el caballo sacando chispas del empedrado… Pronto desaparecieron de la vista de los escribientes.

Tom jamás pudo liquidar hipoteca alguna. Alguien que vivía cerca del pantano contaría, pasado el tiempo, que cuando comenzó a dejarse sentir aquella tormenta oyó un terrible ruido de herraduras y unos gritos de pánico espantosos… Se asomó entonces a la ventana, para ver de qué se trataba, y vio a un hombre que se cubría con un guardapolvos blanco, gritando desesperado a lomos de un caballo negro, pero se perdió de inmediato en dirección al antiguo fuerte indio… Añadió que muy poco después un rayo cayó en la ciénaga, lo que produjo un gran incendio en el bosque.

Las buenas gentes de Boston movieron la cabeza hacia los lados y se encogieron de hombros, pues no en balde estaban acostumbradas a las historias de brujas, encantamientos y tretas diabólicas, y ahí paró todo, no se horrorizaron especialmente, en contra de lo que cabría esperar ante lo ocurrido. Se constituyó una comisión ciudadana encargada de administrar los bienes de Tom Walker, comisión que no tuvo que trabajar en exceso toda vez que, cuando abrieron el cofre en el que suponían que guardaba su fortuna, vieron que los pagarés y los papeles de las hipotecas habían quedado reducidos a ceniza, y de oro y plata, nada, solo piedras… En las caballerizas de la casa del usurero, por lo demás, no quedaban ni los pencos; en su lugar, sendos esqueletos equinos amarrados a un carruaje destrozado… Al día siguiente la casa ardió de pronto hasta quedar destruida por completo.

Así aconteció el triste fin de Tom Walker y sus dudosas riquezas. Ojalá esta historia llegue al corazón de quienes solo viven para el dinero, pues su veracidad no puede ponerse en duda. Aún se ve en aquel lugar el hoyo bajo los árboles en el que el pirata Kidd escondió su tesoro; y aun en nuestros días, en las noches de tormenta, se contempla a veces, cerca del antiguo fuerte indio, la figura de un jinete que viste un guardapolvos blanco, a todas luces, el espíritu del usurero… De hecho, esta historia ha dado origen a un cuento muy conocido en toda Nueva Inglaterra, acerca del extraño caso del Diablo y Tom Walker.

Hasta donde puedo recordar, esta es la historia, en esencia, que me refirió el ballenero del Cabo Cod un día de pesca. Su narración, empero, estaba preñada de cosas superfluas, a la manera de ornamento, de las que me he deshecho por considerarlas sin mayor importancia, aunque no por ello dejo de reconocer que el relato, tal y como lo refirió el ballenero, me sirvió de grata diversión aquel día… Así pasamos el tiempo hasta la hora de pisar tierra de nuevo, a amparo de un árbol aguardamos las primeras horas de la tarde, en un lugar que conocía bien por las excursiones que allí había hecho en mi adolescencia; es la zona más boscosa de la isla de Manhattoes, una propiedad de la familia de los Hardenbroocks… Cerca de donde fondeamos aquel día se alzaba un antiguo panteón holandés, terror de los niños de aquel tiempo y origen de muchas de las macabras historias que nos decíamos en el colegio… Bien, pues durante una de aquellas excursiones costeras que hacíamos al salir del colegio, decidimos un buen día explorar el panteón. Encontramos féretros

recargados de píos ornamentos, y claro, una enorme cantidad de huesos… Pero lo más interesante de nuestra aventura era su relación con el casco del barco pirata que se pudría entre las rocas de HellGates, pues se daba por verdadera la vinculación de cierto personaje con los filibusteros, cosa que no podía por menos que ser cierta; no era lógico que en un lugar abandonado y de tierras baldías tuviera sus propiedades uno de los más preeminentes burgueses de la región, llamado Ready Money Provost, un hombre al que se le suponían negocios en ultramar, por lo menos misteriosos… Todas esas historias habían formado en nuestras cabezas adolescentes una auténtica conmoción, que en el fondo solo tenía que ver con la atmósfera tenebrosa en la que de común se envuelven, necesariamente, los cuentos y la narración de las aventuras.

Mientras rememoraba todo aquello, mis amigos abrieron la canasta del almuerzo y pusieron las viandas que allí había sobre un mantel extendido en el suelo, bajo los árboles, cerca del agua… Tumbado en la hierba fresca, absorto en mis ensoñaciones tan queridas y en el recuerdo de aquellos días de mi mocedad, hice a quienes me acompañaban partícipes de mis recuerdos. Cuando acabé de referirlos, un anciano burgomaestre que nos acompañaba, John Jorre Vandermoere, el mismo que me contó tiempo atrás las aventuras de Dolph Heyliger, rompió el silencio para decir que también él recordaba una historia acerca de un tesoro, un hecho ocurrido en donde vivía, que acaso sirviera para explicar convenientemente algunas de las supersticiones que yo había conocido en mi adolescencia. Como le pedimos por favor que nos contase aquel hecho, de buen carácter como era accedió de inmediato… Por lo demás, y puesto que se trataba de un hombre honesto y de probada inteligencia, ninguno de los allí presentes dudó de la veracidad de su relato, así que encendimos nuestras pipas con el excelente tabaco Blase Moore's y nos dispusimos a escuchar atentamente.

La leyenda del astrólogo árabe

E n tiempos de la antigüedad, hace cientos de años, vivió un rey moro, el llamado Aben Habuz, que tomó asiento en el trono de Granada. Llevó en sus días de juventud una existencia plena de aventuras y conquistas, y cuando se vio menoscabado de salud y en decadencia, no deseaba otra cosa sino vivir en paz con el mundo, para acariciar plácidamente los laureles que obtuvo en sus días de gloria y gozar así de las posesiones que supo conquistar a sus vecinos.

Ocurrió, empero, que a tan débil y apacible anciano le salieron rivales jóvenes, príncipes vigorosos que ansiaban la guerra y la gloria, los cuales le pidieron cuentas sobre los saqueos y pillajes con que había sometido y castigado a sus padres. Se manifestaban en rebelión contra Aben Habuz, así, e intentaban invadir su capital y ciertas y prósperas comarcas del territorio de su reino, a las que el soberano trató antaño con mano férrea, cuando era joven y poderoso.

El caso fue que Aben Habuz tenía, en su vejez, enemigos por doquiera, en todas las lindes de su reino, y que esos enemigos eran fuertes entonces y estaban decididos a avasallarlo como fuera y sin piedad; y como Granada está rodeada de altas montañas que impiden observar los movimientos de una tropa que se acerque a la ciudad, el atribulado rey se vio obligado a sostener un incesante estado de alarma y vigilancia, no sabiendo de dónde podría llegarle el ataque que lo amenazaba.

Fue en vano que erigiese atalayas en las alturas y que plantara centinelas en todos los accesos, con órdenes estrictas de encender hogueras de noche y de levantar durante el día humaredas apenas se aproximara al reino un grupo nutrido cualquiera, en actitud belicosa o no… Sus enemigos, también en alerta, burlaban tales precauciones y se mostraban dispuestos a cruzar el desfiladero menos conocido y más difícil de salvar, para arrasar así las tierras de Aben Habuz ante sus mismos ojos, tomarle muchos prisioneros y volver a las montañas con un botín extraordinario. ¿Hubo alguna vez alguien en situación más dramática entre todos los monarcas valetudinarios y pacíficos a la fuerza?

Aben Habuz, muy preocupado ante tales perspectivas, asaeteado de continuo por los disgustos y los sinsabores, acertó a llevar a su corte a un médico y astrólogo árabe, ya muy anciano; la barba, blanca como la nieve, le llegaba a la cintura; no se le podía calcular la edad, mas por su aspecto estaba claro que tenía muchísimos años; no

obstante su ya larga existencia, había hecho a pie todo el camino desde Egipto, sin más ayuda que la de un báculo tallado en jeroglíficos. Tenía por nombre el de Ibrahim Ebn Abu Ayub y atesoraba gran fama, diciéndose de él que vivía desde los días del mismísimo Mahoma, hijo de Abu Ayub, el último de los fieles que siempre acompañaron al profeta. Ya en los días de su niñez, Ibrahim había seguido a los ejércitos de Amru que entraron en conquista en Egipto, donde se estableció para estudiar las ciencias ocultas, demonología, hechicería, y particularmente la magia, con los sacerdotes de los faraones. Se decía, sobre todo lo anterior, que había desvelado el secreto acerca de cómo prolongar la vida, con cuya virtud consiguió alargar la suya propia de tal manera que pasaba ya de los dos siglos, a pesar de que, según contaba él mismo, no había conseguido dar con aquel secreto hasta que la mucha carga de sus años le pesaba ya terriblemente, razón última de que lo único que consiguió hacer perenne en sí mismo fueran las arrugas y los blancos cabellos.

Hombre así de maravilloso fue recibido con la mayor solemnidad por el rey, quien, al igual que gran parte de los monarcas que alcanzaban la edad provecta, dispensaba un trato de favor muy especial a los médicos. Le ofreció aposentos en palacio, pero el médico y astrólogo prefirió habitar una cueva en la falda de la montaña que se alza soberbia sobre la ciudad de Granada, el mismo lugar donde más adelante sería erigida la Alhambra. Hizo que se ampliara la cueva hasta convertirla en una sala espaciosa y de techo alto, donde ordenó que abrieran un agujero circular, tan grande como la boca de un pozo, para poder ver a su través el firmamento y contemplar los astros incluso bajo el sol del mediodía. Escribió jeroglíficos egipcios en las paredes de la cueva, cubriéndolas, pues, de signos cabalísticos y de reproducciones de los planetas y de las estrellas en sus constelaciones completas. En una palabra, llamó a su lado a los artesanos granadinos más reputados, a los que dirigió en la construcción de útiles y de artefactos varios, cuyas propiedades secretas, sin embargo, a nadie reveló.

En muy poco tiempo pasó a convertirse el muy sabio Ibrahim en el consejero más querido por el rey, que le pedía opinión ante cualquier dificultad o duda que se le planteara. Clamaba un día Aben Habuz contra la injusta enemistad de sus jóvenes vecinos, y lamentaba verse obligado a mantener tan desasosegada vigilancia sobre su reino, cuando al acabar su exposición y cesar en sus lamentos, el astrólogo, tras guardar un largo silencio, dijo al fin: «Sabed, ¡oh!, rey, que hallándome en Egipto presencié una maravilla sublime, ideada por una sacerdotisa pagana de la antigüedad… En la cumbre de una montaña que se eleva sobre la ciudad de Borsa, y que mira al gran valle del Nilo, había una figura de morueco, y encima la de un gallo, ambas fundidas en bronce, que giraban sobre un eje… Cuando corría el país peligro de invasión, se volvía la figura del carnero hacia donde venía el enemigo y comenzaba a cantar el gallo… Los moradores de Borsa sabían así, no solo del peligro, sino del

lugar por donde se aproximaba la tropa, y podían prepararse para la defensa de su tierra con antelación suficiente».

—¡Dios es grande! —exclamó el pacífico Aben Habuz—. ¡Qué preciado tesoro sería para mí poseer un morueco como ese, alerta sobre las montañas que rodean mi reino, y otro gallo igual que lanzara su canto ante la amenaza…! ¡Alá Akbar! ¡Cuán plácidamente podría dormir en mi palacio con esos centinelas!

Dejó el astrólogo y médico que cediera el entusiasmo primero del rey, para decirle las siguientes palabras:

—Cuando el victorioso Amru, a quien tenga Dios en el Paraíso, hubo concluido la conquista de Egipto, me uní yo a los sacerdotes para estudiar los ritos y ceremonias de su fe idolátrica, pues albergaba la esperanza de convertirme en maestro de los conocimientos ocultos que tanto renombre les han procurado a lo largo de los tiempos… Estaba sentado un día a orillas del Nilo, en conversación con un venerable anciano del lugar, un sabio sacerdote, que me señaló las poderosas pirámides y me dijo: «Todo cuanto pudiéramos enseñarte es nada comparado con la sabiduría que se encierra en esas enormes moles… En medio de la pirámide central hay una cámara sepulcral que guarda la momia del sacerdote supremo que ayudó a erigir tan imponente obra, y con él está enterrado un maravilloso libro de erudición suma, que contiene los secretos de la magia y de las artes todas… Ese libro le fue entregado a Adán después de su caída, y llegó, generación tras generación, a manos del Rey Salomón, el más sabio, con cuya ayuda edificó el Templo de Jerusalén… ¡Solo el que conoce todas las cosas, solo el Misericordioso, sabe cómo poseyó ese libro el arquitecto de las pirámides!»

Fijos sus ojos en Aben Habuz, Ibrahim hizo una pausa y prosiguió de esta manera:

—Ardió mi corazón en anhelos, prontamente, de convertirme en dueño de aquel libro mágico. Podía disponer de muchos soldados de nuestro ejército conquistador, puestos bajo mis órdenes, y de las manos de muchos egipcios, y utilizándolos, me dediqué al fin a mi empeño… Conseguimos, no sin fatigosos esfuerzos, horadar la sólida construcción de la pirámide hasta acceder a una estrecha galería que parecía un paso interior y secreto. Lo recorrí hasta llegar a un intrincado laberinto que me condujo al fin hasta el mismo corazón de la pirámide, y de inmediato a la cámara sepulcral donde yacía desde hacía varios siglos la momia del gran sacerdote. Feliz y dispuesto, abrí las arcas de la momia, desdoblé muchas de sus fajas y vendas, y al fin hallé en su pecho el preciado tesoro que era aquel libro… Lo tomé con manos que me temblaban de emoción, y busqué a tientas la salida de la pirámide, dejando la momia en su tenebroso sepulcro, a la espera silenciosa del día del Juicio Final.

—¡Oh, sabio hijo de Abu Ayub! —dijo entonces el rey Aben Habuz—. Gran viajero has sido y muchas las maravillas que han contemplado tus ojos… Mas ¿de qué me

sirve a mí el secreto de la pirámide, de qué ese libro de los conocimientos del sabio Rey Salomón?

—¡Oh, rey! —dijo entonces el astrólogo—, estudiando ese libro he aprendido todas las artes mágicas y puedo por ello conjurar los genios que me ayuden a llevar adelante mis planes, sean los que sean… Domina ya mi saber el misterio del talismán de Borsa, y puedo convertir ese talismán, gracias a mis conocimientos, en una de las mayores gracias a vuestro servicio.

—¡Oh, sabio hijo de Abu Ayub! —le respondió el rey con entusiasmo—. Vale más para mí ese talismán que todas las atalayas en las montañas y todos los centinelas en las lindes de mi reino… Dame, ¡oh, sabio hijo de Abu Ayub!, esa salvaguardia, y dispón de las riquezas todas de mi tesoro.

Ibrahim, para satisfacer de inmediato los deseos del monarca, se entregó a sus artes. Ordenó que se erigiese una gran torre sobre el palacio del rey, que se alzaba en lo alto de la montaña del Albaicín. Se levantó primero la torre con piedras de Egipto tomadas de una pirámide, y se dispuso en su parte superior una glorieta con cuatro ventanas que miraban a los cuatro puntos cardinales; había ante cada ventana mesas con tableros que presentaban, al modo de un tablero de ajedrez, un ejército miniado de jinetes y de infantes, con la efigie, tallada en madera, del príncipe que gobernaba en el territorio hacia donde miraba cada una de las ventanas. En cada mesa, además, se erguía una lanza también miniada, no mayor que una daga, en la que aparecían ciertos caracteres caldeos. La glorieta se conservaba constantemente cerrada por una gran puerta de bronce, con una cerradura de acero, y solo el rey tenía la llave. En la cúspide de la torre había una figura de bronce, que representaba a un lancero moro a caballo, fija a un eje, con el escudo al brazo y la lanza en alto, en actitud vigilante; mas si se acercaba el enemigo, se volvía la figura del moro hacia la parte por donde llegara y preparaba la lanza cual si estuviese dispuesto para el combate.

Cuando estuvo acabado el artificio, todo era impaciencia en Aben Habuz, ansioso de comprobar las virtudes del talismán. Suspiraba el rey por ser invadido, tan ardientemente como antes había deseado la paz. Pronto vio satisfechos sus anhelos. Una mañana hizo acto de presencia el guardián destinado a la vigilancia desde la torre, manifestando, muy impresionado, que el rostro del jinete de bronce se había vuelto hacia las montañas de Elvira y que su lanza apuntaba directamente al Paso de Lope.

—¡Que toquen llamando a las armas los tambores y las cornetas, para que toda Granada esté en alerta! —ordenó Aben Habuz.

—¡Oh, rey! —dijo entonces el astrólogo—, que no se turbe la paz de vuestra ciudad, ni se llame a las armas a vuestros guerreros, pues no precisamos del auxilio de la fuerza para librarnos de vuestros enemigos. Haced que se retiren vuestros servidores y venid conmigo a la glorieta secreta.

Subió el anciano rey Aben Habuz la escalera de la torre, apoyándose en el brazo del aún más anciano Ibrahim Ebn Abu Ayub. Abrieron la puerta de bronce y entraron; vieron que estaba abierta la ventana que miraba al Paso de Lope.

—En esa dirección —dijo el astrólogo árabe— viene el peligro. Acercaos, ¡oh, rey!, y observad el misterio de la mesa.

Se acercó el monarca al tablero sobre el cual se hallaban dispuestas las figuritas de madera, y con gran sorpresa y deleite contempló que estaban en movimiento; hacían cabriolas los caballos y blandían sus armas los guerreros; resonaban en confuso y sordo clamor tambores y cornetas, el entrechocarse de las armas y los hierros, el relincho de los hermosos corceles… Todo aquel fragor de batalla, empero, no levantaba mayor ruido ni se percibía más distinto que el zumbido de una abeja o de una cigarra en los oídos de quien se ha tumbado en busca de reposo, adormecido a la sombra, en el calor del mediodía.

—Aquí, ¡oh, rey!, tenéis la prueba de que vuestros enemigos se hallan en movimiento, avanzando a través de las montañas… Creo que se encuentran ya en el Paso de Lope… Mas produciréis en ellos el pánico y la confusión, y les obligaréis a batirse en retirada, sin pérdida de vidas, con solo golpear las figuras del tablero con el regatón de esta lanza mágica… Y si queréis que sea derramada su sangre, y causarles muchas bajas, tocad las figurillas con la punta…

Empalideció entonces Aben Habuz, erizándosele la blanquísima barba. Tembloroso y mortificado por la duda tomó en su mano la pequeña lanza.

—Hijo de Abu Ayub —dijo irguiéndose al cabo, centelleando sus ojos en una llamarada de satisfacción—, quiero que haya derramamiento de sangre.

Apenas pronunciadas estas palabras atacó armado de la mágica lanza a las figurillas pigmeas que se movían en la primera fila de la mesa y luego golpeó con el regatón de la lanza a las otras, sobre las que cayeron como muertas las anteriores.

Le resultó difícil al astrólogo aplacar la furia de la mano del rey, tan pacífico hasta aquel día, y evitar así que exterminara por completo a sus enemigos. Al fin consiguió que el monarca abandonara la torre para enviar una avanzadilla de sus tropas a fin de que explorasen el Paso de Lope. Al regresar sus hombres le dieron cuenta de que un ejército cristiano había llegado casi hasta Granada atravesando el corazón de la sierra; mas que entonces había estallado entre aquellas huestes una gran disensión, que les hizo volverse en armas los unos contra los otros, retirándose después los que salieron vivos de tan terrible carnicería.

Aben Habuz parecía en estado de transportación por el júbilo que le invadía, toda vez que había comprobado las bondades del talismán.

—Al fin —exclamó llevado de su gozo— podré disfrutar de una vida tranquila teniendo bajo mi férula a todos mis enemigos. ¡Oh, sabio hijo de Abu Ayub! ¿Qué

puedo darte en recompensa por tanta bendición como has hecho que sobre mí se derrame?

—Las necesidades de un anciano filósofo son pocas —dijo el astrólogo—; solo os pido los medios necesarios para hacer de mi cueva una ermita. Con eso me daré por satisfecho.

—¡Cuán noble y digna de elogio es la morigeración en las costumbres de un hombre verdaderamente sabio! —dijo Aben Habuz, tranquilizado y contento por lo poco que le pedía el astrólogo.

Llamó después el rey a su tesorero, ordenándole de inmediato que pusiera a disposición del astrólogo cuanto precisara para erigir una ermita bien adornada.

Dispuso entonces el sabio Ibrahim que se horadase la dura roca para hacer en ella diversos aposentos, de forma que tuviera a su disposición una serie de habitaciones unidas a su sala de astrólogo, y las amuebló con lujosas otomanas y preciosos divanes, cubriendo además las paredes con las mejores sedas de Damasco. «Soy ya muy viejo —decía el astrólogo— y no puedo por ello hacer que reposen mis huesos en un lecho de piedra; estas paredes tienen que estar así de bien cubiertas pues es mucha la humedad que rezuman».

Mandó también que se construyeran allí baños, que usó en adelante con toda clase de perfumes y de las más ricas y aromáticas esencias. «El baño —decía— es necesario para aliviarme las dolencias propias de mi edad y para devolver a mi mente la frescura consumida en mis largas jornadas de entrega al estudio».

Hizo Ibrahim que también le colgaran en las habitaciones innumerables lámparas de plata y de cristal, que llenaba de un fragante aceite para quemar, preparado según cierta receta que había descubierto en las tumbas egipcias. Era un aceite perdurable y hacía que de las lámparas dimanara un resplandor tenue como el de la suave luz del alba. «La luz del sol —aseguraba el astrónomo— resulta en exceso deslumbrante y violenta para los ojos cansados de un anciano; la luz de estas lámparas, sin embargo, es la más propia para que un filósofo se entregue a sus estudios».

El tesorero del rey Aben Habuz casi gruñía de rabia ante las peticiones de oro que a diario le hacía el astrólogo para su solitario retiro, por lo que llegó a protestar ante el rey. Aben Habuz se encogió entonces de hombros y le dijo:

«Seamos pacientes. Este hombre se inspira, para construir su retiro y filosofar tranquilo, en el interior de las pirámides de Egipto y en las inmensas y sobrecogedoras ruinas de aquel país. Todas las cosas tienen su fin, y pronto acabarán los arreglos y el adorno de su cueva».

Habló con sabiduría el rey, pues no tardó mucho más tiempo en quedar concluida la disposición de la cueva tal y como la quería el anciano, que al fin la pudo ver lucir como un suntuoso palacio subterráneo. El sabio se mostró muy satisfecho, y se encerró durante tres días seguidos, entregado en cuerpo y alma a sus estudios filosóficos. Pero

cuando volvió a dar señales de vida, se presentó de nuevo ante el tesorero del rey para pedirle una cosa más:

—Quiero —le dijo— algo que me es muy necesario; quiero un leve asueto para los momentos en que me vea obligado a descansar de mis arduos esfuerzos mentales.

—¡Oh, poderoso Ibrahim! —respondió el tesorero—. Pide, que te daré cuanto tu soledad apetezca… ¿Qué deseas ahora?

—Deseo unas cuantas bailarinas que me entretengan…

—¡Unas bailarinas! —exclamó el tesorero, asombrado.

—Sí, unas bailarinas —dijo con enorme severidad el anciano—. Y que sean además jóvenes y hermosas, para que mis ojos se recreen en ellas, porque la presencia de la juventud más bella alivia el ánimo… Tampoco hace falta que sean muchas… Soy un filósofo de muy buen conformar y de hábitos sencillos, me conformo con poco…

Mientras Ibrahim Ebn Abu Ayub pasaba así de grata y sabiamente el tiempo en su cueva, el antes pacífico Aben Habuz seguía capitaneando guerreras campañas contra las figuritas de las mesas de la torre. Así hacía más grande su gloria un monarca valetudinario como él, que como quien se entrega a una rutina apacible podía disponer del curso de la guerra cómodamente, barriendo desde la glorieta mágica a todos los ejércitos que osaran enfrentársele, más fácilmente que si de acabar con un enjambre de moscas se tratase. Gozaba hasta extremos inconcebibles con eso, que se había convertido en una diversión para él, y hasta urgía a la batalla a sus vecinos, insultándoles y provocando sus incursiones… Mas tantos y tan continuados eran los desastres bélicos que sufrían, que al fin, desesperados, no volvieron a asomarse siquiera a las tierras que gobernaba el anciano monarca.

Hubo, así, largos meses de paz en los que pudo quedarse en su quietud de estatua el jinete de bronce armado de lanza y escudo. Pero Aben Hazub, complacido por tal estado de cosas al principio, acabó sintiendo una fuerte nostalgia de su gloria, y se mostró impertinente y de mal humor por el aburrimiento que le causaba aquella Al fin, un día giró bruscamente el jinete de bronce, y bajando la lanza apuntó a las montañas de Guadix. El rey Aben Habuz se apresuró, pues, a dirigirse a la mágica glorieta, ansioso de capitanear de nuevo la ofensiva… Cuál no sería su sorpresa, sin embargo, al ver que las figuritas del tablero mágico permanecían inmóviles. Perplejo, incluso aturdido por lo que tomó por una ofensa, dio la orden de que sus mejores tropas explorasen las montañas, tropas que regresaron tres días después.

—Hemos hecho —le dijo quien mandaba la partida— un reconocimiento detenido del terreno y no hemos visto ni un solo yelmo, ni una sola lanza… No hemos dado más que con una doncella cristiana, de una hermosura deslumbrante, que dormía junto a un manantial sin duda para reparar sus fuerzas agostadas por el calor del mediodía… Cautiva y a vuestra merced está la doncella, ¡oh, nuestro señor y soberano!

—¡Una doncella cristiana de exquisita belleza! —exclamó Aben Habuz con un brillo especial en los ojos—. Traedla rápidamente ante mí.

Pronto fue obedecido. Era verdad que su belleza era inenarrable. Estaba ataviada la cautiva con el lujo y los adornos comunes a los hispanogóticos en los años de la conquista árabe. Entretejidas en sus trenzas negras y relucientes, brillaban blancas perlas; en su frente, joyas que rivalizaban con el fulgor de su mirada; en el cuello, una cadena de oro de la que pendía una pequeña lira de plata que le llegaba al seno.

Los relámpagos que salían de sus negros ojos refulgentes hicieron que reviviera la llama a punto de apagarse en el corazón de Aben Habuz, que experimentó un dulce mareo ante la voluptuosidad que envolvía a la cautiva.

—Mujer, la más hermosa entre todas las mujeres, ¿quién eres y qué haces? —preguntó el rey a la cristiana, contemplándola como en éxtasis.

—Soy la hija de un príncipe godo que hace no muchos años reinaba en estas tierras… Las tropas de mi padre han sido derrotadas definitivamente, como por arte de magia, en estas mismas montañas. Mi padre está en el destierro, y yo, su hija, sufro ahora como vuestra cautiva…

Ibrahim Abu Ayub se acercó entonces al rey y le dijo en voz baja:

—Cuidaos, ¡oh, Aben Habuz!, de esta mujer, pues puede tratarse de una hechicera del norte, de esas de las que dicen en nuestros países que saben adoptar las formas más seductoras para engañar a los incautos… Puedo leer en su mirada la brujería que la anima y adivino ya el arte de sus conjuros solo por la manera en que habla y se mueve… Ella era, mi rey, el enemigo al que apuntó con su lanza el talismán.

—Hijo de Abu Ayub —le respondió el soberano—, eres un sabio, puedo dar fe de ello, y además un mago extraordinario… Pero me parece que poco o nada sabes acerca de las mujeres… En este aspecto tan grato de la vida, te digo que no cederé en mis conocimientos y gustos ante hombre alguno… ¡Ni ante el propio y sabio Salomón lo haría, aun y cuando tantas esposas y concubinas tuvo! Esta doncella, puedes estar seguro, no me hará daño alguno; su hermosura merece ser admirada y gustada; ya se deleitan mis ojos en su sola contemplación…

—Escuchadme, señor —rogó el astrólogo al rey—. Os he procurado gloriosas victorias con mi talismán y no os he pedido más que cuanto me era necesario para poner mis conocimientos a disposición de este reino… Otorgadme como premio, pues, esta cautiva perdida para que su lira de plata me sirva de esparcimiento en mis soledades… Si en verdad se trata de una hechicera, poseo yo conjuros suficientes como para que sean vanos sus malignos esfuerzos.

—¿Quieres más mujeres? ¿Y cómo es eso? —se opuso el monarca, exaltado y casi fiero, a la petición del astrólogo—. ¿Acaso no tienes ya cuantas bailarinas deseas para recrear tus ojos y divertir tus descansos?

—Son bailarinas, señor, solo bailarinas, como bien decís —dijo el astrólogo—; mas cantantes, ninguna… Y os aseguro que me placería mucho oír una dulce voz que con sus armoniosas canciones relevara mi ánimo del peso que tanto me agobia, el de las horas dedicadas al estudio y a la meditación.

—Mejor harás concediendo una tregua a tus insaciables peticiones de ermitaño solitario —le dijo el rey, inquieto y molesto—. Quiero para mí a esta doncella, en la que adivino placeres y alegrías, y tanto gozo y tamaño regalo como David, padre del sabio Salomón, encontró en la amistad de Abishag la Bienamada…

Siguió insistiendo en su ruego el astrólogo, alegando nuevas razones que no sirvieron más que para acrecentar el disgusto y la impaciencia del monarca. Al fin dejaron de hablar los dos ancianos, ambos con gesto agrio y ojos de furia.

El astrólogo fue a encerrarse entonces a su cueva para estar a solas con la desilusión que le había causado la rotunda negativa de Aben Habuz. Mas no tardó mucho en romper su propósito; quiso dar nuevo aviso al rey y aconsejarle que observara cautela y vigilancia sobre tan peligrosa cautiva cristiana. Pero ¿acaso hay enamorado en la senectud que preste oídos a consejos, por sabios que sean? Aben Habuz ya no atendía sino al influjo de su pasión, ya no perseguía otro afán que hacerse grato a los ojos de la hermosa cristiana; quería compensar la juventud que no tenía con las riquezas y tesoros que poseía en abundancia; cuando un anciano se enamora resulta en verdad generoso… No hubo en todo el Zacatín de Granada ricas sedas con que no se cubriese la doncella, ni exquisitas esencias con las que no se perfumara, ni joyas valiosas, ni adornos de puro capricho, que el generoso monarca no pusiera, pródigo y presto, ante ella. Cuanto de mayor rareza y valor llegaba de Asia y de África, pronto lo tenía en sus manos la cristiana. Se crearon para ella, además, los más diversos espectáculos y diversiones, tales como torneos, sueltas de toros, canciones, bailes… Granada fue por aquellos días una ciudad en la que no cesaban las fiestas y la alegría. La princesa gótica todo lo vivía con el aire que es propio de quien tiene por costumbre las excelencias superlativas. Recibía todo cuanto en su honor se hacía como lo que era propio de su rango, y más aún de su hermosura, porque exige la belleza que se le rindan mayores tributos que los que se dan al rango… Parecía además entregarse a un secreto placer excitando a Aben Hazub para que gastara enormes sumas de dinero, que iban agotando el caudal de su tesoro, para luego aceptar como la cosa más natural del mundo los costosos obsequios, los agasajos delirantes, sin concederles la mínima atención ni aprecio. Con tamaña munificencia, sin embargo, es lo cierto que el generoso monarca no podía jactarse aún de haber hecho cautivo el corazón de la cristiana; es cierto, empero, que jamás lo humilló ella con gesto alguno de desprecio, pero no es menos verdad que nunca le halagó siquiera con una sonrisa. Cada vez que el anciano rey le expresaba su pasión, comenzaba ella a tañer su lira de plata, de la que extraía tan encantadores como místicos arpegios; así se apoderaba del

rey la indolencia y quedaba al punto adormilado para caer no mucho más tarde en un sueño profundo del que despertaba vigorizado aunque con la pasión antes encendida ahora esfumada… Sufría en su galanteo, pero en sus letargos gozaba de sueños deliciosos que le esclavizaban aún más los sentidos. Granada se burlaba de su ceguera y de su infatuada pretensión de amante, las gentes de su reino censuraban ya abiertamente aquella actitud por la que gastaba el oro para no obtener más que la música de la lira de plata de la cristiana.

Al final, un claro peligro acabó por amenazar la tranquilidad del monarca y la seguridad de su reino, un peligro del que no avisó el talismán de la glorieta. Estalló una insurrección en la capital del reino y una turba asedió en armas su palacio, amenazando su vida y la de la cautiva cristiana. Latió entonces el corazón de Aben Habuz con la fuerza del espíritu guerrero que lo guio en otros tiempos, se puso al frente de un grupo de fieles y leales, puso en fuga a la turba en armas que lo asediaba y no reparó en medios hasta aplastar contundentemente la insurrección. Restablecida la calma, llamó al astrólogo, que apuraba en su encierro el amargo cáliz del resentimiento… Aben Habuz, sin embargo, le habló en tono conciliador y amistoso:

—¡Oh, sabio hijo de Abu Ayub! Bien hiciste en predecirme los peligros que habría de acarrearme mi amor por la bella cautiva… Dime ahora, tú que tan certeramente adivinas las contrariedades que nos reserva el porvenir, dime qué he de hacer para evitarlas.

—Alejad de vuestro lado a esa infiel cautiva, que es la causa de todo lo malo que os acontece —respondió el astrólogo.

—¡Antes prefiero perder mi reino! —clamó soberbio el monarca.

—Estáis, señor, en situación de perder vuestro reino y a la cautiva —le dijo el sabio.

—No te muestres así de inflexible y colérico conmigo —rogó el rey al astrólogo—; tú, el más sabio de los filósofos, compadécete de mi doble angustia de rey y enamorado, y dispón, te lo ruego, los medios necesarios para preservarme de los males que me amenazan… No me importa la gloria, puedes creerlo, ni el poder; solo anhelo un dulce reposo… ¡Cuánto me gustaría encontrar un asilo lejos del mundo, de sus pompas vanas, de sus honores, de los cuidados que hay que observar de continuo! ¡Cuánto me gustaría dedicar lo que me quede de vida al sosiego y al amor!

Le miró el astrólogo árabe con los ojos muy abiertos bajo sus pobladas cejas y le respondió así:

—¿Qué recibiré a cambio, si os doy ese retiro al que aspira vuestra majestad?

—Pide tú mismo la recompensa que consideres más justa; ten por seguro que, si está al alcance de mi mano y de mi poder, será tuyo lo que desees… Tenlo por tan cierto como que está viva mi alma.

—¿Conocéis, ¡oh, rey!, la historia del jardín de Irem, unos de los mayores portentos de la feliz Arabia? —preguntó el astrólogo al su rey.

—Algo sé de tan hermoso vergel; muchas de sus maravillas me han sido contadas por labios peregrinos al regresar de La Meca —respondió el rey—. Además El Corán le dedica páginas que titula «El amanecer»… Pero, debo confesártelo, siempre he tenido todo eso por fábulas imaginadas por gentes con una mente muy impresionable; fábulas, nada más, como son los cuentos con que intentan complacerme los viajeros que llegan a mi reino desde países remotos, y aun impresionarme con sus aventuras prodigiosas y con sus no menos coloristas descripciones de lugares que, empero, no aciertan a situar en este mundo…

—Jamás despreciéis, ¡oh, rey!, lo que os cuenten los viajeros, porque sus cuentos envuelven muy valiosos conocimientos revelados en los más recónditos confines de la tierra… Sabed que casi todo lo que vulgarmente se dice y se habla del palacio y del jardín de Irem es verdad… Yo he tenido el gozo de contemplarlo con mis propios ojos. Oíd mi aventura, pues, que en ella encontrará vuestra majestad algo que mucho tiene que ver con lo que me ha sido solicitado… Señor, en los días de mi juventud primera, cuando solo era yo uno de los muchos árabes de los desiertos, me dedicaba a cuidar con esmero los camellos de mi padre. Una vez, mientras atravesaba el desierto de Ade, se descarrió uno de ellos y no lo encontré… Lo busqué en vano durante días y más días; al final, fatigado, sin fuerzas para seguir, me eché a reposar bajo una palmera, junto a un manantial, y me quedé dormido a la hora del meridiano. Cuando desperté me hallaba a las puertas de una ciudad; entré, recorrí sus calles, sus mercados y sus grandes plazas, pero a nadie encontré allí, todo estaba en completo silencio. Seguí mi vagabundeo por la ciudad, hasta que arribé a un palacio suntuoso que tenía el jardín adornado con fuentes y estanques magníficos; un jardín pleno de flores extraordinariamente hermosas y de árboles pródigos en fruta. Mas seguía sin ver a nadie. Angustiado por aquella soledad tan extraña, me apresté a abandonar el lugar; salía ya por las puertas de la ciudad cuando volví los ojos para verla por última vez… Mas la ciudad, señor, se había esfumado… No vieron mis ojos sino el desierto inabarcable, solitario y silencioso… Caminé un poco más, asombrado, y me crucé al fin con la única persona que veía en mucho tiempo, un viejo derviche que conocía bien las tradiciones y los secretos ocultos en aquellos extraños parajes. Naturalmente, y pues me hallaba grandemente impresionado, le conté cuanto acababa de sucederme.

»Eso que has visto —me dijo el derviche— es el tan renombrado jardín de Irem, una de las maravillas del desierto, pues solo se aparece muy de tarde en tarde a algún vagabundo o a un viajero como tú, para hacer que goce con la contemplación de sus torres, de sus palacios, de sus jardines extraordinariamente hermosos, de sus árboles frutales tan ricos… Pero muy pronto se desvanece y no queda más que el desierto. Hace muchos años, cuando los aditas moraban en este país, el rey Sheddad, hijo de Ad y bisnieto de Noé, fundó aquí una ciudad llena de esplendores; una vez terminada su construcción, admirando que estaba el rey tanta maravilla, se le envaneció su

corazón de por sí orgulloso, y así, engreído, decidió edificar un palacio rodeado de frondosos vergeles que rivalizaron, es verdad, con los que dice el Corán que hay en el Paraíso… Naturalmente, no tardó en caer sobre su obra la maldición de los cielos; Sheddad y todos sus súbditos fueron barridos de la faz de la tierra y su espléndida ciudad y sus jardines cayeron bajo un hechizo perpetuo, que los oculta a la vista de los humanos, salvo en contadas ocasiones como la que tú has tenido la suerte de gozar. Así castigó el cielo la soberbia de aquel rey.

Hizo una pausa el venerable Ibrahim en su relato, y siempre ceremonioso prosiguió:

—Así, ¡oh, rey!, esta historia y las maravillas que me fue dado contemplar siempre están en mi recuerdo. Tras muchos años, hallándome a la sazón en Egipto, y en posesión ya del libro de los conocimientos del sabio Salomón, decidí volver a visitar el jardín de Irem. Tuve la fortuna de que se me revelara de nuevo en toda su magnificencia. Tomé entonces posesión del palacio de Sheddad y pasé varios días en su fantástico paraíso celestial en esta tierra… Los genios que custodiaban el lugar obedecieron mi poder mágico y me descubrieron los hechizos a que ha quedado eternamente conjurado el jardín, y que lo hacen invisible a los ojos del hombre común… Para mi rey puedo hacer, señor, otro palacio y otro jardín iguales, aquí mismo, en las montañas que dominan la ciudad… ¿Acaso no soy dueño de los encantamientos más ocultos? ¿Acaso no me hallo en posesión del libro de la sabiduría de Salomón?

—¡Oh, sabio hijo de Abu Ayub! —exclamó Aben Habuz con la voz trémula de emoción—. Eres un gran viajero y has visto y aprendido, por ello, cosas que maravillan… Te pido, así, que de tu erudición me crees un paraíso semejante al que has descrito, y pídeme en premio y justo pago lo que más apetezcas, no importa si se trata de la mitad de mi propio reino…

—¡Magnífico! —exclamó satisfecho el astrólogo—. Bien sabéis, señor, que soy un anciano y un filósofo que se conforma y satisface con poco… Solo os pido que me sea entregada la primera bestia con su carga que cruce el mágico portal del palacio que os construiré…

Sorprendido por lo que parecía tan poca cosa, el monarca aceptó de inmediato. Muy pronto puso manos a la obra el astrólogo. En la cima de la montaña que se alzaba sobre sus aposentos subterráneos, erigió Ibrahim una barbacana que llevaba al centro mismo de una sólida torre. Dispuso un pórtico exterior de elevado arco y un umbral guardado por puertas tan hermosas como pesadas. Esculpió el sabio, además, una llave en el dintel, y en la clave del pórtico exterior, aún más alto, una mano gigantesca. Eran, la llave y la mano, poderosos talismanes ante los que dijo frases y sentencias en una lengua desconocida para los moradores del reino.

Cuando estuvo acabado el vestíbulo, se encerró en su gabinete astrológico, entregándose el anciano Ibrahim a sus muy ocultas artes del encantamiento. Tardó tres

días en salir a la luz, y cuando lo hizo subió a la montaña y en la cima estuvo hasta hora muy avanzada de la noche. Luego fue ante la presencia de Aben Habuz y le dijo:

—He acabado, ¡oh, rey!, mi tarea. Sobre el ápice de la montaña se alza uno de los palacios más hermosos que jamás haya podido imaginar la fantasía humana; un palacio cuya sola contemplación halaga los latidos del corazón como ningún otro a lo largo de los tiempos. Hay allí salones y galerías, vergeles primorosos, fuentes de agua pura, fragantes baños… Toda la montaña es, señor, un paraíso… Y al igual que en el jardín de Irem, lo protege un poderoso encantamiento, el más eficaz que pensarse pueda; un hechizo que lo esconde de la contemplación ambiciosa de los mortales, salvo aquellos que poseen el secreto de sus poderosos talismanes.

—¡Maravilloso! —exclamó Aben Habuz, feliz—. Mañana con las primeras luces del alba subiremos para tomar posesión de tanta belleza.

El monarca, de tan feliz como se sentía, apenas pudo conciliar el sueño aquella noche. Aún no habían asomado los rayos del sol por las blancas cumbres de Sierra Nevada, cuando el rey, acompañado de su séquito, montaba el mejor de sus caballos e iniciaba la subida por la estrecha pendiente que conducía a la cumbre. A su derecha, sobre un hermoso palafrén blanco, iba la princesa goda, engalanada con las más ricas joyas y con su lira de plata al cuello. El astrólogo marchaba a la izquierda del rey, a pie, pues nunca gustó de cabalgar, con su báculo labrado de jeroglíficos.

Aben Habuz parecía ansioso; no lograba ver el refulgente palacio prometido, ni los primorosos jardines anunciados.

—Tal es precisamente el misterio —le respondió el astrólogo a una de sus preguntas—, y tal es la salvaguardia del palacio. No se divisará hasta que, cruzada su puerta encantada, nos encontremos en el lugar idóneo.

Estaban ya en el pórtico cuando se detuvo Ibrahim y señaló al soberano la llave y la mano esculpidas en el arco.

—Ahí tenéis, señor, los talismanes que guardan la entrada de vuestro paraíso; hasta que la mano no alcance la llave y se apodere de ella, no habrá poder terrenal ni artificio mágico que prevalezca contra el señor de esta montaña…

Aben Habuz contemplaba maravillado los talismanes cuando lo adelantó el palafrén de la cristiana cautiva, que cruzó así el pórtico y los umbrales.

Entonces exclamó jubiloso el astrólogo:

—¡Ahí está la recompensa que me habíais prometido, oh, mi rey! Ahí está la primera bestia que cruza la mágica puerta con su carga…

Aben Habuz sonreía ante lo que suponía una broma de su astrólogo, pero al momento lo supo anhelante de su premio y le dominó una cólera tal que se le erizaron las barbas de tanta indignación como sentía.

—Hijo de Abu Ayub, ¿qué te propones? —le dijo con suma dureza—. Sabes bien cuál es el significado de mi promesa; te será otorgada la primera bestia de carga que

cruce ese umbral, así que hazte dueño, si quieres, de la mula más grande y fuerte de mis establos, cárgala con lo más caro de mi tesoro y oblígala a atravesar el pórtico… Pero no oses reclamar a la mujer que es la más deliciosa alegría de mi viejo corazón.

—¿Y para qué quiero yo riquezas? —dijo con desdén el astrólogo—. ¿Acaso no poseo el libro de la erudición del sabio Salomón, que puede proporcionarme cuando me venga en gana los más ricos tesoros? Me habéis dado vuestra palabra, señor, y por eso me pertenece la princesa cristiana, que os reclamo como mía…

La princesa, entonces, miró altiva desde su montura, mostrando su rostro una sonrisa de desprecio hacia aquellos dos hombres por la disputa que mantenían. Se reía de la delirante senectud del soberano y su astrólogo, que pugnaban por su belleza.

Y mucha más risa causó a la princesa el monarca, cuando al perder toda su mayestática prudencia gritó al otro:

—¡Eres el hijo más vil y ruin de los desiertos! Podrás dominar muchos artificios, pero no disputarme el poder. ¡Y no intentes burlar a tu rey y señor!

—¡Mi señor y mi rey! —dijo el astrólogo, mofándose del soberano—. No sois más que el soberano de una montaña y reclamáis poder sobre mí, que poseo los talismanes de Salomón… Pues bien, Aben Habuz; manda en tu despreciable reino y sigue engañándote con el paraíso de tus montañas… Yo seguiré en mi filosófico retiro, riéndome de tu necedad.

Golpeó entonces el suelo con su báculo, tomó por las bridas al palafrén de la princesa cristiana y la hizo pasar por el centro de la barbacana. La tierra, ante el asombro de todos, se cerró después tras el sabio, que se llevaba a la princesa y su caballo. Ni huella quedó de ellos.

Aben Habuz quedó mudo de asombro e ira. Ordenó después que un ejército de cavadores trabajasen sin parar con el pico y la azada, en busca del astrólogo y la princesa. Fueron vanos todos sus esfuerzos; el duro pedernal del seno de la montaña resistía todos sus ataques; cuando al fin lograban ahondar apenas un par de metros, al punto se cubría el hoyo.

Buscó Aben Habuz en la falda de la montaña la entrada de la cueva que llevaba a los aposentos subterráneos del astrólogo, pero también resultó vano su afán. Donde antes estaba, ahora solo había roca.

Con la desaparición de Ibrahim Ebn Abu Ayub se fue también el poder benéfico de los talismanes. El guerrero de bronce seguía fijo, como clavado en su caballo, pero con el rostro vuelto hacia la montaña y la lanza apuntando al lugar por el que había descendido al interior de la tierra el astrólogo, como si allí estuviera emboscado y al acecho el enemigo más terrible del rey.

De tarde en tarde se oían débilmente, como desde el duro corazón de la montaña, armoniosas músicas que acompañaban el delicioso canto de una voz de mujer. Un buen día llevó hasta Aben Habuz un montañés la noticia de que en la noche anterior

había descubierto una hendidura en la roca, y que asomándose cuanto le fue posible logró ver una sala subterránea dentro de la cual descansaba el astrólogo en un hermoso diván, adormecido por la lira de plata de la princesa cristiana, cuya música parecía tener un poder asombroso sobre el anciano. Aben Habuz reanudó entonces, con nuevos bríos, la búsqueda del astrólogo, valiéndose ahora del montañés como guía. Mas no logró desenterrar a su rival en amores… El hechizo de la mano y de la llave contrarrestó todo su poderío de monarca, y en la cima de la montaña, el sitio del jardín y del palacio prometidos, seguían desnudos, sin maravilla alguna ante la que deleitarse; todo era estéril y baldío; hasta el hermoso campo florido de otros tiempos parecía oculto como por arte de encantamiento, como si no hubiera sido más que una fantasía del anciano Ibrahim.

Esto último, por cierto, es lo que prefirieron pensar desde aquel entonces las gentes del lugar; así, mientras unos dieron a aquel paraje el nombre de La locura del rey, otros lo llamaron El paraíso de los tontos…

Mas no pararon ahí las desgracias y las desventuras de Aben Habuz. Aquellos a quienes despreció y contra los que hizo la guerra de forma harto sangrienta, con la fuerza del talismán de su guerrero de bronce, apenas supieron que al anciano monarca ya no contaba tan mágico encantamiento, no hacían sino invadir una vez y otra su reino, trocando su antaña y plácida existencia de soberano en el ocaso de sus días en una sucesión de revoluciones inquietantes. Y murió un día Aben Habuz, y se le dio sepultura… Allí, en tan mágica montaña, se erigió pasados los tiempos la Alhambra, que rememora los esplendores y las delicias del fabuloso jardín de Irem. Aún se alza en toda su belleza, completa y firme, la puerta hechizada, protegida sin duda por la mano y por la llave misteriosas; es la puerta conocida hoy como de la Justicia, que da entrada al castillo.

Bajo tan mágico lugar dormita en su palacio subterráneo el astrólogo, arrullado en su diván por la deliciosa música de la lira de plata de la princesa goda. Los centinelas que montan guardia en la fortaleza oyen todavía a veces las claras melodías, sobre todo en el estío, y sin poder sustraerse a su influjo dormitan y hacen dejación de su guardia… Así de apacible y soñoliento es el lugar. Por ello no resulta exagerado decir que la Alhambra es la fortaleza que más invita a las ensoñaciones en toda la cristiandad. Todo este influjo, según la leyenda, seguirá siglo tras siglo; la princesa cautiva de hermosura impar lo será eternamente, sin irse del lado del astrólogo árabe, que a su vez seguirá eternamente encadenado al hechizo de su lira de plata, dormitando hoy y siempre, hasta que la mano empuñe la fatal llave y se desvanezca así el hechizo de la montaña encantada.

La leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el Peregrino del Amor

H ubo en tiempos un rey moro de Granada que tuvo un hijo único al que puso por nombre Ahmed y al que los cortesanos, desde muy pronto, dieron en llamar Al Kamel, El Perfecto, por cuanto de sobresaliente había en él. Coincidieron los astrólogos en apreciar en Ahmed tanta perfección e hicieron predicciones en su favor, las cuales lo designaban como un príncipe modélico y gran soberano de reinado largo, dichoso y floreciente. Una nube entre tanta felicidad pronosticaron, pero aun así, con tonos rosados; regiría los destinos del príncipe, según tal augurio, una propensión hacia el amor temperamental, que lo llevaría a exponerse a ciertos peligros; mas si podía librarse de lisonjas y halagos interesados y vanos, si conseguía salir indemne de su propia propensión enamoradiza y juvenil, alcanzaría la madurez a salvo de riesgos y la vida de Ahmed vería una continua sucesión de acontecimientos felices.

En previsión de tales peligros, determinó el rey, con el consejo de sus sabios, que se educara el príncipe en retiro, allá donde no le fuese posible contemplar el rostro de una mujer, allá donde no pudiera oír jamás la palabra amor… A tal fin mandó construir un hermoso palacio en la más alta de las colinas que dominan la Alhambra, con deliciosos jardines pero rodeado de altas murallas… Es el palacio que hoy conocemos con el nombre de El Generalife. Entre esos muros quedó encerrado el buen Ahmed al Kamel, encargándose de su educación y custodia el muy sabio Eben Bonabben, hombre sensato, de los más conspicuos y austeros entre los sabios árabes de la corte, que había pasado gran parte de su vida en el lejano Egipto, entregado al estudio de los jeroglíficos y de las pirámides, adivinando además mayores encantos en una momia faraónica que en la más tentadora y sugestiva belleza de una mujer viva y en toda su sazón. Naturalmente, tenía el sabio el encargo muy especial de hacer que el príncipe permaneciera ignorante por completo de lo que era el amor. Todos los demás conocimientos, podían enseñársele. Así, dijo el rey al sabio:

—Haz uso de toda precaución que creas conveniente. Y ten por seguro, ¡oh, sabio Eben Bonabben!, que si mi hijo el príncipe llegara a aprender algo de los conocimientos que le están vedados, responderías con tu cabeza.

Una agria sonrisa cruzó el rostro seco, viejo y curtido de arrugas del sabio al escuchar tan firme amenaza.

—Quede tranquilo el corazón de vuestra majestad —respondió el sabio—, ¿o es que acaso veis en mí a un hombre que pueda dar lecciones acerca de tan vana, mundana e inconsútil pasión como lo es la amorosa?

Así pues, bajo la vigilante atención del filósofo fue creciendo el príncipe en su retiro del palacio y en el silencio de los deliciosos y fragantes jardines. Sus dotes intelectuales eran especialmente cuidadas para su mejor desarrollo por el buen Eben Bonabben, que pugnaba con denuedo por iniciarle en la erudición de los saberes del antiguo Egipto… Aunque apenas hacía progresos Ahmed en esta disciplina, pues poco interés sentía y demostraba por la filosofía… Era de carácter dúctil, empero, y de manera sorprendente para ser tan joven, un muchacho aún en su pubertad, con lo que solía aprovechar para su mejor conveniencia los consejos que se le daban; inclinado según esa tendencia íntima, podía sobrellevar el aburrimiento que le producían los estudios en los que se empeñaba el sabio, de los cuales extrajo un conocimiento en varias ramas del saber, más superficial que otra cosa, pero suficiente para su condición de príncipe destinado a empuñar un día el cetro. Así cumplió los veinte años, convertido en un erudito prodigioso para lo que de común era su edad, pero ignorando por completo los asuntos del amor. No en vano, los únicos criados que había tenido a su servicio eran esclavos negros, perfectamente mudos e ignorantes, hombres que nada sabían de pasiones amorosas o que no eran capaces de expresarlas con palabras.

Por aquellos sus días, sin embargo, se obró un cambio profundo en la manera de ser del príncipe. De golpe abandonó los estudios y dedicó todo su tiempo a vagar por los jardines y a quedarse pensativo, como en éxtasis incluso, ante las fuentes. Entre las disciplinas en las que fuera instruido se contaba la música, a la que ahora dedicaba gran parte de las horas del día; y la poesía, ocupación que le resultaba muy amena y a la que se daba con gran entusiasmo. No pudo todo eso por menos que alarmar al sabio Eben Bonabben, que trató por todos los medios a su alcance de que el príncipe se olvidara de tan fútiles gustos, e intentó distraerlo de aquellas aficiones dedicándole a un curso de álgebra. Pero Ahmed se resistió con denuedo. Así expuso su versión al sabio:

—No puedo estudiar álgebra, es superior a mis fuerzas. Abomino de esa disciplina y es imposible que persevere en su estudio. Procúrame algo, sin embargo, que hable directamente a mi corazón.

Movió negativamente su cabeza el sabio y le respondió así:

—Aquí toca a su fin el imperio de la filosofía… El príncipe acaba de descubrir que tiene corazón.

Vigiló desde aquel día más estrechamente que antes a su discípulo, y vio por ello que Ahmed mostraba una muy natural ternura hasta entonces represa, que solo precisaba de una circunstancia propicia para manifestarse intensamente. Vagó Ahmed

por los jardines, preso de un frenesí melancólico y sentimental de cuyos orígenes todo lo ignoraba; unas veces se sentaba para arrebatarse en deliciosa transportación y extraer de su laúd notas muy armónicas; otras alejaba de sí el instrumento y no hacía más que exhalar hondos suspiros y lamentos. Su propensión sentimental lo llevó a deleitarse en los objetos inanimados; acariciaba con suma delicadeza las flores que más queridas le eran; había árboles de cuyo amparo apenas se alejaba, pues tenía por muy íntimo y necesario el placer que le procuraban; había un árbol, de lánguidas ramas, al que acabó entregándose por completo, al punto de grabar en su corteza su propio nombre y adornarlo con guirnaldas, para dedicarle después dulces canciones acompañadas con su laúd, con las que le decía palabras de encantamiento.

Eben Bonabben se alarmó aún más al observar las melancólicas excitaciones del príncipe, al que creía ya al borde del precipicio de los conocimientos que le habían sido vedados. Cualquier suceso, el más mínimo acontecer, podía depararle ya la revelación que trataba de impedirle… Preocupado seriamente, pues, dado que de la ignorancia del príncipe dependía su propia vida, alejó el sabio a Ahmed de las seducciones que sobre su sensible corazón ejercían los jardines y lo recluyó en la torre más alta del Generalife. Los aposentos de la torre eran bellísimos, suntuosos, y desde allí podía contemplar un paisaje sin horizontes, pues sobresalía la torre de las umbrías y de las arboledas y de las flores y de las fuentes, que tanto comenzaban a despertar la sensibilidad de Ahmed.

¿Qué hacer, sin embargo, para distraerlo del tedio? Afortunadamente, se había instruido el sabio, cuando anduvo por Egipto, en el lenguaje de las aves, que le enseñó un rabí judío, quien, a su vez, había recibido ese arte por herencia directa del linaje del sabio rey Salomón, a quien se lo había enseñado la reina de Saba. Ante la sola mención de esos estudios, se iluminaron los ojos del príncipe; puso tanta aplicación desde las primeras lecciones recibidas de Eben Bonabben, que en muy poco tiempo supo del lenguaje de las aves tanto como su propio maestro. Ya no era para Ahmed un encierro lamentable el que vivía en la torre de Generalife; al fin tenía amigos sinceros con los que hablar, compañeros que tan gratamente le daban alivio en su soledad. Su primer amigo fue un halcón que había hecho su nido en una de las almenas de la torre, desde la cual se lanzaba en busca de sus presas. Sin embargo, no tardó mucho el príncipe en considerar poco conveniente aquella amistad, pues le pareció el halcón una especie de pirata de los vientos, fanfarrón y agresivo, que solo sabía hablar de sus rapiñas y de las carnicerías que hacía, así como de sus lances violentos, muy desagradables.

Hizo luego amistad con una lechuza de cabeza enorme y ojos vivarachos y penetrantes, que parecía muy sabia; se pasaba la lechuza los días mirando de soslayo y parpadeando; no se estaba quieta por las noches, siempre de un lado a otro; se creía en posesión de muchos y profundos saberes; hablaba de astrología, de los poderes de

la luna, de ciencias ocultas; naturalmente, se decía ducha en metafísica… Pero Ahmed se cansó muy pronto de ella, porque sus peroratas le parecían aún más aburridas que las del propio Eben Bonabben.

Poco después eligió como amigo a un murciélago que se pasaba el día en el techo, cabeza abajo, y que en cuanto anochecía se deslizaba silencioso para comenzar a revolotear por doquier. Nunca acertaba a expresarse bien; cuanto decía era siempre imperfecto, algo hecho a base de nociones tomadas de aquí y de allá; en realidad no demostraba mayor interés, ni gusto, por cosa alguna de sustancia.

Después fue una golondrina. Cautivó de entrada al príncipe, pues hablaba con pausa y elegancia, aunque sin dejar de revolotear, mudable e inconstante de tal modo que resultaba imposible deducir algo de interés en lo que al fin y al cabo decía, ni mucho menos de sus sentimientos, pues no paraba. Parecía en el fondo superflua y vanidosa; daba la impresión de saber de todo, pero pronto se dio cuenta el príncipe de que en realidad no sabía de nada.

Esos fueron los alados seres con los que pudo ejercitarse Ahmed en el arte del lenguaje de las aves. La torre en la que se hallaba recluido era muy alta como para que pudieran alcanzarla otras aves, sobre todos los vivaces pajarillos, por lo que al final se cansó de esos amigos tan poco fiables, que solo hablaban por hablar, sin nada de provecho que extraer de sus conversaciones, y sobre todo sin nada que le llegara al corazón… Pronto volvió Ahmed a mostrarse doloridamente melancólico. Así pasó el invierno y llegó después la primavera con la esplendorosa magnificencia de sus galas, con la frescura del dulce verdor; llegaron así, también, los días más propicios para que los pájaros se apareasen y buscaran el mejor lugar para hacer sus nidos. Subía a la torre del príncipe, desde los jardines deliciosos del Generalife, una melodía increíblemente hermosa que entonaban al unísono los pájaros y que hacía mucho bien al príncipe pues distraía su tristeza de hombre solitario; por doquier, pues, se dejaba sentir el canto del amor como único tema musical, en una infinita variedad de tonos y trinos pero que parecían uno solo. Amor, amor, amor… Oía el príncipe esa pasión expresada por los pájaros, atento y perplejo, sin acertar a comprenderla en todo su significado. «¿Qué será eso a lo que llaman amor, que tanto oigo y de lo que no sé nada?», se preguntaba Ahmed. Acudió entonces a preguntárselo al halcón, pero semejante rufián le contestó con un desdén infinito:

—Pregúntaselo a las aves pacíficas de la tierra, o a las cobardes, esas que sirven de presa a un príncipe de los aires como lo soy yo… Yo solo sé de la guerra y además me gusta… Soy un guerrero implacable y ni sé ni me interesa eso a lo que llaman amor.

Ahmed, aún más triste después de oír decir así al halcón, buscó a la lechuza.

«Es ave de costumbres tranquilas y seguro que puede responder a mi pregunta», se dijo. Inquirió de la lechuza, pues, lo que pudiera ser amor, el amor que cantaban los

pajarillos en las ramas de los árboles. Empero, la lechuza lo miró con aire de dignidad ofendida y le dijo secamente:

—Tengo todas las horas muy ocupadas; las de la noche, en el estudio y la investigación; las del día, pensando en mi retiro acerca de lo que he estudiado y descubierto… En cuanto a esas aves canoras de las que me hablas, la verdad es que nunca les he prestado atención; me parecen despreciables y me importa tan poco lo que dicen, que preferiría no oírlas… ¡Grande es Alá por no haberme dado la facultad del canto! Prefiero dedicarme a las especulaciones filosóficas y de verdad te digo que no tengo la menor idea de qué es eso del amor.

Miró entonces el príncipe al muy alto techo abovedado de sus aposentos, del que pendía cabeza abajo el murciélago. Le hizo la misma pregunta, y aquel, arrugando su siniestro entrecejo, le respondió con tono áspero y enfadado:

—¿Por qué interrumpes mi sueño con tan estúpida pregunta? Solo vuelo de noche, bien lo sabes, y es de noche cuando duermen todas las aves, por lo que no me intereso por sus historias… Agradezco a los cielos que no me hayan hecho ni ave ni mamífero, porque, convencido como lo estoy de lo ruines que son unos y otros, los aborrezco a todos, si quieres cordialmente, tampoco hay por qué prestarles mayor atención… En una palabra, no tengo la menor idea de lo que pueda ser el amor. Yo soy un misántropo.

Como último resorte apeló a la facundia de la golondrina, cuyo vuelo detuvo cuando llegaba hasta la torre. Desasosegada, siempre con sus prisas, aseguró que no tenía mucho tiempo para hablar, aunque, así y todo, le dijo lo siguiente:

—Tengo siempre tantas cosas que hacer y me preocupan de tal manera los asuntos públicos, que ni yo misma puedo pensar en eso acerca de lo que me preguntas… Hago mil visitas al día y despacho otros tantos negocios de suma importancia, por lo que no dispongo de un solo instante de reposo, así que no puedo prestar atención al tonto sonsonete de esos pajarillos… Soy una ciudadana del mundo, estoy muy atareada, y ni sé ni me preocupa eso a lo que llaman los pajarillos amor.

Perplejo y desazonado quedó el príncipe tras escuchar a la golondrina. Pero más despertó su curiosidad tanta dificultad para hallar una respuesta a lo que ansiaba saber. Así estaba, debatiéndose de nuevo en una gran melancolía, cuando su preceptor accedió a sus aposentos. No desaprovechó Ahmed la ocasión de exponerle una queja muy sentida.

—¡Oh, Eben Bonabben! —le dijo—. Me has revelado muchos de los conocimientos del mundo, pero hay algo que ignoro por completo y de lo que quiero que me informes…

—Cuanto esté al alcance de mi limitada inteligencia os será respondido, príncipe.

—Dime entonces, ¡oh, tú, el más sincero de los sabios!, qué es eso a lo que llaman amor…

Es difícil que un rayo hubiese herido al buen Eben Bonabben tanto como lo hizo la pregunta del príncipe. Empalideció el anciano entre temblores y comenzó a sentir que la cabeza se le desprendía de los hombros.

—¿Cómo habéis aprendido esa palabra tan frívola y carente de sentido? —dijo. El príncipe lo llevó entonces a todas las ventanas de la torre.

—¿Oyes, Eben Bonabben? —le dijo al cabo.

Escuchó el sabio con atención. El ruiseñor, desde un seto frondoso, cantaba su amor a la rosa; no había rama de árbol, ni boscaje adornado, de los que no salieran melodiosas notas que repetían «amor, amor… siempre amor».

—¡Alá Akbar! —exclamó el sabio alzando las manos al cielo—. ¿Cómo se puede alejar el amor del corazón humano, cuando hasta los pajarillos conspiran para delatarlo? —tras una cavilosa pausa, se dirigió de nuevo a Ahmed para decirle—: ¡Oh, gran príncipe! Cerrad vuestros oídos a esos engañosos trinos, apartad vuestros pensamientos de ese terrible conocimiento… Habéis de saber que el amor es la causa de más de la mitad de los males que azotan a la desdichada humanidad… El amor es lo que causa el descontento y la separación entre hermanos y amigos, lo que motiva asesinatos a traición y guerras desoladoras; son sus leales súbditos la zozobra y la tristeza, la fatiga en el día y el insomnio inmisericorde en la noche desesperada; el amor abrasa y desazona la alegría de la juventud, marchitándola y haciéndola estéril en su flor, apresurando los achaques y las preocupaciones de la vejez prematura… ¡Que Alá te guarde, príncipe, de eso que llaman amor!

Contrito se fue el sabio Eben Bonabben, dejando a Ahmed sumido en una ansiedad aún mayor. Aunque lo intentaba, no logró el príncipe dejar a un lado su pregunta; dominaba la palabra amor sus pensamientos; agostaba Ahmed, así, su mente en vanas conjeturas, pues no cesaba el armonioso canto de los pajarillos.

«No me parecen tristes esos trinos —se decía—. Al contrario, denotan dulzura y alegría… Si el amor es en verdad la causa de tantas malaventuras e infortunios, ¿por qué no se encierran en soledad los pajarillos, o se matan unos a otros, en vez de revolotear tan felizmente o arrimarse con tanto gusto a las flores?»

Reposaba en su diván una mañana, haciéndose el príncipe las mismas preguntas, abierta la ventana a través de la cual le llegaba la dulce brisa embalsamada con la fragancia de los azahares del valle del Darro, mientras se dejaba sentir débilmente el gorjeo del ruiseñor, que no cesaba en la exaltación del amor como tema de sus melodías, y suspiró el príncipe, escuchando con embeleso lo que decía, cuando se produjo un batir de alas en el aire que le hizo alzar la mirada. Una hermosa paloma, a la que perseguía un halcón, entró por la ventana y cayó exánime sobre el suelo, mientras el halcón, viendo frustrado su afán de hacerse con la presa, huyó presto en dirección a las montañas. El príncipe tomó a la paloma entre sus manos, convulsa por el terror de la persecución que sufriera; acarició su plumaje, alisándolo, y la apretó

después contra su pecho para darle calor… Luego la puso en una jaula dorada y le dio en sus propias manos el trigo más blanco y el agua más pura… Desdeñaba la paloma el alimento, sin embargo, y con mucha tristeza, como si la embargase un dolor de corazón terrible, comenzó a exhalar apesadumbrados lamentos.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes algún dolor? ¿Acaso no halla aquí tu corazón cuanto pueda desear? —le preguntó el príncipe.

—No, la verdad es que no tengo aquí lo que más anhelo —dijo la paloma—. Aquí me hallo separada del compañero de mi corazón, ahora que además cuando bulle la alegre primavera, la dulce estación del amor…

—¡Oh, el amor, siempre el amor! —dijo el príncipe—. Dime tú, preciosa paloma, ¿puedes explicarme qué es el amor?

—Sí, príncipe, porque lo sé muy bien… El amor es el tormento de uno solo y la felicidad y el gusto de dos, y la disputa, la enemistad y la antipatía de tres… El amor es un conjuro que une a dos seres antes alejados y los encadena deliciosamente haciendo la dicha de ambos, si están en compañía, y la desdicha si están separados… ¿Nadie hay a quien te unan tan tiernos lazos de afecto?

—Aprecio a mi maestro, el venerable Eben Bonabben —dijo el príncipe—, más que a nadie… Pero a veces me resulta muy aburrida su amistad y me encuentro más feliz a solas conmigo mismo…

—No es ese el cariño al que me refiero —le replicó la paloma—. Hablo del amor, el gran y más misterioso principio de la existencia, el festín embriagador de la juventud, el deleite apacible de la edad madura… Mira en derredor tuyo, príncipe, y contempla en la bendita primavera cómo se entrega al amor la naturaleza toda… No encontrarás un ser viviente que no esté acompañado; las avecillas más modestas cantan a su amado, las mariposas juguetean enamoradas y se entrelazan y besan en el aire… Hasta los escarabajos se galantean en el polvo de los caminos… ¿Cómo has podido pasar tantos días de tu preciosa juventud sin saber del amor, príncipe? ¿No tienes a tu lado una adorable criatura del otro sexo, una princesa tan encantadora como tú, una dulce doncella que haya unido su corazón al tuyo, llamando a tu pecho con un suave y dulcísimo tumulto de pesadumbres encantadoras y de íntimas y encendidas ansias?

—Empiezo a comprender —dijo el príncipe tras exhalar un largo suspiro— lo que es el amor… He sentido ese tumulto en mi pecho, aunque sin saber qué lo causaba… Pero, dime, paloma… En esta espantosa soledad en que me hallo, ¿qué puedo hacer para encontrar el objeto de mi amor?

Siguió una breve conversación entre ambos, que fue la primera lección sobre el amor que recibiera el príncipe.

—¡Si es como lo cuentas —dijo Ahmed, gozoso—, si el amor es ese delicioso encantamiento del que hablas, y la separación de los enamorados hace la vida miserable, que Alá prohíba que sea yo quien deshaga el hechizo de los amantes!

Abrió la jaula, tomó la paloma entre sus manos, la besó con mucha ternura, y poniéndola en el alféizar de la ventana le dijo:

—¡Vuela, ave feliz, disfruta de la primavera y goza del esplendor de tu juventud en compañía del elegido de tu corazón! ¿Por qué he de tenerte conmigo en esta torre a la que el amor tiene prohibida su presencia?

Batió con placer sus alas la paloma, describió un círculo en el aire para despedirse de su buen amigo, y se dirigió feliz a las floridas márgenes del Darro.

Ahmed la siguió con los ojos hasta que se perdió en la lejanía. Y volvió a sentirse solo y triste, con el ánimo amargo. «Amor, amor, amor…», seguían cantando los pajarillos. Pero aquel canto, que antes regocijara al príncipe, ahora le causaba un gran abatimiento. «¡Qué triste juventud la mía!», se decía el solitario Ahmed mientras seguía produciéndose la jubilosa algazara de los pájaros.

Parecían echar fuego sus ojos cuando se llegó hasta sus aposentos, poco después, el sabio Bonabben. Clamó entonces el príncipe con voz lastimera y altiva:

—¿Por qué me has tenido en tan abyecta ignorancia? ¿Por qué me has ocultado ese gran misterio y principio de la vida que hasta el insecto más insignificante conoce? Observa… Escucha… No hay criatura que no goce en la compañía de otra… ¡La naturaleza entera es un festín de amor, de ese amor que te pedí me explicaras! ¿Por qué he de mantenerme yo apartado de esas delicias? ¿Por qué he tenido que desperdiciar muchos días de mi juventud? ¿Por qué no se me ha permitido disfrutar de los éxtasis y arrebatos del amor?

El buen Bonabben comprendió que era inútil seguir como hasta aquel día, pues ya era dueño el príncipe Ahmed del peligroso conocimiento que le había sido vedado. Le reveló, pues, las predicciones de los astrólogos y las precauciones que se habían tomado en su educación, a fin de evitar los malos augurios anunciados por los magos.

—Príncipe, mi vida está ahora en vuestras manos —le dijo—. Tan pronto sepa el rey, vuestro padre, que habéis aprendido la pasión del amor estando bajo mi custodia, responderá mi cabeza del enfado que lo aliente…

El príncipe, sin embargo, era muy razonable, a pesar de su juventud, y como los demás jóvenes de su edad, atendía fácilmente las indicaciones que su preceptor le hacía. Sentía además un gran afecto por Bonabben, y sabiendo ya lo que era el amor, o conociendo al menos su teoría, decidió, para que no corriese peligro la cabeza de sabio, conocer por sí mismo cuanto aquella pasión pudiera depararle en la práctica.

Tendría que someterse la discreción del príncipe, sin embargo, a duras pruebas. Estaba una mañana caminando por las altas almenas de la torre del Generalife cuando vio volar hacia allí a un ave, que acabó posándose con absoluta confianza en uno de sus hombros. Era la paloma a la que había salvado del halcón y a la que después puso en libertad para que pudiera gozar del amor.

—¡Feliz tú! —le dijo el príncipe con el corazón henchido de gozo—. Sí, feliz tú, que puedes volar en la hermosa mañana… ¿Dónde has estado desde que nos despedimos?

—En un lejano país, del que regreso para traerte noticias —le respondió la paloma—, agradecida por la libertad que me diste hace unos días… En mi vuelo sobre colinas y llanuras para llegar más pronto a mi nido de amor, avisté un jardín deleitoso, con toda clase de frutas y de flores… Está en un verde prado al que bañan las plateadas aguas de un arroyo y se alza en el centro un palacio suntuoso… Como estaba cansada, abatí mi vuelo y descendí hasta una glorieta, bajo cuya bóveda vi a una princesa, la más dulce y hermosa, en la sazón de su juventud exquisita… La rodeaban varias doncellas, igualmente jóvenes, que la adornaban con guirnaldas y flores los cabellos… Pero ninguna flor puede comparársele en hermosura… Sin embargo, la princesa tiene que lucir en secreto sus encantos, pues el jardín está rodeado de altos muros y no se consiente que lo frecuente hombre alguno que pueda verla… Contemplándola en toda su belleza me acordé de ti, pues supe que es la criatura creada por los cielos para inspirarte el amor, príncipe Ahmed.

Aquella noticia inflamó el corazón del príncipe. Su temperamento ansioso de las placenteras venturas del amor tomó de inmediato a la princesa que así le describiera la paloma por el objeto merecedor de su ternura… Presto escribió una carta, con las palabras más ardientes, haciendo saber a la princesa de su anhelo fervoroso por ella, que le hubiera puesto ya a sus pies, rindiéndole admiración y entrega, si no se lo impidiese la cautividad infame en la que estaba. Llenó además la carta de versos que, guiados por el sentimiento que sentía bullirle en el pecho, resultaban los más inspirados y elocuentes, pues no en vano era el príncipe un poeta por naturaleza. Dirigió su misiva a «la desconocida belleza, del cautivo Ahmed», y besándola y perfumándola con rosas y alcaravea, la confió a la paloma.

—Ve y llévala a la princesa, tú que eres mi más fiel mensajera —dijo a la paloma—. Vuela sobre la montaña y el valle, sobre el río y la llanura, y no descanses en ramas ni bosques, ni pliegues las alas, ni te poses en tierra, hasta que hayas puesto esta carta en las manos de la dueña de mi corazón.

Pronto levantó el vuelo la paloma y cruzó los aires como una flecha, mientras la seguía el príncipe con mirada expectante hasta que pareció solo un lunar en una nube, antes de perderse tras una montaña.

Día tras día aguardó Ahmed el regreso de su mensajera de amor, pero en vano… Comenzaba a acusar de inconstante y mala cumplidora a la paloma una tarde, mientras el sol ya teñía de púrpura el occidente, cuando llegó hasta su ventana para caer muerta a sus pies… Un arquero, que al parecer no tenía ganas de seguir ocioso, le había atravesado el corazón, mas, herida de muerte y todo, luchó la paloma con sus últimas fuerzas para cumplir la misión encomendada. Cuando el príncipe, apenado al

ver el hilillo de sangre que teñía sus plumas, se inclinó para recoger a la mártir de la lealtad, vieron sus ojos un collar de perlas que tenía el ave en su cuello, y al que iba unida, y oculta bajo el ala, una miniatura… Era el retrato de una princesa hermosísima y joven, la bella del jardín, sin duda alguna… Pero ¿quién era? ¿Dónde estaba? ¿Había recibido su misiva de amor y le hacía llegar en prenda su retrato? La muerte de la paloma dejaba sin respuesta tantas preguntas, encerradas en la duda y en el misterio.

No dejaba de contemplar Ahmed la miniatura y de repente sus ojos se le llenaron de lágrimas sin que supiera por qué… ¿Eran una consecuencia del amor? Llevó entonces el retrato miniado hasta sus labios, lo besó y luego lo puso sobre su corazón… Después siguió contemplándolo durante horas. «¡Una imagen encantadora, sí, pero solo eres eso, una imagen!», pensó, pero arrepentido al instante siguió hablando para sí: «Mas tus ojos, llenos del rocío de la aurora, me bañan con su brillo; tus labios rojos me dicen palabras que no oigo, pero que me llegan al fondo del corazón y me dan ánimos… ¡Vana ilusión! ¿No han mirado acaso esos ojos tuyos con igual ansia a cualquier otro rival, más afortunado que yo porque recibió el fuego que de ellos brota?»

Hizo una pausa llena de suspiros, y prosiguió, ahora en voz alta:

—¿Y dónde morará mi princesa, dónde encontrarla en esta tierra sin confín? ¿Qué sé yo de las montañas que nos rodean y dividen, de los reinos que nos separan, del adverso destino que nos distancia? Quizás ahora mismo la cortejen enamorados valientes y libres… Yo, prisionero en una torre, no puedo más que rendir admiración a su imagen miniada por el pincel.

Tomó el príncipe de inmediato una decisión. Su suerte estaba echada.

«Huiré de este palacio, que es ya para mí la cárcel más odiosa; peregrino de amor, buscaré a mi desconocida princesa a lo largo y ancho del mundo», se dijo. Pero huir de la torre a plena luz del día, cuando los centinelas estaban alerta, era cosa poco menos que imposible… La noche, sin embargo, brindaría mayores facilidades al inicio de su aventura. De noche apenas tenía guardias el palacio, pues nadie suponía que el príncipe albergara la idea temeraria de fugarse, él que tan apacible y mansamente había pasado allí los años… ¿Y cómo conducirse a oscuras, desconocedor como era de todo cuanto no fuese la torre, y sobre todo, desconocedor de lo que había más allá de los muros del jardín? Se acordó entonces de la lechuza, a buen seguro familiarizada con los caminos más ocultos; la buscó en su retiro y le habló francamente de lo que pretendía; la lechuza adoptó entonces un aire de sabiduría superlativa y le dijo así:

—Debes saber, ¡oh, príncipe!, que las lechuzas formamos una familia extensa e importante, y que en toda España poseemos palacios y castillos en ruina, lo que denota, debo admitirlo, una cierta decadencia… Pero te aseguro que no hay torre en las montañas, ni ciudadela en el llano, ni fortaleza en la ciudad, en la que no more alguna de nosotras, alguien de mi gran familia… Mis visitas a esos lugares me han

procurado un excelente conocimiento de cada rincón, de cada cornisa, de cada muro en el que ocultarse… Así que, tenlo por seguro, nadie mejor que yo sabe los secretos de todas esas regiones…

Aquello animó mucho al príncipe, pues la lechuza se mostraba como una gran conocedora de la topografía. Por eso se atrevió a desvelarle el secreto de su amorosa pasión, motivo de que proyectase la fuga de la torre, no sin pedirle encarecidamente que le sirviera de compañía y consejera.

—¡Anda ya! —le dijo con desprecio—. ¿Crees que voy a mezclarme en una historia de amores, yo, que dedico todo mi tiempo a la meditación y al estudio de la luna?

—No te ofendas, respetable lechuza —trató de calmarla Ahmed—, pero creo que podrías dejar a un lado, por corto tiempo, tus reflexiones y estudios, para prestarme la ayuda que te pido… Si lo haces, te daré en pago lo que quieras…

—Tengo cuanto deseo, no necesito más… Con unos ratoncillos me basta para servir mi frugal mesa, y con un simple agujero en una pared tengo ya el lugar perfecto para dedicarse al estudio… ¿Qué más habría de necesitar alguien que, como yo, se dedica a la meditación filosófica?

—Piensa, tú, la más sabia de las lechuzas, que el mundo apenas tiene noticia de todos tus talentos, ni mucho menos de los muy profundos estudios que haces sobre la luna… Cuenta, además, con que algún día reinaré y podré darte un puesto del máximo honor y de la mayor dignidad en mi corte…

Aquello hizo que la lechuza comenzara a cambiar de opinión; aun dedicada a la filosofía y sintiéndose por encima de las cosas de la vida común, era un ser ambicioso. Decidió prestar su ayuda al príncipe, sirviéndole de guía y mentor en su peregrinación amorosa.

Un enamorado ejecuta sus planes con la mayor rapidez. Tomó el príncipe sus joyas y algunos haberes para satisfacer los gastos que pudieran presentársele en el periplo, y no mucho más tarde, cuando ya era de noche, se deslizó por un balcón de la torre, haciendo uso de sus chalinas para ello, salvó las murallas del Generalife, y antes del amanecer ya se había perdido por las montañas, aconsejado en todo momento por la lechuza acerca de cuál era la senda más idónea.

—Si me lo permites —le dijo la lechuza—, te recomiendo dirigir tus pasos hacia Sevilla… Allí visitaba yo hace años a un tío mío, un búho de mucha autoridad y renombre, que vivía en uno de los pabellones en ruinas del Alcázar… Siempre veía, en mis rondas nocturnas por la ciudad, una lucecita brillando en una torre solitaria… Una noche, llevada de la natural curiosidad, descendí sobre la almena y me aseguré de que era, como lo había supuesto, la lámpara de un mago árabe… Me oculté para observarle mejor… Lo vi, en efecto, rodeado de sus libros; en su hombro se posaba un amigo inseparable, un cuervo que había traído de Egipto… Pues bien, soy amiga de ese cuervo y le ofrezco para su conocimiento muchas de las cosas que descubro, mis

propios saberes… Aquel mago murió hace tiempo pero el cuervo sigue morando en la torre… La de los cuervos sí que es una familia maravillosa, viven tantos años… Te aconsejo, príncipe, que acudas a mi amigo, porque es un gran adivino y hechicero que maneja con gran sabiduría las ciencias más ocultas, una erudición en la que tienen justa fama las aves de su familia, sobre todo las que vienen de Egipto.

El príncipe no echó en saco roto aquel consejo, y maravillado por la sabiduría que se desprendía de lo dicho por la lechuza puso rumbo a Sevilla… Viajaba siempre de noche para que la lechuza se sintiera cómoda y pudiese ayudarle convenientemente, y dormía de día en cualquier cueva o torreón en ruinas que encontrara en los caminos, o mejor dicho, que le buscara la lechuza, pues conocía bien, como le había anunciado, cualquier lugar que pudiera servir de escondrijo. Calibraba la lechuza la calidad de las ruinas como si fuera el más ducho de los anticuarios.

Al fin llegaron una mañana a Sevilla, a la hora del desayuno… A las puertas de la ciudad, la lechuza, que odiaba las multitudes, las calles llenas de gente, prefirió no entrar e irse a un árbol frondoso para aguardar allí la llegada de la noche. El príncipe, por el contrario, cruzó la puerta… Pronto vio la torre mágica erigida muy por encima de las casas de la ciudad, como las palmeras sobre las arenas del desierto… Era la torre que aún se alza majestuosa en nuestros días, la famosa torre mora llamada Giralda.

Subió el príncipe por una larga escalera de caracol hasta la cúspide de la torre; allí se encontró al cuervo cabalístico, viejo, misterioso, un tanto adusto, mas venerable en su ancianidad; blanca su cabeza por el paso de incontables años, pobre ya el plumaje por lo mismo, y tuerto de un ojo, lo que le daba una apariencia realmente espectral. Se sostenía sobre una pata, ladeada su cabeza y fijo el ojo sano en un diagrama hecho en el pavimento.

Se le acercó el príncipe, con mucha reverencia y suaves maneras, lo propio ante alguien de tan provecta edad y reputada sabiduría.

—Perdona que te moleste —le dijo el príncipe—, sabio y muy respetable cuervo; discúlpame por interrumpir tus estudios, que maravillan a todo el orbe, pero soy un devoto del amor y acudo a ti en busca de consejo para hallar la felicidad, el objeto de mi pasión…

—En otras palabras —dijo el cuervo mirándole de arriba abajo—, que quieres poner a prueba mis dotes de quiromante… Bien, pues no hables más y muéstrame la palma de tu mano, que yo descifraré el misterio de tu sino, oculto en sus líneas.

—No, no deseo saber los secretos del hado que Alá esconde a la visión de los mortales; soy solo un peregrino de amor y no busco más que la senda que me lleve al final de mi peregrinación.

—¿Y crees que la amorosa Andalucía pondrá inconvenientes al propósito de tu peregrinación? —le dijo el cuervo echándole una mirada burlona—. ¿Crees que

ocurrirá tal cosa en esta muy licenciosa Sevilla, donde tras los naranjos se esconden las más seductoras doncellas de ojos negros, las que mejor bailan la muy lasciva y embriagadora zambra?

—Créeme, no me trae a verte ninguna de esas aventuras que insinúas… Esas doncellas andaluzas de ojos tan negros como el endrino, y que bailan la zambra entre los naranjos del Guadalquivir, nada me importan… Busco a una desconocida de belleza inmaculada… Mira, peno por encontrar el original de este retrato miniado… Acudo a ti, pues, poderoso y sabio cuervo, para que me digas dónde podré encontrarla, si tal conocimiento se cuenta entre los tuyos.

El cuervo, algo molesto, sacudió su blanca cabeza y le respondió en tono sarcástico:

—¿Crees que yo tengo tratos con la juventud y con la belleza? Yo solo alcanzo a ver lo viejo, lo marchito, lo corrompido, lo agotado… La tersura y el vigor me son ya lamentablemente ajenos; soy el presagio del destino y grazno augurios de muerte desde las chimeneas, y sacudo mis alas en los balcones de los moribundos… Me parece que tendrás que buscar en otra parte esas nuevas sobre las que me preguntas.

—¿Y dónde he de buscarlas, si no es entre los hijos más preclaros de las ciencias, versados como tú en el libro de la fortuna y el porvenir? Te hago saber que soy un príncipe que algún día será rey, predestinado por el curso de las estrellas y enviado por ellas a esta empresa misteriosa en la que me afano, pues acaso de su final feliz dependa la suerte de nuestros imperios.

Cuando oyó el cuervo mentar a las estrellas y su influjo, cambió su tono y sus modales y escuchó con gran atención lo que empezara a decirle Ahmed el Kamel, sobre todo lo referido a la misteriosa princesa. Acabó el príncipe su relato y obtuvo del cuervo esta respuesta:

—Nada puedo decirte de esa princesa, porque nunca vuelo sobre jardines y glorietas reservadas a las damas… Te recomiendo, sin embargo, que tomes el camino que lleva a Córdoba; una vez allí, busca la palmera del gran Abderramán, que se levanta en el patio de la mezquita principal, y al pie de la palmera encontrarás a un gran viajero que ha visitado todos los países y todos los reinos, y que ha sido favorecido especialmente por las reinas y las princesas… Inquiere de él lo que ansías, pues estoy seguro de que sabrá darte las nuevas que precisas.

—Te agradezco mucho tan preciosa información —dijo el príncipe—. Hasta siempre, venerable hechicero…

—Hasta siempre, peregrino de amor —le respondió el cuervo con una reverencia y se entregó de nuevo al estudio de aquel diagrama.

Pronto abandonó el príncipe Sevilla, buscó a la lechuza que aún dormía en el tronco hueco de un árbol, y tomaron el camino que conducía hasta Córdoba, pasando

por jardines de increíble belleza y por bosques de azahares y limoneros, los que crecen lujuriantes por todo el hermoso valle del Guadalquivir.

Ya en Córdoba, la lechuza hizo lo mismo que cuando arribaron a Sevilla; apenas avistaron las puertas de la ciudad voló hasta un hueco en las murallas para reposar, mientras el príncipe apretaba el paso, ansioso de llegar hasta la palmera que en tiempos muy lejanos plantara el poderoso Abderramán. La encontró donde le dijera el cuervo, en medio del gran patio de la mezquita, altiva entre los naranjos y los cipreses. Bajo los claustros del patio había sentados grupos de derviches y de faquires; muchos creyentes hacían sus abluciones en las fuentes, antes de entrar a la mezquita.

Al pie de la palmera una multitud escuchaba la palabra vehemente de un hombre. «Debe de ser el gran viajero que me dará noticias de la princesa», se dijo el príncipe. Se mezcló entre la muchedumbre, pero cuál no sería su sorpresa al comprobar que no oían los fieles a un hombre, sino a un loro de muy verde plumaje, impertinente mirada y moño pomposo… Desde luego, era, sin duda alguna, el ave más pagada de sí misma que había visto jamás.

—¿Cómo es que este charlatán reúne a tanta gente? —preguntó el príncipe a uno de los allí congregados.

—No sabes de quién hablas —le dijo el otro—. Este loro desciende de los famosos loros de Persia, los mejores narradores de historias del mundo… Este loro tiene en su lengua toda la sabiduría del Oriente, y lo mismo es capaz de expresarla en prosa que declamando poesías, como el más culto de los hombres. Ha visitado infinidad de cortes extranjeras, donde se le tiene por un oráculo de erudición plena, y damas del más alto rango de muchos países lo tomaron por su compañía predilecta.

—Bien, pues tengo que hablar en privado con tan distinguido viajero —dijo el príncipe.

Consiguió acceder al loro para pedirle una entrevista sin testigos, procediendo a explicarle la razón de su viaje. Apenas oyó dicha razón el loro, se echó a reír como un loco, estridentemente, lo que hizo llorar con amargura al príncipe Ahmed, que se creía objeto de burla.

—Perdona —le dijo el loro al verlo triste—, pero es que, en cuanto me hablan de amores, no puedo aguantarme la risa…

Sus palabras entristecieron aún más al príncipe, que, no obstante, pudo decir:

—¿No es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio más cierto y a la vez secreto de la vida, el lazo universal de los afectos?

—¡Vaya tontería! —gritó el loro—. ¿Dónde has aprendido todas esas necedades sentimentaloides? Créeme… El amor es cosa de otros tiempos; las personas educadas y con talento ya no hablan de eso…

Exhaló un suspiro desasosegado el príncipe, tratando de hallar consuelo en el recuerdo de las cosas tan dulces que le había dicho la paloma a propósito del amor…

Aquel loro, por el contrario, y acaso porque había visitado en verdad tantos reinos y palacios, parecía un petulante afectado, como si se le hubiese pegado la ironía común y el desapego de los cortesanos, y se burlaba del amor quizás por no haberlo sentido jamás. No obstante, deseoso de evitar que el otro lo ridiculizara de nuevo, habló de inmediato el príncipe del objeto de su viaje. Preguntó al loro por la princesa, mostrándole su retrato.

—¿Podrías decirme, sabio loro, tú que has sido favorito en muchas cortes, tú que has prestado consuelo a las damas que en ellas esconden su soledad y su tristeza, si en el curso de alguno de tus viajes has visto a esta doncella?

Alargó el loro una de sus garras, tomó entre ellas la miniatura y la miró con harta curiosidad durante un buen rato.

—De veras que es un rostro bellísimo y encantador, muy encantador —le dijo al fin—, pero son tantas las hermosas doncellas que he conocido, que ahora mismo… ¡Sí, claro que sí! —exclamó de repente, muy contento—. A ver, deja que lo mire de nuevo… ¡Claro, pero si es la princesa Aldegunda, seguro que es ella! ¿Cómo no habré caído antes, yo que fui su favorito?

—¡La princesa Aldegunda! —repitió el príncipe—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Tranquilo, tranquilo —le recomendó el loro, súbitamente precavido—, que te será más fácil verla que ganártela… Es la hija única de un rey cristiano que reina en Toledo; vive aislada del mundo pues aún no ha cumplido los diecisiete años, y al nacer ella, esos seres pretenciosos y entrometidos que son los astrólogos dijeron que no podría conocer la vida antes de esa edad… Pero mucho me temo que no lograrás verla; jamás lo ha conseguido hombre alguno. Para que entretuviera sus horas me llevaron a donde la tiene en cautiverio el rey, su padre, y puedo asegurarte que he conocido a princesas que, no obstante ser mundanas y frecuentar la corte, no alcanzan ni su discreción ni la sabiduría que atesora la hermosa Aldegunda.

—En confianza, loro amigo, te diré que soy heredero de un reino, que un día me sentaré en un trono —le confesó Ahmed, para ganárselo—. Ya veo que eres ave de importancia y talento, y que conoces bien el mundo… Si me ayudas a conquistar el corazón de esa doncella te reservaré un puesto de la mayor confianza en mi corte.

—Te prestaré ayuda sinceramente, de todo corazón, pero que mi recompensa sea una sinecura, pues nosotros, los que de verdad tenemos talento y sabiduría, despreciamos el trabajo como no está escrito…

Pronto estuvo el príncipe presto para partir. Dejó atrás Córdoba por la misma puerta por la que entrara, llamó a la lechuza e hizo las oportunas presentaciones para que el nuevo compañero de viaje y ella se conocieran. Presentó al loro como otro sabio, y sin más comenzaron a poner tierra de por medio.

Iban más despacio de lo que el impaciente príncipe quería, pues el loro estaba tan hecho a las costumbres de la alta sociedad que no apetecía levantarse con el

amanecer… La lechuza, por su parte, tenía que echar un sueño al mediodía, para reponer fuerzas, y se las veía y deseaba Ahmed para atender a las necesidades o a los caprichos de ambos. Por otra parte, la lechuza no quería desaprovechar la más mínima enseñanza que el viaje pudiera deparar a sus acompañantes, por lo que se detenía largamente ante cualesquiera ruinas, y no hubo ni torreón ni castillo que no investigase a fondo y de los que no contara mil y una anécdotas, legendarias o fabulosas. Había supuesto el príncipe que la lechuza y el loro se harían amigos, pues eran sabios los dos, pero nunca imaginó que se equivocara de tal manera… No hacían más que disputar y enfrentarse. El loro no perdía ocasión de hacer patentes su talento y su ironía, y la lechuza, sus saberes filosóficos; el loro declamaba versos, censuraba con acritud las nuevas doctrinas filosóficas, demostraba su saber acerca de las cosas más fútiles, ligeras y mundanas… La lechuza tenía todo eso, sin embargo, por cosas de poco fuste y ningún valor, produciéndose a continuación en hondas meditaciones de corte metafísico, reduciendo toda experiencia de la vida al tamiz de la especulación abstracta… Cuando el loro la oía disertar, se ponía a cantar coplas, algunas de mal gusto, y a decir chistes o a gastar bromas a cuenta de la lechuza, riendo escandalosamente sus propias ocurrencias. La lechuza, claro, tomaba esa actitud por una ofensa a su dignidad, y se volvía huraña, soberbia y engreída.

Procuraba el príncipe no prestar mayor atención a las disputas de sus compañeros de viaje, dándose por el contrario a sus fantasías de enamorado y a la contemplación, a cada poco, del retrato de la amada. Así cruzaron los duros y escarpados pasos de Sierra Morena, las áridas llanuras de La Mancha y de Castilla, y midiendo las riberas del dorado Tajo, que riega con sus serpenteantes laberintos plenos de encanto media España y medio Portugal, divisaron al fin una hermosa ciudad amurallada, repleta de torres y de atalayas, levantada sobre un promontorio a cuyos pies el Tajo se arremolina en tan alborotada como alegre y dulce corriente.

—Mirad —dijo la lechuza—, ahí está la luminosa y renombrada Toledo, ciudad célebre por su antigüedad y por la historia que atesora… Contemplad con embeleso esas sus cúpulas de maravilla y las torres acariciadas por la pátina sabia de los tiempos, en todo su esplendor y revestidas del poder legendario que tanto ha llamado al estudio a mis más conspicuos antepasados.

—¡Bah! ¡Menuda cosa que nos descubres al cabo de los años! —replicó el loro, interrumpiendo el solemne discurso de la lechuza—. ¿Qué nos importan las leyendas de otros tiempos, nuestros antepasados, todo eso? —miró entonces al príncipe y prosiguió—: Mejor interésate por la morada de la juventud y la belleza, príncipe; piensa solo en tu adorable doncella.

Puso los ojos Ahmed en la dirección que le señalaba el loro, y vio, sobre una pradera de un verdor extraordinario, en las mismas márgenes del Tajo, un palacio tan sobrio como imponente que se alzaba entre la arboleda de un precioso jardín. Era el

palacio descrito por la paloma, y al príncipe comenzó a brincarle el corazón en el pecho, henchido de gozo. «Quizás ahora mismo —se dijo— la sombra de los árboles acaricia a mi princesa, o pasee tan dulce doncella por las azoteas, o repose bajo los altos techos de sus aposentos». A medida que iban aproximándose, percibió Ahmed que eran tan altos los muros del jardín que difícilmente podría, escalarlos. Y que los recorrían centinelas en armas.

—Tú, elegante ave que tienes el don de la palabra humana —dijo entonces al loro—, entra en ese jardín, busca a la dama dueña de mi alma y dile que el príncipe Ahmed, el peregrino de amor, anhela prosternarse a sus pies, pues ha llegado hasta su morada para cumplir el designio de las estrellas.

El loro, orgulloso a más no poder por su embajada, voló al jardín, y tras posarse en una y otra enramada y en uno y otro árbol, voló sobre los muros hasta posarse en una balconada de un pabellón que daba al río. Miró en todas las direcciones hasta que avistó a la princesa, reclinada en una otomana, leyendo una carta con los ojos llenos de lágrimas. Ahuecó el loro sus alas, ajustó su verde plumaje, y alzando el moño se presentó ante ella.

—Seca tus lágrimas, tú, la más hermosa de todas las princesas, pues vengo a procurarte el solaz que te falta —le dijo.

—¿Qué consuelo puedes darme tú, un simple loro?

Aquello, desde luego, no gustó al loro, que respondió tratando de contener su enfado.

—He dado consuelo a muchas hermosas doncellas —dijo—, pero dejémoslo… Estoy aquí como embajador de un príncipe; Ahmed, príncipe de Granada, ha venido a buscarte y a la espera de lo que para él me digas aguarda en las exuberantes riberas del Tajo.

Los ojos de la hermosa princesa brillaron más que la diadema de diamantes que recogía sus cabellos.

—¡Oh, mi dulce y querido loro! —exclamó gozosa—. No sabes cuánto me alegran tus noticias, pues me sentía ya débil y cansada, agonizando en mi dolor, temiendo por si el príncipe Ahmed se había olvidado de mí… Ve rápidamente a decirle que no hay palabra de su amorosa carta que no esté ya grabada en mi corazón… Y dile también que sus versos son el mayor alimento de mi alma… Pero también avísale de que ha de sostener su amor por mí defendiéndolo con las armas, pues mañana cumpliré diecisiete años y para celebrarlo ha dispuesto mi padre unas justas, ofreciendo mi mano a quien salga vencedor.

Presto levantó el vuelo el loro para regresar cuanto antes a la arboleda donde aguardaba Ahmed. Solo quienes han sido tocados por el amor podrán comprender cuán enajenado de gozo se sintió el príncipe al saber que en efecto la princesa era la hermosa joven del retrato… Mas había un impedimento, en apariencia insalvable… Las

justas… Así, brillaban ya las armas sobre las riberas del río y asaeteaban el aire los clarines de los caballeros, cuyos heraldos y séquitos paseaban su orgullo campante por Toledo, a la espera del ceremonial que iba a celebrarse al día siguiente. La misma estrella que había gobernado los destinos del príncipe Ahmed imperaba en los de la princesa, ajena hasta entonces a la pasión amorosa. Aquel su encierro, precisamente, era lo que había hecho crecer la fama de su hermosura, en vez de aplacarla; pretendían varios caballeros, príncipes de poder, su mano, y el rey, un hombre sagaz, para no enfrentar su reino con otros por la mera concesión caprichosa de la mano de su hija a uno u otro príncipe, prefirió el arbitrio de las armas. Entre los caballeros que se disponían a librar las justas había varios que ya habían demostrado más que sobradamente sus proezas…

¡Qué amargo trago para el infeliz Ahmed, desarmado como iba y además por completo ignorante de los asuntos de la caballería! «Pobre príncipe el que es retirado del mundo y con la sola instrucción de un filósofo», se dijo lastimero.

«¿De qué me valen ahora el álgebra y la metafísica, cuando en el amor me debato? ¿Por qué no me adiestró el buen Eben Bonabben en el uso de las armas?» La lechuza, que sospechaba cuáles eran los motivos de la amargura del príncipe, rompió el silencio en el que llevaba largo rato; devota musulmana, no quiso dejar de invocar a Alá para insuflar ánimos al príncipe.

—¡Alá Akbar! ¡Sí, Dios es grande! —gritó—. En sus manos guarda el secreto de todas las cosas y solo él rige el destino de los hombres. Ten por seguro, ¡oh, príncipe!, que los alrededores de Toledo se hallan preñados de misterios ignorados por todos, menos por los que, como yo, saben profundizar en los arcanos de la sabiduría… En esas montañas que allí ves hay una cueva, en ella una mesa de hierro, sobre la mesa una armadura mágica, y al lado un alazán embrujado, guardado allí todo durante generaciones.

Las palabras de la lechuza maravillaron al príncipe. La lechuza, al verlo más contento, prosiguió:

—Durante muchos años acompañé a mi padre en sus viajes por esos montes y vivimos algún tiempo en la cueva. Por eso pude desentrañar, al fin, sus misterios. Cuenta una tradición que gustaba de repetir mi familia, una leyenda que yo escuché a mi abuelo cuando aún era yo una lechuza pequeña, que esa armadura perteneció a un mago árabe refugiado en la cueva cuando los cristianos se apoderaron de Toledo; un mago que murió allí, dejando su caballo y sus armas bajo este hechizo místico: «Nadie que no sea musulmán podrá montar este alazán ni servirse de las armas, y aun el musulmán que lo haga, solo tendrá consigo el poder del sortilegio desde la aurora al mediodía; en ese tiempo, el que monte en el alazán y use mis armas, derrotará a su contrario, no importa quién sea».

—No necesito que me cuentes más —dijo Ahmed—. ¡Llévame a esa cueva! Guiado por su legendario mentor, encontró el príncipe la cueva en una de las sinuosidades más intrincadas de las rocas escarpadas que se yerguen alrededor de Toledo. Solo quien poseyera los ojos de un ratón, como la lechuza o un anticuario, hubiera podido descubrir la entrada.

Una lámpara sepulcral, de aceite inextinguible, alumbraba con pavorosos reflejos el lugar. Sobre una mesa de hierro que estaba en el justo centro de la cueva se veía majestuosa la armadura del guerrero moro, a su lado la lanza, y junto a la mesa, enjaezado para entrar en combate, un alazán árabe, que aunque era fogoso, merced al influjo del hechizo parecía una estatua. La armadura tenía un brillo inmaculado, como si fuera nueva; el alazán, cual si acabara de ser ensillado, apenas le acarició el cuello Ahmed, piafó y relinchó con alegría, e hizo sentir sus cascos de tal forma sobre el suelo, que retumbó la cueva hasta en el último rincón. Así, con un caballo a su disposición, y con las armas necesarias, decidió Ahmed armarse caballero y tomar parte en las justas.

Llegó la mañana señalada para el evento. El lugar donde se librarían los combates, dispuesto ya en la vega, al pie de las murallas de Toledo, lucía espléndido con galerías engalanadas, sus gallardetes y estandartes, con sus tapices y toldos de seda. Allí se ponían las damas de la corte y las damas más importantes de la ciudad; más abajo, montones de caballeros ufanos, presumiendo de sus caballos, de sus ropajes, de las plumas de sus sombreros, de sus pajes y de sus escuderos; entre ellos destacaban los príncipes que iban a librar las justas.

Entre todas las bellezas femeninas que allí había, sin embargo, ninguna como la princesa Aldegunda, ante cuyo esplendor todas las demás damas empalidecían. Era la primera vez que el mundo la veía y la primera vez, también, que ella salía al mundo… Un murmullo de admiración se dejó sentir cuando las gentes pudieron contemplarla. Cautivó a todos su dulzura; los príncipes que contendían por su mano, y que hasta entonces solo habían oído hablar de su hermosura, se juraron en lo más íntimo hacer hasta el último de los esfuerzos, por imposible que les resultara perseverar en el combate, con tal de tenerla por esposa.

La princesa, sin embargo, dio pronto muestras de desazón. Se le iba y le volvía de continuo el color de las mejillas, y su mirada nerviosa se fijaba en uno y otro de los caballeros, tratando de descubrir al príncipe que le había robado el corazón. Iban ya a sonar las trompetas para que comenzaran las justas, cuando anunció el heraldo la llegada de un caballero que venía de lejanas tierras. Ahmed hizo su entrada en el campo. Un yelmo de acero esmaltado de piedras preciosas le sobresalía del turbante; su armadura, recamada de oro, competía con el brillo del mismo sol; la cimitarra y su daga, hechas antaño en Fez, lucían brillantes y esmeraldas en la empuñadura; un broquel sobre sus hombros y la mágica lanza en la mano. Ricamente bordado el jaez

de su alazán, barría el suelo el caparazón mientras el hechizado y noble bruto, ensoberbecido al pisar de nuevo un campo de batalla y al contemplar aquel despliegue de armas, resollaba con fuerza y vibraba hasta en la última fibra de sus músculos. No podía pasar inadvertida la estampa bizarra de Ahmed, y pronto ganó la atención de todos; cuando se hizo su proclamación, anunciándole como El Peregrino del Amor, un murmullo de asombro llenó el aire y agitó los pechos de las damas subyugadas ante su imponente presencia.

Pero cuando Ahmed se presentó en el campo de batalla, encontró las vallas cerradas; solo se admitía allí a los príncipes; declaró, pues, su nombre y su rango, mas en mala hora lo hiciera. Era un musulmán y no podía pensar siquiera en participar en una justa que tenía por premio la mano de una princesa cristiana.

Los príncipes rivales lo rodearon entonces con arrogancia y en actitud desafiante. Uno, de aspecto y modos especialmente insolentes, así como de hercúleo tamaño, despreció con risa burlona la juvenil belleza de Ahmed, y no menos rio en alto del amoroso nombre con que se había hecho anunciar. La cólera invadió al príncipe y desafió a su rival; tomaron distancia, se pusieron en guardia y se acometieron con furia. Apenas tocó Ahmed a su rival con la punta de su lanza mágica, el bravucón cayó derribado. Tenía que haberle bastado, pero montaba un alazán hechizado y se guardaba con armadura encantada; no podía dominar el sortilegio una vez que había entrado en combate. Cargó entonces el alazán contra el tropel de caballeros cristianos; destruía la lanza de Ahmed cuanta fuerza quisieran oponerle sus rivales, dejándoles fuera de combate; Ahmed se vio obligado a esgrimir su lanza por toda la liza, e iban cayendo caballeros más fuertes y más débiles, mientras el príncipe se lamentaba en su fuero interno del mal que involuntariamente causaba… Naturalmente, el rey rugía de rabia ante aquel desastre al que eran sometidos sus súbditos y sus invitados, pues ahora cargaba el alazán contra quienes estaban en las galerías, y mandó a su guardia que atacara al extraño… Mas tan pronto trataron de enfrentarse al alazán hechizado sus caballos, rodaron por tierra derrotados… El rey, entonces, se quitó su manto de armiño, tomó un escudo, empuñó una lanza, y galopó veloz contra el príncipe moro, suponiendo que su presencia le impondría el debido respeto… Pero no fue mejor recibido que los demás cristianos; la lanza de Ahmed nada sabía de jerarquías ni de respetos, y acongojado el príncipe vio morder el polvo al rey y rodar por la dura tierra su corona.

Alcanzó el sol, en ese punto, el meridiano; el sortilegio seguía implacable su curso, y voló el alazán, más que galopar, para cruzar la llanura, salvar la fuerte corriente del Tajo y llevar al príncipe, confuso y aterrorizado, hasta la cueva. Allí quedó otra vez convertido en estatua el alazán, junto a la mesa de hierro. Ahmed respiró hondo, aliviado, viendo al fin quieto al bruto; echó pie a tierra, se quitó la armadura, que puso en donde antes estaba, como la lanza, para evitar que el sortilegio se cumpliera

inexorablemente sobre su destino. Abatido, buscó asiento en el suelo y se puso a meditar sobre cuanto había sucedido, acerca de la situación extrema a que se había visto abocado por aquellas artes mágicas de las que hizo uso. Se dijo, muy triste, que ya no podría volver a Toledo, luego de haber humillado a los cristianos y tirado por tierra a su rey. ¿Qué pensaría la hermosa princesa sobre comportamiento tan brutal y desalmado como el suyo? Lleno de ansiedad pidió a sus alados mensajeros que acudieran a recoger noticias. No hubo foro público que no recorriese el loro, que volvió con infinitos comentarios; todo Toledo se hallaba sumido en la consternación; la princesa había sufrido un desmayo, al ver aquel desastre, y tuvo que ser retirada a sus aposentos; la justa acabó en algarabía brutal y gran confusión; solo se hablaba en las calles de la súbita aparición de aquel jinete árabe, diciendo unos que era un mago malvado, otros que un demonio salido del infierno, y no faltaban los que aludían a los hechizos que referían las antiguas leyendas que hablaban de guerreros ocultos por arte de encantamiento en las cuevas de las montañas… Todos, sin embargo, coincidían en que era imposible que tanto desastre pudiera ser causado por un mortal, y al decirlo hacían la cruz para espantar al demonio.

La lechuza salió de noche, rondó por la ciudad en penumbra, se detuvo en los aleros de los tejados y en las chimeneas, hasta que decidió acudir al palacio del rey, para lo que tuvo que sobrevolar los peñascos de la cúspide de la montaña sobre la que se alzaba. Recorrió las almenas y las torres, se posó en las azoteas, prestó oído a cuanto aquí y allá se decía, y poniendo sus grandes ojos en cuanta rendija había en los muros y en las paredes para dejar salir una leve luz, anduvo escrutándolo y oyéndolo todo hasta el amanecer, para acudir entonces a dar las nuevas al príncipe.

—Mientras curioseaba en una de las torres más altas —dijo la lechuza—, vi a una hermosa princesa reclinada sobre un diván; estaba atendida por varios médicos y por su servidumbre, pero no quería cuidados; al fin la dejaron sola, obedientes a sus súplicas, y sacó entonces una carta que tenía guardada, que leyó y besó exhalando lamentaciones muy tristes… Te aseguro que llegó a conmoverme, a pesar de mi frío temperamento filosófico…

El bondadoso corazón de Ahmed se estremeció al oír aquellas nuevas.

—¡Cuánta verdad había en las palabras del muy sabio Eben Bonabben! —dijo el príncipe—. Pesadumbres, noches sin dormir, sufrimientos… En todo eso cae el enamorado… ¡Que Alá guarde a la princesa del influjo funesto de eso que llaman amor!

Otras nuevas que de Toledo llevó el loro no hicieron sino corroborar lo que le había dicho la lechuza. La ciudad entera seguía presa de la alarma y el desasosiego; se redoblaban las patrullas de centinelas en el palacio; quedó recluida en la torre más alta la princesa, abandonada a una terrible melancolía de cuyos motivos nada sabían quienes le prestaban asistencia, como si no escuchase las palabras de consuelo que

recibía. Incluso se negó a probar bocado. En vano resultaba la ciencia de los médicos, pues parecía bajo un hechizo la bella princesa. Al fin, hubo de hacer el rey una proclama, concediendo la joya más preciada de su corona a quien obtuviera su curación.

Cuando la lechuza, que dormitaba en un rincón, oyó la noticia de tan generoso ofrecimiento, giró a un lado y otro sus grandes ojos y se sumió aún más en sus misteriosas cavilaciones.

—¡Alá Akbar! ¡Cuán feliz será el hombre que obre el prodigio de su sanación! —dijo después al príncipe.

—¿Qué quieres decir, sabia lechuza? —le preguntó Ahmed.

—Escucha lo que voy a contarte, príncipe… Nosotras, las lechuzas, formamos un grupo de sabios entregados al estudio en horas de tiniebla… Bien, pues durante mi última incursión en Toledo, de torreón a cimborrio, descubrí que una auténtica congregación de lechuzas se reúne en la torre abovedada donde guarda el rey sus tesoros. Como son grandes y expertas anticuarias, discutían acerca de las inscripciones de los vasos de oro y de plata que allí tiene el rey, y se mostraban muy interesadas, sobre todo, en deducir los caracteres de cada país y de cada edad. Pero tenían en mayor estima ciertas reliquias y talismanes guardados desde los tiempos de Don Rodrigo el godo, y muy especialmente se fijaban en una caja de sándalo cerrada por tiras de acero, una obra maestra de la artesanía oriental inscrita con caracteres emblemáticos, conocidos solo por unas pocas lechuzas de las allí reunidas. Desde mucho tiempo atrás era objeto esa caja de discusiones muy eruditas, con las que acabó, sin embargo, una lechuza contemporánea de Matusalén, recién llegada de Egipto; esta, sentándose sobre la tapa de la caja para descansar del largo viaje, descifró una inscripción que, según ella, tuvo también en tiempos la alfombra de seda puesta sobre el trono del sabio rey Salomón, diciendo la vieja y sabia lechuza que a buen seguro llevaron hasta Toledo aquella caja los judíos que aquí buscaron refugio después de la caída de Jerusalén.

Quedó tan absorto como encantado el buen Ahmed después de que la lechuza concluyese su erudita disertación.

—He oído al sabio Eben Bonabben contar maravillas sobre ese talismán de Jerusalén —dijo el príncipe—. Seguro que no saben los cristianos de Toledo que se hallan en posesión de ese talismán… Si lograra hacerme con esa reliquia de aquel tiempo, me asistiría la más grande felicidad por el resto de mi vida.

Se quitó a la mañana siguiente sus ricos ropones Ahmed, para vestirse como un sencillo árabe de los desiertos, y pintó de castaño su piel para que nadie pudiera reconocerle como el pavoroso guerrero que tanto desastre causara a los cristianos en las justas. Con un báculo y una chirimía, y cargando al hombro una talega, bajó a Toledo y se presentó a las puertas del palacio ofreciéndose a sanar a la princesa.

—¡Qué osadía la tuya, miserable, pues pretendes alcanzar lo que ningún sabio ha logrado con su ciencia! —le dijo un guardián que intentó alejarlo a golpes, pero el rey, que acertó a pasar por allí en ese momento, ordenó que llevaran al árabe a su presencia.

—Muy poderoso rey y señor —dijo Ahmed—, aquí me muestro, un beduino que ha pasado la mayor parte de sus días en el desierto. Frecuentan aquellas soledades, señor, los demonios y otros espíritus malignos, que nos acechan, tientan y acosan, a nosotros, infelices pastores; esos demonios y espíritus además nos diezman el ganado y enfurecen a nuestros camellos, pero contrarrestamos sus malignas artes haciendo sonar aires que hemos ido heredando generación tras generación a través de los siglos, y que tocamos con nuestra chirimía para espantar a los demonios. Vengo de una familia que en muy alto grado poseyó el don de la música, y yo lo poseo igualmente; si acaso hubiera sucumbido vuestra hija a un hechizo maligno, respondo con mi cabeza de que sabré liberarla de su influjo y sanará.

El rey, que era un hombre de talento práctico, y que sabía bastante de los muchos secretos que dominan los árabes, cifró todas sus esperanzas en la propuesta del pastor. Lo llevó de inmediato a la torre, en cuya parte más alta estaba la princesa, cruzando una gran cantidad de puertas que la mantenían en cautiverio. Las ventanas se abrían sobre una azotea con balaustradas, desde la que se contemplaba imponente la ciudad de Toledo y sus alrededores. Estaba la habitación de la princesa en penumbra, pues así, en la pena que la consumía, quería hallarse.

Ahmed tomó asiento entonces sobre las baldosas de la azotea e hizo sonar su caramillo con aires pastoriles que había aprendido de sus servidores en el Generalife de Granada. Siguió insensible, empero, la princesa; los médicos que por allí había movían negativamente la cabeza, incrédulos, incluso riéndose del beduino… Al fin, Ahmed, dejando a un lado la chirimía, comenzó a entonar los versos enamorados que había compuesto para ella, los que llevó a la princesa la paloma… No pudo por menos la doncella que reconocerlos al instante, y se apoderó de ella tanta alegría que se puso en pie y quedó embelesada escuchándolos… Le brotaban lágrimas de contento, le latía con fuerza renovada el corazón, se entregaba en silencio y gozosa, en fin, a un cúmulo de sentimientos… Su primera intención fue la de llamar a quien tan dulcemente declamaba, pero su recato proverbial le recomendó prudencia… Mas el rey, que adivinó sus deseos, ordenó que llevaran a Ahmed a la habitación… Ni aunque se hubieran puesto de acuerdo habrían demostrado tanta discreción los enamorados; se contentaron con mirarse, aunque de manera más elocuente que las palabras. Nunca antes había imperado la música como aquel día; hizo que floreciera la rosa en la delicada y mustia faz de la doncella, que volviera la sangre a poner carmín en sus labios y que refulgieran sus ojos como nunca. Los médicos se miraban anonadados y el rey contemplaba admirado, aunque no sin temor, al beduino.

—¡Tú, maravilloso joven! —le dijo—. Serás desde hoy el primero de los médicos de mi corte y no aceptaré en adelante más medicina que tu música… Ahora recibirás la joya más parecida de mi corona, lo mejor de mi tesoro.

—¡Oh, rey! —respondió Ahmed—. No me importan ni la plata ni el oro, ni las gemas… Guarda tu tesoro una reliquia desde los tiempos del dominio musulmán sobre Toledo; una caja de sándalo que contiene una alfombra de seda… Me daré por bien pagado con esa alfombra…

A todos sorprendió tanta modestia en el beduino, aún más cuando vieron la caja de sándalo que el rey mandó de inmediato que le fuera llevada, y descubrieron la alfombra: era, en verdad, de riquísima seda verde, bordaba en caracteres hebreos y caldeos. Se encogieron de hombros los médicos y sonrieron todos, en fin, ante la sencillez del joven árabe, que se daba por satisfecho y contento con tan hermoso pero pobre pago.

—Esta alfombra —les dijo el beduino— cubrió el trono del sabio Salomón y merece extenderse para que brinde protección a esta hermosa princesa —dijo en tono solemne, extendiendo la alfombra en la azotea, al lado de una otomana que había hecho poner allí la princesa, ahora contenta, mientras los guardias bajaban a buscar la caja de sándalo.

Se arrodilló entonces el príncipe a los pies de la princesa, y le dijo así:

—¿Habrá quien se oponga a lo que está escrito en el Libro del Destino? Aquí se cumple la predicción de los astrólogos. Sabed, ¡oh, rey!, que vuestra hija y yo nos amamos en secreto desde hace tiempo… Yo soy, majestad, el Peregrino del Amor.

Apenas dijo aquellas palabras se alzó mágicamente la alfombra, recogió a Ahmed y a su amada, y se elevó por los aires, llevándoselos… Atónitos y boquiabiertos vieron el rey y los demás desaparecer aquel prodigio, que se convirtió al cabo en un punto negro en una blanca nube, hasta perderse al fin bajo la bóveda celeste del cielo.

El rey, furioso, hizo llevar a su presencia a su tesorero.

—¿Cómo has tolerado que un infiel conozca los secretos que se guardan en mi tesoro? ¿Cómo sabía ese pastor que tenía en mi poder tan poderoso talismán?

—Señor, nadie sabía del contenido de esa caja, ni éramos capaces de descifrar sus inscripciones; si en verdad es la alfombra de seda del sabio Salomón, está poseída por un encantamiento tan fuerte que puede transportar por los aires a su dueño de país en país —dijo, asombrado, el tesorero.

De inmediato ordenó el rey que se formase un poderoso ejército, y al frente de sus tropas partió hacia Granada para dar con los fugitivos…

Fue difícil y larga su marcha, empero. Al fin acamparon sus huestes en la vega y mandó una embajada reclamando la restitución de la princesa. Bajó el rey moro con su corte a dar respuesta en persona al rey cristiano… Mas en el rey de Granada reconoció

entonces el rey cristiano al beduino. Había muerto el padre de Ahmed y este le sucedió en el trono. La bella Aldegunda era su sultana.

Quedó más tranquilo el rey cristiano cuando le dijo su hija que Ahmed le permitía perseverar en su fe; no es que fuera el rey de Toledo un creyente fervoroso, pero la religión fue siempre azote de las discordias en España, durante siglos, entre árabes y cristianos, y se mostró complacido con la tolerancia que el soberano de Granada mostraba para con la fe de su esposa. No hubo pues guerra, sino festejos y celebraciones entre hispanos y moros, tras los cuales regresó el rey cristiano a Toledo y siguieron en el reino de la Alhambra los enamorados.

Hay que referir que tanto la lechuza como el loro siguieron junto a Ahmed en Granada, aunque procuraban no verse… El loro le acompañaba de día y la lechuza aprovechaba las noches para visitar a su larga parentela; el loro se mostraba altanero y más pagado de sí mismo que nunca, además de ocioso y dicharachero en los salones de la corte… Ahmed había recompensado generosamente la ayuda que le prestaron, pues nombró a la lechuza primer ministro y al loro maestro de ceremonias de la corte. No hace falta decir que jamás hubo gobernante tan sabio en reino alguno, ni corte tan fastuosa y dada a la etiqueta más puntillosa.

Leyenda de la rosa de la Alhambra

D urante algún tiempo, tras la rendición y entrega de Granada por los moros, tan deliciosa ciudad fue residencia favorita de los soberanos españoles, hasta que decidieron irse de ella, temerosos a causa de una sucesión de terremotos que tiró buena parte de las casas y socavó los cimientos de las viejas torres musulmanas.

Muchos, muchos años pasaron hasta que volvió un monarca a Granada. Los palacios de la nobleza estaban cerrados, y la Alhambra, una hermosura desdeñada, yacía en trágica desolación en sus abandonados jardines. La Torre de las Infantas, la poética mansión de las tres hermosas princesas moriscas, también permanecía abandonada; allí hacía su urdimbre la araña, cruzando con ella las bóvedas doradas; en los que fueron aposentos de Zaida, Zoraida y Zorahaida, abundaban los murciélagos y las lechuzas. Aquel abandono, a lo que parece, se debía a que el espectro de Zorahaida, muerta en la torre, vagaba por ella gimiendo, llevando sus lamentos hasta los muros almenados, sentándose a la luz de la luna junto a la hontana del patio mientras arrancaba a su laúd de plata notas que rasgaban el silencio de la noche y herían con su pena a los caminantes que pasaban por la cañada cercana.

Al fin fue favorecida la ciudad de Granada con la presencia de un rey. Todo el mundo sabe que Felipe V fue el primer Borbón que empuñó el cetro de España. Todo el mundo sabe, igualmente, que este príncipe francés contrajo matrimonio en segundas nupcias con una hermosa princesa italiana, Elizabetta, o Isabella, tanto da, de Parma… Y todo el mundo sabe, por lo demás, que al fin, y tras superar no pocos avatares, el príncipe francés y la princesa italiana ocuparon juntos el trono de España. Para la visita de tan egregios visitantes se hicieron obras en la Alhambra, y llegado el día de la presencia de los reyes en la fortaleza cesó aquel ambiente de triste soledad en que estaban sus jardines desde antaño. Volvieron a sonar clarines, trompetas y tambores; volvieron a trotar los caballos por las alamedas y las plazas próximas; el brillo de las armas, el lucir de las banderolas, pendones y gallardetes por almenas y barbacanas, los jardines cruzados de continuo por damas de compañía y pajes, todo en fin, reverdeció el antiguo esplendor de la fortaleza musulmana, en tanto que en el interior del palacio dominaba la pompa, la elegancia de los cortesanos, el reverente murmullo de las voces en las antecámaras, el bullicio de las doncellas casaderas…

Entre los que formaban el séquito de los reyes había un doncel, Ruy de Alarcón, el paje favorito de la reina. Baste lo anterior para señalar cuán digno de elogio era el joven, pues bien sabido resulta que cuantos figuraban al lado de Isabel habían sido especialmente escogidos por su gracia, su belleza y sus atributos personales. Ruy, un joven de apenas dieciocho años, era esbelto y grácil, bello de rostro como Antinoo; guardaba su mayor deferencia y respeto para la reina, pero al tiempo era travieso y juguetón con las damas de la corte, que lo mimaban y regalaban de continuo… Por tales favores, pues, era también Ruy ducho en el trato con las mujeres, a despecho de sus pocos años.

Tan juguetón y encantador paje paseaba una mañana bajo las enramadas del Generalife que dan a los terrenos de la Alhambra, llevando como compañía, para entretenerse, el gerifalte más querido de la reina. Vagaba ocioso de un lado a otro, cuando vio un pájaro que salía de entre los árboles; quitó entonces el capirote al halcón de la reina, que voló raudo para perseguir a la presa; mas supo el humilde pajarillo burlar su ataque, y remontó el vuelo el gerifalte, sin atender a las voces y silbidos del paje, que siguió con la vista su vuelo caprichoso hasta que dio en posarse en las almenas de una torre lejana de las murallas exteriores de la Alhambra, junto a una quebrada que separa la fortaleza de los terrenos del Generalife. El halcón se había posado en la Torre de las Infantas.

Tuvo que bajar el paje a la quebrada, pero no tenía la torre entrada desde la cañada; trepar por la muralla era empresa imposible, así que, buscando la entrada, dio un gran rodeo por la parte de la torre que mira a los paredones de la muralla.

Había un pequeño jardín, cercado por rejas de cañas cubiertas de mirtos; abrió el paje un portillo, y entre rosales y lechos de flores llegó a la puerta, que estaba cerrada; una rendija, sin embargo, le dejaba ver el interior con un pórtico morisco de paredes encaladas, con altas columnas de mármol y una fuente de alabastro circundada de flores. Una jaula de oro, para un ruiseñor, colgaba en el centro; debajo, arrellanado en una silla, entre madejas de seda y delicadas labores hechas por mano de mujer, un gran gato atigrado; junto a la fuente, una guitarra adornada con cintas de colores.

El joven Ruy quedó mudo de impresión ante aquella muestra de delicadeza femenina, por darse, sobre todo, en lo que tenía por un lugar apartado, solitario y en abandono… Acudieron entonces a su recuerdo los cuentos sobre parajes encantados en la Alhambra, y se sugestionó a tal extremo que creyó ver en el gato a una princesa mora hechizada.

Llamó con cuidado a la puerta… Un hermoso rostro de mujer se asomó entonces a una ventana de arriba, pero fugazmente. Creyó el paje que aquella mujer bajaría de inmediato a franquearle el paso, pero esperó en vano; ni un ruido pudo escuchar a partir de aquel momento, ni de pasos, ni de voces, ni de suspiros. ¿Acaso le habían jugado una treta sus sentidos? ¿Y si fuera el hada que moraba en la torre? Volvió a

llamar, ahora más ansioso; poco después se asomaba por la ventana el hermoso rostro de antes, una floreciente doncella de no más de quince años.

Se quitó el paje su gorro de plumas y pidió a la bella, con las palabras más delicadas que acudieron a sus labios, que le fuera permitido subir a la torre para hacerse con el gerifalte.

—No puedo abriros la puerta, señor —dijo la linda muchacha—, pues me lo tiene prohibido mi tía.

—Os lo ruego, hermosa doncella… Se trata del halcón favorito de la reina y no puedo volver a palacio sin llevarlo en mi mano.

—¿Sois entonces uno de los caballeros de la corte?

—Lo soy, hermosa doncella… Pero perderé el favor de la reina y mi puesto en palacio si no regreso con el halcón.

—¡Santa María! Precisamente contra los caballeros de la corte me ha prevenido especialmente mi tía…

—Tiene razón vuestra tía en preveniros contra los malos caballeros… Pero yo no soy uno de ellos, sino un paje inocente, sencillo e inofensivo, que sufrirá la pérdida de su puesto en la corte si me negáis el favor que os pido…

El joven corazón de la muchacha se enterneció ante aquella súplica del atribulado paje. Hubiera sido una lástima, en verdad, que perdiera su empleo en la corte… Además, destocado, con la gorra modosamente en sus manos, parecía Ruy la verísima imagen de la timidez y el recato… ¡Y era además tan hermoso! No creyó la doncella que fuese uno de aquellos hombres que su tía le presentaba como caníbales, siempre dispuestos a hacer presa en las más cándidas damiselas.

El taimado paje, viendo que la doncella comenzaba a rendir su resistencia anterior, redobló las súplicas en todo conmovedor. No pudo rechazarlo la joven. Ruborizada y presta bajó a la puerta y se la abrió con las manos temblorosas.

Si ya lo había cautivado su rostro, al verla de cuerpo entero se prendó aún más de ella. Su corpiño andaluz y la basquiña le marcaban la más perfecta simetría en sus formas, aun no habiendo llegado aún a la sazón de su crecimiento completo; el cabello, lustroso, lo tenía partido en la frente con maravillosa perfección, y adornado con una rosa, que por su frescura delataba que acababa de cortarla para ponérsela, antes de abrirle la puerta; su rostro, dorado por el sol meridional, hacía aún más encantadoras sus mejillas sonrosadas y el brillo extraordinario de sus ojos.

Bastó al paje una sola ojeada para darse cuenta de la beldad tan exquisita que era la doncella; pero como no podía perder el tiempo, tuvo que conformarse con darle en voz baja las gracias y subir a toda prisa, casi sin respirar, la escalera en espiral de la torre, donde al fin pudo hacerse con el gerifalte. Ya con el ave cetrera en la mano, bajó también la escalera sin tomar resuello, y halló a la doncella sentada junto a la fuente, devanando con sus primorosas manos una madeja de seda; pero de tanto como se

agitó al verle de nuevo, la madeja se le cayó al suelo; veloz entonces, el paje dobló una rodilla para recogérsela, y se la ofreció a la doncella, aprovechando para tomarle la mano y besársela delicadamente, aunque de manera distinta de los besos que ponía en la mano de su soberana para agradecerle un favor.

—¡Ave María, señor! —exclamó la doncella, confundida y arrebolada, pues era el primer hombre que le dedicaba semejante salutación.

El pícaro paje, entre mil perdones, le dijo que así se expresaba en la corte el agradecimiento y el respeto debido a las damas.

El enojo de la muchacha, si es que llegó a sentirlo, quedó así prontamente aplacado. Tomó asiento de nuevo, más turbada que antes, con la mirada baja, como si solo su labor le acaparase la atención luminosa de sus ojos, aunque la verdad es que, en vez de devanar la madeja, la enredaba.

Quiso el golfillo, entonces, aprovechar la evidente confusión de la doncella, pero fueron vanas sus palabras galantes e intencionadas; para su mayor sorpresa, aquellos sus decires, que tanto encandilaban a las damas de la corte, le hicieron sentir vergüenza ante la inutilidad que demostraban en el ánimo de la inocente muchacha.

La verdad es que la virginal belleza tenía en su sencillo pudor mejor guarda que la que pudieran ofrecer a su doncellez las barras y los cerrojos con que la defendía su tía. Así y todo, ¿dónde está la armadura que protege el corazón femenino de los primeros susurros del amor? La damisela comprendió instintivamente lo que la verbosa lengua del paje no lograba expresarle con claridad suficiente, y en el fondo de su alma se sintió halagada al ver rendido a sus pies a un enamorado… ¡Y qué enamorado!

Iba desvaneciéndose el desconcierto que se apoderó de Ruy al comprobar que eran vanas sus palabras, y recobraba ya su proverbial aplomo, cuando se dejó sentir a lo lejos una voz avinagrada.

—¡Es mi tía, que vuelve de misa! —gritó temerosa la doncella—. Dejadme ya, os lo ruego, señor…

—No me iré si no me dais en prenda la rosa que adorna vuestro pelo…

Se arrancó la rosa la damisela y se la entregó al paje, diciéndole arrebatada:

—Tomadla, pero idos presto…

Tomó el paje la rosa entre sus dedos y cubrió de besos la mano que se la ofrecía. Puso la flor en su gorra, como si fuera el galardón más preciado, y asegurando al gerifalte en su mano salió y cruzó el jardín, llevándose cautivo el corazón de la gentil Jacinta.

Cuando la tía, siempre vigilante, llegó a la torre, notó la inquietud en que se debatía la doncella y un aire, algo raro, una suerte de confusión en el pórtico. La joven creyó oportuno dar explicaciones.

Un gerifalte vino hasta aquí persiguiendo a su presa…

—¡Que la misericordia nos asista! —exclamó su tía—. ¡Un halcón en la torre! ¿Habrase visto descaro semejante? ¿Cómo no pondrán a esos bichos en jaulas seguras?

Fredegunda, la tía vigilante, superaba en cautela y prevención todo lo que era común en las mujeres célibes. Así, desconfiaba como ninguna de lo que llamaba «el sexo opuesto», una desconfianza, por cierto, que había ido creciendo en ella de manera más firme a medida que transcurrían sus años célibes y se desvanecían sus últimas esperanzas de casamiento… No es que hubiera sufrido engaños y desencantos, pues la naturaleza había querido dotarla de unas facciones y de una apariencia toda que alejaban de sí el peligro de que un hombre se prendara de ella, mas ha de tenerse en cuenta que son precisamente las mujeres que menos tienen que temer la pasión de los hombres las que con mayor rigor ejercen la vigilancia de las que por su hermosura los atraen.

Su tierna sobrina era huérfana de un oficial caído en combate. Había sido educada en un convento, y pasó del cuidado de las monjas a la custodia de su tía, bajo cuyo sombrío amparo lucía en la oscuridad, a pesar de todo, como el capullo de una rosa que florece a despecho de las zarzas que lo rodean. Y no se crea que esta comparación es caprichosa; no obstante el encierro al que era sometida, tan hermosa muchacha era conocida ya por muchos granadinos, pródigos siempre en su andaluza expresión poética, como «La Rosa de la Alhambra».

Su avinagrada tía, que no cesaba un instante de acosarla con su vigilancia, no hacía sino vanagloriarse del celo guardián con que atosigaba a su sobrina. Es verdad que la molestaban a menudo el rasgueo de las guitarras y las canciones de amorosa ronda que dedicaban a la damisela los campesinos del lugar al pie de la torre, de noche… Pero se daba por satisfecha con exhortar a su sobrina para que no prestara atención a semejante bulla, diciéndole que era tal, por cierto, una de las malas artes de las que de común se valía «el sexo opuesto» para seducir a las incautas damiselas y ganárselas, obligándolas a hacer dejación de su pudor…

¿Pero qué importaban esas palabras ante una serenata bajo la luna?

Al fin decidió el rey Felipe dirigirse a Granada, abandonando de repente la Alhambra con todo su séquito… Presenció la vigilante Fredegunda la partida real desde la Puerta de la Justicia, viéndola dirigirse por la alameda que conduce a la ciudad. Cuando desapareció de la vista el último de los estandartes regios, volvió a la torre contenta, felicísima… Ya no tenía por qué extremar como hasta entonces la vigilancia sobre su sobrina… Empero, gran sorpresa se llevó cuando vio un hermoso caballo árabe en el portillo de jardín, y más grande aún fue su impresión al contemplar horrorizada que entre los rosales, sentado en el suelo y a los pies de la doncella, un jovenzuelo vestido de encajes y plumas le hacía zalemas… Al percatarse de su presencia, empero, el joven se levantó raudo, se despidió tiernamente de la damisela,

y saltando con suma ligereza las cañas y los mirtos se subió al caballo y se perdió a galope.

La dulce Jacinta, en la agonía del dolor que la embargaba por la marcha del paje, se desentendió del disgusto que aquello hubiera podido causarle a su tía, y al contrario, se arrojó a sus brazos llorando de pena por la separación.

—¡Ay de mí! —gritaba sin consuelo—. ¡Se ha ido, se ha ido y nunca volveré a verle!

—¿Que se ha ido? ¿Quién se ha ido? ¿Quién era ese jovenzuelo que estaba sentado a tus pies?

—Un paje de la reina, tía, que vino a despedirse de mí…

—¿Un paje de la reina? ¿Y cuándo le conociste, niña? —inquirió la vigilante Fredegunda.

—La mañana en que el gerifalte voló hasta la torre… Era el halcón favorito de la reina y el paje venía persiguiéndolo…

—¡Ah, tonta, tonta, tonta…! Has de saber que no hay gerifalte siquiera la mitad de peligroso que esos pajes engreídos; has de saber que sois vosotras, las más jóvenes y puras, los inocentes pajarillos como tú, las presas que más apetecen en sus cacerías…

Mucho más se indignaba la tía de la joven al comprobar que, aun siendo tan exagerada su vigilancia, casi ante sus propios ojos había establecido tan fatal confianza con el paje… Sin embargo, cuando se cercioró de que la castidad de la doncella seguía intacta, de que, en fin, su recato no había sufrido menoscabo a despecho de las malas artes de un representante del «sexo opuesto», quedó más tranquila, respiró en paz y se dijo que aquel triunfo de la virginidad no era debido sino a las advertencias que había dado con tanto juicio a la doncella. Y así, mientras la tía se henchía de tan íntimo orgullo, la sobrina no hacía sino pensar en los repetidos juramentos de amor que le había hecho el paje… Mas ¿qué es el amor de un hombre inquieto y errante? Una corriente deliciosa que gusta retozar con las flores de la ribera, y que las acaricia, y que pasa al fin dejándolas bañadas en lágrimas.

Pasaron los días, las semanas, los meses… Y nada supo del paje la tierna Jacinta. Maduró el granado, rindió su fruto la vid, bajó en torrenteras la lluvia otoñal desde las montañas, se cubrió con su blanco manto Sierra Nevada, azotaron los aposentos de la Alhambra vendavales de invierno que al cabo cedieron en su furia… Y brotó espléndida la primavera con sus flores y sus brisas embalsamadas, resucitando la vida. Desapareció la nieve de las montañas, y en la tórrida atmósfera del estío solo quedaba en las cumbres, como rastro de los días que pasaron, una inmaculada pátina de nieve… Pero seguía la dulce muchacha sin saber nada del ingrato paje.

Mientras se sucedían las estaciones fue palideciendo la joven Jacinta, ensimismada en sus pensamientos lúgubres, llorando a escondidas sus ojos, que al cabo perdieron la luz que siempre tenían. Se desentendió de diversiones y labores, dejando enmarañada la seda y muda su guitarra; abandonó la contemplación de las flores,

cerró sus oídos al canto del ruiseñor… Si quisiéramos imaginar un paraje que alimentase la pasión de una mujer enamorada, ninguno más propicio que la Alhambra, donde todo parece dispuesto a favorecer las ensoñaciones románticas, los suspiros melancólicos… Siendo la Alhambra el más delicioso paraíso para los amantes, ¡qué duro es hallarse en él en soledad, y peor que en soledad, en el olvido!

—¡Ah, mi tonta e infeliz chiquilla! —decía Fredegunda, la vieja virgen, cuando veía a Jacinta sumida en su tristeza—. ¿Es que no te previne contra los engaños de los hombres? Además, ¿qué podías esperar tú, una pobre huérfana, la descendiente de una familia venida a menos, de un joven nacido en alta cuna, servidor de palacio y con la cabeza llena de engreimiento? Niña, aun en el caso de que fuera cierto el amor que te juró, su padre, que es uno de los nobles más altivos de la corte, le prohibiría casarse con alguien tan humilde como tú, que no podrías aportar al casamiento dote alguna… No sufras más, olvídale y deja que tus penas se las lleve el viento…

Las palabras de la inmaculada Fredegunda, empero, no hacían sino sumir en una melancolía más dolorosa a la doncella… Una noche de verano, a hora avanzada, después de que su tía se hubo retirado a descansar, salió al pórtico de la torre y se sentó junto a la fuente, en el mismo lugar donde el paje le besó por primera vez la mano y donde luego le juraría una y mil veces amor eterno. Aquellos recuerdos, ahora tristes, dominaban el ánimo de Jacinta y empezaron sus ojos a derramar lágrimas que caían lentamente, una a una, en el tazón de la fuente. Se agitó el agua cristalina con sus lágrimas, e hirvió en burbujas incontables; surgió entonces del agua una figura femenina, vestida con lujo morisco.

Jacinta, aterrada por la aparición, echó a correr sin atreverse a volver la cara para contemplar aquel prodigio. Contó a su tía lo ocurrido a la mañana siguiente, pero la vieja virgen tomó su relato por el producto de sus fantasías, o por un sueño que se hubiera apoderado de la muchacha al quedarse dormida junto a la fuente.

—Seguro que te pusiste a pensar —dijo la tía— en la leyenda de las tres princesas moras que vivieron en la torre, por eso soñaste con ellas.

—¿De qué leyenda me hablas, tía? Jamás la he oído…

—Sí, seguro que has oído hablar alguna vez de las tres princesas, Zaida, Zoraida y Zorahaida, que fueron enterradas aquí por su padre, y decidieron fugarse con tres caballeros cristianos, pero Zorahaida se arrepintió en el último instante y murió en su encierro…

—Sí, creo que de muy niña oí algo de eso —dijo Jacinta—, y me parece que hasta lloré la desgracia de Zorahaida…

—Hiciste bien en llorarla, niña, porque el enamorado de Zorahaida fue uno de tus antecesores… Mucho tiempo sufrió de amores por la princesa mora, pero acabó curándose al cabo de su sentimiento y casó con una dama española… De aquel matrimonio desciendes tú…

Jacinta se puso a pensar en aquellas palabras. «Lo que vi anoche no fue una fantasía; si es el espíritu de Zorahaida, que según dicen vaga y pena en esta torre, ¿por qué ha de darme miedo? Volveré a la hontana… Ojalá se repita la aparición», se dijo.

Y así lo hizo. Cuando todo era calma y silencio volvió a sentarse la dulce Jacinta en el patio. Al dar la lejana torre de la Alhambra las doce de la noche, se agitó otra vez el agua de la fuente y de su hervor brotó la figura femenina de la noche anterior. Era una mujer joven y de una belleza dulcísima; vestía ricamente y lucía joyas muy puras; en sus manos sostenía un laúd de plata… Tembló Jacinta a punto de desvanecerse, pero se dejó sentir entonces la voz apacible y cariñosa de la aparición, que tenía un gesto de infinita bondad.

—Tú, hija de mortales —dijo entonces a la doncella—, ¿qué pesares tienes? ¿Por qué turbaron tus lágrimas ayer mi fuente y oigo tus suspiros y tus lamentos en la noche?

—Lloro por las falsas promesas de amor de un hombre y porque me siento sola y abandonada.

—Consuélate, que pueden curarse tus penas. Soy una princesa mora que también padeció de mal de amores; un caballero cristiano, un antecesor tuyo, me ganó el corazón y quiso llevarme a su tierra y convertirme a su fe; decidida estaba a seguirle, pero me faltó valor para hacerlo y lo dejé marchar solo… En castigo, los espíritus maléficos me hicieron un conjuro y ahora estoy bajo su encantamiento, penando en esta torre… Seguiré así hasta que venga un alma cristiana que se apiade de mí y deshaga el hechizo… ¿Serías capaz de hacerlo tú?

—Lo haré —dijo estremeciéndose, mas decidida, la doncella.

—Sígueme entonces, no temas… Ven, moja tus manos en la hontana, rocíame con el agua y bautízame en tu fe… Así desaparecerá el encantamiento y podrá reposar al fin en paz mi doliente espíritu.

Avanzó la damisela con paso inseguro hasta la princesa árabe y metió las manos en la fuente, tomando en ellas un poco de agua para bautizar al fantasma.

Sonrió entonces la aparición con mucha bondad, dejó el laúd a los pies de su benefactora, y abrazándola, desapareció al punto para volverse a la fuente… Pareció entonces que en el agua del tazón caía una lluvia cristalina, como gotas de rocío.

Jacinta, asustada y feliz a un tiempo, se marchó de allí deprisa. La conmoción que sentía le impedía cerrar los ojos, y cuando al fin amaneció, cansada por no haber descansado, creyó haber tenido un sueño desasosegado… Mas al bajar al patio vio el laúd de plata, brillando al sol de la mañana, a un lado de la hontanada, y tuvo por seguro que su visión no había sido un engaño de los sentidos.

Corrió entonces hasta la habitación de la severa tía, relatándole cuanto había pasado; para que se convenciese la vieja virgen de la verdad de su relato, le pidió que bajara a la fuente y así mostrarle el laúd… Si la vieja albergaba alguna duda, se

desvaneció cuando Jacinta tocó el laúd de plata, pues la doncella logró tañer las cuerdas tan armónicamente que hasta el duro corazón de Fredegunda, que parecía siempre frío como los inviernos, se arrebató de éxtasis. Solo una música sobrenatural podía obrar un prodigio semejante en la vieja virgen.

Fueron mayores aún las virtudes que demostró el laúd de plata con el paso de los días. Los caminantes hacían un alto para escuchar aquella deliciosa música y cesaban en sus trinos los pajarillos, como hechizados. Pronto se extendió el rumor del prodigio, y acudían a los alrededores de la Torre de las Infantas gentes que llegaban de toda Granada.

Pronto, así, acabó la soledad de la doncella. Los más ricos y poderosos se disputaban el honor de agasajarla y de invitarla a sus salones, para que deleitase a su exquisita sociedad con tan encantadora música… Eso, naturalmente, hacía que la desconfiada Fredegunda redoblara su vigilancia sobre la doncella, y que mostrase un carácter cada vez más agrio llegado el momento de espantar a alguno de los caballeros que se acercaban hasta su sobrina para deleitarse con su música, enamorados tanto de la belleza de Jacinta como del hechizo de su laúd. La fama de Jacinta corrió pronto de ciudad en ciudad. Málaga, Sevilla, Córdoba… En toda Andalucía, al cabo, no se hablaba con deleite de otra cosa que no fuera el laúd de la bella damisela, y de su hermosura impar. Nada más natural, siendo como lo es, el andaluz, un pueblo de gentes que gustan de la música y de la galantería. Las armónicas notas que extraía la bella de su laúd no podían sino llamar al amor.

Mientras Andalucía gozaba así, en la corte española de Felipe V las cosas eran muy distintas. El rey, que como bien se sabe era un miserable hipocondríaco, se desataba en toda clase de antojos y de caprichos. A veces se pasaba semanas enteras sin levantarse de la cama, doliéndose de sus imaginarios males. Otras veces, como insistía en abdicar, no hacía sino provocar la pena y el disgusto a su esposa Isabel, que gustaba de los esplendores de la corte y de las glorias de la corona, una corona que, en realidad, le pertenecía con más derecho que al rey, porque Isabel de Parma era quien empuñaba el cetro con valentía, pues se le caía de las manos blandas e inexpertas a tan imbécil soberano.

Nada se tuvo por mejor remedio que la música, para curar la melancolía de Felipe V, así que procuró la reina que llevaran a palacio a los más grandes artistas de aquel tiempo, y uno de los que acudieron a distraer al rey, ofreciendo su arte extraordinario como lenitivo para los males del monarca, fue el gran cantante italiano Farinelli.

Mas en el instante al que nos referimos se produjo en el ilustre Borbón una extravagancia que hizo olvidar todas sus manías anteriores… Al cabo de un largo periodo de enfermedad imaginaria, que hizo inútiles todos los tonos e inflexiones de que era capaz la deliciosa voz de Farinelli, y todo el virtuosismo de los violinistas de la corte, Felipe V dio en creer que había muerto.

No se le pudo convencer de lo contrario y hubo de aceptarse su manía. Eso no habría alterado la vida de la corte, empero, y hasta hubiera podido resultar beneficioso para la reina, si el rey se hubiera estado quieto, como un muerto de verdad… Pero ordenó que se celebrasen sus exequias, y se impacientó y acusó a todos de desobediencia por no darle cristiana sepultura… ¿Qué podían hacer en la corte? Desobedecer las órdenes del rey resultaba una infamia, a los ojos de los más serviles palaciegos de aquella corte así de puntillosa… Pero obedecerle y enterrarlo vivo sería un regicidio…

En tan espantoso dilema se debatía la corte, cuando llegaron hasta allí noticias del rapto indescriptible que en toda Andalucía provocaba el laúd de la encantadora Jacinta. Envió embajadas la reina para que la llevaran a San Ildefonso, donde por aquel tiempo radicaba la corte.

Unos días más tarde, mientras Isabel trataba de recrearse en compañía de sus damas, por los jardines, paseos y fuentes de la Granja, que pretendían eclipsar las glorias de Versalles, Jacinta fue llevada a su presencia… Miró sorprendida la reina el prodigio musical que tenía ante sí; sencilla, vestía la joven el común atavío de las andaluzas y llevaba en sus manos el laúd de plata; en sus mejillas, lucía la damisela el encantador rubor que justificaba el nombre poético con que la llamaban, La Rosa de la Alhambra. Fredegunda, para no romper la costumbre, había forzado que se le permitiera viajar también; tan pronto estuvo en presencia de la reina, informó a esta de la ascendencia de su sobrina. Si a la mayestática Isabel había impresionado ya la dulce apariencia de Jacinta, le complació aún más saberla descendiente de un linaje de hidalgos, no obstante empobrecidos, y que el padre de la doncella había muerto sirviendo a la corona.

—Si tu talento responde a la fama que tienes —le dijo la reina—, y logras deshacer el hechizo del maléfico espíritu que se ha apoderado de tu rey, de mí dependerá en adelante tu fortuna y te colmaré de honores y de riquezas…

Impaciente, llevó la reina a Jacinta a la cámara del taciturno monarca.

Jacinta, sin atreverse a levantar la mirada, impresionada por las filas de guardias y cortesanos que les abrían paso, siguió a la reina. Al fin llegaron a unos aposentos muy sobrios pero impresionantes en su luto. Tenía el rey cerradas las ventanas para que ni un rayo de sol le llegara; en candelabros de plata, ocho cirios daban luz a la cámara y revelaban la presencia de palaciegos vestidos de luto que mostraban rostros compungidos. En el centro de un catafalco estaba el rey Felipe V, con las manos entrelazadas sobre el pecho y cubierto su rostro por un paño negro que solo dejaba al aire la punta de su nariz, como si estuviera a punto de recibir sepultura.

Atravesó la cámara la reina en absoluto silencio para llevar hasta un rincón oscuro a Jacinta. Hizo que tomara asiento y le ordenó que empezara su música.

Impresionada la doncella, temblorosas sus manos al principio, hizo sonar las primeras notas y cobró la necesaria confianza; sonó su laúd tan celestialmente que ninguno de los presentes podía creer que aquella música tan deliciosa sonara en un lugar tan tétrico. El rey, que ya se creía en el mundo de los espíritus, creyó que oía la música de los ángeles que celebraban gozosos su ascensión a los cielos. Variaba Jacinta de continuo la intensidad de sus notas, para acompañar la música con su voz, y así cantaba ahora una trova legendaria en la que se narraban los esplendores de la Alhambra y las hazañas de los moros… Puso en el empeño toda su alma, porque los recuerdos de la Alhambra eran los de su amor. La cámara fúnebre resonó con acordes muy vivos que acabaron cautivando el corazón del monarca, y Felipe V se irguió, quedó sentado en su féretro y miró en torno suyo… Entonces recobraron el brillo sus ojos, saltó al suelo y pidió su espada y su broquel.

El triunfo de la música fue pleno, aunque habría que hablar, mejor, del triunfo del laúd encantado, pues quedó libre de los demonios de la melancolía el ánimo del rey… Abrieron las ventanas de la cámara, que se bañó de inmediato en la luz gloriosa del sol español, y pudieron así fijarse todas las miradas en aquella prodigiosa muchacha que con su música había obrado el milagro de la resurrección del monarca… A Jacinta, empero, se le nublaron los ojos con aquella claridad, se le desvanecieron las fuerzas, dejó caer el laúd y se desmayó en los brazos del paje Ruy de Alarcón, favorito de la reina, que corrió presto para recogerla y apretarla contra su pecho.

Pocos días después se celebraron con gran pompa los esponsales de los enamorados. La Rosa de la Alhambra, en adelante, sería el mejor ornato y deleite de la corte.

«Bueno, pero no vayas tan rápido», oigo que me dice el lector; «llegas al final de tu historia sin decirnos nada de la manera en que el paje se excusó ante Jacinta…» Bien, fue muy sencillo; la excusa de todos los tiempos y de miles de enamorados: un padre orgulloso, valedor de las antiguas tradiciones familiares, de carácter inflexible… ¡Qué importa! El verdadero amor entre los jóvenes entierra los sinsabores y los disgustos sin necesidad de dar explicaciones.

«De acuerdo, ¿pero cómo vencieron la altivez del padre?», seguirá preguntando el lector… Muy fácilmente, también… Unas palabras de la reina y las dignidades y honores que llovieron sobre Jacinta, favorita de los reyes y de la corte; además, el laúd de Jacinta tenía la virtud de doblegar el corazón más duro y el ánimo más turbio.

«¿Y qué pasó con el laúd encantado?», seguirá preguntando el lector. Bien, pues esto sí que es interesante; prueba, además, la veracidad de esta historia… El laúd permaneció en la familia, hasta que un día desapareció… Se cree que se lo llevó el gran cantante Farinelli, celoso de la victoria de Jacinta pues oscureció su fama… A la muerte de Farinelli, en Italia fue pasando de mano en mano, las cuales, ignorantes de sus mágicos poderes, fundieron la plata y le cambiaron las cuerdas por las de un viejo

violín de Cremona… Esas cuerdas conservan aún algo de su encantamiento… Al oído te diré una cosa, lector, pero no la cuentes por ahí… El viejo violín de Cremona embelesa y embruja en nuestros días al mundo entero… ¡Es el violín de Paganini!

Leyenda de las dos estatuas discretas

V ivió un tiempo en unas dependencias de la Alhambra un hombrecillo llamado Lope Sánchez, jardinero feliz como un saltamontes, que se pasaba el día cantando. Era el alma, la vida de la fortaleza; cuando acababa de trabajar tomaba asiento en uno de los bancos de piedra de la explanada, rasgueaba la guitarra y cantaba coplas en honor del Cid, de Bernardo del Carpio, de Hernando del Pulgar y de otros héroes españoles, cosa que encantaba hasta la emoción a los soldados veteranos de la fortaleza. En otras ocasiones cambiaba el tono y se iba, más alegre, a los boleros y fandangos que tanto gustaban de bailar las muchachas.

Como suele ser común en los hombres bajitos, Lope Sánchez tenía por esposa a una mujerona que podía habérselo metido tranquilamente en la bolsa de su delantal; pero, contra lo que es corriente en los pobres, su prole era escasa; tanto, que solo alcanzaba al primer hijo, o hija, mejor dicho, que por los días en que transcurre esta historia tenía doce años. Sanchica, la llamaban, y era una niña de ojos muy vivos y muy negros, de tan buen carácter como su padre, que se desvivía por ella. Mientras Lope cuidaba de los jardines, Sanchica retozaba a su lado, bailaba al son de la guitarra, y en la compañía del padre corría y saltaba como un cervatillo por los claustros entonces en ruinas de la Alhambra.

Fue la víspera de San Juan y la gente ociosa de la Alhambra, hombres, mujeres y niños, se dirigió de noche al Cerro del Sol, que se alza sobre el Generalife, para pasar allí la noche de fiesta. Era una noche apacible, despejada y con la nítida luz de una luna que plateaba las cúspides de las montañas y arrojaba sombras sobre las cúpulas y los campanarios de la ciudad, haciendo de la vega una suerte de país de las hadas con arroyos igualmente plateados que refulgían en su discurrir por el bosque oscuro. También los que vivían en las aldeas vecinas acudían a pasar la noche de San Juan en las colinas y en los cerros de la comarca, y encendían hogueras que en la vega y alrededor de las faldas de las montañas llameaban pálidamente bajo el imperio de la luz de la luna. En el Cerro fueron muchos los que pasaron la noche con gran alegría, bailando a los sones de la guitarra de Lope Sánchez, un hombre especialmente feliz cuando se celebraban fiestas populares, de las que era el rey indiscutible. Mientras bailaban y cantaban los vecinos, Sanchica y unas amigas se alejaron hasta las ruinas de

un antiguo bastión morisco que coronaba la montaña. Allí se pusieron a recoger piedrecillas del suelo, y en el foso se encontró Sanchica una pequeña mano de azabache con el puño cerrado y el dedo pulgar asegurando el puño, un bonito adorno… Feliz por su hallazgo, corrió Sanchica hasta donde se encontraba su madre para enseñárselo; naturalmente, la pequeña mano de azabache se convirtió al momento en objeto de admiración y de conversaciones de aquellas buenas gentes, aunque todos contemplaban el adorno, un colgante, con cierta prevención supersticiosa.

—Tira eso todo lo lejos que puedas —dijo uno—; es un amuleto moro y te traerá mala suerte porque es maléfico…

—No hagas caso —dijo otro—; llévalo mañana al Zacatín y verás qué bien te lo pagan…

En esas estaban cuando se acercó al corrillo un veterano que había servido en África, de tez semejante a la de un moro, y tomó la mano de azabache para examinarla con mucha atención.

—He visto muchas iguales entre los de la berbería —dijo al fin—; tiene poderes contra el mal de ojo y toda clase de hechicerías y encantamientos. Enhorabuena, amigo Lope, porque tu hija será bienaventurada en adelante…

Nada más oír aquellas palabras, la mujer de Lope ató la manita de azabache a una cinta y la colgó del cuello de su hija.

Aquel talismán, como lo llamaron todos después de escuchar al soldado, incitó leyendas moriscas en la imaginación de las gentes. Se acabó así la danza, se sentaron en grupos y se pusieron a contar leyendas que se habían ido refiriendo las familias del lugar de generación en generación. Algunos de aquellos cuentos hablaban de maravillas que ocurrieron en el mismo cerro donde celebraban la festividad de San Juan, historias, por lo demás, en las que se aseguraba que allí moraban distintos duendes. Una vieja lugareña se entretuvo con mucho deleite haciendo la descripción fabulosa del palacio subterráneo que decía se hallaba en las entrañas del cerro y en el que estaban enterrados Boabdil y sus cortesanos.

—Entre aquellas ruinas —decía la comadre señalando con su dedo unas murallas desmoronadas y unos terraplenes— hay un pozo muy hondo que baja y baja hasta el propio corazón de la roca… ¡No me atrevería yo a mirar por su brocal aunque me diesen todo el dinero que hay en Granada! Hace muchos años, tantos que ya no se sabe cuándo pasaron, un pobre pastor de la Alhambra, que solía llevar su rebaño a esa parte de la montaña, bajó al pozo para salvar a un cabritillo que se le había caído… Salió espantado, contando tales cosas que todos creyeron que se había vuelto loco… Y en verdad que no hacía más que desvariar desde aquel día; tenía los ojos que parecía que se le iban a saltar y contaba que veía fantasmas, los fantasmas moros del pozo que le habían perseguido… Nadie podía convencerlo de que llevara de nuevo su

ganado a la montaña, pero un día cedió, lo hizo y no se le volvió a ver… Ramoneaban sus cabras por las ruinas moras mientras varias partidas lo buscaban… Solo encontraron, cerca del pozo, su sombrero y su capa… De él, ni rastro.

La pequeña Sanchica oyó aquel relato con suma atención, sin tomar aliento… Era de naturaleza muy curiosa y de inmediato sintió la necesidad de asomarse al pozo maldito… Se alejó sin que la vieran las otras niñas, marchó hacia las ruinas, y después de caminar a tientas por aquellos oscuros parajes, dio con una hoya cerca de la ceja de la montaña, donde se inicia el declive que conduce al valle del Darro. Justo en el centro de la hoya estaba el brocal del pozo.

Se adelantó Sanchica y miró hacia abajo, pero nada pudo ver porque estaba oscuro, negro como la pez, y sugería una profundidad espantosa. Sintió que se le helaba la sangre entonces y dio unos pasos atrás, dispuesta a alejarse; pero pudo más la tentación, se aproximó de nuevo, se asomó otra vez… Y volvió a retirarse. Así varias veces. El mismo miedo que le inspiraba el hoyo deleitaba la curiosidad de la niña. Al fin se armó de valor y acercó una piedra grande, con los manos y con los pies, hasta el pozo. La dejó caer. Todo fue silencio durante un buen rato; al cabo, oyó Sanchica que la piedra chocaba contra la roca, y que rebotaba de un lado a otro haciendo el mismo ruido que los truenos… Un rato más y oyó que caía en el agua para que de nuevo se hiciera un silencio absoluto. No duró mucho. Tuvo la niña la sensación de que algo cobraba vida en el interior del pozo; primero fue un murmullo, que subía como el zumbido de una colmena, y después un auténtico clamor, para concluir en abierta confusión de voces de una muchedumbre distante, alzada en armas… Y clarines y tambores… Parecía como si la tierra albergara en sus entrañas un ejército dispuesto a entrar en combate.

Ni llorar podía la pequeña Sanchica de tanto miedo como sentía y corrió hasta sus padres… Ya se habían ido del cerro, y con ellos todos los demás. Se consumían las hogueras, apenas salía de ellas una débil espiral de humo; tampoco había hogueras en las colinas próximas, ni en sus faldas, ni en la vega; todo parecía en calma. Temerosa, gritó la niña para llamar a sus padres y a sus amigas, pero no obtuvo respuesta. Corrió para bajar del cerro, cruzó los jardines del Generalife, llegó a la alameda de la Alhambra, y tomó entonces asiento en un banco de piedra, en un bosquecillo apartado, para recobrar el resuello. Dieron las doce de la noche en la torre de la fortaleza y la tranquilidad era absoluta. Parecía dormir la naturaleza toda, salvo una escondida corriente de agua que semejaba afanarse en susurrar su presencia bajo los árboles de ramas que se entrelazaban en el aire. Cansada, arrullada tan dulcemente por el rumor del agua, se iba quedando dormida Sanchica cuando la puso en alerta un resplandor que se veía en la distancia… Era una formación de guerreros moros que marchaban por la falda de la montaña y por las frondosas alamedas, armados unos con lanza y escudo, otros con cimitarras y hachas, y todos con sus corazas de las que

parecía extraer relámpagos la luz de la luna. Piafaban los caballos, pero sus cascos, como si estuvieran forrados con fieltro, no alteraban el silencio de la noche. Tampoco hablaban los jinetes, inmóviles en sus monturas y pálidos como la propia muerte. Iba entre ellos, cabizbaja y ausente, también a caballo, una hermosa joven de largas trenzas rubias, con pendientes y corona engastados en perlas. Su palafrén enjaezado en terciopelo verde bordado en oro precedía a un séquito de cortesanos, igualmente mudos pero vestidos ricamente y tocados con turbantes de todos los colores. Y en medio, montando un airoso caballo de batalla, el rey Boabdil luciendo su corona de brillantes y su manto claveteado de joyas.

Reconoció de inmediato Sanchica a Boabdil el Chico por su barba gris, pues lo había visto en los retratos del Museo del Generalife. Sus ojos, asombrados y admirados ante la comitiva real que tan silenciosamente iba dejando atrás la arboleda, y aunque sabía bien que el rey, y sus cortesanos y sus guerreros, tan pálidos, espectrales y silenciosos, no eran de este mundo sino una aparición mágica, lo contemplaba todo sin miedo, segura del influjo del misterioso talismán, de la mano que colgaba de su cuello.

La cabalgata pasó al fin, mas Sanchica, al instante, la siguió en su marcha hacia la Puerta de la Justicia, que estaba abierta de par en par; los centinelas, viejos e inválidos, dormían profundamente tumbados en los bancos de piedra de la barbacana, acaso bajo los efectos de un hechizo, y la procesión fantasmal pasó siempre en silencio, en actitud triunfal, con sus banderas y estandartes desplegados. Siguió la niña caminando tras la cabalgata. Y grande fue su sorpresa cuando así llegó, tras la cabalgata, hasta un hoyo en el suelo que se extendía más abajo de los cimientos de la torre; valiente, Sanchica siguió caminando por aquel paso subterráneo y a no mucha distancia de la entrada vio veinte o treinta escalones hechos en la dura roca, por los que siguió hasta acceder a un pasaje abovedado, con lámparas de plata de cuya luz se desprendía una muy agradable fragancia. Siguió caminando Sanchica, cada vez más entusiasmada con lo que iba descubriendo, y así llegó a un gran salón abierto en el mismo seno de la montaña, amueblado a la usanza árabe, con todo el lujo y esplendor, repleto de candelabros de plata y de cristal. Vio en una cómoda otomana a un anciano con los ojos entornados, de largas barbas y con un báculo en una mano que parecía a punto de caérsele, y a su lado a una hermosa española, con una diadema de brillantes y una lira de plata en las manos. Recordó entonces Sanchica la leyenda tantas veces oída de la princesa goda encerrada en el corazón de una montaña por un sabio árabe al que la cristiana dormía con las mágicas notas de su lira. Mas también el fantasma vio a Sanchica, maravillándose de encontrarse con un ser mortal en el salón encantado.

—¿Es acaso la noche de San Juan? —preguntó a la niña.

—Sí —dijo Sanchica.

—Entonces, esta noche, y solo por esta noche, queda deshecho el conjuro que me hechizó —dijo la cristiana exhalando un suspiro—. Como tú, niña, soy cristiana; pero así como tú eres libre, yo me veo sometida por toda la eternidad a un poder mágico. Toca estos grilletes que me tienen presa con tu talismán mágico y seré libre al menos por unas horas.

Abrió entonces la princesa su vestido y mostró a la niña un ancho cinturón de oro y una cadena también de oro, que pendiendo del cinturón terminaba en sus tobillos presos. No dudó Sanchica en poner su manita mágica de azabache sobre el cinturón y cayó de inmediato al suelo la cadena. El ruido de la cadena despertó al anciano, que se incorporó en el diván frotándose los ojos; pero punteó levemente la princesa cristiana las cuerdas de su lira y de nuevo volvió a caer el viejo en duermevela, y de nuevo parecía a punto de caérsele el báculo.

—Toca ahora su báculo con tu talismán —pidió la princesa a la niña.

Lo hizo Sanchica y el anciano cayó entonces en un sopor profundo y el báculo se le fue de la mano al suelo con estrépito. Acercó la princesa cristiana su lira a la frente del viejo sabio que la tenía hechizada, y haciendo vibrar las cuerdas de su instrumento delicioso comenzó a implorar con voz muy sentida:

—¡Oh, espíritu de la armonía, esclaviza sus sentidos hasta que luzca de nuevo el sol del nuevo día!

Después, dirigiéndose a Sanchica con la voz muy dulce, le pidió:

—Sígueme, bondadosa niña, y podrán así contemplar tus ojos la Alhambra, no la de hoy, sino la Alhambra que fue en tiempos de gloria… Tu mágico talismán te permitirá ver encantamientos que ni soñados verías…

Sanchica siguió silenciosa a la dama, que la llevó rápidamente por la entrada hasta la Puerta de la Justicia, y después a la Plaza de los Aljibes, que es como decir al campo que hay en el interior de la fortaleza. Todo estaba lleno de tropas moriscas, de infantes y de jinetes armados, en formación de escuadrones y con sus banderolas desplegadas. En el portal, la escolta real y los esclavos negros llevados de África empuñaban sus cimitarras, todos en absoluto silencio. Sanchica pasó por entre las filas de guerreros sin el menor temor, siguiendo siempre los pasos de la princesa cristiana; mas no pudo por menos que sorprenderse al entrar en el soberbio palacio, a pesar de que tan bien lo conocía por haber jugado allí desde sus primeros años. La luna llenaba de luz los salones, los patios y los jardines como si fuera luz diurna, pero todo presentaba un aspecto muy distinto al que de común veía Sanchica. No estaban ahora raídas las paredes forradas de seda de los aposentos, ni había telarañas en el techo, sino riquísimas sedas de Damasco; además, los arabescos y las molduras doradas ofrecían todo el esplendor de su antigua belleza; los salones, en lugar de la desnudez pobre que Sanchica veía a diario, tenían divanes y otomanas bordados con las más finas perlas del Oriente; manaban los surtidores en las fontanas de los patios y había

actividad en las cocinas, en las que docenas de espectros preparaban no menos espectrales viandas, aves fantasmagóricas… Veía Sanchica ir de un lado a otro a la servidumbre con bandejas de plata llenas de dulces y de exquisitos bocados; todo lo más propio, en fin, para un festín real.

En el Patio de los Leones, guardias y alfaquíes hacían su ronda, como en los más prósperos años del imperio musulmán, y Boabdil ocupaba su trono en la Sala de Justicia rodeado de su corte y empuñando un cetro que solo habría de durarle aquella noche en que la libertad y la quimera vencían los conjuros del embrujamiento. Seguía sin dejarse sentir una sola voz, ni una sola palabra, no obstante aquella multitud allí congregada; nada alteraba el silencio de la noche, solo roto por el rumor del agua en las fuentes, lo que hacía más impresionante, más solemne, cuanto podía contemplarse.

Sanchica, igualmente muda, pero de asombro, seguía en todo momento a la princesa cristiana, y así llegó al portal que conduce a las galerías abovedadas abiertas bajo la Torre de Comares; allí, a cada lado del portal, se alzaba la figura de una ninfa esculpida en alabastro con la cabeza vuelta hacia un lado y la vista fija en el mismo punto. Se detuvo entonces la princesa hechizada, y apretando contra su pecho a Sanchica, le dijo:

—Aquí está el gran secreto que voy a revelarte, para darte así las gracias por tu valor y tu fidelidad… Estas dos estatuas que, discretas en su actitud, aquí ves, guardan un tesoro oculto en este paraje desde tiempos inmemoriales por un rey moro; dile a tu padre que se fije en la dirección que señalan los ojos de las ninfas y se convertirá en el hombre más rico de Granada. Bastarán tus manos inocentes, llevadas por la gracia del talismán que posees, para adueñarte del tesoro. Pero deberás pedirle a tu padre que no malgaste esa fortuna, y que emplee parte de su riqueza en rezar misas por mi alma, para que pueda liberarme de este diabólico hechizo que me posee.

Tras decir estas palabras llevó la dama a Sanchica hasta el Jardín de Lindajara, apartado del pasaje que guardaban las estatuas. La luna se reflejaba sobre las aguas de la fuente solitaria que hay en el centro del jardín y expandía su luz amable sobre los naranjos y los limoneros. La princesa cristiana arrancó de un seto una rama de mirto, hizo con ella una corona y la puso en la cabeza de la niña.

—Que te sirva esta corona —le dijo— como recuerdo de lo que te he revelado y como testimonio de la verdad de mi secreto. Llega ya mi hora y he de regresar al salón encantado… No me sigas ahora, si no quieres que caiga sobre ti la malaventura… ¡Adiós, linda niña! No olvides el favor que te he pedido… Decid misas por la salvación de mi alma…

Mientras pronunciaba sus últimas palabras, la dama se adentraba por un oscuro corredor a través del cual fue hasta el paso subterráneo que había bajo la Torre de Comares. Sanchica no volvió a verla.

El viento llevó entonces desde el valle del Darro el canto del gallo, pues asomaba un rayo de sol, aún débil, por las montañas del Oriente. El viento agitaba las ramas de los árboles y con no menos fuerza sacudía las puertas y las hojas de las ventanas de los abandonados salones en ruinas de la Alhambra. Volvía Sanchica a los lugares que poco antes contemplara encantados, libres ahora de la presencia espectral de Boabdil y su corte. El ocaso de la luna alumbraba galerías y salas, que ya no tenían, empero, el luminoso esplendor con que las habían visto los ojos de la hija de Lope Sánchez; ahora, los murciélagos, como si desearan demostrar la obra destructora del paso del tiempo, revoloteaban en la incierta claridad de las bóvedas y las ranas croaban en los estanques de agua pútrida.

Subió Sanchica por una escalera larga para dirigirse a donde moraban sus padres, unos aposentos sin barras ni cancelas pues el bueno de Lope Sánchez no tenía que defender su pobreza. Se echó a reposar Sanchica en su pobre jergón, y guardando bajo la almohada la corona que le dio la princesa cristiana se quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, a hora temprana, despertó para contar a su padre de inmediato cuanto le había ocurrido. A Lope Sánchez le pareció solo un sueño, una ilusión infantil, y rio de buena gana de la credulidad de la niña, marchándose a trabajar en los jardines… Sanchica, sin embargo, se presentó al poco ante su padre mostrándole la corona de mirtos.

—Papá, mira la corona que puso en mi cabeza la dama de anoche…

Lope Sánchez quedó atónito ante lo que veía; las hojas de mirto no eran tales, sino esmeraldas, y el tallo de oro purísimo. Como jamás había poseído joyas ignoraba el jardinero el auténtico valor de aquello, pero se convenció de inmediato de que cuanto le había referido la niña no era un sueño, sino una realidad, y además provechosa… Así, pidió a Sanchica que guardase el más escrupuloso silencio sobre el prodigio, de lo que, no obstante, no tenía la menor duda, puesto que la niña era muy discreta, a pesar de su edad y de su sexo… Pronto estuvo ante las dos ninfas de alabastro; observó el jardinero que ambas, aun hallándose a cada lado, miraban al mismo punto, vuelta la cabeza hacia el portalón. El jardinero, que no hacía más que admirarse de tan ingeniosa manera de guardar un secreto, trazó una línea desde los ojos de las estatuas al punto donde miraban, hizo una señal en la pared y se retiró.

Todo el día, sin embargo, anduvo Lope Sánchez distraído de sus tareas, solo pensaba en aquel enigma. Una y otra vez, sin poder evitarlo, pasaba frente a las estatuas, temeroso además de que alguien descubriera el escondite del tesoro. En cada uno que pasaba por allí creía tener un competidor y se echaba a temblar. Hubiera dado lo que fuese por volver hacia el lado contrario las cabezas de las ninfas, sin reparar en que llevaban siglos así, mirando hacia el mismo lugar sin que nadie se hubiera preguntado el porqué.

«Que la peste se las lleve —se decía—; ¿es esa manera de guardar un secreto?»

Pero de inmediato se arrepentía, y disimulando su turbación se alejaba para evitar la menor sospecha acerca de sus intenciones, sobre todo si alguien se acercaba… No obstante, apenas volvía a quedarse solo volvía ante las estatuas, expectante. «Ahí las tenemos —se decía—, mirando y venga a mirar a donde no debieran hacerlo… Claro, indiscretas, como mujeres que son, al fin y al cabo… Y como no tienen lengua para darse a la cháchara y decírselo a todo el mundo, pues lo cuentan todo con la mirada…»

La noche, empero, lo llenó al fin de paz. Salió de la Alhambra al fin el último de los extraños, aseguró el jardinero el portalón con sus llaves y con sus barras, y volvieron a enseñorearse del solitario palacio las lechuzas, los murciélagos y el croar de los sapos y de las ranas.

Esperó Lope Sánchez, sin embargo, a que la noche avanzara para aventurarse con Sanchica por la galería que vigilaban las estatuas. Como siempre, miraban enigmáticamente al punto donde estaba oculto el tesoro.

—Con vuestro permiso, hermosísimas damas —les dijo Lope Sánchez—, voy a pasar para libraros de tan pesada carga como os abruma y turba vuestros pensamientos desde hace dos o tres siglos…

Se dirigió sin la menor vacilación al lugar donde había hecho la marca, picó en la pared y pronto descubrió un nicho en el que había dos jarrones de porcelana. Intentó hacerse con ellos pero no pudo ni moverlos un poco… Los tocó entonces Sanchica con su talismán, y así los pudo recuperar Lope… Estaban llenos de monedas moriscas de oro, y de joyas y piedras preciosas… Antes de que amaneciera se alejó el jardinero de las estatuas, que seguían con la vista fija en el nicho, y marchó con la niña hasta donde moraban.

Así se hizo Lope Sánchez inmensamente rico de la noche a la mañana, lo que hizo que, como todos los ricos, tuviera que adoptar en adelante infinitas precauciones, a las que no estaba acostumbrado… ¿Cómo poner a salvo tamaña fortuna? ¿Cómo gozar de ella sin levantar sospechas? Nunca antes había temido a los ladrones, pero, ahora… Sentía pavor en su casa insegura. Puso barras en las puertas y en las ventanas. Mas, a pesar de tantas precauciones, no lograba dormir por las noches y dejó de ser el hombre alegre y despreocupado que todos conocían; ya ni cantaba ni tocaba su guitarra; ya no gastaba bromas ni hacía chanzas con sus amigos; era, por el contrario, el más triste y consumido de los habitantes de la Alhambra. Naturalmente, un cambio semejante no podía pasar inadvertido a los otros, que lo compadecieron al principio, por no saber a qué se debía su actitud de ahora, y que después lo abandonaron por creer que su tristeza y avinagramiento se debían a que le eran cada vez más escasos los medios de vida y que en cualquier momento les pediría ayuda… Nadie sospechaba que su calamidad se debía, precisamente, a que era rico.

También su mujer participaba de aquella amargura, mas se consolaba santamente… Quizás debiéramos haber mencionado antes que, como Lope Sánchez era un hombre bajito, su mujer lo consideraba igualmente corto de inteligencia, por lo que era menester que consultara todos los asuntos de su casa con su confesor, Fray Simón, un franciscano fuerte y vigoroso, de anchas espaldas, con la cabeza grande y redonda, de luengas barbas y buen confortador espiritual de las comadres de la Alhambra, así como de unos cuantos conventos de monjas. Todas ellas, sin excepción, le recompensaban con regalos, tan frecuentes como sus confesiones, a base de confituras, bizcochos, licores de especias, cosas, en fin, que restituían al fraile sus fuerzas y el vigor necesarios tras las vigilias y los ayunos.

Fray Simón medraba así de bien, pues, en el ejercicio de su ministerio… Su piel grasienta brillaba bajo el sol cuando subía fatigosamente la cuesta de la Alhambra los días de calor sofocante, mas a pesar de verlo así de lustroso, y a pesar de que el nudoso cíngulo franciscano que tenía a la cintura, de tan orondo como era el hombre, le caía hasta las rodillas, todos le tenían por ejemplo de austeridad y de buen penitente, incluso exagerado en las disciplinas. Ante él todos se quitaban el sombrero, reverenciosos, y hasta los perros aullaban su respeto en cuanto se dejaba sentir el olor a santidad que despedían sus hábitos.

Así era Fray Simón, el consejero espiritual de la honesta esposa de Lope Sánchez; y como el confesor suele ser en España el mayor confidente de las mujeres, no pasó mucho tiempo antes de que supiera el fraile, comunicada en secreto de confesión pero con todos los pormenores, la historia del tesoro… Mientras la mujer hablaba y hablaba, el fraile se hacía todo oídos y no paraba de santiguarse.

—Hija mía —dijo al fin tras una pausa—, debes saber que tu marido ha cometido un doble pecado, un pecado contra la iglesia y otro contra el Estado… Ese tesoro pertenece a la Corona, por haber sido hallado en sus reales dominios, y por ser riqueza de infieles, rescatada de las meras garras de Satán, debe pasar de inmediato a las autoridades eclesiásticas… Yo trataré de arreglar buenamente el asunto, sin que sufra tu marido quebrantos… Tráeme aquí esa corona de joyas…

Cuando tan buen fraile vio la corona se le abrieron aún más los ojos, ante el tamaño y la hermosura de las esmeraldas.

—Por ser estas las primeras joyas de ese tesoro, hay que destinarlas a fines piadosos —dijo—. Así, pues, la pondré en ofrenda votiva ante la imagen de nuestro San Francisco, y esta noche rezaré fervorosamente para que tu marido tenga una apacible posesión de sus riquezas.

El buen fraile confortó así a la mujer de Lope Sánchez, que se sintió mucho más tranquila sabiéndose en paz con el cielo, y el fraile, metiendo apresuradamente la corona en sus faltriqueras, partió solemnemente hacia su convento.

Cuando Lope acabó de faenar en los jardines, le contó su esposa lo que había hecho… El pobre hombre estuvo a punto de perder el juicio, pero se contuvo porque temía a su mujer.

—¿Qué has hecho, mujer? Tu charlatanería lo ha echado a perder todo… ¡Eso nos han traído tus idas al, confesionario y las venidas del fraile a esta casa!

—¿Cómo? —rugió la esposa—. ¿Acaso te atreves a prohibirme que descargue mi conciencia en la confesión?

—No, esposa mía… Confiesa cuantos pecados te vengan en gana, pero el asunto del tesoro es, en todo caso, un pecado mío… Y no siento ningún pesar por ello…

Todo, empero, era ya inútil; ya había sido desvelado el secreto; en realidad, ya no era un secreto… Era como agua que riega la tierra seca y pedregosa… Todo quedaba a expensas, pues, de la discreción o no del fraile…

Al día siguiente, mientras Lope Sánchez se encontraba fuera, acudió hasta su casa Fray Simón, que llamó quedamente a la esposa del jardinero, simulando una humildad infinita.

—Hija mía —saludó a la esposa de Lope—, he rezado fervorosamente a San Francisco y creo que ha escuchado mis súplicas… Dormía yo la pasada noche cuando se me apareció en sueños, y muy serio, incluso un poco severo, me dijo así: «¿Por qué rezas para que ese hombre conserve su tesoro de infieles, sabiendo como bien lo sabes que mi capilla es pobre? Ve raudo a la casa de Lope Sánchez y pide en mi nombre parte del oro morisco e infiel para ponerme candeleros que luzcan en el altar mayor… Y que goce él en paz del resto de su fortuna…»

Cuando la pobre mujer oyó lo que le decía el fraile, tomó posesión de ella un temor reverencial; se dirigió temblorosa al lugar donde su esposo guardaba el dinero, llenó una talega de cuero con monedas de oro, y no menos temblorosa salió a entregársela al fraile… Colmó luego Fray Simón a la mujer de tantas bendiciones, que a buen seguro nada tenía que temer el pobre Lope Sánchez, pues según lo dicho por el fraile se había ganado el cielo su familia por generaciones y más generaciones. Guardó el fraile la talega llena de oro en el bolsón de la manga del hábito, cruzó las manos sobre el pecho, y así de sumiso y modesto se alejó.

La indignación de Lope Sánchez fue mayor cuando su esposa le puso al corriente de lo sucedido.

—¡Qué desgracia la mía! —gritaba el pobre hombre—. ¿En qué iré a parar si me van robando poco a poco? ¡Al final tendré que salir a pedir limosna!

Para aplacarlo, la mujer trataba de hacerle ver que aún le quedaban riquezas incontables y que el propio San Francisco había sido generoso con él, pues se contentó con una mísera cantidad.

Mas, para desventura del pobre jardinero, Fray Simón ayudaba con los provechos que le deparaba su celo religioso a una buena cantidad de parientes necesitados, a

media docena de rollizos huérfanos bien atendidos y a otra media docena de expósitos, que, sin que se supiera por qué, estaban al cuidado del religioso… Menudearon sus visitas a la mujer del jardinero, hoy por el amor de Santo Domingo, mañana por el amor de San Andrés, después por Santiago… hasta que logró desesperar al infeliz Lope, que dio en pensar que solo hallaría paz quitándose de encima al insaciable fraile, al que aún le faltaban por invocar unos cuantos santos más de los que trae el calendario. Decidió, así las cosas, guardar de noche en un escondite lo que le quedaba del tesoro, mientras pensaba en una ciudad a la que mudarse con su familia.

Compró una mula grande y fuerte, que ató en una bóveda subterránea de la Torre de los Siete Pisos, en el mismo lugar donde según era tradición moraba un caballo, Velludo, del que había tomado posesión un espíritu diabólico y que a la llegada de la medianoche galopaba enloquecido por las calles de Granada para escapar de una jauría de sabuesos rabiosos huidos de los infiernos. Lope Sánchez no tomaba muy en cuenta tal superstición, pero se aprovechó del temor que infundía en el ánimo de las gentes, pensando que nadie osaría entrar en aquellas temibles caballerizas subterráneas del caballo fantasma. Durante el día hizo salir a su familia, diciendo que lo esperasen en una aldea a medio camino de la vega, y aguardó Lope la llegada de la noche en la Alhambra; después, cuando se hizo la oscuridad, llevó el tesoro a la cueva donde había atado la mula, que cargó convenientemente, y con mucho cuidado descendió después por el camino polvoriento.

El buen Lope lo había hecho todo con el mayor sigilo y total cuidado, no diciendo ni palabra de lo que pretendía a nadie, salvo a su esposa… No se sabe cómo, acaso por alguna revelación milagrosa, el fraile, empero, se enteró de todo y comprendió que se le iba el tesoro… Resolvió al instante urdir alguna estratagema para que no se le escapara aquello que tan beneficioso resultaba a su convento. Cuando las campanas dieron el toque de ánimas y todo estaba en calma en la Alhambra, salió a hurtadillas Fray Simón de su celda conventual, bajó hasta la Puerta de la Justicia, se agazapó entre los rosales y los setos de la alameda, y esperó así el paso del jardinero, contando los cuartos que sonaban en el reloj de la atalaya, y oyendo el graznido de los búhos y el ladrido de los perros de los gitanos desde la distancia de sus cuevas.

Al fin percibió lejano el ruido de unos cascos, comenzó a frotarse las manos el fraile ante la inminencia de la añagaza que ya había pensado para sorprender al jardinero. Se remangó los hábitos, empezó a deslizarse poco a poco, como un gato dispuesto a saltar sobre un ratón, aguardó el instante justo en que mejor pudiera manifestarse, y así, cuando su presa pasaba frente al lugar donde se había escondido, salió, puso una mano en el lomo del animal y otra en la grupa, dio un salto digno del mejor profesor de equitación y cayó a horcajadas sobre la bestia.

—¡Ajajá! —dijo el fraile—. Ahora veremos quién gana al final la partida…

Apenas había dicho aquello, empezó la bestia a pegar saltos y a tirar coces, lanzándose finalmente cuesta abajo, desbocada. Intentó dominarla el fraile, pero fue en vano porque el animal iba de roca en roca, de zarza en zarza, haciéndose así jirones el hábito del religioso, que el viento se llevaba… Su tonsura, por lo demás, no hacía sino recibir coscorrones y más coscorrones al darse de cabeza contra las ramas bajas de los árboles y hasta con algún tronco… Para colmo, para que aún fuese mayor el espanto del fraile, vio que una jauría de perros de presa, que ladraban furiosamente, perseguían a su montura… Supo Fray Simón entonces que se había montado en el temible Velludo.

La cosa ya no tenía solución. A lomos de Velludo iba el fraile por la avenida, por la Plaza Nueva, por el Zacatín, por la Bibarrambla. Nunca hubo cazador ni perro de presa que se sometiera a correría tan furiosa. En vano invocaba el fraile la ayuda de la Virgen y de los santos del calendario… Cada vez que mencionaba un nuevo nombre del santoral, parecía espolear a Velludo, que botaba salvajemente como si pretendiera alcanzar el tejado de las casas. Todo lo que obtuvo el fraile de tan aciaga noche fue un susto de muerte y el cuerpo molido a golpes de la cabeza a los pies.

Se oyó al fin el canto del gallo. Al oírlo, el caballo fantasma dio media vuelta y volvió a galope hasta su torre… Otra vez cruzó la Bibarrambla, el Zacatín, la Plaza Nueva, la avenida de las fuentes… Y otra vez los sabuesos aullando, ladrando, tirando dentelladas furiosas a las pantorrillas y a los talones del aterrorizado religioso… Brillaba el primer rayo de sol cuando Velludo alcanzó la torre. Se puso de manos para tirar lejos de sí, de una vez por todas, al fraile; se metió después en la querida oscuridad de sus caballerizas subterráneas, seguido siempre por la jauría endemoniada, y al ruido y el estrépito anterior sucedió una calma plena que parecía imposible a Fray Simón.

¿Hubo alguna vez un santo fraile que sufriera jugarreta tan diabólica? Un campesino que iba a su faena apenas comenzaba a despuntar el día vio al infortunado fraile tirado bajo una higuera, al pie de la torre, tan magullado y tan tronchados unos cuantos de sus huesos que ni moverse podía… Y tan enloquecido, que cuando intentaba hablar no salían de su boca más que desvaríos… Lo llevaron con sumo cuidado a su celda y corrió de inmediato por la Alhambra la nueva de que el buen fraile había sido asaltado y molido a palos por una partida de ladrones… Dos días pasaron hasta que recobró el uso de sus miembros, tiempo en el que se consolaba pensando que, aunque el caballo y sus riquezas se le habían ido, al menos tenía una parte del tesoro del infiel consigo, la que le dio la esposa del jardinero. Apenas pudo levantarse y caminar, lo primero que hizo fue levantar su jergón, bajo el cual había escondido la corona de esmeraldas y la talega con más monedas de oro que tan sabiamente obtuvo de la mujer de Lope Sánchez… Y a punto estuvo de desmayarse cuando vio que la corona lo era, pero de marchitos arrayanes, y que en la talega no había más que piedras y arena. Afligido, Fray Simón fue, empero, discreto; a nadie contó una palabra de lo que en verdad le

había pasado, pues descubrir el secreto era como exponerse al ridículo más espantoso y al castigo de sus superiores… Muchos años después, en su lecho de muerte, reveló a su confesor, sin embargo, la trágica aventura a lomos de Velludo.

Nada se volvió a saber de Lope Sánchez en la Alhambra durante mucho tiempo… Por lo mismo que le recordaban con cariño sus vecinos, por su alegría y buen conformar, temían que la desesperación hubiera hecho presa en él, pues no en vano lo vieron en los últimos tiempos melancólico y acongojado a causa de lo que suponían en la Alhambra que era su miseria. Unos años después, un viejo amigo, un soldado inválido que visitaba a unos parientes en Málaga, fue atropellado por una carroza tirada por seis caballos cuando cruzaba una vereda… Se detuvo el carruaje, se apeó un digno caballero con pelucón y espada, y el soldado reconoció en él a su viejo compañero de pobreza Lope Sánchez, que celebraba aquel día la boda de Sanchica, casada con un noble del más rancio abolengo del país… Iban en la carroza los recién casados y la esposa de Sánchez, más gruesa aún que años atrás, gorda como una barrica, en realidad, tocada con plumas, con joyas por todas partes, perlas, brillantes, con sortijas en todos los dedos de las manos, como si fuera la reina de Saba… Sanchica se había convertido en una mujer espléndida, digna de ser una marquesa por la gracia y la hermosura que la adornaban, y aún más, de llegar a princesa… Junto a ella, el novio, paticorto, encorvado, de constitución enclenque; un tipo que abunda entre los aristócratas españoles, que no levantan del suelo tres codos de altura… Creo que no hace falta decir que aquella boda había sido un arreglo de la madre de la novia.

Pero no endurecieron el buen corazón de Lope las riquezas ni los halagos… Llevó a su casa al viejo soldado inválido, al que tuvo por huésped durante muchos días, tratándole como a un rey, llevándole a las corridas de toros, a los teatros… Y cuando se iba, le dio una bolsa llena de dinero, y otra más para que la repartiera entre sus viejos vecinos de la Alhambra.

Lope decía a todos que le llegaban de América las riquezas; que un hermano suyo le había dejado en herencia una mina de cobre… Pero los envidiosos y maledicentes de la Alhambra aseguraban que aquella fortuna no era sino el tesoro guardado por las dos ninfas de alabastro, que el jardinero había tenido la fortuna de encontrar.

Aún siguen las estatuas con la mirada clavada en el mismo sitio en el que Lope descubrió el nicho. Acaso por ello sigan pensando muchos que todavía quedan tesoros ocultos a la espera del aventurero que ose arriesgarse. Los más de entre los moradores de la Alhambra, sin embargo, y muy especialmente las mujeres, creen que las ninfas son un monumento imperecedero a la discreción femenina.

La leyenda del soldado encantado

T odo el mundo ha oído hablar de la cueva de San Cipriano, en Salamanca, donde en tiempos remotos enseñaba astronomía, nigromancia, quiromancia y otras artes ocultas y condenables un viejo sacristán, o por lo que decían muchos, el Diablo en persona… Hace años que la cueva quedó cerrada, hace años que incluso olvidaron las gentes su localización, mas, según la tradición, la entrada estaba donde hoy se alza una cruz de piedra, en la plazoleta del Seminario de Carvajal; una tradición, en cualquier caso, que parece corroborada por las circunstancias de la siguiente historia.

Una vez un estudiante de Salamanca, de esa clase de estudiantes alegres pero pobres que se ven obligados a recorrer los caminos de aquí para allá, sin una moneda en la bolsa, y que durante las vacaciones de cada curso mendigan de ciudad en ciudad y de aldea en aldea para sacar el dinero que les permita continuar sus estudios. Se preparaba nuestro estudiante para echarse al mundo un buen día, pues, y se le ocurrió colgarse la guitarra a la espalda con la pretensión honesta de divertir con ella a las gentes y obtener así el beneplácito de los aldeanos, y lo que es más importante, comida, lecho y algunas monedas.

Cuando pasó ante la cruz de la plazoleta del seminario, se destocó respetuosamente y rezó a San Cipriano pidiéndole suerte; mas al bajar los ojos vio algo que brillaba a los pies de la cruz. Era un anillo, que recogió presto del suelo, un anillo de oro y de plaza mezclados, con un sello que tenía grabados dos triángulos que formaban una estrella… Se dice que este emblema es un signo cabalístico creado por el sabio rey Salomón, un talismán que poseía grandes virtudes contra los encantamientos y la brujería en general. Pero el estudiante no era mago ni brujo, ni siquiera sabio, e ignorante de estos asuntos se puso el anillo en el dedo, como si fuera un simple premio que San Cipriano le daba en muestra de gratitud por sus oraciones… Siguió caminando, luego de santiguarse muy devotamente, contento pues suponía que empezaba bien su jornada, e incluso comenzó a rasguear las cuerdas de su guitarra mientras andaba.

La vida de un estudiante mendicante en España no es la más miserable del mundo, en especial si es persona agradable y demuestra al menos un poco de talento para la música. Goza de la libertad de dirigirse al lugar que más apetezca, o a donde lo lleven su curiosidad, o a donde le indique una corazonada, o el simple capricho… Los curas

que ejercen su ministerio en los pueblos, la mayor parte de los cuales también mató la hambruna de semejante manera en sus días mozos, cuando fueron estudiantes, lo acogen por la noche, le dan de comer más que bien y hasta le regalan algunos cuartos, medio penique, aproximadamente, al despedirle por la mañana… Cuando un estudiante llama y pide de casa en casa por las calles de cualquier pueblo, aldea o ciudad, nadie lo despide con destemplanza ni malas palabras, ni se muestra frío e indiferente; al contrario, lo atienden, porque todo el mundo piensa que acaso algún día ese muchacho llegue a ser alguien, como tantos que empezaron así su carrera y llegaron después a ser gente importante y de provecho. Nuestro estudiante, además, era especialmente alegre y simpático; como sabía arrancar a las cuerdas de su guitarra notas muy agradables, los aldeanos le abrían de inmediato su corazón y las comadres lo recibían con la mejor de sus sonrisas.

Así vagó el estudiante de nuestra historia por medio reino, con la intención manifiesta de llegarse hasta Granada para conocerla, antes de volver a Salamanca; así, pasaba una noche en la choza de un pastor, otra en el modesto pero muy hospitalario albergue que le brindaba un labriego… En donde fuese, sentado a la entrada de cualquier casa, deleitaba a las gentes del lugar con sus coplas graciosas, o tocando fandangos y boleros que animaban a bailar a las muchachas y a los mozos cuando se hacía el crepúsculo, para cenar después, descansar lo necesario y echarse a los caminos de nuevo, a la mañana siguiente, después de despedirse con un muy elocuente apretón de manos de la hija de quienes le habían dado posada.

Al fin llegó a lo que era el objeto soñado de su musical peregrinaje, la tantas veces renombrada ciudad de Granada. Saludó maravillado sus torres moriscas, su maravillosa vega y sus montañas con nieve en las cumbres aun en el claro y sofocante verano. No menos entusiasmado paseó por las calles de la ciudad admirándose de sus muchos y hermosos monumentos orientales. Cada mujer que salía a un balcón, o que se dejaba ver tras la celosía de su ventana, era para nuestro estudiante una Zoraida o una Zelinda; cuanta dama o damisela veían sus ojos enfebrecidos por la Alameda, le hacía suponer que se hallaba ante cualquier princesa árabe, y presto ponía a los pies de la bella su capa. Como su disposición para la música era excelente, tanto como su buen humor e incluso su apostura, pronto supo granjearse buenas amistades; y sin que nadie tuviera en cuenta sus raídas ropas, fue recibido en la vieja capital mora como todo un personaje de importancia, lo que le valió para encontrar un alojamiento magnífico y ser atendido regaladamente. Uno de los lugares que con más gusto frecuentaba era la Fuente de los Avellanos, en el valle del Darro, a la que acudía desde tiempos de la dominación musulmana una gran muchedumbre para expansionarse. Era, naturalmente, el lugar más apropiado para que nuestro estudiante se entregase a la contemplación arrebatada de las bellezas femeninas de la región, algo, por lo demás, que lo dejaba encantado.

Ahí sacaba pronto la guitarra, se ponía a tocar y a cantar, y ganaba pronto la admiración de las majas y los majos que comenzaban a bailar entusiasmados y agradecidos al estudiante. A tan honesto y divertido entretenimiento se daba una tarde, cuando vio llegar a un cura, ante cuya presencia todos se levantaban y destocaban… Parecía aquel reverendo padre un hombre en perfecta armonía con la vida que imponen los hábitos, pues era sanguíneo, robusto, sudoroso… No cesaba en el reparto de maravedíes entre los mendigos, dando su limosna con un aire de superioridad indecible. Los pordioseros, agradecidos, exclamaban después:

—¡Bendito sea el padre! ¡Que Dios le guarde muchos años y ojalá lo veamos de obispo!

Para ayudarse en la subida de la cuesta, se apoyaba el padre en una joven, la que limpiaba sus aposentos y salía con él de paseo, doncella que era, desde luego, la oveja favorita del rebaño del pastor… ¡Menuda damisela! Andaluza de los pies a la cabeza, siempre con una rosa fresca en el moño, pequeños sus zapatos y caladas las medias… Andaluza en todos sus movimientos, en la menor ondulación de su cuerpo en cada paso… Andaluza en lo apetitoso de su ser carnal todo, en lo vivo y grácil de su persona… Mas, aún sí, parecía modesta e incluso vergonzosa… Atenta siempre a las palabras del padre, con los ojos bajos… Y si por casualidad alzaba la vista un segundo, o miraba disimuladamente a uno u otro lado al punto los volvía a bajar para seguir en su estar modesto y recatado.

Miró el cura condescendiente la reunión que allí se hacía alrededor del estudiante, junto a la fuente, y decidió entonces tomar asiento en un banco de piedra, mientras su doncella se apresuraba a llevarle un vaso de agua fresca, que bebió a sorbos, deleitándose, después de echar en el vaso un azucarillo, cosa que tanto gusta a los epicúreos españoles. Al devolver el vaso a su doncella, le dio una palmadita en una mejilla, en señal de amoroso agradecimiento.

—¡Ah!, nuestro buen pastor —se dijo el estudiante al contemplar la escena—. ¡Cuán dichoso sería yo en un redil con semejante ovejita por compañía!

Pero semejante dicha no parecía a él destinada… En vano desplegó aun con mayor denuedo, sus encantos, las virtudes que lo adornaban. No parecía llamar la atención ni del cura ni de su doncella. Nunca antes a buen seguro, tocó la guitarra tan bien como aquel día, ni jamás puso tal sentimiento como el de entonces en la interpretación de sus coplas. Al cura parecía no interesarle la música lo más mínimo y la muchacha no levantaba los ojos del suelo ni una sola vez… No se quedaron mucho tiempo en la fuente, porque el cura, una vez repuesto de la caminata urgió a la doncella para regresar a Granada… Y entonces, cuando se marchaban, la hermosa muchacha dirigió al estudiante una mirada hurtadillas, a medias entre el descaro y la vergüenza, que naturalmente hizo que latiera brioso el corazón del doncel.

Preguntó por ellos en cuanto se fueron. Resultó que el padre Tomás era uno de los más santos varones de Granada, hombre metódico y circunspecto, siempre puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, y la hora de levantarse, a la hora de dar un paseo que le abriese el apetito, a la hora de comer, a la hora de echarse la siesta, a la hora de jugar al tresillo con varias de las damas que habitualmente oían misa en la catedral, a la hora de cenar y a la hora de retirarse a descansar y allegarse esas fuerzas que tan necesarias le eran para al día siguiente perseverar en sus metódicas costumbres… Un mulo manso y castrado lo llevaba cuando decidía dar un paseo más largo, una cocinera ya entrada en años le preparaba muy buenos condumios, y la mocita andaluza le hacía la cama en la que reposaba y le llevaba el chocolate por las mañanas.

¡Adiós a la alegría del pobre muchacho! La mirada que le echó la doncella del cura no pudo sino desconcertarle… Ya no pudo, ni de día ni de noche, alejar de sí su recuerdo… Buscó la casa del cura, pero le pareció fuera del alcance de un mendicante de su condición. Aquel cura, además, no podía sentir la menor simpatía hacia él, pues no había sido de los que de jóvenes andan los caminos como cualquier estudiante sopista, obligado a cantar para sobrevivir. Se dedicó a pasear por la calle donde estaba la casa del cura, a contemplar de lejos a la muchacha… Aquello, empero, no hacía más que aumentar sus ansias de ella sin obtener el menor alimento para su esperanza. Decidió darle serenatas por la noche bajo su balcón, y una vez, al fin, pudo sentirse al menos contento y halagado porque vio acercarse una leve sombra blanca tras la ventana… Mas, fijó la atención en aquella silueta y vio que era… ¡el cura con su camisón y su gorro de dormir!

Nunca hubo enamorado tan ferviente y nunca hubo damisela más esquiva… Desesperaba el pobre estudiante… Llegó la víspera de la festividad de San Juan, cuando las gentes de Granada salen de romería y cantan y bailan por la tarde, y pasan la noche en las riberas del Darro y del Genil. Gentes felices que se refrescan la cara en esas aguas cuando las campanas de la catedral dan las doce, porque en ese preciso momento, según la tradición, poseen las aguas de ambos ríos la virtud de embellecer a quien se lava con ellas. El estudiante, como no tenía cosa mejor que hacer, se dejó llevar por la alegría bullanguera de la muchedumbre hasta el estrecho valle del Darro, bajo las montañas y las purpúreas torres de la Alhambra. El lecho seco del río, en aquella parte, los pedruscos que lo rodeaban, los jardines de las azoteas que allí cuelgan, todo, en fin, estaba lleno de grupos de gente que danzaba y bailaba bajo los emparrados y las higueras, al compás de las guitarras y las castañuelas.

El estudiante, sin embargo, estaba triste, amurriado… Sentándose, apoyó la espalda en uno de los enormes granados de piedra que adornan los extremos del puente del Darro y desde allí se entregó a la contemplación de la algarabía feliz de la gente, dividida en su mayor parte en parejas, lo que le hizo suspirar lamentándose de estar solo, víctima de una suerte de mal de ojo que le hubiera echado aquella damisela

tan encantadora como esquiva… Dio en pensar entonces que su pobre vestimenta, sucia y rota, por lo demás, sería a buen seguro la causa de que se le cerraran las puertas de su esperanza.

Poco a poco, sin embargo, y en tanto se daba a tales conjeturas, fue atrayendo su atención un hombre, solo como él, que parecía hacer guardia en el granado de piedra del lado opuesto al que servía de apoyo al estudiante… Era un soldado alto, de barba gris, de rostro curtido y bronceado, de aspecto rudo, con armadura española, adarga y lanza, que parecía una estatua… Lo que más sorprendió al estudiante fue que, a pesar de tal impedimenta, nada parecía importarle, ni la muchedumbre, ni que tropezaran con él sin pedirle perdón siquiera.

«Esta ciudad está llena de antiguos recuerdos —se dijo el estudiante mirando con mayor atención al soldado—. Sin duda este hombre es uno más de esos monumentos con los que tan familiarizados están sus habitantes». Pero su curiosidad natural le hizo acercarse, al fin, al soldado.

—¡Qué rara y antigua es la armadura que llevas, amigo! ¿En qué cuerpo sirves? —dijo el estudiante como en broma.

El soldado lanzó una concisa respuesta, que le salió de su gran boca como enmohecida, para sorpresa del estudiante.

—Sirvo en la guardia real de Isabel y Fernando —dijo.

—¡Santa María! —dijo el estudiante, atónito—. Ese cuerpo sirvió hace más de trescientos años…

—Los tres siglos que llevo montando guardia en este lugar. Pero precisamente ahora se acaba mi turno de centinela… ¿Quieres hacer fortuna? —le preguntó el soldado.

El estudiante, por toda respuesta, alzó su capa.

—Te he comprendido —le dijo el soldado—. Todo depende de ti; si tienes fe y valor, sígueme y hallarás la fortuna que necesitas.

—Espera, amigo, no tan deprisa… Para seguirte, no creo que sea necesario tener mucho valor, pues poco coraje necesita quien solo tiene la vida por perder, y una vieja guitarra, cosas de poca importancia… Pero la fe es diferente… No la pongamos, pues, a los pies de la tentación… Si he de cometer un crimen para hallar fortuna, no creas que estoy dispuesto a cosa semejante, aunque mis harapos puedan hacerte pensar lo contrario. El soldado lo miró con altivez y cierto disgusto.

—¡Nunca desenvainé mi espada, salvo para defender mi fe y mi trono! —le dijo—. Soy un cristiano viejo, así que confía en mí y no temas al Demonio.

Marchó el estudiante tras los pasos del guerrero. Observó el joven que nadie parecía haber prestado la menor atención a lo que hablaron, y que el soldado se abría camino entre los grupos de ociosos y retozones sin que nadie se volviera a mirarle, como si fuera invisible. Cruzaron el puente y se metió el soldado por una senda

pedregosa que a través de un molino y de un acueducto moriscos, conduce a la hondonada que separa la Alhambra del Generalife. Caía el último rayo de sol sobre las murallas rojas de la Alhambra, que se veían a lo lejos, y anunciaban ya las campanas de las iglesias y los conventos la festividad próxima. Sobre la hondonada comenzaban a arrojar sombras las higueras, las parras y los arrayanes, además de las torres y las murallas de la Alhambra. Todo era soledad y empezaban a zumbar por el aire los murciélagos. Al fin se detuvo el guerrero cristiano al pie de una torre en ruinas, que fue en tiempos puesto de vigilancia de un acueducto árabe. Golpeó entonces los cimientos con el regatón de su lanza, y se dejó sentir un ruido, y se abrieron las piedras, como una gran boca que bosteza, para dejar suficiente paso.

—Entra, en el nombre de la Santísima Trinidad, y nada temas —dijo el soldado al estudiante.

Se estremeció el corazón del joven, pero no se echó atrás. Se santiguó, musitó un Ave María y siguió a tan misterioso guía a través de una bóveda tajada bajo la torre, en la pura roca, que tenía las paredes preñadas de inscripciones árabes. El soldado lo llevó a un banco hecho en la piedra, a un lado de la bóveda.

—Aquí, en tan duro lecho, reposo desde hace trescientos años —dijo el soldado.

Quiso el estudiante, de tan asustado, hacer una broma para espantarse el miedo.

—¡Por San Antonio bendito! —exclamó—. Seguro que tienes un sueño muy pesado para poder soportar este duro jergón…

—Al contrario —contestó el soldado—, mis ojos jamás tienen reposo; mi destino es una vigilia constante… Pero, óyeme con atención… Fui uno de los guardias reales de Isabel y Fernando, como ya te he dicho, mas me tomaron prisionero los moros y me encerraron en esta torre. Cuando se preparaba la rendición de la fortaleza a los reyes cristianos, me pidió un alfaquí, un sabio árabe, que le ayudase a esconder en esta bóveda parte de los tesoros de Boabdil, de los que se había apoderado. Lo hice y peno desde entonces por haberme prestado a ese robo… El alfaquí era un nigromante africano, y conjurando sus infernales artes me hechizó para hacerme vigilante del tesoro. Debió de sucederle algo malo, de forma inesperada, porque jamás volvió… Yo quedé aquí, enterrado de por vida; han pasado los años y han sacudido esta montaña los terremotos más violentos; he oído caer las rocas desde lo alto y piedra a piedra la torre; pero las paredes de esta bóveda han resistido cualquier calamidad… Cada cien años, en la festividad de San Juan, cesa el encantamiento y se me permite salir; me dirijo entonces al puente del Darro a la espera de que pase alguien, un mortal que posea la facultad de romper este embrujamiento del nigromante africano… Todo ha sido inútil hasta ahora… No pueden avistarme los ojos de los mortales porque me hallo envuelto por una nube mágica; tú eres el primero que me ha visto y comprendo la razón por la cual has adivinado mi presencia… Llevas en uno de tus dedos el anillo del sabio Salomón, que tiene la virtud de romper los malos encantamientos. De ti

depende que me libere al fin de este horrible encierro, o de que siga guardando el tesoro durante varios cientos de años más.

Mudo de asombro y maravillado escuchó el estudiante la historia del soldado. Muchas más historias había oído contar, a propósito de los tesoros escondidos por los moros en las cuevas y bóvedas subterráneas de la Alhambra, pero las creía meras fábulas. Apreciaba ahora el poder de su anillo, que tenía por una manifestación de la munificencia de San Cipriano, pero armado como lo estaba por un talismán así de benéfico, tuvo la sensación de que algo aciago podía sucederle de seguir en aquel sombrío lugar y en la compañía de un guerrero espectral, en tan extraño tête-à-tête… El soldado cristiano, así lo creyó el estudiante, debía reposar en paz en su sepultura, de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Tuvo el estudiante por excepcional lo que le acontecía, y por ello se dijo que no era un asunto a tratar con ligereza; aseguró al soldado, pues, que podía confiar en su amistad y en su buena voluntad para hacer cuanto de él dependiera a fin de liberarlo del encantamiento.

—Confío en un motivo más poderoso que la amistad —le dijo el soldado. Señaló entonces con su dedo un arcón de hierro perfectamente cerrado y que tenía inscripciones árabes.

—Ahí se guardan incontables tesoros en oro y en piedras preciosas; rompe el conjuro que me ata y la mitad de esa riqueza será tuya.

—¿Y qué he de hacer? —preguntó el estudiante.

—Es precisa la ayuda de un sacerdote cristiano y de una doncella, también cristiana; el sacerdote, para exorcizar los poderes de las tinieblas; la doncella, para que toque ese arcón con el sello del anillo del sabio Salomón… Todo habrá de hacerse a medianoche, pero ten en cuenta un detalle de extraordinaria importancia: es un asunto grave y no deben hacerlo personas a las que dominen los apetitos carnales… El sacerdote ha de ser un cristiano viejo, un modelo de santidad, un hombre acostumbrado a la mortificación de su carne, y deberá hallarse en ayuno un día entero antes de hacer el exorcismo… En cuanto a la doncella, tiene que ser una hembra libre de cualquier reproche que acerca de su virginidad pudiera hacérsele y a prueba de tentaciones… No te demores en solicitud de esa ayuda, pues solo tres días dura mi presente libertad… Si antes de la medianoche del tercer día no he sido exorcizado, me veré obligado a seguir de guardia al menos otro siglo más…

—No temas —le dijo el estudiante—, que ya he puesto mi ojo en el sacerdote ideal, y en la no menos idónea doncella… ¿Cómo entraré de nuevo en esta bóveda?

—El sello del sabio Salomón te allanará el camino…

Salió de allí el estudiante con el corazón más alegre que cuando accedió a la bóveda de la torre; se cerró tras él la pared de piedra, mostrándose impenetrable, como antes.

A la mañana siguiente se presentó el joven, con total descaro, en la mansión del cura, no como el pobre estudiante que era y que trata de abrirse paso tañendo las cuerdas de su guitarra, sino como el heraldo del mundo de las sombras que guarda maravillosos tesoros a repartir… Nada de particular interés hay que decir acerca de los acuerdos a que llegó con el cura; baste saber que logró inflamar muy fácilmente el celo cristiano de aquel, ante la idea de rescatar de las garras de Satán el tesoro del rey Chico y a un virtuoso soldado de la fe… y todo a cambio, nada más, de un arcón lleno de oro y piedras preciosas… ¡La cantidad de iglesias que podrían erigirse, los parientes pobres que así estarían bien socorridos, las limosnas que podría dar el cura gracias a semejante tesoro…!

La inmaculada doncella tampoco puso reparo alguno ante obra tan piadosa; por lo demás, el emisario del soldado encantado, después de demostrar tanta preocupación por este, comenzó a ganarse las mejores miradas de la bella, el favor de sus más tiernos sentimientos.

Había, empero, una dificultad que salvar, que no era otra sino el ayuno al que debía someterse el sacerdote… Dos veces lo intentó, y en las dos su apetencia mundana venció al espíritu… Solo merced a un esfuerzo supremo pudo resistir el sacerdote una tercera tentación ante su bien provista despensa, pero le parecía tan largo el ayuno que él mismo dudaba de su fuerza de voluntad para resistir durante veinticuatro horas completas.

A última hora decidió llevarse a la bóveda una cesta bien repleta, para con buenas viandas exorcizar al demonio del hambre tan pronto como los demás demonios de la bóveda cayeran de cabeza en las profundidades del Mar Rojo. Al fin salieron los tres de la casa del cura alumbrándose con hachones y a buen paso.

El anillo de Salomón les franqueó la entrada. Encontraron al soldado cristiano sentado sobre el arcón de hierro, esperándoles. Se hizo el exorcismo tal como ha de hacerse. Tocó la doncella las cerraduras del arcón con el sello del sabio Salomón, y se abrió la tapa, descubriendo tesoros del metal más precioso, y joyas, y gemas que deslumbraron sus ojos.

—¡Llenemos nuestras bolsas una vez y otra! —gritó entusiasmado el estudiante hambriento, y fue el primero en poner manos a la obra.

—Más cómodo y mejor será —terció el soldado— sacar de aquí el arcón y hacer el reparto lejos…

Ayudaron al guerrero el sacerdote y el estudiante, pero les resultaba difícil a causa del peso enorme del arcón. En un descanso en sus afanes, el sacerdote echó mano de su cesta para saciar el voraz apetito que sentía, que en realidad le mordía las tripas más violentamente de lo que pudiera habérselas mordido el peor de los espíritus… Así, devoró un capón bien asado, que acompañó de largos tragos de buen vino de Valdepeñas; de postre, y en agradecimiento por lo sabroso que le había cocinado el

capón, puso el sacerdote un ardiente beso en los labios de la mocita; fue un beso silencioso, dado en un rincón de la bóveda, pero no pasó inadvertido a las paredes, que lo comentaron entre sí en señal de triunfo, como comadres aviesas… Jamás hubo beso de consecuencias tan terribles… El soldado lanzó un grito de desesperación; el arcón de hierro, que ya habían logrado mover, cerró de golpe su tapa, guardando otra vez sus tesoros. El cura, el estudiante y la doncella, se vieron de golpe fuera de la torre mientras se cerraba con estrépito la piedra que antes les franqueara el paso… El buen sacerdote había roto antes de tiempo el ayuno…

Una vez repuesto de la sorpresa inicial, quiso el estudiante volver a la bóveda… A punto estuvo de desmayarse cuando la doncella le confesó que de tanto miedo como había sentido, dejó caer el anillo con el sello de Salomón al suelo, por lo que se había quedado allí, en la bóveda del soldado encantado.

En una palabra, dio la medianoche en la catedral, volvió el soldado a ser víctima del hechizo, y allá quedó, obligado a permanecer en guardia al menos durante otros cien años más, por haber comido y después besado el cura a su doncella antes de tiempo…

—¡Ay, padre, padre…! —se lamentó el estudiante, moviendo tristemente la cabeza, cuando iban por la hondonada abajo—. Mucho me temo que vuestro beso fue más de pecador que de santo…

Así acaba la leyenda, tal y como dan fe de su autenticidad las crónicas. La tradición, sin embargo, añade que el estudiante no salió tan mal parado de su aventura, pues acertó a meterse en los bolsillos oro y piedras preciosas, antes de que intentaran sacar el arcón, suficientes como para prosperar en adelante… Obtuvo del sacerdote, además, la mano de la hermosa doncella, pesaroso por el desmán que había causado en la bóveda del soldado encantado… Después demostró ser la bella un modelo de esposa y de madre, como lo fue de doncellas dedicadas a cuidar de los curas… Dio a su esposo muchos hijos, el primero de ellos sietemesino, no obstante lo cual acabó siendo el más fuerte de todos… Los demás nacieron en el tiempo normal.

La historia del soldado encantado es una de las tradiciones populares más famosas de Granada; se refiere de mil maneras distintas y con infinitos detalles diferentes; creen las gentes que el guardia de la escolta de Isabel y Fernando todavía hace de centinela al pie del gigantesco granado de piedra que adorna el puente del Darro, en la noche de San Juan, envuelto en la nube mágica que lo hace invisible para el común de los mortales, excepto para el que acierte a lucir el sello del sabio Salomón.